

de



DOBLE ZERO

MORGAN DAR

Lectulandia

Ha pasado un mes desde que Kyle se enfrentara al mejor detective de Los Ángeles. Todo parece haber regresado a la normalidad... hasta que un misterioso ladrón oculto tras una máscara de oro irrumpe en la ciudad haciéndose pasar por Zero y empieza a robar las valiosas joyas de la familia Blake. Inmerso en una carrera contrarreloj en la que estará en juego su vida y la de sus amigos, Kyle tendrá 48 horas para derrotar a este desconocido imitador, un peligroso rival que parece saber todo de él. Incluido su pasado...

Lectulandia

Morgan Dark

Doble Zero

Zero-2

ePub r1.0

fenikz 07.10.16

Título original: *Doble Zero*
Morgan Dark, 2016

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



Nadie quería vivir en Garden Rose. A pesar de lo poético del nombre, aquella barriada era lo más parecido a un vertedero humano. El lugar en el que terminabas cuando ya no hay otra solución y te ves obligado a vivir de los desperdicios que otros dejan o de la indigencia más absoluta. Ni siquiera la policía se atrevía a adentrarse en aquel vecindario de mendigos y drogadictos. No había luz. Tampoco agua corriente.

Las calles estaban siempre vacías. Ningún niño jugaba ni reía. Solo encontrabas basura, escombros que la gente acumulaba para vender luego en el mercado negro y chabolas medio derruidas que se hacinaban en solitarios descampados.

Pero a pesar del aspecto deprimente del lugar, *él* no tenía miedo. Sus pasos resonaban en la noche con un ritmo sostenido. Toc. Toc. Toc. Sus manos no se apartaban del calor de los bolsillos de su abrigo.

Miró por encima de su hombro. Dos sombras se ocultaron en la oscuridad tan pronto como giró la cabeza. No se inmutó. Sabía que le estaban observando. Garden Rose no recibía bien a los extraños. Y *él* era un extraño. Un desconocido en aquella comuna abandonada. Siguió avanzando, sosteniendo sin inmutarse el peso de aquel furtivo escrutinio, hasta que llegó al lugar que estaba buscando.

Una casa. Medio derruida. Con el tejado caído y los listones de madera de la fachada podridos.

Una sonrisa torcida surcó sus labios.

Apartó de un manotazo los hierbajos secos que se habían adueñado de la verja metálica que rodeaba la vivienda y se adentró en el jardín, pisoteando a su paso flores silvestres y matojos.

Solo se detuvo cuando le vio. Sentado en una mecedora de mimbre bajo el porche. Con los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia atrás. Había envejecido. Tenía el pelo blanco y la cara marcada de arrugas. Parecía un anciano. Un demacrado y débil viejo.

—Hola, Timothy.

El hombre de la mecedora dio un respingo. Se enderezó en su silla y enfocó el rostro del recién llegado. Sus ojos se abrieron a cámara lenta. Una expresión de pavor atravesó su cadavérico semblante.

—Tú... tú... —balbuceó—. ¿Cómo... me has encontrado?

—Vaya, Timothy. ¿Es esa una forma de dar la bienvenida a un amigo? —avanzó

unos pasos. Su pie rozó un matorral y, al momento, una puntiaguda lanza emergió de entre las ramas y atravesó el aire. Se apartó en el momento justo. La afilada punta no llegó a tocarle. Pero una mueca de fastidio se instaló en sus labios.

—Llevo años esperando tu visita —dijo Timothy—. Y preparándome para ella.

—Sí, ya lo veo...

—¿A qué has venido?

—Solo quiero tu ayuda —levantó los brazos con un gesto de inocencia—. Estoy buscando a una persona... Y te necesito para encontrarle. Después me marcharé por donde he venido.

Timothy tragó saliva. No dijo nada durante unos interminables segundos. Cuando volvió a hablar, su voz sonó más segura y firme que antes.

—He vivido estos diez últimos años intentando olvidar el pasado. Esforzándome por perdonarme a mí mismo por lo que hice. Y aún no lo he conseguido. No voy a dejar que el pasado se repita. Nunca más. Haré lo que sea. Aunque eso suponga morir en el intento.

—¿Significa eso que no vas a ayudarme?

—Así es.

El desconocido se balanceó sobre sus pies como si estuviera meditando la respuesta a una complicada pregunta.

—Nadie me dice que no, Timothy —musitó al fin con frialdad—. Le encontraré. Con o sin tu ayuda. Lo sabes tan bien como yo.

—Tal vez. Pero antes me aseguraré de que sepa quién eres y lo que has hecho.

—Eso será si yo lo permito...

Sacó las manos de los bolsillos de su abrigo. No estaban vacías. Agarradas entre sus dedos había dos afiladas dagas que destellaron en la oscuridad con un amenazador brillo.

—Hubo un tiempo en que fuimos muy buenos amigos, Tim... Es una pena que nuestra amistad tenga que acabar así.

Las dagas salieron disparadas de sus manos y se clavaron a la vez en el cuerpo de Timothy con un sonido sordo, escalofriante. La mecedora se manchó de sangre y un grito desgarrador rompió la quietud de la noche.



PRIMERA PARTE

No había nada mejor que empezar el día con una buena noticia. Al menos, esa era una de mis más férreas convicciones. Por eso cuando leí el periódico nada más levantarme, me dio un arrebato de buen humor.

El «detective del deber», despedido.

Hace casi medio año que las autoridades estatales designaron a Dimitri Cooper como responsable oficial de la captura de Zero. Ayer mismo, sin embargo, se daba a conocer la noticia de su despido, hecha pública por el jefe de la policía de Los Ángeles y el alcalde de la ciudad durante una rueda de prensa.

Al parecer, el fracaso de su última operación, de la que poco ha trascendido, ha sido el motivo que ha precipitado su suspensión. Todavía se desconoce el nombre del que será su sustituto aunque se cree que...

Mi peor enemigo, mi más insistente perseguidor, el mismo que me había obligado a inventar una farsa para poder librarme de la cárcel, se apartaba por fin de mi camino.

Me habría encantado verlo. Estar junto a él cuando sus superiores le dijeran: «está despedido, Cooper». Esa habría sido una escena digna de guardar en la retina. Aunque, pensándolo bien, podía robar el vídeo de la rueda de prensa para deleitarme una y otra vez cuando estuviera aburrido... Hmmm, la idea me parecía atrayente. Muy atrayente, de hecho.

Y puede que fuera una buena excusa para enfundarme de nuevo el traje de Zero.

Había pasado un mes desde la fiesta de Acción de Gracias. Desde entonces, no había cometido ningún robo. En parte porque, después de que me operaran para quitarme los restos del chip, los médicos me habían recomendado una vida tranquila para que pudiera recuperarme. Y una vida tranquila significaba nada de robos. Ni de persecuciones. Ni de policías enfadados.

Todavía tenía un pequeño apósito rectangular en la base del cráneo para recordarme mi reciente paso por el quirófano. Aunque quitando las molestias que de vez en cuando me daban los puntos me encontraba perfectamente. Las pesadillas habían desaparecido. Los mareos y dolores de cabeza también. Tenía mi vida y mis recuerdos en su sitio, a Len y a Miranda de nuevo a mi lado y mi esfera descansaba segura en la sala acorazada, bajo la capilla abandonada de mis padres.



Todo había regresado a la normalidad.

Y para celebrarlo me había saltado los entrenamientos de polo y me había pasado la tarde entera tumbado en un colchón inflable en mitad de la piscina climatizada de Drayton.

Sí, esto es vida.

—¡Señor Blake! —la voz de Sebastian interrumpió mi pacífico descanso. Bordeó la piscina con cuidado de no mojarse y corrió hacia donde yo estaba. Iba vestido con un traje gris, una corbata haciendo juego y la camisa blanca de rigor. Tan impecable como siempre.

—¡Sebastian! —agité la mano para saludarle—. ¿Te has enterado? ¡El gobierno ha destituido a Dimitri! Parece que ese molesto detective ha dejado de ser un obstáculo. Y ya sabes lo que eso supone, ¿no? Tendremos más libertad de movimientos.

—Eh, sí, señor, es una magnífica noticia pero...

Ese pero no me gustó lo más mínimo. Como tampoco me dio buena espina la cara de funeral con la que Sebastian acompañó su frase.

—¿Qué pasa?

—Tiene visita.

—¿Y? Estoy en bañador. No querrás que salga así a recibir a alguien, ¿no? Iría en contra de tu estricto sentido de la decencia... Supongo.

—No, señor Blake. No lo entiende —estaba nervioso. Y también había algo de desasosiego en su voz. Creo que por eso hablaba tan bajito que me costaba entenderle—. La persona que está esperándole es Adam Grossman.

Me enderecé tan rápido que a punto estuve de volcar mi colchoneta y caer al agua.

—¿Grossman? ¿Qué hace aquí?

—No lo sé, señor. Ha llegado a Drayton hace apenas unos minutos y lo primero que me pedido ha sido hablar con usted.

—¿Conmigo? —repetí extrañado. Sebastian asintió.

—Si quiere puedo decirle que se encuentra indispuerto...

Dejé escapar el aire que sin darme cuenta había almacenado en mi interior. No había hablado con Adam Grossman desde que nos vimos en la recepción de Acción de Gracias, justo antes de que Miranda apareciera vestida de Zero para dar el último golpe a Dimitri... ¿Por qué tendría tanto interés en encontrarse ahora conmigo?

—No. Iré a verle —sentencié—. Veamos qué es lo que quiere el asesino de mis padres de mí.

Adam Grossman me esperaba en el despacho de Sebastian. Cuando abrí la puerta sus ojos revolotearon por la estancia hasta posarse en los míos, como si estuviera decidiendo sobre la marcha si debía perdonarme la vida o no. Estaba sentado, con las piernas cruzadas y las manos entrelazadas en su regazo. La típica postura de arrogante insufrible. La que mejor le encajaba, por otro lado. No solo se creía el

dueño del mundo sino que además lo aparentaba.

—Buenos días, Kyle —aún me sorprendía la rabia que ardía en mi interior cuando me encontraba con él. Esboqué una diplomática sonrisa.

—Buenos días, señor Grossman. Qué sorpresa encontrarle de nuevo en Drayton.

—He venido para ver cómo te encuentras después del incidente de Acción de Gracias.

Sentí el impulso de saltar sobre él y descargar mi puño en su cara de hipócrita redomado.

—Muchas gracias. Es muy amable —ensanché mi sonrisa hasta que los músculos de la cara empezaron a dolerme—. Me encuentro perfectamente. Fue un accidente sin importancia, en realidad.

—Me alegra escuchar eso —se levantó de su asiento y se acercó a mí. Se desplazó tan despacio que me dio la impresión de que sus movimientos estaban estudiados de antemano—. Michael no deja de hablar maravillas de ti. Por lo que se ve habéis congeniado muy bien.

—Mike y yo somos amigos desde que entramos en el internado. Digamos que... —hice una pausa para buscar las palabras más adecuadas y no meter la pata—, nos entendemos a la perfección. Como hermanos.

—Hermanos, ¿eh? Sí... ya veo —las comisuras de su boca se arquearon hacia arriba, como si aquella posibilidad le resultara especialmente divertida. Durante unos segundos, se limitó a observarme. Luego, me tendió un sobre blanco—. También he venido a darte esto.

—¿Qué es? —pregunté, suspicaz.

—Una invitación. Voy a celebrar una subasta benéfica en mi casa antes de Navidad y me gustaría que asistieras. Me ha costado convencer a Mike para que me dejara traerte yo mismo la invitación.

—No tenía que haberse molestado.

—¡Por supuesto que sí! Eres el mejor amigo de mi hijo y a mí me gusta cuidar a mis amistades —claro... Cuidaba a sus amigos pegándoles un tiro como hizo con mi padre. Alargué la mano y cogí el sobre. Pero Grossman no lo soltó. Lo sostuvo con más fuerza para evitar que yo pudiera llevármelo—. He de confesarte que tenía ganas de hablar contigo en privado desde lo que ocurrió el día de Acción de Gracias.

—¿Ah, sí?

—No hay muchas personas que se atrevan a detener a Zero de la forma que tú lo hiciste. Hace falta mucho valor.

—Solo hice lo que consideré oportuno.

—Yo creo que fue algo más que eso. Y más considerando la curiosa idea que tenía el detective Dimitri sobre tu relación con Zero... —dejó caer las palabras como si nada, igual que si pasara por allí y decidiera, de buenas a primeras, lanzar una bomba atómica. No mordí el anzuelo. Mantuve una pose neutral.

—Todos sabemos que Zero me inculpó de sus robos para engañar a Dimitri y

salirse con la suya. El agente Cooper solo hizo su trabajo.

—Veo que eres muy comprensivo. Incluso con quienes han intentado hundir tu vida y meterte entre rejas.

—No es comprensión. Simplemente es... justicia —el entrecejo de mi interlocutor se arrugó al escuchar aquella palabra. Seguro que no estaba en su vocabulario. Intenté tirar de nuevo del sobre. Nada. Grossman seguía agarrándolo como si le fuera la vida en ello—. Será mejor que vuelva con los demás. Mike y Neal me estarán esperando para...

No dejó que acabara la frase. Me agarró de la muñeca y me atrajo hacia él sin miramientos. Sus labios se aproximaron a mi oído. Noté su aliento sobre mi oreja.

—Has cambiado mucho, pequeño Blake.

Me quedé rígido, clavado en el suelo. ¿Cómo...? La respiración se me aceleró.

—La última vez que nos vimos eras un chiquillo endeble que lloriqueaba por la muerte de sus padres. Ya no pareces el mismo. Incluso tu forma de mirarme es distinta. Antes había temor. Ahora hay desafío. Aún así tus ojos siguen siendo los mismos. Iguales que los de tu padre —soltó por fin el sobre y me agarró de la barbilla—. En cuanto te vi en Drayton supe que eras el hijo de Richard. Te pareces mucho a él cuando tenía tu edad. ¿Acaso no te lo ha dicho Jane?

Aparté sus zarpas de mí.

—No vuelvas a tocarme —escupí. Grossman dejó al descubierto una fila de dientes blancos.

—Y por lo que se ve también has heredado el carácter de tu progenitor.

—Tengo suerte de no haber heredado los genes de un asesino —dije—. Mike, en cambio, no puede decir lo mismo.

—Si estuviera en tu lugar no me atrevería a amenazar a nadie. Podría encerrar a Jane en la cárcel por fingir tu muerte y falsificar tus documentos de nacimiento, ¿lo sabías?

—Pues no. La verdad es que no tenía ni idea —respondí con indiferencia—. ¿Y qué más puedes hacer? ¿Matarme? Si quieres intentarlo de nuevo, prueba. Aunque ya te advierto que no te resultará tan fácil como en el orfanato.

—Tú existencia dejó de interesarme hace mucho.

—Supongo que dejó de interesarte cuando te enteraste de que yo no tenía esa esfera que tanto querías.

—Eso es. Aunque he de reconocer que me llama la atención que seas tú precisamente el mejor amigo de mi hijo...

—¿Acaso piensas que no soy una compañía apropiada para tu mimado heredero?

—Más bien creo que eres una compañía poco provechosa. No hay nada en ti que pueda serle de utilidad a Mike. Solo eres un mocosito que finge ser quien no es.

—Solo finjo ser quien tú me obligaste a ser —giré sobre mis talones para poner fin a la conversación. Estaba perdiendo el tiempo. No tenía nada que hablar con Grossman. Aunque, al parecer, él no opinaba lo mismo. Volvió a agarrarme, esta vez

del codo, y me obligó a detenerme. Aquello me sacó de mis casillas. Con un solo movimiento, me di la vuelta, cogí el abrecartas que tenía Lawrence sobre el escritorio y se lo coloqué en el cuello—. He dicho que no me toques.

—Vaya, parece que has aprendido mucho en estos años —farfulló Adam.

—Ni te imaginas —respondí. Mantuve el abrecartas en su cuello mientras él me taladraba con la mirada.

—Te gustará saber que en la subasta se va a vender un brazalete de diamantes muy especial. En su día perteneció a Allison Blake. Tu madre. Creo recordar que lo llevaba puesto cuando murió... Estoy deseando ver dónde termina su preciada joya...

Apreté la mandíbula tanto que empezó a dolerme. Grossman reparó en ello y rio con una carcajada sardónica.

—Será un placer recibirte en mi casa, Kyle. Así podremos... conversar tranquilamente. Por los viejos tiempos.



Contemplé el coche de Adam Grossman desde el ventanal del segundo piso. Recorriendo el sendero empedrado que le llevaría de vuelta a la ciudad. Alejándose de Drayton y de mí. Pero ni siquiera la distancia que ahora nos separaba conseguía aplacar la irritación que me había provocado su visita. Estampé mi puño cerrado contra el cristal de la ventana y el marco tembló por el impacto.

Dos sombras se escurrieron detrás de mí. Sin hacer el menor ruido, como si fueran un par de sigilosos fantasmas. No hacía falta que me dijeran quiénes era. Lo sabía muy bien.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó Len.

—Adam Grossman ha venido a verme —contesté.

—¿Y qué quería?

El coche del padre de Mike era ya un diminuto punto en la lejanía. Me aparté de la ventana.

—Sabe que yo soy Jayson Blake.

Len ahogó un murmullo. A su lado, la segunda sombra se removió, incómoda.

—¿Cómo lo ha averiguado? —la voz de Miranda era inconfundible. Clara y melodiosa.

—Por mi padre. Dice que me parezco demasiado a él. Lo descubrió en la recepción de Acción de Gracias.

—Y nosotros que pensábamos que lo peor había pasado... —musitó Len.

—¿Crees que esto puede complicar las cosas? —preguntó a su vez Miranda.

—Me da igual que Grossman sepa que yo soy Jayson Blake. Lo importante es que no descubra que soy Zero. Y ese secreto está a salvo. Al menos de momento. Si lo supiera, me lo habría dicho.

—Aún así...

—Sí, ya lo sé. Me estará vigilando —mis dos amigos me observaron con una expresión a medio camino entre la preocupación y el enfado—. ¿Tanto me pareceré a mi padre?

—Deberías preguntárselo a Lawrence.

No era mala idea. El incendio que arrasó mi casa quemó también las fotografías que tenía de mis padres. Recordaba sus rostros aunque no con la suficiente nitidez como para reconocer en mí sus facciones.

—Grossman me ha invitado a su estúpida fiesta de Navidad para demostrarme

que él sigue teniendo el control sobre mi vida. Por eso ha elegido el brazalete de mi madre y no otra pieza cualquiera para la subasta. Si voy, disfrutará viendo mi reacción. Y si no me presento será lo mismo que admitir que sigo temiéndole.

—Tan solo te está provocando, Kyle —dijo Len.

—¡Ya lo sé! Y ese es el problema. No voy a dejar que siga haciéndolo.

—¿Y cómo piensas evitarlo?

Chasqué la lengua. Estaba cansado de que Grossman me pisoteara. Y furioso de que sus maquinaciones siguieran afectándome tanto. Pero no tenía forma de enfrentarme a él abiertamente y demostrarle que no era el mismo al que intentó matar en el orfanato... ¿O sí?

—Kyle... —me advirtió Len—. Conozco esa expresión.

—Yo también —apuntó Miranda.

—¿Qué expresión?

—La que tienes ahora.

—Quieres que Zero vaya a la subasta, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—Es una posibilidad.

—¿Una posibilidad? —repitió Miranda con una ceja arqueada—. ¡Estás pensando en robar el brazalete de tu madre antes de que Grossman lo venda!

Exactamente. Había dado en el blanco.

—Sabes que los objetos de la subasta estarán muy protegidos —me advirtió Len.

—Sí.

—Y aún tienes que recuperarte de la operación.

—Sí.

—Eso sin contar que no será un trabajo fácil.

—Sí... Pero también sé que deberíamos enseñarle a ese asesino que no es invencible. Además...

—¿Además?

—Ha sido él quien me ha invitado, ¿me equivoco? —sonreí, con una mueca cargada de dobles intenciones—. Sería muy descortés por mi parte no presentarme en la fiesta...

—¡Kyle!

Alguien me pasó el brazo por los hombros y me estrujó el cuello. Estuve a punto de hacer una llave como acto reflejo. Por suerte, me contuve. Me giré para ver quién me trataba con semejantes confianzas. Mike y Neal. Los hijos de Adam Grossman y de Juliette Morrison. Una bocanada de bilis subió por mi garganta.

Oficialmente, ellos eran mis mejores amigos, las personas en las que más confiaba, a los que recurría siempre... Extraoficialmente, lo que sentía por ellos era desdén. El desdén más profundo que pueda existir.

Len se apartó de mí con disimulo y fingió que estaba totalmente concentrado en el cuadro que decoraba la pared del pasillo. Miranda hizo lo mismo. Teníamos que

mantener nuestra fachada de «compañeros de clase que se odian» para evitar sospechas innecesarias. Nadie en Drayton sabía que habíamos estado juntos desde que teníamos ocho años.

Mike y Neal no se percataron de aquel cambio de posiciones. De hecho, el hijo de Adam Grossman estaba tan ensimismado con Miranda, dedicándole la sonrisa más resplandeciente de su repertorio, que no se habría fijado ni en un avión pasando por delante de sus narices.

Carraspeé para que dejara de mirarla así. Me molestaba.

—¿Dónde te habías metido? Hemos estado buscándote —me preguntó Neal.

—He estado en la piscina, dándome un baño —vaya, mira por dónde estaba mejorando mis dotes interpretativas. Nadie hubiera dicho que estaba colmando a mis dos buenos «amigos» de insultos mientras charlábamos.

—¿Has hablado con mi padre? —inquirió Mike—. Me dijo que iba a venir hoy a darte la invitación para la fiesta.

—Eh, sí. He estado con él...

—¿Y? Vendrás, ¿no?

Sonreí.

—Claro. No me lo perdería por nada —Mike soltó un grito de júbilo.

—Conseguiré las llaves de la bodega para que tengamos champán extra para nosotros solos.

—Así se habla, colega —terció Neal—. No me gustaría acabar como en el cumpleaños de Patrick.

Eran iguales que sus padres. Siempre creyéndose mejores que los demás...

Por un segundo, una milésima de debilidad, pensé en decirles lo que pensaba de ellos. No lo hice. Mike había sido y seguía siendo la única fuente de información que tenía de los Grossman. Le necesitaba. Tal vez incluso supiera algo de la subasta que pudiera serme de utilidad...

Le di una palmada amistosa, en plan enrollado.

—Me apetece estirar los músculos. ¿Por qué no vamos a ver qué tal va la decoración de Navidad? Tienen que estar montando ya el árbol en el vestíbulo.

—¡Buena idea, Kyle!

—Sí —dije—. Divirtámonos un poco.

Y mientras tanto me aseguraría de que el hijo de Grossman me contara cuanto sabía de la «interesante» fiesta benéfica de su padre...



La llegada del enorme abeto al vestíbulo marcaba el inicio de la Navidad en Drayton. Miranda y su inseparable grupo de organizadoras de eventos supervisaban siempre los preparativos para que cada adorno estuviera en su sitio y el internado pareciera un reino de Santa Claus. Mientras tanto, Lawrence aprovechaba para hacer su tradicional discurso navideño.

—Queridos alumnos, un vez más celebramos en esta nuestra honorable institución la Navidad. Recordaros que durante estas entrañables fechas aquellos estudiantes que deseen volver a sus hogares pueden hacerlo a partir del día 20, fecha en la que, como saben, terminarán las clases del semestre...

Escuché la perorata de Sebastian mientras colocaba angelitos de cristal en las ramas más bajas del abeto. Era costumbre que los alumnos de los últimos cursos organizaran la decoración del internado y aquel año era el primero en el que me tocaba participar. No estaba de humor después de la conversación que había tenido con Grossman pero no podía negarme. Mike y Neal habrían sospechado. Así que me uní a la «misión navideña» sin pronunciar queja alguna.

No éramos los únicos. La mitad de Drayton estaba participando en la colocación de bolitas, estrellas de purpurina y confetis. Incluso Gisella, con todo su aspecto de estrella del *rock* duro, se había unido a la fiesta y le pasaba lazos rojos a Lauren para que ella los anudara.

Me fijé en que un grupo de novatas de primero me miraba de reojo mientras fingían que revisaban los bastones de caramelo del árbol. Últimamente me pasaba a menudo. Lo que ocurrió en la recepción de Acción de Gracias me había hecho ganarme un aura de heroísmo en el internado. Todos me habían visto agarrarme a las piernas de Zero para que no escapara. Atravesar la bóveda de cristal y salir a la azotea para enfrentarme al ladrón de los cien millones de dólares. Y la escena había servido para que mi éxito entre el público femenino se multiplicara.

Me pregunto si me mirarían igual si descubrieran que nunca había peleado con Zero. Entre otras razones porque yo era Zero... Les guiñé un ojo y las chicas me correspondieron con un coro de risitas tontas.

Mientras nos dedicábamos a nuestra constructiva tarea decorativa, empecé a sondear el terreno.

—Así que en la fiesta habrá una subasta... ¿no?

—Sí, sí. Mi padre quiere deshacerse de algunas cosas y va a subastarlas entre sus

amigos —me explicó Mike—. Ya sabes cómo es. Le gusta sacar provecho de todo.

Sí... Lo sabía muy bien. Me agaché y cogí un angelito de cristal de la caja en la que estaban los adornos navideños. Lo contemplé mientras lo hacía girar entre mis dedos.

—Pero tiene que ser complicado organizar una subasta. Sobre todo por temas de seguridad...

Dejé caer el anzuelo a la espera de que Mike lo atrapara. Por desgracia para mí no lo hizo. Estaba demasiado ocupado colocando un espumillón. Puse los ojos en blanco. Tendría que probar otra estrategia...

—Supongo que después de lo que pasó en Drayton hace un mes —empecé a decir—, tu padre habrá preparado algo especial para evitar que Zero robe en la fiesta...

Aquello sí llamó la atención de Mike. Dejó a un lado lo que estaba haciendo, como si hubiera perdido interés en ello.

—Si ese ladrón se atreve a robar los objetos de la subasta, será su final —no me pasó desapercibido el desprecio con el que pronunció la palabra «ladrón». Tampoco era de extrañar. Después de que le quitara la diadema Emperatriz a su madre y su reloj de oro, podía apostar cualquier cosa a que Zero encabezaba su listado de personas más odiadas.

—¿Por qué lo dices?

Mike se inclinó hacia delante y bajó la voz para que solo nosotros pudiéramos oírle.

—Mi padre ha llevado los objetos de la subasta a mi casa hace unos días para que estuvieran a buen recaudo. No se fía de la seguridad de los bancos así que ha preferido proteger él mismo las piezas. El salón donde va a celebrarse la fiesta está ahora blindado de alarmas para que nadie pueda acercarse a las joyas. Zero jamás podrá acercarse a ellos sin que nosotros lo sepamos.

Así que el brazalete de mi madre estaba ya en la mansión Grossman... Interesante. Había hecho falta muy poco para conseguir la información que necesitaba. Cada vez era más fácil... *Gracias, Mike*. Ahora solo tenía que averiguar qué sistema de seguridad habían instalado en la casa.

—¿Y cómo piensa tu padre proteger la mansión? —pregunté. Coloqué otro angelito en el abeto para que no se notara que tenía demasiado interés en el tema.

—¡Qué más da! —nos interrumpió Neal. Estaba sentado en el suelo, desenredando un cable de luces de colores. A juzgar por su cara de circunstancias, no le estaba resultando sencillo—. Zero está acabado. No robará en la subasta. ¿Es que acaso no os dais cuenta? Lleva semanas sin aparecer. Los medios de comunicación dicen que está muerto.

—Si fuera así me alegraría —musitó Mike—. Ese tipo solo sabe hacer daño a los demás. Ojalá se pudra en el infierno.

Aquel comentario me molestó. Zero no se dedicaba a hacer daño...

—No creo que esté muerto —intervine yo a la defensiva—. No debe ser tan fácil

acabar con el mejor ladrón de la historia.

—¿El mejor ladrón de la historia? —repitió Mike. Resopló con acritud—. Zero es solo un cobarde que ataca a gente inocente porque cree que está por encima de los demás. Eso no le convierte en alguien invencible.

Cerré la mano alrededor de uno de los angelitos y el cristal crujió bajo mis dedos. Mike no tenía ningún derecho para criticar a Zero. Si el ladrón de los cien millones existía era por culpa de lo que hizo su padre diez años atrás. Todo lo que ellos tenían me pertenecía.

—Tal vez las personas a las que ataca no son tan inocentes como parece... —mascullé yo entre dientes.

—Zero ha atacado muchas veces a mi familia. Y mi padre no es ningún criminal.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Mi enfado se disparó como un cohete antes del despegue.

—¡No sabes nada de Zero! Deja de decir estupideces —grité.

Mike y Neal se quedaron boquiabiertos. Y no fueron los únicos. Cuando quise darme cuenta el vestíbulo entero había enmudecido y me observaba.

Me quedé de piedra.

Oh, oh...

¿En qué estoy pensando? No podía defender a Zero delante de Mike. Bueno, en realidad, ¡no podía defender a Zero delante de todo el internado! Había metido la pata. Hasta el fondo además.

—Eh, esto... Yo... —empecé a decir. La incomodidad casi se podía palpar en el ambiente. Mike y Neal se miraron entre ellos, alucinados. No entendían a qué había venido mi reacción. Por supuesto que no... Ellos no sabían quién era yo en realidad. Pero yo sí sabía quiénes eran ellos. Esa era la diferencia entre nosotros. Intenté corregir mi error—. Lo que quería decir es que no sabemos nada de Zero... ¿no?

Aquella excusa barata no bastaba para solucionar el estropicio que había armado. Así que me esforcé un poquito más.

—A lo que me refiero es que ese tipo es un misterio. No conocemos nada de él así que tal vez, y digo solo tal vez porque yo no sé nada de Zero, haya una razón detrás de sus robos.

Aquello pareció tranquilizar un poco a Mike y Neal. Las conversaciones se reanudaron en el vestíbulo y el bullicio se instaló de nuevo a nuestro alrededor. Me permití un ligero suspiro de alivio.

—Sí, claro. Bueno, es posible —masculló Mike.

—No estaba tratando de defender a Zero. Ni mucho menos —puntalicé yo—. Es solo que...

—Tranquilo, Kyle. Sé muy bien que tú nunca te pondrías de lado de Zero.

No contesté a eso...

—Será mejor que vaya a, eh,... a cenar algo. Me muero de hambre —dije con mi mejor cara. Mike y Neal volvieron a mirarse. Parecía como si se hubieron puesto de

acuerdo para decirme algo y ninguno de los dos se atreviera a dar el primer paso. Al final, Neal le dio un codazo a Mike.

—Oye, Kyle. Hay algo que queremos preguntarte...

Tragué saliva. Me enderecé. ¿Se habrían dado cuenta de que mi defensa de Zero había sido un poco sospechosa?

—Antes de la recepción de Acción de Gracias nos dijiste que tenías que contarnos algo importante. ¿Lo recuerdas?

Claro que lo recordaba. Justo antes de que recuperara mis recuerdos y mi vida, antes de que descubriera que Mike y Neal eran mis enemigos, no mis amigos, les había prometido que les contaría todo lo que había averiguado de Zero...

Hice un gesto para restarle importancia al asunto.

—No lo recuerdo... Bah, sería algo sin importancia.

—Ya... ¿Y lo que pasó en la recepción de Acción de Gracias?

—¿Qué pasa con eso?

—¡Vamos, Kyle! Tú no eres así. No eres de los que se enfrenta a un criminal ni pelea en la azotea del internado con un tipo enmascarado.

—Te conocemos bien —continuó Neal—. Y sabemos que no te van esa clase de escenas.

No me conocéis lo más mínimo... No tenéis ni idea de cómo soy.

—Me pareció que era lo mejor que podía hacer. Vosotros habríais actuado igual en mi lugar —ni Mike ni Neal se tragaron aquella estupidez. Cambié mi discurso—. No me pasa nada. De verdad. No estoy en ninguna secta satánica ni nada por el estilo. Y si estoy raro estos días es porque tengo... algunos asuntillos que resolver.

Aquello hizo que Neal cambiara de expresión.

—Ah, ¿una chica?

No era la respuesta que yo habría dado pero me parecía una buena tapadera así que me agarré a ella como un bote salvavidas.

—Sí, ya sabéis que mi vida amorosa nunca descansa —contesté. Y para reforzar mi coartada miré al grupo de novatas con una sonrisilla.

—¿Seguro que no hay nada más? —preguntó Mike.

—¡Seguro!

—Si necesitas algo ya sabes que puedes contar con nosotros. Amigos en lo bueno y en lo malo.

—Claro que sí —contesté—. Os veo en el comedor.

Me alejé de ellos sin que se notara que me molestaba su presencia. No podía evitarlo pero cuando veía a Mike y a Neal me parecía estar viendo a sus padres. Y eso me hacía odiarles aún más.

Cada vez me costaba más tragarme mis mentiras... Empezaba a resultarme insostenible mantener mi máscara en el internado...



Esperé a que el reloj de Drayton marcara las doce. Con la primera campanada aún retumbando, salí de mi habitación. Mis compañeros llevaban horas dormidos. No había más que escuchar la sinfonía de ronquidos desacompañados que se oía de fondo para darse cuenta.

Para mí, en cambio, la noche acababa de empezar.

La puerta de emergencia por la que se llegaba a los jardines del colegio estaba justo al lado de mi dormitorio. No era casualidad, por supuesto. Sebastian nos había asignado a Len y a mí el cuarto del final, el más apartado de los demás, para que pudiéramos salir y entrar con más facilidad después del toque de queda. Lawrence como siempre pensando en todo...

Abrí la puerta y salí al exterior.

Un viento frío me azotó la cara y me hizo arrebujarme en el abrigo que llevaba puesto. Bajé las escaleras procurando no hacer mucho ruido.

Si había algo que me gustaba de Drayton era su silencio. En cuanto caía la noche, las explanadas de césped se sumían en la oscuridad y el murmullo de voces de los profesores y los alumnos enmudecía. Solo quedaba el sonido de los búhos y los animales salvajes que vivían en el bosque de pinos que rodeaba el edificio principal. Nada más.

Miré a lo lejos. Más allá de los árboles y del campo de polo. Coronando el horizonte se veía una colina y sobre ella una vieja construcción medio derruida...

Ahí es donde yo iba.

La capilla de mis padres estaba vacía. Como siempre. Las leyendas de fantasmas y muertes espeluznantes que pesaban sobre aquel edificio ahuyentaban a todos y les mantenían alejados del secreto que la vieja iglesia escondía.

No me fue difícil adentrarme en su interior sin que nadie me viera. Perderme por las ruinas y dejar que mis pies machacaran las hojas secas que tapizaban el suelo hasta llegar a la pared de ladrillo del final. A los lados, los tapices del ángel con espada y el demonio a caballo seguían mis movimientos.

Cualquier persona que pasara por allí, pensaría que aquel muro no tenía nada de particular. Pero se equivocaban...

Me arrodillé en el suelo. Mis dedos acariciaron uno de los ladrillos, el tercero empezando por abajo. Lo empujé hacia dentro para dejar al descubierto el pequeño panel que se ocultaba detrás, con una ristra de 10 números debajo. Tecleé la contraseña y, al momento, la pared empezó a moverse. Primero se echó hacia atrás

unos centímetros. Luego, se replegó hacia los laterales, dejando al descubierto un pasillo iluminado.

Aquel corredor terminaba en el lugar mejor protegido de Drayton.

El escondite de Zero.

No había estado allí desde que recuperé mis recuerdos. Así que cuando vi las máquinas, las escaleras que conducían al sótano en el que almacenábamos aquello que había robado en los últimos meses, la puerta que protegía la sala blindada donde estaba mi esfera, me recorrió un cosquilleo de impaciencia.

—Llegas tarde —dijo Len.

—¿Acaso te sorprende? Kyle siempre es el último en aparecer a nuestras reuniones nocturnas —apuntó Miranda.

—Tienes razón. Siempre se hace de rogar.

Estaban sentados en la mesa de cristal que había en nuestro refugio. Al igual que yo, no llevaban pijama y zapatillas. Los tres estábamos vestidos de calle. Preparados para el trabajo.

—¿A qué viene este recibimiento? Esperaba una entrada con globos y confeti —ocupé mi asiento, entre Len y Miranda.

—Vaya, se nos ha olvidado por completo —replicó mi amiga con sarcasmo.

—Qué desconsiderados...

—¿Has podido descubrir algo de la subasta? —preguntó Len.

Recordé la conversación que había tenido con Mike aquella tarde. Dejando al margen mi metida de pata había podido sonsacarle bastante información...

—Los objetos de la subasta están ya en la mansión Grossman.

—¿Y qué hacen ahí? Aún falta una semana para la fiesta.

—Grossman no se fía de la seguridad de los bancos —teniendo en cuenta que los robos en bancos eran pan comido para mí aquella era una opinión con criterio—. Los han cambiado de sitio para que estén más seguros. Según lo que ha dicho Mike el brazalete está en el salón principal, bien protegido por alarmas.

—Hmmm, no está mal pensado... ¿Has podido averiguar qué tipo de alarmas han instalado?

—No... —si no hubiera perdido los nervios, habría podido sonsacárselo a Mike. Ahora sería complicado retomar el tema sin que resultara extraño. Por suerte, conocíamos la mansión Grossman así que tampoco suponía un problema para nosotros—. El plan es sencillo. Entraré en la casa, me haré con el brazalete y saldré sin que nadie se entere de que he estado allí. Así de simple.

—¿Cuándo quieres que cometamos el robo?

—Esta noche.

—A eso le llamo yo un regreso a lo grande.

—Seguro que la policía se pondrá muy contenta cuando te vea aparecer de nuevo. Te habrán echado de menos estos días —comentó Miranda.

—No tengo ni la menor duda —respondí.

Me levanté y recorrí el refugio. Me detuve junto a los armarios acorazados del fondo. Dentro descansaba la máscara de plata de Zero, apoyada en un pedestal. Mi rostro se reflejó en la pulida superficie.

Por fin...

La cogí entre mis manos y la coloqué despacio sobre mi cara. Se amoldaba a mis facciones a la perfección. Sin error alguno. Estaba hecha a mi medida. A la medida de Zero.

Sonreí.

En unas horas, el brazalete de mi madre sería mío. Esta vez no dejaría que Adam Grossman se saliera con la suya. Había llegado el momento de enseñarle lo mucho que había cambiado desde que estuve en el orfanato.



Me escondí detrás de un arbusto sin perder de vista a los dos vigilantes que rondaban el jardín de la mansión Grossman. No eran los únicos. La casa estaba atestada de guardias que paseaban de un lado a otro, atentos a cualquier movimiento extraño. Por lo que se veía, el padre de Mike tenía mucho interés en que nadie se acercara a las joyas...

—¿Has visto esas nubes? Parece que va a llover — comentó uno de los vigilantes.

—Bah, no lo creo —repuso su compañero—. En diciembre no suele llover mucho en California.

—Pues mi hermana vive en San Francisco y no deja de quejarse de la lluvia.

—Deberías decirle que se venga a vivir a Los Ángeles. Aquí hay mejor clima que en San Francisco.

Uno de los dos bostezó.

—Será mejor que sigamos con la ronda.

—Sí, tienes razón. No me gustaría que viniera el jefe y nos encontrara de brazos cruzados.

Sus pasos se alejaron y sus voces se fueron perdiendo en la lejanía. Lástima para ellos. Si hubieran esperado cinco minutos más habrían visto una silueta enmascarada que trepaba por la fachada trasera, apoyándose con habilidad en los ladrillos y salientes, hasta llegar a la terraza del primer piso.

En cuanto alcancé la balaustrada, me acurruqué entre las sombras que proyectaban los árboles y agudicé el oído. Escuchaba voces pero estaban demasiado lejos. Fuera de mi alcance.

Perfecto...

Metí la mano en el bolsillo lateral de mi traje. Mis dedos tocaron algo frío. *Mi esfera...* La saqué de su escondite. Su superficie era igual de oscura que el cielo que cubría Los Ángeles. Negra como un pozo de oscuridad. En cuanto sintió mi presencia emitió un leve resplandor. Aquella era su particular forma de saludarme. La estreché con suavidad.

A pesar de los años que llevábamos juntos, seguía maravillándome su perfección. Su belleza sobrenatural. Su poder... Tan solo tenía que formular una pregunta para que ella me mostrara lo que iba a ocurrir.

¿Algún contratiempo a la vista?

La esfera vibró entre mis dedos. Una ligera sacudida. Luego, unas letras doradas

que parecían hechas de oro fundido caracolearon en el interior.

Los guardias no me han visto entrar. Ninguno de ellos ha reparado en mi presencia. Está claro que necesitan más entrenamiento. ¿O puede que mis dotes de ladrón profesional estén mejorando?

Miro a mi alrededor para asegurarme de que estoy solo. Todo está en calma. El jardín, solitario. Vía libre.

Con mi esfera aún en la mano, me puse en pie,forcé la cerradura de una de las ventanas y me colé dentro de la casa.

Estaba en la habitación de Mike.

Había elegido a propósito ese camino de entrada porque aquella era la estancia que mejor conocía de la mansión Grossman. Sabía que el engranaje de la puerta chirriaba cuando llovía y que la tercera baldosa junto al armario hacía ruido cuando la pisabas. Me había dedicado a memorizar aquellos detalles mientras estaba con Mike por si acaso algún día lo necesitaba... Y, por fin, ese día había llegado.

Recorrí la estancia sin detenerme en nada en concreto pero antes de llegar a la puerta, algo llamó mi atención. En la mesita que había junto a la cama había una fotografía enmarcada. Mi cara salía junto a la de Mike, los dos sonrientes. Recordaba muy bien cuándo nos la habíamos hecho. La última vez que estuvimos en el parque de atracciones. Fuimos los dos solos para subirnos en todas las atracciones en las que Neal siempre acababa vomitando. Terminamos tan mareados que regresamos a casa en autobús. Aún así nos lo pasamos realmente bien...

Sacudí la cabeza y aparté aquel recuerdo.

El hijo de Adam Grossman no era mi amigo. No podía olvidar eso.

Le di la espalda a la fotografía y me alejé sin mirar atrás.

El pasillo de los dormitorios estaba vacío, sumido en la penumbra. Si mi orientación no me fallaba, un piso más abajo se encontraba el salón principal. No sería difícil llegar. Tan solo tenía que bajar las escaleras, llegar al recibidor y torcer a la derecha. Fácil.

—Len, ¿puedes oírme? —afiancé las cremalleras que cerraban mi traje y me aseguré de que los cuchillos que llevaba en las perneras estuvieran en su sitio. Miranda no los llevaba cuando se hizo pasar por mí porque no sabía manejarlos muy bien. Siempre decía que tenía más probabilidades de cortarse con ellos que de defenderse.

—Alto y claro, Kyle —la voz de mi amigo sonó con nitidez a través del intercomunicador que llevaba escondido en el oído.

—Estoy en el pasillo del segundo piso.

—Sí, te estoy viendo.

—¿Estás aquí?

—En realidad, estoy cómodamente sentado frente a mi ordenador. En Drayton —

soltó una carcajada—. Mira detrás de ti.

Obedecí. Detrás de mí, había un secreter y la pared color salmón del pasillo. Iba decirle a Len que no veía nada de particular cuando reparé en la pequeña cámara de seguridad que estaba instalada en el techo. Enfocándome.

—Me he hecho con el control de las cámaras de la mansión. Las controlaré desde aquí hasta que termines y hayas conseguido el brazalete. Así podrás moverte con más libertad. ¿Cómo está el panorama?

—Mejor de lo que habíamos previsto —repuse—. Hay muchos guardias pero la mayoría están fuera. ¿Has conseguido inutilizar las alarmas que protegen los objetos de la subasta?

—Estoy en ello. El sistema es un poco complicado.

—Podrás con él, amigo —le enseñé los pulgares hacia arriba a la cámara para darle ánimos—. Miranda, ¿tú qué tal lo llevas?

—No puedo quejarme —contestó la voz de mi amiga—. Mi coche se ha «averiado» frente a la casa de los Grossman y los guardias que estaban en la entrada se han ofrecido a ayudarme. Qué simpáticos, ¿no crees? —escuché dos voces masculinas que discutían sobre la forma más efectiva de arreglar el descapotable de Miranda—. Madre mía. ¿Todavía no se han enterado que he estropeado yo misma el depósito del agua? —bufó—. Como mecánicos no tienen precio. De eso no hay duda.

—Avísame si regresa Adam Grossman.

—Descuida.

Avancé por el pasillo. Todo estaba tranquilo... Sin complicaciones a la vista. ¿Tan fácil iba a ser recuperar el brazalete de mi madre? ¿Ni una sola pelea que me pusiera las cosas un poco complicadas, ni un solo obstáculo que...?

De repente, mi pie tropezó con algo. Un jarrón que estaba apostado en un rincón. No lo había visto porque el corredor estaba a oscuras pero cuando se bamboleó sobre sí mismo y cayó al suelo, rompiéndose en pedazos y armando un estruendo de mil demonios, deseé con todas mis fuerzas haber reparado en él antes.

Me quedé paralizado.

¿Qué...? ¿Me había avisado mi esfera de que iba a chocar con aquel jarrón y yo no me había dado cuenta? La alcé hasta la altura de mis ojos y recorrí su interior en busca de alguna predicción. Estaba vacía. ¡Completamente vacía! No había ni una sola palabra. *Imposible... Esto no...*

De pronto, la puerta de una de las habitaciones se abrió con un golpazo y la figura rechoncha de Marissa Grossman se recortó en el umbral, en camisón y con el pelo plagado de rulos.

—¿Quién anda ahí? —rugió.

No me quedé a darle explicaciones. Corrí hacia las escaleras que conducían a la planta de abajo para que no me viera y me refugié detrás de un biombo que encontré junto a la puerta principal, con el corazón latiéndome a cien.

¿Había fallado mi esfera? Volví a mirarla. Estaba igual que antes. Sin vaticinios.

Le pregunté por segunda vez para que reaccionara. *¿Va a encontrarme la madre de Mike?* A pesar de que formulé mi pregunta alta y clara dentro de mi mente, no vibró. Las letras doradas no aparecieron. Parpadeé sin dar crédito. *¿Qué está pasando?*

—¡Kyle! —la voz de Miranda retumbó en mi oído con tanta fuerza que me faltó poco para soltar un grito del susto—. Tenemos problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—De los gordos. Dos guardias van a hacia ti.

—No puede ser...

—¡Los estoy viendo, Kyle! Van a entrar en la mansión. ¡Tienes que salir de ahí!

Los dos vigilantes de los que hablaba Miranda aparecieron en el recibidor en ese preciso momento. Eran los mismos a los que había esquivado antes. Solo que esta vez me vieron antes de que pudiera buscar un escondite más seguro que el biombo que me había protegido de la madre de Mike.

—¡Es Zero! —exclamó uno de ellos.

El desconcierto inicial les duró menos que a mí. Sin preguntas de por medio, sacaron sus pistolas y empezaron a disparar. ¿Dónde había quedado la presunción de inocencia? Le di una patada al biombo y lo utilicé como parapeto para evitar que las balas me alcanzaran. No sirvió de mucho. Los proyectiles agujerearon la fina madera como si estuviera hecha de plastilina.

—¡Con cuidado, muchachos! —grité—. Valoro bastante todas las partes de mi cuerpo como para que me quitéis alguna esta noche.

Mis palabras solo cabrearon más a los dos gorilas. Sus disparos se intensificaron y tuve que alejarme rodando de mi trinchera para no acabar acribillado. El biombo quedó igual que un colador y cayó al suelo, destrozado. No tenía muchos escondites a mi disposición así que me refugié detrás de una estatua de mármol que había en un lateral para seguir de una pieza.

¿¡Cuándo se había descontrolado tanto la situación!?

Los proyectiles volaron hacia mí de nuevo. Se estrellaron en la estatua, levantando trocitos de la piedra con cada impacto. Lo siguiente que escuché fue un pitido. El de una alarma que se ponía en funcionamiento, atronando con un estridente chillido.

—¡Zero está aquí! Necesitamos refuerzos.

Sí, Zero estaba ahí. Aunque no hacía falta que avisaran a sus amiguitos para que se unieran al plan de dispararme hasta matarme.

Aproveché que el cargador de las semiautomáticas se había descargado para contraatacar. Saqué mis cuchillos y me preparé. Había aprendido a utilizarlos durante mis entrenamientos, cuando tenía nueve años. Tía Jane se empeñó en que debía dominarlos a la perfección para poder defenderme en caso de que algún día lo necesitara así que durante días enteros me dedicaba a lanzar cuchillos contra dianas que ella misma preparaba. Cada vez más altas. Cada vez más difíciles.

Gracias a eso ahora tenía una puntería excelente.

Fijé mis blancos y lancé los cuchillos. El primero se clavó en el muslo de uno de los vigilantes. El segundo, en el pie de su compañero. No eran heridas graves pero les dejaría fuera de combate una temporadita.

—¡Kyle tienes que salir de ahí! —esta vez era Len el que gritaba como un loco en mi oído—. ¡Te están rodeando!

Retrocedí hacia las escaleras. Casi a la vez, seis guardias irrumpieron en la mansión.

—¡Ahí está!

Volví al piso de arriba a la carrera. Era lo único que podía hacer. Sin mi esfera, enfrentarme a aquella cuadrilla armada sería un disparate. Seis contra uno no era una pelea equilibrada y mis opciones de victoria eran bajas. No podía arriesgarme.

En el pasillo me esperaba Marissa Grossman.

—¡Socorro! ¡Zero quiere robar mis joyas! ¡Socorro! —bramó nada más verme.

La empujé con el hombro y la estampé contra la pared para apartarla de mi camino. Se puso a gritar como si acabaran de herirla de muerte. Pasé por su lado y eché a correr de nuevo.

Regresé a la habitación de Mike y bloqueé la puerta con el escritorio que había junto al armario para que nadie pudiera entrar. Estaba sudando y notaba mis músculos tan tirantes como las cuerdas de un violín.

—¡Miranda! —grité a través del intercomunicador.

—¿Dónde estás?

—En la habitación de Mike...

Los guardias arremetieron contra la puerta. Los goznes se tambalearon, la madera crujió. Parecían desesperados por entrar... y yo desesperado por salir. Sopesé mis posibilidades. En realidad, no tenía muchas. La única manera de escapar era a través de la ventana por la que había entrado.

Solo había una dificultad...

La cuadrilla que patrullaba antes el jardín estaba ahora concentrada debajo de la terraza que comunicaba con la habitación de Mike. Se habían hecho con una escalera y algunos de ellos ya estaban trepando por ella para echarme el guante.

¡Estaba arrinconado!

Mi nivel de desesperación aumentó de forma exponencial. ¡No podía huir! A menos que... Me llevé la mano a la espalda. Agarrada al cinturón de mi traje estaba la pistola que utilizó Miranda para escapar del vestíbulo de Drayton el día de Acción de Gracias. Había estado a punto de dejarla en Drayton pero Len había insistido en que la llevara por si acaso «surgía alguna emergencia». Agradecí infinitamente la inteligencia de mi amigo.

La sostuve con firmeza y apunté hacia una de las palmeras que adornaban el jardín de los Grossman. Disparé. Un gancho metálico salió del cañón y se clavó en la parte más alta del árbol, dejando tras de sí un hilo transparente de iridio. Cogí impulso y, sin pensarlo, salté por el balcón. Los guardias no tardaron ni cinco

segundos en reaccionar. Me dispararon como si yo fuera el premio de unos recreativos pero, de alguna forma, conseguí sortear sus balas.

Utilicé el gancho como péndulo y pasé por encima de la verja de la mansión, rozándome las piernas con los salientes en los que terminaba el enrejado. En cuanto superé el límite de la propiedad, me solté.

La caída tenía por lo menos dos metros así que el aterrizaje no fue agradable. Rodé, me torcí el tobillo y, al final, acabé encajonado en un matojo, entre ramas y hojas. Me puse en pie a pesar del mareo que tenía y me escabullí calle arriba.

Lo único que quería era alejarme de allí lo más rápido posible.



Había dormido dos horas a lo sumo. Tenía un aspecto espantoso, con los pómulos hinchados y una expresión de cansancio absoluto marcada en cada poro de mi piel. La noche había acabado bien... Al menos, había conseguido llegar a Drayton. Aunque eso sí. Con las manos vacías y tachonado de moratones después de la escapada que había protagonizado en casa de los Grossman.

El robo del brazalete había sido un absoluto fracaso. De hecho, era el primer fracaso rotundo que había tenido desde que Zero empezó a actuar. Y lo que más odiaba es que había fallado en casa de mi peor enemigo...

Me abrí paso entre mis compañeros hasta llegar al comedor. Len estaba ya allí, tan dormido como yo. Aunque estaba haciendo un esfuerzo por mantenerse despierto, los párpados se le cerraban sin que él pudiera evitarlo.

Me dejé caer en la silla vacía que estaba a su lado.

—No deberías sentarte aquí —murmuró mi amigo.

—Si alguien pregunta diré que solo quedaba este sitio libre —Len echó un vistazo en derredor. Salvo un grupito de alumnos que estaban junto a la puerta, el resto de mesas estaban vacías. Me miró con escepticismo.

—Bueno, ya me inventaré otra excusa mejor —dije con un resoplido—. Todavía no me puedo creer que fracasáramos ayer.

—Ni yo. Hemos entrado en los sitios mejor protegidos del mundo y, sin embargo, la mansión Grossman nos ha superado por completo.

—Grossman... ¡Siempre Grossman! —pegué un puñetazo en la mesa—. ¿Por qué tiene que ser él quien me haga tropezar?

Miranda entró en el comedor arrastrando los pies. Iba tan perfecta como siempre, con un pañuelo de seda anudado al cuello y sus zapatos de tacón impecables. Pero por mucho maquillaje que se pusiera, no podía ocultar las ojeras que sombreaban su cara. Al parecer, nosotros no éramos los únicos que habíamos dormido poco.

—Buenos días —farfulló. Arrimó una silla y se sentó con nosotros.

—No deberías sentarte aquí —dijimos Len y yo. Mi amigo bufó, contrariado.

—Mira quién fue hablar —masculló. Miranda no nos hizo caso a ninguno de los dos y siguió hablando como si nada.

—Me siento como una cucaracha aplastada. Ni siquiera he podido ir a clase.

—Yo tampoco —reconocí. Había escuchado el despertador sonar y, acto seguido, lo había mandado volando al otro lado de la habitación.

—¿Ya habéis descubierto qué falló anoche?

—Mi esfera fue lo que falló. No me avisó de lo que iba a pasar.

—¿No hizo ninguna predicción?

—Ni una sola desde que entré en la mansión.

—Tal vez se haya estropeado...

Negué con la cabeza.

—He vuelto a probarla esta mañana y me ha avisado incluso de que ibas a hacerme esa pregunta.

—En realidad, creo que todo está relacionado con la casa, no con tu esfera —intervino Len.

—¿Por qué lo dices?

Len sacó su ordenador de la cartera y lo colocó en la mesa, encarado hacia nosotros. En la pantalla había una imagen de la casa de los Grossman. Pero tenía algo a su alrededor. Una especie de neblina azulada que rodeaba la construcción.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Según lo que he podido averiguar, eso es lo que hizo fallar tu esfera —Len presionó una de las teclas del ordenador y el color de la nebulosa se hizo más intenso—. Es una radiación especial formada por micropartículas que contrarresta la composición de tu esfera. En otras palabras... —aspiró una bocanada de aire antes de seguir hablando—. Ninguna esfera funciona dentro de la mansión.

Tardé unos segundos en asimilar lo que acababa de escuchar.

—Estás de broma —dije por fin.

—En absoluto —contestó Len. Aún incrédulo, volví a mirar la imagen de la mansión Grossman. ¿Una neblina que bloqueaba las predicciones de mi esfera?

—Si lo pensáis fríamente tendría sentido —comentó Miranda, pensativa—. El padre de Mike ha estado robando durante años a los portadores. Seguro que quiere protegerse de ellos a cualquier precio. ¿Y qué mejor forma que haciendo que su casa sea inmune a las esferas?

—Y lo que es aún peor —dijo Len—. Si estoy en lo cierto, necesitaremos al menos un mes antes de estar listos.

—¡No podemos esperar un mes! —exclamé—. La subasta es dentro de una semana.

—¡Es imposible! ¿Qué quieres que hagamos con tan poco margen?

—Ya se nos ocurrirá algo.

—No lo lograremos, Kyle. Sin tu esfera eres un ladrón normal y corriente. Jamás podrás burlar la seguridad de Adam Grossman.

Aunque no quería admitirlo, Len tenía razón. La esfera era nuestro principal punto de apoyo. Sin ella, ninguno de mis robos habría sido tan simple. ¿Tendría que decir adiós al brazalete de mi madre y admitir que era incapaz de derrotar a mi peor enemigo en su propio terreno? ¡Ni hablar! No me iba a dar por vencido.

—¿Cómo consiguen proteger la casa?

—No tengo ni la menor idea. No sé de dónde puede salir esa radiación ni cómo logran rodear la mansión con ella. Tendríamos que regresar y registrar la casa. Solo así podríamos encontrar algo que contrarrestara su efecto.

—Eso sería un suicidio —dije—. Con lo que pasó anoche estarán más preparados.

—¿Se te ocurre algo mejor? —me preguntó Len.

No contesté. Ninguna brillante propuesta salió de mi boca. Estábamos en un callejón sin salida. Solo Adam Grossman sabía cómo funcionaba aquel sistema de protección anti-portadores. Y, a lo sumo, alguna de las personas en las que más confiaba. Dan Alec, Juliette Morrison y, tal vez...

—Eh, espera. Puede que Mike sepa algo. Grossman confía en su hijo ciegamente. Seguro que le ha contado algo.

—Es posible —afirmó Len—. Aunque dudo mucho que te lo diga tan fácilmente. Tardarás en hacerle hablar, Kyle.

—Yo puedo conseguirlo más rápido —intervino Miranda. Len y yo nos volvimos hacia ella.

—¿Cómo?

—Mike está enamorado de mí desde hace tiempo. Puedo aprovecharme de eso. Estoy segura de que no le negará nada a su entregada y cursi novia.

—Espera, espera. ¿Quieres salir con Mike para descubrir el punto débil de la mansión?

—Sí.

—No es mala idea —reconoció Len.

—¿Qué? —exclamé—. ¡No! Ni hablar...

—Puedo hacerlo, Kyle —murmuró Miranda.

—No vas a salir con él.

—Es la mejor forma que tenemos de recuperar el brazalete de tu madre.

—Inventaremos otra cosa.

—Yo sé fingir mejor que tú.

—¡He dicho que no! —rugí. Di un manotazo en la mesa y Len tuvo que agarrar su ordenador para que no cayera al suelo.

—¡Sabes tan bien como yo que es la mejor opción! Tú jamás lo conseguirás.

Por supuesto que sabía que era la mejor opción. Miranda era la debilidad de Mike. Estaba loco por ella y le diría hasta la contraseña de su cuenta bancaria si fuera necesario. Aún así... Solo con imaginármelos juntos sentía que la sangre me hervía como si estuviera cociéndose dentro de mí.

—Me da igual. No me gusta la idea.

—No es a ti a quien le tiene que gustar sino a mí.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Te gusta Mike?

—¡No es asunto tuyo quién me gusta y quién no!

—¡Pues claro que es asunto mío!

—¿Ah, sí? —Miranda arqueó una ceja—. ¿Y por qué, si se puede saber?

Me crucé de brazos, a la defensiva.

—Solo me preocupo por ti.

—Pues deja de hacerlo. No lo necesito. Tú haces siempre lo que te viene en gana y yo nunca pregunto. Deberías aprender a hacer lo mismo.

—Eso no tiene nada que ver, Miranda. Estás cambiando de tema.

—¡Eres tú el que cambia de tema cuando te conviene! —bramó. Estábamos gritándonos y Gabriel nos lanzó una miradita de reproche desde la cocina. Len, por su parte, seguía nuestra discusión como si estuviera viendo un partido de tenis—. Eres mi mejor amigo. No mi vigilante. Deja de meterte donde no te llaman.

—¿Ah, sí? Muy bien —hice un ademán de desinterés—. No sé por qué me molesto. Por mí puedes hacer lo que quieras.

—¡Eso es justo lo que voy a hacer! —exclamó Miranda. Se levantó de su silla hecha una furia y se marchó. Sin despedirse siquiera.

Refunfuñé por lo bajo mientras la veía alejarse.

—¿Qué demonios os pasa? —preguntó Len.

Gruñí una frase incomprensible como respuesta y salí yo también del comedor, dando fuertes zancadas para dejar constancia de mi enfado.



Una de las tradiciones más absurdas que había en Drayton era la que precedía siempre los partidos de polo. Desde que el colegio fue fundado era costumbre que el capitán del equipo, junto con el entrenador, el segundo capitán y el director, recibiera en la entrada del internado al equipo contrario. Era algo así como una muestra de caballerosidad que se concedía a los rivales. Pero mientras atravesaba los pasillos a la carrera, derrapando y chocándome con las paredes, no dejaba de maldecir aquella estúpida costumbre.

Llegaba tarde. Muy tarde. Lo más seguro es que los de Rockland ya hubieran llegado. Y yo iba a ser el último en presentarme cuando tendría que haber sido el primero en hacer acto de presencia. Lawrence se pondría hecho un basilisco. Ya podía escuchar sus quejas en mis oídos. «La puntualidad es el rasgo más distintivo de un Blake».

Bajé las escaleras atropelladamente, saludando sobre la marcha a los compañeros con los que me iba cruzando, y llegué al vestíbulo. Patrick Neville me estaba esperando a los pies de la escalera. Nada más verme, levantó su cámara y empezó a fotografiarme. No dejó de presionar el disparador hasta que llegué a su altura.

—¿No te vas a cansar nunca de hacerme fotos? —tapé el objetivo para que se estuviera quieto.

—En a-a-absoluto —contestó—. Tengo m-m-m-mi carpeta de apuntes llena de fotografías tuyas. Pero t-t-t-tranquilo. No dejo que n-n-n-nadie la vea.

Puse los ojos en blanco.

—Deberías buscarte un *hobby* —mascullé. Patrick ni se inmutó ante mi indirecta. Al contrario. Me dedicó su sonrisa más resplandeciente e intentó liberar su cámara para seguir con la sesión fotográfica—. ¿Hoy no trabajas? Creía que los sábados te tocaba estar en el Nino's.

—Eh, sí. Bueno, seguí t-t-t-tu consejo y m-m-m-me he cambiado d-d-de trabajo. E-e-e-estoy en *Los Angeles Mirror*. C-c-c-como becario.

—¿*Los Angeles Mirror*? —silbé—. Vaya, ¿esa no es una de las mejores cadenas de televisión de la ciudad?

—S-s-s-sí —respondió Patrick—. N-n-n-no me dejan trabajar de p-p-p-periodista porque cuando me pongo n-n-n-nervioso tartamudeo. Así que ayudo con la p-p-p-p-programación diaria.

Estaba claro que ese trabajo le iba mejor que el de camarero en una discoteca. Al

menos así no tendría que lidiar con el viejo Thomas ni avergonzarse cuando se le cayera un vaso. Las noticias del día eran más fáciles de manejar.

Patrick miró ambos lados para cerciorarse de que estábamos solos y se acercó un poco más a mí.

—Lo que pasó ayer fue una maniobra de distracción, ¿verdad?

—¿Una maniobra de qué?

—Los periódicos están diciendo que Zero fracasó cuando intentaba robar en la mansión Grossman pero yo no me lo creo. Zero nunca fracasa. ¿Era parte del plan?

No me apetecía darle explicaciones así que decidí salirme por la tangente.

—¡Claro! Todo era parte del plan.

Patrick asintió como si fuera un gran entendido del tema.

—Ya me lo imaginaba.

Le dejé maquinando acerca de las razones que me habían llevado a «fracasar» y me despedí de él. Todavía no terminaba de acostumbrarme a esa admiración casi enfermiza que me profesaba ni a su forma de mirarme, como si fuera su ídolo musical y estuviera deseando pedirme un autógrafo. Y en parte era porque no confiaba del todo en él. No, no era desconfianza. Era más bien inquietud. No me gustaba que alguien que no fuera uno de mis amigos supiera que yo era Zero. Pero también era consciente de que si Patrick hubiera querido delatarme ya lo habría hecho.

Después de recuperar mis recuerdos entré en su casa y me deshice de las cintas de vídeo y los recortes de periódicos que tenía en su habitación. No se quejó. No vino a buscarme para preguntarme por qué lo había hecho aunque sabía perfectamente que había sido yo. Tampoco había hablado con la policía. Había tenido un largo mes para ir a la comisaría más cercana y, sin embargo, no lo había hecho. En cambio, se dedicaba a fotografiarme cada vez que nos encontrábamos. Por los pasillos, en clase... No lo entendía. Sencillamente, aquello superaba mi capacidad de comprensión.

Estaba casi en la puerta principal cuando alguien me agarró del brazo.

—Patrick, ya te he dicho que...

—Hola, Kyle —aquella voz no era la del sobrino de Charles Neville. Me di la vuelta. Lauren estaba detrás de mí. Se había puesto su bufanda con los colores de Drayton al cuello y el pelo, teñido del mismo color que Miranda, recogido en una coleta alta. ¿Era impresión mía o llevaba más pintalabios de lo normal?

—¿Qué tal, Lauren? ¿No estás con los demás en el campo de polo?

—Sí... esto... Iba hacia allí ahora mismo. ¿Y tú? Rockland acaba de llegar.

Miré por la ventana para confirmar sus palabras. Efectivamente, los autocares de nuestros rivales estaban estacionados en fila militar y los alumnos bajaban de ellos en ordenados grupos de veinte, vestidos con el mismo uniforme amarillo y verde. Los miembros del equipo de polo habían sido los primeros en pisar tierra y estaban situados a la cabeza de la procesión, con su entrenador a la derecha. Tal y como me temía era el último en llegar. Genial...

—Yo... —empezó a decir Lauren. Me miró a través de las pestañas mientras daba golpecitos en el suelo con su zapato—. Tan solo quería desearte buena suerte antes del partido.

—Eh, esto... Gracias. Me voy antes de que...

Lauren no dejó que me escapara. Se puso de puntillas y me plantó un beso en la mejilla. No fue un simple roce sin importancia. Dejó sus labios pegados a mi cara y la marca de su carmín se quedó tatuada en mi piel.

—Te veré en el partido —me susurró. Luego, se alejó de mí, sin apartar la sonrisa de sus labios. Aquello me pilló tan de improviso que me quedé sin palabras. Solo me dio tiempo a pensar «¿a qué viene esto?».

—¡Kyle!

Mike apareció en el extremo opuesto del vestíbulo y empezó a hacerme señas con la mano.

—¿Sabes qué hora es? Lawrence y el entrenador están que se suben por las paredes por tu culpa. Te va a caer una buena.

—Lo siento. No me he dado cuenta de lo tarde que era.

—Date prisa, colega.

En la escalinata que conducía a la entrada del internado, Sebastian y el entrenador Cleave esperaban a que nuestros invitados se acercaran para empezar el tradicional intercambio de saludos. Ocupé mi sitio a la derecha de Lawrence con la vana esperanza de que no se percatara de mi tardanza pero la mueca que me dedicó diluyó mis expectativas.

—Llega tarde, señor Blake —susurró con un deje de reprimenda.

—Me he quedado dormido.

Suspiró.

—Debería recordar que un Blake...

—... nunca llega tarde —repetí con voz cansina—. Sí, lo sé. No dejas de repetírmelo en cuanto tienes oportunidad.

—Al menos, veo que su memoria está más intacta que sus modales —Sebastian miró de reojo al entrenador Cleave y a Mike. Estaban hablando entre ellos sobre la mejor estrategia para derrotar al equipo de Rockland, ajenos por completo a nosotros—. Y supongo que su tardanza no tiene nada que ver con la subasta de Adam Grossman...

—¡No, por supuesto que no! —exclamé, haciéndome el indignado.

—Apuesto a que se ha quedado toda la noche preparando el robo con el señor Lu. Hice un mohín...

—Bueno, sí. Me acosté tarde ayer —Sebastian carraspeó, instándome a que soltara la verdad al completo—. Sí, vale. Estuve con Len... Estudiando distintas alternativas... Para robar el brazalete.

—Hace menos de un mes, casi pierde la vida, señor Blake. Debería tomarse un descanso.

—¡Ya he descansado!

—No lo suficiente.

—Vamos, Sebastian. Es el brazalete de mi madre.

—Y, ¿por qué no lo roba dentro de unos meses, cuando ya lo hayan comprado y esté lejos de Adam Grossman? ¿No cree que será más fácil?

—Hmmm... —consideré la posibilidad—. No.

—¿Por qué no?

—Quiero quitarle el brazalete a Grossman. Es más... motivador.

Abraham Downer, el director de Rockland, se acercó a nosotros seguido por la comitiva de su colegio. Sebastian y yo dejamos nuestra conversación a un lado y acoplamos una máscara de diplomática cordialidad en nuestros semblantes.

Downer aparentaba más años de los que en realidad tenía. Sus andares desgarrados y su espalda encorvada le habían valido en Drayton el apodo de «el Jorobado». Nunca me había llevado especialmente bien con los de Rockland pero su director me parecía un tipo simpático. Estreché su mano.

—Ah, joven Bradford. Siempre es un placer saludarle.

—Lo mismo digo, señor.

—¿Dispuesto a ganar?

—Eso espero.

Después de Downer empezaron a desfilar los miembros del equipo de Rockland. Hasta que quedé frente a frente con el capitán contrario...

—Griffith.

—Cuanto tiempo sin verte, Bradford —ninguno de los dos hizo ademán de estrechar la mano del otro.

Robert Griffith y yo nos conocimos en el orfanato. Aún así nunca habíamos tenido una relación demasiado... fluida. De hecho, sin saberlo casi me mata cuando intentó destrozar mi esfera con una piedra para divertir a sus amigos. Lo que ocurrió en Westlake cuando todavía tenía el chip fue solo una muestra del poco aprecio que nos profesábamos.

Los dos sabíamos que yo no me llamaba Kyle Bradford y que él no venía de familia adinerada a pesar de que se empeñara en ocultarlo. Pero ninguno había revelado la verdad. Puede que porque temíamos que el otro dijera lo que sabía.

—¿Estás preparado para morder el polvo? —inquirí.

—Esta vez vas a ser tú el que vuelva a casa con un puñetazo de más.

—Yo no estaría tan seguro —contesté—. Tus amigos ni siquiera están aquí para ayudarte.

—No les necesito para hacerte picadillo.

—Lo dudo...

Nos miramos con un rencor mal disimulado antes de separarnos. Cuando Robert se acercó a Mike, este le dedicó una risita burlona.

—¿Te has recuperado ya de la paliza que te dio Kyle, Griffith? —Robert se puso

rojo por la vergüenza y yo, por primera vez, aplaudí con sinceridad un comentario de Mike.



Miré el marcador. 3-0. No estaba mal. Sobre todo teniendo en cuenta que nosotros éramos los que íbamos ganando, claro. A pesar de ello, el juego sucio de Rockland nos estaba dejando apaleados. En menos de diez minutos, habíamos sufrido cuatro faltas y el entrenador había tenido que cambiar a Chris de su posición después de que Griffith le asestara un codazo totalmente antideportivo que, según el árbitro, había sido «parte de los lances del juego».

—¡Kyle! —gritó Mike. Golpeó la pelota con su taco y me la hizo llegar por debajo de las patas del caballo de un jugador contrario.

Un rugido ensordecedor atronó en el campo. Los partidos de polo despertaban mucha expectación en el internado y el que se jugaba contra Rockland era, sin duda, el más popular. En las gradas no entraba ni un alfiler. La de la derecha estaba ocupada por los alumnos de Drayton. La de la izquierda por nuestros rivales.

Patrick había conseguido uno de los mejores sitios, en primera fila, y seguía el juego sin dejar a un lado su cámara de fotos. Miranda también estaba allí, sentada junto a Lauren.

Desde que discutimos en el comedor, no habíamos hablado mucho. De hecho, había estado evitándola a propósito. Llevaba menos de una semana saliendo con Mike y en ese breve periodo había descubierto más cosas de Adam Grossman de lo que yo había logrado en años. Debería estar contento. Pero no lo estaba. En realidad, mi humor se había enranciado tanto que hasta Neal se había percatado. Y no dejaba de empeorar cada vez que veía a Mike junto a Miranda. No lo soportaba.

Robert se lanzó a por mí en cuanto se dio cuenta de que la pelota estaba en mi poder. Agarré con fuerza las riendas de Furia, mi caballo, para que no se asustara y desvié su ataque, protegiendo al mismo tiempo la preciada bola. Griffith cargó de nuevo pero esta vez su embestida acabó adrede en mi pierna. Su palo chocó de lleno contra mi muslo y un cosquilleo de dolor me bajó hasta los dedos del pie.

—Oh, vaya, el niño bonito de Drayton se ha hecho daño —se mofó.

—Como siempre jugando sucio —repuse.

—Es mi especialidad. ¿O es que no te acuerdas cuando estábamos en el orfanato? Yo siempre acababa derrotándote.

—Con trampas cualquiera podría hacerlo. Incluso alguien como tú. Solo eres un maldito...

Justo cuando estaba a punto de mandar a Griffith a un lugar poco recomendable,

mi esfera vibró. Estaba oculta en nuestro escondite, bajo tierra y a una buena distancia de mí. Y, sin embargo, percibí su movimiento como si la tuviera a mi lado. Con una nitidez que me sorprendió y me dejó desconcertado.

Robert aprovechó mi confusión para arrebatarme la pelota. Se alejó con ella al trote y la encajó en nuestra portería. Los de Rockland gritaron, entusiasmados. Yo no me moví de donde estaba.

Al ver que me había parado en seco, los miembros de mi equipo se detuvieron también, sin saber muy bien qué ocurría, y se miraron entre ellos. Mike se acercó a mí. Parecía preocupado y su entrecejo estaba fruncido en una señal interrogatoria. Pero yo no le hice caso. Solo oía los latidos de mi esfera.

Nunca antes había podido captar sus avisos si no estaba cerca de ella. ¿Por qué ahora sí?

Repasé el campo de polo con la mirada. No había nada fuera de lo normal... Volví la cabeza hacia mi derecha, hacia un extremo alejado que quedaba detrás de las gradas, y como si hubiera tocado sin darme cuenta un interruptor, las vibraciones se intensificaron. Las advertencias de la esfera estaban relacionadas con aquel punto concreto. *¿Me está avisando de algo...?*

El aire empezó a viciarse. Se hizo más denso. El cielo se ensombreció, encapotado bajo unas nubes grises. Furia se removi6, inc6modo. Tambi6n los otros caballos se envararon. Alguno incluso amenaz6 con tirar a su jinete. Griffith tuvo que retroceder para poder sujetar a su montura. Mike hizo lo mismo. Yo apret6 los flancos de mi corcel con las piernas para que no se desbocara. Mis ojos no se apartaban del sitio que haba se~alado mi esfera.

Y entonces lo vi. Medio oculto detr6s de un 6rbol, haba un hombre. No distingu6a su rostro porque llevaba una sudadera con capucha que le cubr6a la cabeza. Pero desde donde yo estaba, ve6a muy bien sus brazos. Uno de ellos ca6a l6nguido junto a 6l. El otro estaba estirado hacia delante. Y en su mano reluc6a algo met6lico...

Un rev6lver. Apuntado hacia m6...

Con un movimiento pausado, casi met6dico, el dedo del desconocido apret6 el gatillo.



Todo ocurrió muy deprisa. La bala surcó el campo tan rápido que nadie excepto yo la vio. Me eché hacia atrás justo a tiempo y el proyectil arañó de pasada mi mejilla. Aún así, un líquido caliente resbaló hasta mi barbilla.

Cuando me recuperé, lo primero que hice fue tirar de las riendas para que Furia diera marcha atrás y pudiéramos ponernos a cubierto. El repentino movimiento le pilló desprevenido y relinchó perezoso. Pero cuando una segunda bala impactó a escasos centímetros de su pata derecha, su pereza se transformó en pánico en cuestión de segundos.

Dio una sacudida, nervioso, y tuve que agarrarme a su cuello para no salir despedido por los aires.

—¡Tranquilo, Furia! —grité.

El semental no prestó atención a mis súplicas. Y menos aún cuando los disparos no dejaban de silbar a su alrededor. Mis intentos por apaciguarle se volvieron inútiles. Coceó como un loco y, sin previo aviso, echó a correr, intentando huir de lo que fuera que le estaba atacando.

Perdí el equilibrio y mi pie se escurrió del estribo. Me descolgué de la montura. Mi pierna derecha se elevó peligrosamente y la izquierda rozó el suelo... Los gritos de entusiasmo de mis compañeros se transformaron en terror.

Me aferré a la silla de montar. Una caída en esas condiciones me dejaría malherido en el mejor de los casos. En el peor, ya podía ir pensando en el color de mi ataúd.

El problema era que no resultaba fácil maniobrar en aquellas circunstancias. Furia corría desesperado y yo estaba casi boca abajo, a unos centímetros de la hierba que tapizaba el campo. Veía pasar el suelo debajo de mí como un borrón y no podía luchar contra la inercia del viento para enderezarme. El resto de jugadores, tanto los de Drayton como los de Rockland, se apartaban de nuestro camino para evitar que chocáramos con ellos.

Solo Mike y Neal se quedaron donde estaban.

—¡Kyle! —Mike se colocó a mi derecha, espoleando a su montura para que no perdiera nuestro ritmo, y me tendió la mano. A mi izquierda, Neal alargó el brazo para coger las riendas de Furia y detener su alocada carrera—. ¡Agárrate a mí!

Aquello me resultó irónico. Los hijos de mis enemigos, los mismos a los que yo aborrecía, me estaban intentando salvar la vida. ¿Por qué...? ¿Por qué tenían que ser

ellos? ¿Por qué tenían que ser ellos precisamente los que estaban allí?

Mike arrimó más su caballo al mío para reducir la distancia que nos separaba.

—¡Vamos! —exclamó.

La punta de sus dedos rozó mi muñeca y, por un instante, logré agarrarme a él. Pero la sacudida que dio Furia me hizo perder el equilibrio de nuevo. Intenté repetir la jugada. No llegué a hacerlo. Cuando levanté la cabeza y me di cuenta de hacia dónde nos dirigíamos se me quitaron las ganas.

Íbamos derechos hacia el portón que conducía al bosque de pinos que rodeaba Drayton.

En otra ocasión no me habría importado dar un tranquilo paseo entre los árboles. Pero había un inconveniente. La compuerta estaba cerrada y para franquearla tendríamos que saltar los cuatro metros de altura que medía...

No iba a salir vivo de aquella.

—¡Abridlo! —bramó Mike detrás de nosotros—. ¡Abridlo!

Con cierto alivio, vi que algún alma caritativa había hecho caso a Mike y el portón se estaba abriendo. Furia no se detuvo. Pasó por la pequeña abertura y se internó en el bosque, esquivando pinos, troncos caídos, rocas y gravilla sobre la marcha. Detrás quedaron los caballos de Mike y Neal, afanándose por llegar a nuestra altura de nuevo.

No podrían ayudarme.

El espacio era cada vez más reducido por culpa de la vegetación así que si quería regresar a Drayton entero, tenía que arreglármelas por mí mismo.

Busqué a tientas el estribo izquierdo. Lo localicé tras varios intentos infructuosos y, cuando lo hice, encajé mi pie dentro y tomé impulso. Concentré las pocas fuerzas que me quedaban en aquel sencillo movimiento.

Como pude, regresé a la silla de montar. El mundo dejó de estar de lado y me encontré de nuevo erguido en mi sitio. Me entraron ganas de gritar de alegría.

De inmediato, tiré de las riendas para que Furia parara y, por fin, obedeció mi orden. Se detuvo al borde mismo del lago que había en la parte posterior del internado y el frenazo me proyectó más allá de mi silla. Salí volando por los aires. Acabé aterrizando en el agua fangosa, zambullido hasta la cabeza y con algas pegadas a la cara.

Furia se acercó a mí jadeando, como si quisiera comprobar qué tal estaba.

—La próxima vez intenta que el aterrizaje sea más suave —le dije.

Mike y Neal desmontaron de sus caballos y se acercaron a nosotros. Mike fue el primero en llegar. Me ayudó a salir del agua y me observó de arriba abajo como si fuera la primera vez que me veía. No dijo nada. Simplemente, me abrazó. Con tanta fuerza que me dejó sin respiración. Neal me palmeó la espalda.

Nunca antes les había visto tan pálidos. Parecían asustados. *Muy* asustados. ¿Por mí? ¿Tenían miedo de que me pasara algo?

—Estaba convencido de que te íbamos a perder, amigo —susurró Mike.

Sus palabras se repitieron en mi interior y una sensación agridulce se instaló dentro de mí.

¿Amigo?

Eran realmente... ¿mis *amigos*?



Seguí con la mirada la luz que Natalie estaba desplazando delante de mí. Izquierda. Derecha. Izquierda... Ella me observaba con atención, atenta a mis movimientos. Aunque no me había dicho para qué servía aquella prueba, yo lo sabía. Medir la funcionalidad de mi cerebro. Detectar cualquier secuela que la caída que había tenido me hubiera dejado.

—Una vez más, señor Bradford —me dijo.

Repetí la misma operación hasta que se dio por satisfecha. Apagó la pequeña linterna que había estado utilizando y la metió en el bolsillo de su bata.

—Parece que todo está bien.

—¿Y el partido? —pregunté.

—Lo han cancelado. El director Lawrence y el director Downer han considerado que no era correcto seguir con el encuentro —Natalie entrelazó los dedos y suspiró—. Usted es el mejor jinete de Drayton. ¿Cómo es posible que su caballo haya perdido el control así?

No ha perdido el control. Le han hecho perder el control. Nadie se había dado cuenta de lo que había pasado en realidad. Los disparos habían quedado enmascarados por el griterío del partido y todos creían que lo que había pasado era culpa de Furia. Solo yo sabía qué había asustado a mi caballo...

—No se preocupe. Queda mucha temporada por delante. Ganarán el campeonato, ya lo verá —comentó Natalie—. De todas formas, debería tener más cuidado. No deja de darnos disgustos. Sobre todo al director Lawrence.

Cierto. A este paso Sebastian iba a sufrir un infarto. Cuando regresé por mi propio pie al campo de polo, llevando a Furia de las riendas, se arrojó sobre mí desesperado. Su perfecta compostura se había esfumado y, en su lugar, solo quedaba un anciano de pelo blanco. Jamás me había dado cuenta de lo mayor que era. Y de lo mucho que le importaba...

Unos golpecitos en la puerta me arrancaron de mis pensamientos.

—Adelante.

Miranda entró en la enfermería con mi uniforme de Drayton entre las manos. Detrás de ella estaba Len. La expresión de sus caras me recordó a las de Mike y Neal. Estaban preocupados. Podía verlo en las arrugas que se habían formado en sus frentes.

—Ahora que está acompañado, iré a hablar con el director Lawrence. Me ha

pedido un informe detallado en cuanto terminara de examinarle —dijo Natalie—. ¿Quiere que avise al señor Grossman y al señor Morrison? Están esperando en el comedor.

Arrugué el entrecejo.

—No es necesario —respondí—. Necesito... descansar un poco.

—Por supuesto.

En cuanto Natalie salió de la enfermería, Miranda se acercó a mí. Su mirada se detuvo en el arañazo que me había dejado el primer proyectil en la mejilla.

—¿La has traído? —le pregunté.

Asintió. Rebuscó en el bolsillo de su chaqueta hasta sacar un pequeño objeto alargado. Me lo tendió. Era una de las balas que el encapuchado había disparado durante el partido. Le había pedido que la buscara y me la trajera cuando iba camino de la enfermería.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó Miranda. Se sentó a mi lado mientras yo examinaba el proyectil. Al menos, lo que había ocurrido había servido para que nuestro enfado se apaciguara un poco.

—Alguien ha intentado matarme —contesté—. La esfera me avisó y por eso pude evitar que me convirtieran en un cadáver.

—Eso es imposible. La esfera estaba en el refugio —apuntó Len.

—Sí, ya lo sé. Pero os juro que noté cómo vibraba. La sentí igual que si estuviera en mi bolsillo —le devolví la bala a Miranda. Doce milímetros. Un calibre convencional. Sin marcas. Al parecer, no me iba a dar pistas sobre su dueño—. Fue algo extraño...

—Lo único que vimos nosotros fue que en mitad del partido te detuviste y miraste hacia un lado del campo. Parecía que te habías quedado hipnotizado. Estabas ido por completo. Y, justo después, Furia empezó a volverse loco.

—Se volvió loco porque nos estaban disparando. Había alguien en...

Me quedé callado. Dejé mi frase a medio concluir y me incliné hacia un lado. Me había parecido escuchar un ruido. Como de algo cayendo...

—Kyle, ¿qué pasa? —susurró Len. Le hice una señal para que guardara silencio. Puede que fueran imaginaciones mías. Desde que Dimitri me había estado persiguiendo por Drayton me había vuelto más suspicaz de lo normal. Y eso ya era decir bastante—. Es solo que...

Otra vez. El mismo ruido de antes. Solo que esta vez el estruendo se escuchó con más claridad que antes y Len y Miranda se enderezaron a la vez que yo. Ahora estaba seguro de que no me lo había inventado.

Me levanté de la cama de un salto y agudicé el oído. Unos pasos. Unos pies arrastrándose por el suelo en nuestra dirección. Y, de fondo, una respiración. Trabajosa y jadeante. Había alguien más en la enfermería. No estábamos solos. Pensé en el tipo que me había disparado... ¿Habría vuelto para rematarme?

Retrocedí y agarré una botella de agua que Natalie había dejado en la mesita que

estaba junto a la pared. Era de cristal así que me valdría para defenderme. Me acerqué a la cortina blanca que rodeaba mi cama. A través de la fina tela se perfilaba una silueta...

Sostuve con más fuerza la botella y aparté la cortina de golpe.

Len fue el primero en gritar. Después lo hizo Miranda. Yo me quedé parado, sin saber muy bien cómo reaccionar.

Frente a nosotros había un hombre. Tenía la cara magullada, llena cortes y moratones. Una de sus extremidades colgaba inerte y la pernera izquierda de su pantalón había desaparecido, dejando al descubierto una masa sanguinolenta de carne chamuscada. Le costaba respirar y con cada exhalación dejaba tras de sí un sonido asmático.

Me fijé en la ropa que llevaba puesta. Una sudadera gris con una capucha descolorida echada hacia atrás.

—Tú eres el que me ha disparado —susurré.

El hombre intentó hablar. Pero de su boca solo salió sangre. Sus rodillas flaquearon. Dejé la botella en su sitio y me acerqué a él para sostenerle.

—¡Len, ayúdame!

Entre los dos le recostamos en la cama. Tuvimos que sostenerle por la cintura porque, a simple vista, era la única parte de su cuerpo que seguía intacta. El resto, tenía un aspecto deprimente. Y lo que era peor. No dejaba de sangrar.

Un torrente carmesí salía de su cuello como si alguien hubiera abierto un grifo al máximo. Aparté la sudadera en busca del lugar por el que estaba escapando toda aquella sangre. No tardé en dar con él. A la altura de su clavícula, había una delgada hendidura. Pequeña aunque profunda...

Alguien le había apuñalado. Con un cuchillo. O puede que con un estilete.

Miranda se quitó la chaqueta del uniforme y me la pasó. La enrollé hasta convertirla en una bola y la apreté contra la herida para cortar la hemorragia.

—Hay que avisar a Sebastian —dije—. Este hombre necesita...

El desconocido me agarró de la manga y me acercó a él de un empujón. A pesar del estado en el que se encontraba, me asió con tanta fuerza que me fue imposible apartarme.

—Tengo algo importante que decirte... —tosió y un delgado hilo de sangre resbaló por sus comisuras—. Hay algo... en... el interior... de mi bolsillo. Cógelo.

—Debemos llevarte primero a un hospital.

—¡No! —exclamó. Se aferró a mí con más fuerza—. Haz lo que te digo.

La expresión decidida de su rostro no me dio opción a renegociar sus palabras. Obedecí. Metí la mano en su bolsillo y rebusqué en el interior. Mis dedos se toparon con algo frío... Helado. Una esfera. Igual que la mía. Un minúsculo orificio la atravesaba de un extremo a otro. Pasé el dedo por encima. Era del mismo tamaño que la herida que tenía el hombre en el cuello.

—Eres un portador —dije.

—Sí, como tú.

—¿Quién te ha hecho esto?

—Fue *él*... —susurró con voz trémula—. *Él*... está de vuelta. Aquí. En Los Ángeles.

—¿Quién es *él*? —pregunté. Pero mi interlocutor no pareció escuchar mi pregunta. Siguió hablando como si no me hubiera oído.

—He venido para avisarte. No debes ir a la subasta de Adam Grossman. *Él* te estará esperando allí —su respiración se aceleró—. Lo he visto en mi esfera. Ese será el principio del fin.

¿La subasta? ¿Qué tenía que ver la fiesta benéfica de los Grossman con ese misterioso *él*?

—Estás... en peligro. Eres el único que puede darle lo que quiere... Por eso... Te quiere a ti y solo a ti. Te está buscando. Tienes que confiar en mí. Debes... escapar.

—¿Por qué debería confiar en alguien que ha intentado matarme?

—No... Yo... Antes... Durante el partido... No quería matarte... Solo... Herirte para que no pudieras ir... a la subasta. Pensé que... sería la mejor forma de obligarte a quedarte en Drayton... Herido no estarías en condiciones de... ir. Y, sin embargo... He fallado... Lo siento... No quería hacerte daño... Tienes que creerme.

Su quijada tembló.

—No puedes dejar que vuelva a hacer lo que hizo. No puedes... permitirlo... No puedes... Prométeme que le detendrás. ¡Prométemelo!

—S... sí.

—Buen chico. Espero que algún día... puedas perdonar los errores... que cometí en el pasado.

Su mano cayó inerte sobre la cama. Sus ojos se quedaron clavados en el techo, vidriosos.

—Eh —le zarandeeé—. ¡Eh, despierta!

Pero no despertó. Nunca más.



Aterricé en el jardín. La tapia que acababa de saltar y que, supuestamente, servía para ahuyentar a tipos desalmados como yo no había sido un obstáculo. Conocía aquel lugar y sabía cuál era la sección menos elevada. La más vulnerable. También sabía dónde estaba el panel desde el que se controlaban las alarmas y las había desconectado para que nadie me molestara. Podía haber dejado que Len se encargara pero había preferido hacerlo yo para que él pudiera descansar. El día había sido demasiado movidito.

Examiné la mansión de paredes blancas y techumbre negra que se alzaba delante de mí. La habitación a la que me dirigía estaba en la tercera planta y de la ventana entreabierta salía un resplandor de luz.

Trepé hasta allí de la misma forma que lo hice en casa de los Grossman y miré a través del cristal. Sentada en su escritorio, estaba tía Jane, leyendo un libro bajo la luz de una lamparita. Empujé la ventana. No hizo ruido al abrirse ni yo al moverme. Aún así, mi madre adoptiva se percató de mi llegada. No sabía cómo lo hacía. Ella era la única a la que no conseguía engañar nunca.

—Buenas noches, Kyle —siguió leyendo, como si ver a su hijo entrar de aquella manera fuera lo más normal del mundo.

—¿Cómo sabes siempre que estoy aquí? —pregunté. Me quité la máscara de Zero y la dejé sobre la mesa.

—Instinto materno, supongo —su sonrisa de bienvenida se desvaneció en cuanto me vio. Mis dedos seguían manchados de sangre a pesar de que me había lavado a conciencia por lo menos cinco veces. Y el apósito que cubría la herida que tenía en la mejilla no pasaba desapercibido precisamente. Tía Jane se puso en pie tan rápido que tiró el libro al suelo—. ¿Estás herido?

—No es mi sangre —le enseñé la esfera del portador encapuchado. Cuando vio el orificio que atravesaba el cristal apretó los labios.

—Ya entiendo.

—¿Sabes de quién es?

—Sí —contestó, tras una breve pausa—. Timothy Lance. Es... Era un viejo amigo. ¿Cómo ha muerto?

—Alguien le ha matado.

—¿Asesinado?

—Sí. Eso parece. Creo que atravesaron su esfera con un cuchillo y eso fue lo que

le mató.

Tía Jane se dejó caer en su asiento de nuevo.

—Al final, sus temores se han hecho realidad.

—¿Qué quieres decir?

—Timothy estuvo en casa hace unas semanas. No nos habíamos encontrado desde la muerte de tus padres. Pero poco después de que tú regresaras a Drayton, vino a verme.

—¿Qué quería?

Tía Jane abrió uno de los cajones de su escritorio. Estaba vacío. O, al menos eso parecía, porque cuando presionó un interruptor oculto que había en un lateral, el fondo se levantó, dejando al descubierto un compartimento secreto. Cogió algo del interior y me lo tendió. Era un trozo de papel arrugado, con una dirección escrita en él.

—Vino a entregarme esto. Me dijo que iba a morir pronto y que quería que yo lo tuviera. No me dijo nada más.

—¿Adónde lleva esta dirección?

—No tengo ni idea, Kyle. Jamás pensé que Timothy estuviera hablando en serio. Siempre fue un poco... neurótico así que supuse que estaría exagerando como siempre. Si tan solo le hubiera escuchado...

—Es imposible que supieras lo que iba a pasar.

—¿Te dijo Timothy quién lo hizo?

—Habló de alguien, sí... Aunque no llegó a decirme quién era.

—Dudo mucho que tuviera enemigos. Era un buen hombre.

—Pues para no tener enemigos parecía muy asustado. Intentó herirme durante el partido de polo solo para evitar que fuera a la subasta de Grossman.

—¿Qué? ¿Por qué haría algo así?

—No lo sé —contesté.

Revisé la nota que tía Jane acababa de darme. Quería ir a la subasta de Adam Grossman para recuperar el brazalete de mi madre. Pero... Ese tal Timothy no parecía bromear cuando me dijo que me mantuviera lejos. Tal vez solo desvariaba... O puede que hubiera un motivo real que yo ignoraba. ¿Qué habría visto en su esfera para ir hasta Drayton y avisarme cuando sabía que le faltaba poco para morir?

Solo había una forma de averiguarlo.

Guardé el papelito en el bolsillo de mi traje y me encaramé al alfeizar de la ventana.



Miranda detuvo su coche y se asomó por la ventanilla abierta. Yo hice lo mismo. Los dos nos quedamos mirando el destartalado edificio que teníamos frente a nosotros, sin saber muy bien qué decir. Len fue el único que se atrevió a abrir la boca.

—¿Es aquí? —preguntó.

—Eso parece —volví a mirar la nota de Timothy para cerciorarme de que no nos habíamos equivocado. La dirección nos había llevado hasta una casa prefabricada que parecía sostenerse por alguna clase de milagro, en uno de los peores barrios de Los Ángeles. Una barriada marginal donde se hacinaba un amplio abanico de criminales y mendigos. El tejado se estaba desmoronando y las humedades estaban devorando hasta los cimientos. El jardín hacía años que no se regaba y ya no quedaba un ápice de hierba fresca. Tan solo matojos amarillentos que medían medio metro de alto—. Bonita casa.

—Preciosa —repuso Len con sarcasmo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Miranda.

—Entrar —contesté.

—¿Entrar? —repitió Len. Sacudió la cabeza de un lado a otro—. Yo me quedé aquí...

—¿No vas a venir con nosotros?

—¡Ni hablar! No pienso entrar en ese sitio —sacó su ordenador y se acomodó en el asiento trasero como si tal cosa—. Os aviso si viene alguien. Disfrutad de vuestro paseo por la casa del terror, chicos.

Acostumbrado como estaba a la forma de ser excesivamente conservadora de Len su respuesta no me sorprendió lo más mínimo. Bajé del coche y me reuní con Miranda delante de la verja oxidada de la casa. Al menos, en algo tenía razón mi amigo. Aquel sitio era escalofriante.

—Según lo que ha averiguado Len, esta fue la última casa en la que vivió Timothy —me informó Miranda—. Antes de eso se mudó diez veces en menos de dos años. De forma aleatoria, procurando no dejar rastro tras él.

—O era una maniático de las mudanzas o realmente había un motivo por el que se desplazaba con tanta asiduidad.

—Tal vez tenga que ver con la forma en la que ha muerto.

Nos adentramos en el jardín, abriéndonos paso a trompicones entre la maleza salvaje, hasta llegar a la casa. Escudriñé el porche en busca de cualquier cosa

sospechosa. Había una mecedora a un lado y unas manchas oscuras en el suelo que parecían sangre. Pero más allá de eso no veía nada extraño...

—Parece que está vacía —dije. Miranda interpretó aquello como un «vía libre para continuar» y subió el primer escalón que conducía a la vivienda. En cuanto su zapato se posó en el peldaño, escuché un ligero clic. Casi imperceptible aunque lo suficientemente claro como para que no me pasara por alto. Agarré a mi amiga y tiré de ella hacia atrás. Cayó sobre mí y los dos nos precipitamos al suelo. Un segundo después, una lanza salió disparada a través de una de las ventanas y voló por encima de nuestras cabezas. Se clavó en el árbol que estaba detrás de nosotros, dejando un bonito agujero en la corteza. Solté una risa nerviosa—. Parece que a Timothy no le gustaban las visitas.

—Y que lo digas —repuso Miranda. Ninguno se atrevía a moverse por miedo a que otra arma saliera de la nada así que nos quedamos tirados en el suelo, mirando la casa con una mezcla de aprensión y recelo. Íbamos a necesitar algo de ayuda si queríamos entrar.

Pregunté a mi esfera. Al menos, ella podría avisarnos de dónde vendría el peligro...

Nos ponemos en pie y avanzamos de nuevo hacia la casa.

Subo los peldaños y agarro el pomo de la puerta. En cuanto toco el metal, una trampilla se abre encima de mí. Miro hacia arriba justo para ver una parrilla llena de pinchos cayendo sobre mí.

Genial... ¿No iban a dejar de llover cosas afiladas?

—Mejor busquemos otra forma de entrar —dije mientras me levantaba. Miranda no rebatió mi plan. Se sacudió la arena del pantalón y se colocó a mi lado. Pero no me siguió desde la distancia como siempre hacía. Me agarró de la mano. Sus dedos se entrelazaron con los míos. Un hormigueo subió de inmediato por mi brazo.

—¿Qué pasa? —me preguntó al ver que me había quedado parado.

—Eh, nada, nada —¿por qué me estaba comportando como un idiota? Ni que fuera la primera vez que Miranda me cogía de la mano. Aún así, tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para olvidarme del calor que me estaba subiendo por las extremidades—. Por aquí.

Utilizando la esfera esquivamos las trampas que estaban diseminadas por el jardín. De no haber sido por ella habríamos acabado ensartados por tres lanzas y hundidos en un pozo lleno de cristales rotos.

—Esto parece un campo de batalla —murmuré.

—No es un campo de batalla. Es una trinchera —me corrigió Miranda—. Timothy se estaba defendiendo de algo... O de alguien.

—Y hasta donde sabemos ese algo o alguien acabó encontrándole.

—Kyle, mira —Miranda señaló la puerta de atrás de la casa. La cerradura estaba

rota. Forzada desde fuera. Y había algo más. Las trampas que protegían aquella parte del jardín estaban inutilizadas. Alguien se había encargado de encontrarlas y despedazarlas una por una.

—Parece que no somos los primeros en llegar.

Empujé la puerta. Nuestras siluetas se proyectaron en el interior de una cocina que parecía haber quedado arrasada por un vendaval. Los cajones estaban desencajados de su sitio. Las sartenes y los cubiertos esparcidos. Los cuchillos clavados en las paredes...

Di un paso hacia delante.

—¿Estás loco? —exclamó Miranda—. ¡No deberías entrar! Puede que la persona que mató a Timothy esté dentro.

—Tú quédate aquí. No tardaré nada.

—Kyle... —mi amiga arrugó el labio como solía hacer cuando alguno de mis planes no le gustaba especialmente.

—Estaré bien. He hecho cosas peores.

Le apreté la mano para tranquilizarla y me adentré en la casa.

Conforme me alejaba de ella, la oscuridad era más insondable. Ni siquiera la luz que entraba del exterior era suficiente para distinguir algo en la negrura. Palpé las paredes en busca de algún interruptor. Lo encontré aunque por más que lo pulsé hasta que me cansé, la solitaria bombilla que pendía del techo no se encendió. No había corriente. Utilicé el resplandor dorado que desprendían las letras de mi esfera para guiarme y seguí adelante.

Desde la cocina se accedía a un largo pasillo que terminaba en una solitaria estancia. No había nada más. Ni escaleras de subida ni habitaciones. Timothy había sellado con cemento y ladrillos hasta el último agujero, ventana y entrada.

La sala que había al final del corredor debió de ser en su día un bonito salón, con una chimenea y una amplia mesa de madera. Una televisión en un extremo y una librería plagada de libros en el otro.

Ahora era un caos.

Todo por los suelos. Roto. Hecho añicos. Con manchas de sangre aquí y allí. Y disparos. Empotrados algunos de ellos en el techo. Pero lo peor eran sin duda las paredes. Estaban cubiertas de palabras escritas con tinta roja. No quedaba un solo centímetro libre.

Nunca se fue. Sabía que estaba cerca.
Acechándome.
Vigilándome.
No me hicieron caso...
Ahora pagaremos las consecuencias...
Nosotros seremos los primeros...
No tendrá piedad. Nunca la ha tenido.
Ha vuelto. Huye.

Se me erizó el vello de la nuca. Contemplé aquella última frase con una sensación de incomodidad latiéndome en el pecho. ¿Quién habría vuelto? ¿Sería ese *él* del que habló Timothy? Giré sobre mis talones, dispuesto a salir de aquella habitación de locos. Cada segundo que pasaba allí dentro me sentía peor.

No había hecho más que girarme cuando un ruido de cristales crujió bajo mi zapato e, instintivamente, pegué un brinco. Me hice a un lado e iluminé con mi esfera lo que fuera que había pisado.

En el suelo, destrozado, había un marco.

Entre el revoltijo de cristales sobresalía un pequeño rectángulo de papel. Una fotografía. Rota por la mitad, descolorida y con los bordes amarillentos. No me costó mucho reconocer a la persona que aparecía en la imagen. Era Timothy Lance. Aunque casi no parecía el mismo. Estaba más joven, con una sonrisa de felicidad iluminando su semblante... ¿Qué pasó en su vida para que se convirtiera en un loco que vivía encerrado en un búnker a prueba de intrusos?

En una esquina de la fotografía había un garabato. Una especie de emblema. Tres círculos concéntricos atravesados por una cruz. No había visto aquel símbolo antes y, sin embargo, por alguna razón, un escalofrío me recorrió la columna vertebral. Retrocedí. Despacio. La casa ya no me parecía tan vacía como antes... Tenía la sensación de que alguien me estaba vigilando.

No me quedé para averiguar qué estaba pasando. Guardé la fotografía en mi bolsillo y salí corriendo de la casa.



El día que empezaban las vacaciones de Navidad, el internado se convertía en un hervidero de maletas y alumnos desfilando hacia el vestíbulo para subir a los coches que habían venido a recogerles. Las clases no se reanudarían hasta dentro de dos semanas y la mayoría aprovechaba para regresar a sus casas y celebrar las fiestas en familia.

Patrick había sido uno de los primeros en marcharse. Antes, había pasado por mi habitación para dejarme mi regalo de Santa Claus. Un álbum lleno de recortes de periódico con noticias sobre Zero. En las últimas páginas había pegado dos de las fotografías que me había hecho antes del partido de polo.

Me recosté en la silla en la que estaba sentado, sin apartar la vista del mapa de la mansión Grossman que había estado estudiando desde primera hora de la mañana. Jack llegaría al mediodía así que había dejado mi equipaje listo y me había adueñado de una de las mesas más escondidas de la biblioteca para trabajar con más tranquilidad. Aunque, a decir verdad, no había mucho público. A excepción del señor Napier, estaba solo.

Quería aprenderme de memoria la distribución de las habitaciones para moverme con más libertad durante el robo. La última vez que estuve en la mansión, la historia no terminó demasiado bien para mí y estaba dispuesto a hacer que aquello no volviera a repetirse. La subasta era al día siguiente y no tenía tiempo que perder.

Porque, a pesar de lo que me había dicho Timothy, Zero iría a la fiesta.

No había averiguado por qué quería evitar que asistiera y, aunque no me gustara su casa y lo que había visto en ella, seguía sin encontrar una buena razón para quedarme en Drayton. Así que había decidido olvidarme de lo que había pasado y organizar el plan para recuperar el brazalete de mi madre. Al fin y al cabo, ¿qué podía salir mal?

Lo único que tenía que hacer era librarme del inhibidor de Grossman. El resto sería sencillo.

—Eh, Kyle.

Levanté la cabeza. Mike se acercaba a mí, acompañado por Miranda. Escondí el mapa debajo de mi cartera y acoplé en mi cara una forzada mueca de bienvenida.

—Vaya, has madrugado mucho. ¿Tantas ganas tienes de volver a casa? —me preguntó. Se sentó enfrente de mí y me regaló una sonrisa amistosa.

—Voy algo retrasado con el ensayo de Políticas y he preferido quedarme aquí

para adelantar mi redacción antes de que Jack venga a buscarme.

—Ah, ese ensayo es una pesadilla. ¡Hay que escribir cincuenta páginas sobre la situación socio política de Estados Unidos! ¿Puedes creerlo? El profesor Bracken se ha propuesto amargarnos las Navidades —se quejó Mike. Apartó la silla que tenía al lado para que se sentara Miranda y ella le correspondió con un aleteo de pestañas.

—Oh, gracias, terroncito.

Enarqué las cejas. ¿*Terroncito*?

—¿Por qué no sigues contándome eso tan interesante sobre la mansión Grossman? —preguntó Miranda con vocecilla ñoña.

—En realidad, es una tontería —reconoció Mike.

—¡Por supuesto que no! Me encanta tu casa —replicó ella. Se volvió hacia mí para hacerme partícipe de la conversación—. Mike me estaba hablando de las medidas de seguridad que su padre ha preparado para que la subasta de mañana sea perfecta.

—Ya veo —repuse. En realidad, lo que estaba haciendo Miranda era averiguar a qué tendríamos que enfrentarnos durante el robo. Alargó la mano y la posó sobre la de Mike. Este miró embelesado cómo los estilizados dedos de mi amiga acariciaban los suyos.

—Me estabas explicando que habéis instalado un aparato que genera una protección especial, ¿recuerdas?

—Ah, bueno, es un invento de mi padre... —Mike se mordió el labio—. La verdad, no sé si debería hablar de ello.

—¿Por qué no? —inquirió Miranda—. A mí me parece muy interesante, ¿verdad, Kyle?

—Claro —un invento de su padre... ¿Sería el inhibidor? Apoyé los codos en la mesa, repentinamente interesado en la conversación.

Mike dudó unos segundos antes de hablar.

—Es... algo único —dijo, al fin—. Mi padre no habla mucho de ello... Solo sé que genera una neblina azul alrededor de la casa que nadie puede ver.

Miranda y yo intercambiamos una mirada de soslayo. ¡Bingo!

—Y supongo que si es tan raro, tu padre lo tendrá muy protegido... —susurró mi amiga.

—Lo tiene escondido en el sótano de la mansión para que nadie puede acercarse. Yo solo lo he visto una vez —Mike se estaba confiando. Teníamos que aprovechar aquella oportunidad. Le hice una seña a Miranda y ella entendió mi mensaje a la primera.

—¡Qué misterioso! —exclamó, haciéndose la interesada—. ¿Y crees que podríamos verlo mañana, antes de la fiesta?

—No sé... —contestó Mike—. Es muy importante para él.

—Oh, por favor, Mike. Me haría mucha ilusión —Miranda se inclinó hacia delante para presionarle más. Estaban casi encima uno de la otra... Demasiado

cerca... Dejé de prestar atención. Una llamarada subió desde lo más profundo de mi ser, abrasándome—. No le diremos nada a tu padre para que no se enfade, ¿te parece?

—Bueno... Está bien. Está bien. Lo intentaré... —los dedos de Mike se enroscaron en uno de los mechones de Miranda, enredándose en su cabello rubio. Sus labios se acercaron a los de ella. Más cerca. Más cerca...

Aquello fue lo que desencadenó todo.

El mundo entero se ensombreció y solo quedó un sentimiento de odio profundo borboteando en mis entrañas. Una ponzoña que me invadía, contaminándome. Y cada segundo que pasaba, esa negrura se hacía más fuerte. Incontrolable. Peligrosa...

Los fluorescentes que iluminaban la biblioteca estallaron uno detrás de otro. Los libros empezaron a resbalar de sus estantes, cayendo al suelo como una marea descontrolada. Unas retorcidas sombras nos envolvieron por detrás. Quería enterrar al hijo de Adam Grossman. Hacerle desaparecer. Solo podía pensar en eso. El resto de pensamientos habían desaparecido.

Entre el estruendo que estaban provocando los libros, escuché las exclamaciones de Mike. Podía sentir su miedo como si fuera algo palpable. Y eso me gustó. Me hizo sentir más poderoso. Era tan dulce...

El suelo tembló bajo nuestros pies. Los cristales de las ventanas crujieron.

Si desaparecía Mike... Si dejaba de existir...

Una de las estanterías se desplomó encima de la mesa que estaba al lado de nosotros, rompiéndola por la mitad. Los temblores se multiplicaron y las paredes se resintieron. El señor Napier salió despavorido. Mike no dejaba de gritar...

Y por encima de sus gritos me llegó también un sonido diferente. La voz de Miranda... Llamándome... Aterrorizada.

Me puse en pie tan rápido que tiré mi silla al suelo. Casi a la vez los libros dejaron de caer de las baldas y la oscuridad que había aparecido a nuestro alrededor se deshizo en la nada. Las sacudidas se detuvieron. La biblioteca volvió a la normalidad.

—¿Qué se supone que ha pasado? —balbuceó Mike. Algo le había golpeado en la cabeza y una brecha había aparecido en su frente. Junto a él, Miranda miraba a su alrededor asustada. Yo me quedé donde estaba, demasiado aturdido como para pensar con claridad.

Esa sensación... Ese odio tan profundo... Y luego los temblores... Sacudí la cabeza. Necesitaba... necesitaba... No sabía muy bien qué era lo que necesitaba. No entendía nada.

Cogí el mapa de la mansión Grossman y mi cartera y salí de la biblioteca, tan desesperado por huir como si me persiguiera un ejército entero.



No dejé de correr hasta que llegué a la capilla de mis padres. Me interné en el refugio de Zero y bloqueé todas las puertas para que nadie pudiera entrar. Solté mi cartera y el plano y apoyé las manos en la mesa de cristal. Me costaba respirar. No sabía si por la carrera o por lo que había pasado.

Aún tenía una sensación extraña latiendo dentro de mí. Era como si no pudiera borrar del todo la oscuridad que me había invadido antes... Seguía pegada a mí, igual que una inquietante sombra.

Mientras me esforzaba por recuperar el aliento me di cuenta de algo.

Mi esfera estaba palpitando. Al compás de mi agitada respiración.

Podía captar sus movimientos de la misma manera que el día del partido. Se agitaba con espasmos sostenidos, sincronizada a la perfección conmigo. ¿Me estaba avisando otra vez?

Desconecté los sistemas de seguridad y abrí la sala acorazada.

Allí no había luces ni ventanas. Entre otras razones porque no la necesitaba. Conocía aquella estancia como la palma de mi mano. Era circular, con las paredes ligeramente cóncavas. No había ningún mueble ni objetos adornándola. En realidad, no había nada dentro, solo un pedestal. Mis pies se encaminaron hacia allí sin necesidad de que diera la orden.

Descansando sobre un colchón de terciopelo negro, estaba mi esfera. En cuanto me aproximé a ella, emitió un fulgor. Pasé el dedo por su negra superficie. Estaba tan fría... Sentí que la oscuridad se cerraba más a mi alrededor, envolviéndome como había ocurrido en la biblioteca.

Me estremecí.

Había algo extraño en lo que había ocurrido antes. Los libros no se caían de sus estantes porque sí. Ni las luces se fundían a la vez sin un motivo. Tampoco el suelo se movía todos los días como si se acabara el mundo.

Tenía la sensación de que aquello no había sido una simple coincidencia.

No había sido... normal.

Como si entendiera mis pensamientos, mi esfera volvió a vibrar en su pedestal. Un reflejo dorado se formó en su interior. *¿Una predicción?* Me acerqué más para leer lo que ponía. Una palabra surgió poco a poco. Como si le costara más esfuerzo del habitual.

Cuando conseguí ver por fin lo que era, un sudor frío perló mi frente.

Peligro...

Me aparté del pedestal con las piernas agarrotadas. No podía dejar de mirar la esfera y aquella solitaria palabra que flotaba dentro. Cerré la puerta de un portazo y me dejé caer en el suelo.

Algo extraño estaba ocurriendo. Conmigo. Y con mi esfera.



El salón principal de la mansión Grossman era la viva imagen de su propietario. Tan suntuoso que te hacía sentir como un minúsculo insecto. Dorados, mármoles, maderas nobles... Eso sin contar con la recargada decoración navideña. Lazos de terciopelo en las puertas de los que colgaban guirnaldas de muérdago, enormes centros de flores con *poinsettias* que tapizaban el lugar como un manto carmesí, un gigantesco abeto que no tenía nada que envidiar al de Drayton, camareros vestidos de etiqueta que se paseaban de un lado a otro con bandejas repletas de comida y copas de champán. Puro lujo. Pura ostentación.

Pero por debajo de aquel despliegue también había algo más. Cámaras de vigilancia ocultas, alarmas de última generación, una decena de guardias vestidos de paisano que vigilaban hasta el más mínimo movimiento... La sala estaba blindada.

No está mal, Grossman.

—¡Kyle! —Mike se abrió paso hasta llegar a mí. Su corbata era del mismo color que las flores que adornaban la estancia.

—Siento el retraso. Había... atasco —lo que había era un repaso a mi plan de robo para asegurarme de que nada salía mal aquella noche.

—¡No pasa nada! Ven. Los demás ya han llegado.

Zigzagueamos entre la gente hasta llegar al extremo opuesto del gran salón. Muchos de los invitados eran amigos de mi tía. A otros no les había visto en mi vida. Aún así, todos tenían algo en común. Eran ricos y famosos. Actores de Hollywood, poderosos empresarios o dueños de multinacionales...

Por supuesto, tampoco faltaban en la fiesta Juliette Morrison y Dan Alec. Adam Grossman estaba con ellos, pavoneándose como era habitual en él. Cuando me vio, levantó su copa como si quisiera brindar a mi salud. Correspondí a su recibimiento con un rígido ademán.

Neal, Lauren y Miranda nos esperaban junto a una figura de Santa Claus tallada en hielo que me sacaba por lo menos dos cabezas. Otro lujo innecesario de esos que abundaban en la mansión.

—¡Brindemos por nuestro capitán accidentado! —me saludó Neal al tiempo que me pasaba el brazo por los hombros.

—Muy gracioso —me quejé.

—Tal vez deberías haberte quedado en casa, Kyle —dijo Lauren. Me fijé en el vestido que llevaba puesto. Blanco de gasa, recatado y conservador. Tan angelical

como su forma de hablar. Miranda en cambio iba de negro, con una entallada blusa y una falda corta. ¿Se habían puesto de acuerdo para ir lo más diferentes posible?—. Todavía no estás recuperado de la caída.

—Tan solo tengo unos rasguños. No estoy en estado crítico —contesté. Me eché el pelo hacia delante para que nadie se fijara en el intercomunicador que llevaba en el oído. Len estaba al otro lado y, de vez en cuando, me avisaba de los avances que iba haciendo.

—Lo que está claro es que últimamente nos persiguen los accidentes —dijo Neal—. Vaya terremoto el de ayer, ¿eh, Mike?

—Y qué lo digas. Parecía que el techo de la biblioteca iba a derrumbarse encima de nosotros. Teníais que haber visto cómo caían los libros de los estantes. Las luces se apagaron y...

Había contado la misma historia cientos de veces. Parecía que no se cansaba nunca de repetirla. Yo, en cambio, no soportaba escucharla. En parte porque seguía sin estar seguro de que hubiera sido un terremoto lo que había causado aquel misterioso temblor...

—Voy a por algo de beber.

No esperé a que me contestaran. Me escabullí del grupo mientras Mike se recreaba en lo que había pasado el día anterior. Por el camino cogí una copa de champán y me la bebí de un trago. El alcohol descendió por mi tráquea y me hizo entrar en calor.

Más entonado que antes, me llevé la mano al intercomunicador.

—Len —susurré—. ¿Dónde está el inhibidor?

—Según lo que os contó ayer Mike, lo que sea que está bloqueando tu esfera está en el sótano de la mansión Grossman. Y solo hay una forma de entrar. A través del pasillo del primer piso.

Asentí.

—Voy hacia allí.

—Kyle... ¿Estás seguro de que quieres hacer esto? ¿Y si las advertencias de Timothy iban en serio?

—Vamos, Len. No hemos encontrado nada raro.

—Pero...

—Tranquilo. Todo saldrá bien. Avísame si hay alguna novedad.

—De acuerdo.

Salí del salón sin que nadie me viera. Sorteé a los camareros y a los guardaespaldas que pululaban por los alrededores y bajé al piso inferior. No me detuve hasta que llegué a la puertecilla metálica que conducía al sótano.

Como era de esperar, estaba cerrada con llave.

Hurgué con mi ganzúa en la cerradura hasta que el mecanismo cedió. *Ya está.* Giré el pomo y empujé la puerta con suavidad.

Al otro lado, había una escalera de bajada. No era de mármol como las demás de

la casa sino de madera, desgastada por el uso. Tampoco las paredes estaban pintadas de fino estuco. Eran de piedra vasta, sin rastro alguno de pintura ni emplastes.

A lo lejos escuchaba el insistente goteo de algo líquido cayendo y, más allá, como un rumor perdido, las voces distorsionadas de los invitados de la fiesta. No había guardias ni cámaras de seguridad por ningún lado y aquello me llamó la atención. Poca protección para un lugar tan importante para Grossman...

Cuando llegué al final de la escalinata me encontré con una habitación enorme, de techo alto. En el centro se alzaba una pilastra con forma de espiral. Toda ella de cemento, sin decoración alguna. Tampoco se veían aberturas ni hendiduras. Tan solo tenía un pequeño interruptor en la parte de arriba. ¿Era aquello lo que estaba buscando?

Mi esfera me dio la respuesta.

Cuando intenté acercarme a la columna, me soltó un calambrazo que me hizo detenerme en seco.

—¿Lo has encontrado? —me preguntó Len.

—Eso parece —al menos, mi esfera estaba convencida de ello. Me fijé en el interruptor. Tal vez si lo pulsaba...

—Supongo que el sistema de alimentación estará en la base —decía mientras tanto Len—. Tendrá un generador subterráneo o algo así. Aunque... ¿Kyle?

Había soltado semejante palabrota que Len se había quedado descolocado y había interrumpido su discurso técnico.

—¡Se está moviendo! —exclamé. La pilastra estaba girando sobre sí misma. Cada vez más rápido. Y conforme rotaba unas piezas metálicas emergían del suelo. Alargadas, como las patas de una araña gigante. Agrupadas todas ellas alrededor del pilar de cemento, formando un círculo protector.

—¿Has tocado algo?

—¡No! —gruñí—. Bueno, vale. Había un interruptor y...

La columna dejó de girar y las monstruosas extremidades se estiraron en vertical cuan largas eran. Me recordó al capullo de una flor abriéndose... Solo que en lugar de pétalos aquellos brazos de metal terminaban en unas peligrosas y afiladas cuchillas que no tenían aspecto de ser inofensivas.

No tuve oportunidad de gritar antes de que cayeran sobre mí. A la vez. Como si estuvieran sincronizadas. Me eché a un lado y rodeé sobre mí mismo para que no me cortaran. A eso le llamaba yo un buen sistema de protección... Empezaba a entender por qué no había seguridad a la vista.

—¡Kyle! ¿Qué está pasando?

—Estoy... peleando con unos brazos asesinos —contesté.

Una de las cuchillas pasó rozando mi garganta. Salté hacia atrás para evitar que me seccionara la cabeza y después corrí hacia el lado contrario para eludir el filo de una segunda guadaña.

Sabían en todo momento hacia dónde iba a ir.

Si retrocedía me cerraban el paso. Si avanzaba me acorralaban.

Aquellos trastos tenían sensores. Por eso controlaban cada uno de mis pasos. Así que daba igual lo rápido que me moviera. Tarde o temprano, acabarían conmigo. Tenía que detener aquello como fuera. Y la única manera de hacerlo era presionando al interruptor de nuevo.

Aunque era más fácil decirlo que hacerlo...

Llené mis pulmones y esprinté lo más rápido que pude hacia el centro de la sala. Por supuesto, las cuchillas se percataron de mis intenciones. Rápidamente, se reagruparon frente a mí, formando una muralla infranqueable.

Querían impedir que llegara a mi objetivo.

No me detuve. Ni siquiera cuando vi que se ponían de nuevo en marcha para atacarme. Seguí corriendo. Cuando estaba a un paso de acabar ensartado, me tiré al suelo. Resbalé por la superficie de la estancia y pasé por debajo de los brazos de metal. Bajaron para rematarme pero yo fui más rápido. Me puse en pie y reanudé mi carrera...

Aún me faltaban unos metros para llegar a la pilastra y las cuchillas giraron para atacarme por detrás. Por más que corría y corría, tenía la impresión de que la distancia nunca se reducía. Al contrario. *¡No voy a conseguirlo!*

Cinco metros...

Tres metros...

Una de las guillotinas pasó muy cerca de mi tobillo, rasgando mi pantalón y seccionando por la mitad el calcetín que llevaba puesto. Noté un ligero escozor en la piel. Seguramente, mi ropa no había sido la única perjudicada en aquel ataque.

Dos metros...

¡Un metro!

Cuando estaba a tan solo unos pasos de la columna, me lancé hacia el interruptor y lo presioné sin pensarlo. Había esperado que todo ocurriera como en las películas. Pulsas el botón correcto, los malos pierden y tú salvas el mundo.

Pero no fue eso lo que ocurrió.

Nada cambió. Las cuchillas siguieron aproximándose a mí, igual que antes.

—¡No! —grité.

Pulsé de nuevo el interruptor. Una vez. Y otra. Y otra. A la cuarta intentona, el botón empezó a parpadear.

—¿Y ahora qué pasa? —exclamé. Uno de los brazos cayó en picado sobre mí y tuve que refugiarme detrás del pilar para protegerme. Aquello iba de mal en peor. No solo tenía que hacer un esfuerzo por mantenerme con vida sino que además debía descubrir cómo parar aquel chisme del infierno.

—¡Kyle! —prorrumpió Len en mi oído—. ¡Es una contraseña! La pilastra está protegida por una contraseña.

—¿¡Qué!?

—El sistema está encriptado. Estoy... intentando piratearlo desde aquí. Pero no es

fácil. Tardaré unos minutos.

¿Unos... minutos? No estaba seguro de que pudiera sobrevivir tanto tiempo.

—¡Date prisa! —las cuchillas volvieron a la carga. ¡Me estaban empezando a acorralar! Muy pronto sería una brocheta de Zero—. ¡Len! —el filo de uno de los brazos se clavó en el pilar. Me aparté a tiempo de salvar mi cuello—. ¡Vamos, Len!

De repente, el pilar cedió. Se desplomó hacia atrás y la inercia me derribó a mí también. Mientras caía el filo de las guillotinas pasó a centímetros de mí.

En cuanto la columna se desenganchó de su base, los brazos metálicos se detuvieron. Quedaron tan cerca de mí que casi no podía moverme sin cortarme en el intento.

—Kyle, ¿sigues ahí? —me preguntó Len.

—Sí, y por lo que veo tú también —miré la columna derribada—. Gracias, amigo. Me has salvado por poco.

—No ha sido nada. En cualquier caso, espero que no tengamos que encontrarnos de nuevo con una de estas cosas infernales —comentó Len—. ¿Y la esfera? ¿Funciona de nuevo?

—Comprobémoslo.

La saqué de mi bolsillo y formulé la primera pregunta que se me ocurrió. *¿Voy a poder salir de aquí?* Sus predicciones no tardaron en aparecer.

Las cuchillas no se ponen en funcionamiento de nuevo. Por suerte... Otra aventura como esta y no salgo vivo. Dejo una de mis monedas de plata sobre la columna. Seguro que a Adam Grossman le gustará saber quién ha desmantelado su sistema de seguridad.

Subo las escaleras y salgo del sótano. No encuentro a nadie por el camino. Solo falta recuperar el brazalete de mi madre.

Lancé un grito de entusiasmo. ¡Por fin! Mi esfera funcionaba de nuevo. Y, por lo que se veía, el camino de vuelta estaba despejado. ¿Podía pedir algo más?

Ahora empezaba la segunda parte del plan.



Regresé a la fiesta como si jamás me hubiera ido y me mezclé entre los invitados, hablando con unos y con otros. Mi aventura por la sala de las cuchillas diabólicas no había durado mucho así que mi ausencia había pasado desapercibida. Nadie me hizo preguntas.

—Queridos amigos —la voz de Adam Grossman se alzó por encima del bullicio. Las conversaciones se silenciaron de inmediato y los más de cincuenta pares de ojos que había en el salón se clavaron en el anfitrión—. Antes de nada me gustaría agradeceros vuestra presencia aquí esta noche. Es para mí un enorme placer estar rodeado de tantos y tan buenos amigos.

La sonrisa condescendiente que danzó en sus labios me dio ganas de vomitar.

—Como bien sabéis, esta no es una fiesta cualquiera. Esta noche subastaremos diez piezas únicas de mi colección personal cuyo valor asciende a más de mil millones de dólares —las exclamaciones de sorpresa se generalizaron. Grossman, en cambio, no movió un solo músculo. Tan solo se giró ligeramente hacia mí—. Hay un objeto en particular que, para mí, es muy especial... Un brazalete de diamantes. La pieza estrella de hoy.

Aguanté el peso de su mirada sin flaquear. ¿Quería verme sufrir? No le iba a dar esa satisfacción.

—Nunca veréis una joya así. Y no solo por su valor. También por la historia que esconde tras de sí... —sus palabras cayeron en un deliberado suspense. Su atención seguía centrada en mí. Me estaba estudiando. Analizando—. ¡Contemplad por vosotros mismos la belleza del brazalete Moon River!

Grossman chascó los dedos y, ante el asombro de todos, una plataforma ovalada descendió del techo del salón. La seguí con la mirada hasta que se posó justo detrás del padre de Mike. Encima, colocados como si de un expositor de variedades se tratara estaban los objetos que iban a subastarse. Valiosos collares, dos preciosos Renoir... Y, entre ellos, protegido por una vitrina de cristal, el brazalete de mi madre. Era tal cual lo recordaba. Dos filas horizontales de diamantes y una corona de laureles. Una pequeña obra de arte que mi padre le regaló a mi madre cuando yo nací.

Los invitados se acercaron a la tarima para admirar el brazalete. Algunos incluso comentaban ya el precio que estarían dispuestos a pagar por él. Yo no me moví. Que miraran lo que quisieran. Jamás tendrían el Moon River.

—¿Es precioso, verdad? —Lauren se colocó a mi lado y contempló la joya de mi madre mientras mecía su copa—. Es una de las piezas más bonitas que he visto. Ojalá

que mi padre puje por él.

—Eh, sí —contesté, sin mucho interés. Dejé que Lauren siguiera hablando sobre lo maravillosa que estaba siendo la fiesta y me dediqué a estudiar la plataforma. Estaba protegida por una infinidad de alarmas, ocultas con habilidad en la parte inferior. Seguramente nadie había reparado en aquel detalle pero yo estaba allí para robar y sabía muy bien dónde tenía que mirar. Si alguien se acercaba más de la cuenta, tendríamos a la mitad de la policía de Los Ángeles sobre nosotros en cuestión de segundos.

—Oye, Kyle —Lauren jugueteó con el borde de su vestido—. He estado pensando que nos conocemos desde muchos años y, ya sabes, eh, somos amigos...

—Ajá —repuse. En cualquier caso, acercarme al brazalete no sería tan complicado. Tenía a Len para desactivar las alarmas y a mi esfera para avisarme de cualquier imprevisto que pudiera surgir. Con una buena distracción, el trabajo estaría hecho. La única dificultad a la que tendría que enfrentarme serían los guardias que vigilaban como perros de caza la sala...

—El caso es que... a mí me gustaría que dejáramos de ser amigos.

—Claro. Dejar de ser amigos —los analicé con disimulo. Parecían clones. Todos con la misma apariencia de Terminator. Pelo rapado, extremidades de gimnasio y... oh, sí, por supuesto, pistolas. No serían fáciles de tumbar, eso seguro.

—Querría que fuéramos algo más que amigos...

—Ya —podía contar con Miranda para que les distrajera. Ella era mejor que yo en eso. Seguro que sus dotes de actriz conseguían encandilar a... Espera un segundo. Me volví hacia Lauren—. ¿Qué acabas de decir?

—Yo... —dio un paso hacia mí. Se mordió el labio inferior. Estaba dudando entre si debía seguir hablando o no. Al final, sus palabras salieron como un torrente de su boca—. Me gustas, Kyle. Siempre me has gustado. Quería decírtelo desde hace mucho tiempo... Neal me ha pedido muchas veces una cita. Pero yo nunca he querido nada con él. Solo me importas tú. Podríamos salir juntos. Dame al menos la oportunidad de demostrarte lo que siento.

Uno de los vigilantes pasó a nuestro lado y me dedicó una sonrisilla. Debía de pensar que Lauren era mi novia y que me estaba montando una escenita.

—Mira —empecé a decir—, no creo que sea buena idea. Yo...

Mi esfera tembló en ese preciso momento. Se agitó con tanta fuerza dentro del bolsillo de mi chaqueta que me hizo perder el hilo de la conversación. Casi al mismo tiempo el intercomunicador emitió un chasquido y la voz de Len estalló en mi tímpano.

—¡Kyle, han bloqueado mi ordenador! Alguien se está haciendo con el control de la mansión Grossman. No puedo... no puedo acceder a las cámaras.

Por encima de sus imprecaciones, oí un sonido amortiguado. Velado. Algo líquido salpicó mi cara. Lo primero que pensé fue que Lauren me había tirado su bebida para no escuchar mis excusas baratas de por qué no iba a salir con ella. Pero cuando

levanté la vista y me encontré con su rostro, me di cuenta de que estaba muy equivocado.

Tenía la tez lívida y el vestido tachonado de manchones rojos. Sus labios temblaban y sus ojos estaban anegados de lágrimas. Ni una sola gota se había derramado de su copa. Seguía intacta. Me pasé la mano por la cara, desconcertado. Mi mejilla estaba manchada con el mismo líquido rojizo que había estropeado la ropa de Lauren. Tardé unos segundos en percatarme de qué se trataba. Sangre...

Un peso muerto se desplomó a mi lado. Era el guardia que había pasado antes a nuestro lado. Le habían disparado en la frente y su sangre nos había salpicado a Lauren y a mí. Me quedé patidifuso, contemplando embobado el cadáver del vigilante. Cinco segundos antes estaba riéndose de mí. Ahora, estaba muerto.

El grito de horror de Lauren fue lo que me arrancó de mi estupor. Volví en mí justo antes de escuchar de nuevo aquel sonido sordo impactando en otro punto del salón. Un segundo vigilante cayó abatido en el pulido pavimento, muy cerca de donde estábamos nosotros.

Y entonces no solo gritó Lauren. Un coro de alaridos se alzó entre la masa de invitados. Los ruidos de decenas de pies corriendo despavoridos hacia la salida se mezcló con el de los disparos y el sonido de los guardias cayendo muertos. El salón entero se convirtió en un caos de voces asustadas y gritos de miedo.

Escondí a Lauren detrás de uno de los cuadros de la subasta para protegerla de los disparos. Estaba helada y no dejaba de llorar.

—¡No te muevas de aquí! —le dije. No sé si me escuchó o no. Tampoco me quedé a su lado para comprobarlo. Me arrastré por el suelo y me asomé por encima de la tarima.

Los invitados se atropellaban los unos a los otros. Adam Grossman, Mike y Neal hacían lo posible por mantener el control y evitar que la estampida se convirtiera en una tragedia aunque no era tan sencillo. La gente estaba aterrorizada. Y los guardias seguían muriendo.

—¡Kyle! —Miranda se agachó junto a mí.

—¿Estás bien?

—S... sí, eso creo...

Los disparos enmudecieron, sustituidos por una escalofriante quietud. No quedaba casi nadie en el salón. Solo nosotros, los cadáveres de los guardias y una solitaria silueta que se alzaba en mitad de la enorme sala. De espaldas. Con un fusil humeante en la mano.

Miranda hizo ademán de levantarse. La detuve.

—¿Qué pasa?

—Quédate aquí.

Me acerqué hasta el guardia que había muerto a mi lado. Le arrebaté la pistola y apunté a la persona que contemplaba sin emoción alguna la masacre que él mismo había provocado.

—Date la vuelta —le ordené.

No se movió. Repetí mi orden con más contundencia que antes y, finalmente, obedeció. Cuando vi su rostro, se me formó un apretado nudo. Mantuve la pistola en alto pero el brazo se me quedó rígido.

—No puede ser... Tú...

Mi interlocutor rio por lo bajo, dejando tras de sí unas carcajadas frías e insensibles. Luego, se acercó hasta la urna en la que descansaba el brazalete. Rompió el cristal con la culata de su fusil y lo cogió. Lo contempló durante unos segundos antes de alzar la vista de nuevo hacia mí.

—Nos veremos muy pronto, Kyle...

Fue lo único que dijo antes de tirar su arma a mis pies y escapar por una de las ventanas del salón. Desapareció en la noche como si nunca hubiera existido.

No pude moverme para detenerle. Tampoco disparé. Porque la persona a la que había estado apuntado, la misma que había irrumpido en la mansión Grossman y asesinado a los guardias con una frialdad inhumana, era yo.

Era Zero.



Le pedí a Len que rebobinara la grabación. Había visto tantas veces aquel vídeo que me lo sabía de memoria. Aún así, presté atención. Las imágenes eran del exterior de la mansión Grossman, grabadas por una de las cámaras de seguridad cinco minutos antes de que empezaran a caer abatidos los guardias. Durante tres interminables minutos no se veía nada más que la fachada de la casa, iluminada y resplandeciente en mitad de Beverly Hills. Después, aparecía.

Una silueta rápida que cruzaba por delante del objetivo de la cámara.

Apreté el botón de pausa. Aunque la calidad de la grabación no era muy buena se podía distinguir claramente el contorno de una figura humana. Cualquiera que no fuera yo habría jurado que era Zero. Llevaba el mismo traje y una máscara copiada con exactitud de la mía.

Solo había dos diferencias.

La primera que el traje no era negro sino blanco. La segunda que la máscara no era plateada sino dorada.

—¿Quién creéis que será? —preguntó Miranda.

—Un imitador. Eso está claro —terció Len. Miranda inclinó la cabeza hacia un lado, como aceptando la idea.

—¿Se cree que esto es un juego? ¿Se cree que puede suplantarme así como así? ¡Él no es Zero! —repliqué yo.

—Pues me temo que nadie piensa lo mismo —repuso Len. Me tendió un papel arrugado. Era la primera página de *The New York Times*. El titular me hizo soltar un bufido de indignación. «Zero, un asesino despiadado». Una fotografía de aquel tipo vestido de blanco ocupaba la primera plana al completo—. He conseguido las portadas que saldrán mañana en los principales periódicos del país. La mayoría han hecho una edición especial para informar de lo que ha ocurrido esta noche. Y todos te culpan a ti de los asesinatos.

Estrellé mi puño en el escritorio de tía Jane. El golpe sonó tan fuerte que, seguramente, hasta mi madre adoptiva lo escuchó. Y eso que estaba durmiendo en su habitación, una planta más arriba.

—¿Cómo es posible que no hayan visto que no es el verdadero Zero? ¡Ni siquiera va vestido igual!

—Pero se comportó igual que tú. Incluso se llevó la joya de tu madre, por si acaso se te ha olvidado.

No, no se me había olvidado. Ese farsante me había birlado el brazalete delante de mis narices. Lo que más me molestaba era que habíamos trabajado mucho para conseguirlo y ahora no teníamos nada.

—¿Cuántos guardias han muerto?

—Cuatro. Tres más están ingresados en el hospital St. Michael en estado crítico. No hay heridos entre los invitados.

Sabía por qué me decía Len aquello. Adam Grossman estaba en perfectas condiciones. Al igual que Dan Alec y Juliette Morrison. Aunque fueran los asesinos de mis padres, me alegré por ellos. No me habría gustado que murieran acribillados a balazos.

—¿Y Mike y Neal?

—Están bien —contestó Miranda, tomando el relevo—. Lauren tampoco tiene nada grave. Solo perdió el conocimiento cuando la sacaron de la mansión.

—¿Crees que esto estará relacionado con lo que dijo Timothy? —inquirió Len.

Apoyé la espalda en la pared, pensativo. Podía ser... Eso explicaría por qué el portador tenía tanto interés en evitar que yo fuera a la subasta. Lo que no terminaba de entender era la relación que había entre Timothy y ese cara dorada que había aparecido de la nada...

No pude seguir dándole más vueltas al tema. El ordenador de Len se iluminó con una luz amarilla chillona que me hizo entornar los ojos. Mi amigo agarró el portátil de inmediato. No sé qué vio pero su rostro mudó de una tonalidad normal a un blanco cal.

—Esto —masculló despacio— no me gusta.

Más por instinto que por otra cosa miré hacia la puerta.

—¿Nos han descubierto?

—No, no, qué va —giró el ordenador hacia nosotros. En la pantalla había un mapa de Los Ángeles. Habría pasado por un plano normal y corriente de no ser por el diminuto puntito rojo que había en un extremo.

—¿Qué es eso? —pregunté. Miranda se inclinó hacia delante, igual de intrigada que yo.

—Eso es el Museo de Arte —explicó Len.

Otro puntito rojo se encendió a la derecha. Los tres miramos el lugar que señalaba. Library Tower. Len dejó escapar un silbido que sonó más bien como un gorgoteo ahogado.

—Vale. ¿Qué son las luces rojas?

—Hace unos meses pirateé la base de datos de la policía de Los Ángeles para saber cuándo y dónde se cometía algún robo —otro punto más—. No solo los nuestros. También los que llevaban a cabo otras personas —se encogió de hombros—. Me pareció útil. Así podríamos saber si alguien robaba alguna de las posesiones de los Blake antes que nosotros.

—Me estás diciendo que...

—Cada marca roja es una alerta de robo.

Me quedé igual que si me hubieran abofeteado allí mismo.

—¿Cuántos llevamos ya?

—Tres, por lo menos —respondió Miranda. Chascó la lengua cuando apareció un cuarto puntito en el mapa—. Cuatro.

—¿Qué están robando? —Len no contestó. Y cuando dejaba de hablar de forma tan repentina siempre acababa soltando una mala noticia—. ¿Qué? ¿Qué? ¡Habla!

—Kyle, están robando objetos de tu familia por toda la ciudad. Y hay algo más.

¿Más? No se me ocurrían peores noticias que las que estaba recibiendo aquella noche.

—Ha sido él —sentenció Len—. Los robos los está cometiendo ese tipo vestido de blanco... haciéndose pasar por ti.



Me había colado en muchos sitios. Bancos, mansiones, museos... Aunque nunca, hasta la fecha, en un hospital. Los hospitales me daban mal rollo. Sobre todo porque yo había pasado tres meses de mi vida encerrado en uno después de que Robert Griffith rompiera mi esfera cuando estábamos en el orfanato.

Pero, como solía decir tía Jane, siempre hay una primera vez.

Me escurrí entre los árboles que rodeaban el hospital St. Michael hasta llegar a una de las puertas laterales del edificio. Era la que utilizaban los médicos y las enfermeras de guardia cuando necesitaban tomar el aire durante el turno de noche... Y también mi recepción de lujo para entrar en el pabellón en el que estaban las habitaciones.

En teoría, aquella puerta solo se abría por dentro. Pero el mecanismo era tan simple que no me costó mucho forzarlo. Cuando terminé de forzar la cerradura, entré. Me sorprendió lo blanco que era todo. Suelo blanco, paredes blancas... Hasta las escaleras que llevaban a las plantas superiores eran de un blanco inmaculado.

—¿Hacia dónde voy, Len?

—Tienes que subir al cuarto piso. Última habitación a la derecha.

—Entendido —fui hacia las escaleras. Por el camino, me aseguré de que no había nadie a la vista. Nunca venía mal hacerse el precavido, y más con lo que había pasado en la mansión Grossman unas horas antes.

—Te gustará saber que la seguridad del hospital es irrisoria. No he tardado ni cinco minutos en desconectar las alarmas.

—¿Acaso te sorprende? Nadie espera que un ladrón profesional entre en un hospital a las cinco de la mañana para darse un tranquilo paseo —contesté.

—Supongo que tienes razón. Aún así, Miranda se ha quedado vigilando junto a la puerta principal. Por si acaso hay algún imprevisto.

Según iba subiendo, me di cuenta de que todos los pisos eran iguales. Un enorme número pintado en negro en la pared señalaba la planta en la que estabas y, justo al lado, una puerta con un ventanuco circular en la parte superior comunicaba con el pabellón correspondiente.

No me detuve hasta que alcancé el cuarto piso.

No veo ninguna enfermera. Lo más seguro es que estén haciendo la ronda de noche. Sobre el mostrador de la recepción hay una bata blanca y una mascarilla de quirófano. No me vendría mal cambiar de disfraz...

Me adentro en el pasillo, dejando atrás las primeras habitaciones. Llego a la que Len me ha dicho y pego el oído a la puerta. Escucho una respiración acompasada y el pitido de una máquina.

Me limité a seguir lo que la esfera había anticipado. Llegué hasta la habitación y me metí dentro tan sigiloso como una sombra. Cerré la puerta tras de mí. En la cama, rodeado de aparatos, había un hombre dormido. Le reconocí. Era uno de los guardias que estaba en la mansión Grossman. Según la placa que había junto a la puerta se llamaba John Wiggin.

Me quité la máscara de Zero y me puse la bata y la mascarilla que había «cogido prestadas» en la recepción. Zarandeé a Wiggin con suavidad para que despertara. Soltó un murmullo de desaprobación. Aún así, sus ojos se abrieron.

—Buenas noches, señor Wiggin —le saludé. Además de las heridas y los puntos recién dados, le faltaban dientes. Me percaté de ello cuando me devolvió el saludo y su boca desdentada quedó al descubierto—. Necesito hablar con usted.

—¿Quién eres? —su voz salió áspera y tan débil que me arrepentí de haber ido allí para importunar a aquel pobre hombre que necesitaba descansar antes que mantener una charla animada. Pero tenía que descubrir más cosas sobre la persona que le había dejado postrado en aquella cama de hospital y él era el único que podía ayudarme. El resto de candidatos estaban en peores condiciones.

—He venido para que me ayude a encontrar a quien le hizo esto.

—¿Es usted policía?

No quería mentirle así que opté por salirme por la tangente.

—Algo así —respondí. Bueno, vale. No era poli. Aunque tenía una relación muy estrecha con el ilustre cuerpo de las fuerzas del deber—. ¿Recuerda a la persona que le disparó?

—Fue Zero —contestó Wiggin. Me ahorré el bufido de exasperación. ¿Cómo tenía que decir que no había sido yo?

—¿Está seguro?

—Sí. Llevaba su máscara. Exactamente igual que la de él.

—Y, sin embargo, no reconoció nunca que fuera Zero.

—No, aunque... Después de dispararme se acercó a mí y me dijo algo...

—¿Qué le dijo? —le urgí. Estaba oyendo pasos en el pasillo. Lo más seguro es que las enfermeras hubieran terminado ya su ronda. Me pareció escuchar un «eh, ¿alguien ha visto mi bata?». Me acerqué más a la cama de Wiggin, nervioso. La luz intermitente de las máquinas iluminó la parte de mi cara que no tapaba la mascarilla—. ¿Qué fue lo que le dijo?

—Me dio un mensaje para alguien. No sé para quién —Wiggin arrugó la frente,

como si estuviera recordando algo—. «Los fantasmas del pasado ya están aquí». Eso fue lo que me dijo.

Era como mi frase. La que estaba grabada en mis monedas. Solo que cambiada ligeramente...

De pronto, Wiggin soltó un grito. Su labio inferior empezó a temblar.

—Tú...

—¿Qué...? —el hombre me miraba como si acabara de encontrarse con un espíritu.

—Fuiste tú —susurró—. ¡Fuiste tú! Por eso estás aquí.

—¿De qué está hablando? Yo no...

—No pude reconocer tu rostro pero sí esos ojos azules. Los vi a través de la máscara que llevabas puesta. Son los mismos —me escupió—. ¡Tú eres Zero! ¡Tú eres quien me atacó! ¡Socorro, enfermeras! Necesito ayuda.

Mi esfera reaccionó en cuanto Wiggin comenzó a gritar.

El personal del hospital ha escuchado los alaridos de John Wiggin y corren hacia nosotros.

Tres enfermeras entran en la habitación. Una de ellas lleva un bate de béisbol que balancea con soltura. ¿Desde cuándo las enfermeras saben jugar al béisbol? Cuando me golpea en el costado, llegó a la conclusión de que no solo saben jugar sino que además lo hacen condenadamente bien.

Nada más terminar de leer la última predicción, agarré la silla que estaba junto a la cama de Wiggin mientras él seguía gritando como un loco, y bloqueé la entrada haciendo palanca. Las voces de las enfermeras no tardaron en unirse a las imprecaciones de Wiggin. Un golpe seco sacudió la puerta. Ahí estaba el bate que me iba a atizar en cuanto me descuidara.

Abrí el armario que había a mi derecha. Encontré una pila de toallas limpias y un recambio de sábanas. Aquello no me iba a servir para salir aunque sí para silenciar a Wiggin y sus chillidos de barítono. Agarré una toalla, la doblé en tres trozos y la coloqué en la boca del guardia. Sus improperios pasaron a ser gruñidos inteligibles. Así mejor. Prefería aquel sonido gutural para poder concentrarme en condiciones. Cogí otras dos toallas y amarré las muñecas de Wiggin a la cama. No me apetecía que se pusiera en pie e intentara aporrearme.

La esfera permaneció a la espera. No me iba a revelar nada hasta que yo no tomara mi siguiente decisión. Solo entonces me diría las consecuencias que tendrían mis actos.

Examiné la estancia. No podía huir por donde había entrado. Las enfermeras se arrojarían sobre mí en cuestión de segundos. Y eso solo me dejaba una escapatoria.

La ventana.

La abrí de par en par. Cuatro pisos más abajo estaba la puerta por la que había

entrado y los árboles que me habían resguardado antes. La distancia imponía. Si saltaba, ya podía ir cavando mi tumba.

La buena noticia era que la habitación contigua no estaba muy lejos... A dos metros más o menos. Y había un canalón de metal en el que podría apoyarme...

Los golpes en la puerta subieron de intensidad. Parecía como si un ejército de enfermeras estuviera tratando de asaltar el cuarto de John Wiggin. Me desembaracé de mi disfraz de médico y me coloqué la máscara de Zero.

Solo pensé «¿quién dijo miedo?».



Mi aventura de salto de ventana en ventana no había salido tan mal. Se me había resbalado el pie cuando intentaba alcanzar la quinta habitación aunque quitando aquel pequeño desliz el paseíto por la fachada había sido entretenido. Mejor que el que había protagonizado en Drayton cuando intentaba huir de Lawrence y de Dimitri.

Ahora estaba tres plantas más abajo, descendiendo por las escaleras que conducían a la puerta por la que había entrado al hospital. Mi visita a Wiggin había causado una auténtica revolución y todos los médicos que estaban de guardia habían salido como cohetes de sus puestos para ayudar a Miss Enfermera con Bate. Afortunadamente, no había tenido más encontronazos.

No había hecho más que llegar al primer piso cuando mi esfera empezó a agitarse como loca. Leí sus predicciones sin dejar de correr.

Oigo cerca de mí un desagradable sonido. Como de hueso rompiéndose. Un intenso dolor me sube por la cabeza. Me llevo la mano a la frente. La empuñadura de una daga sobresale de mi sien. El acero ha perforado mi cráneo y está clavado en mi cerebro. Lo último en lo que pienso antes de desplomarme sin vida es en lo poco que le gustará a tía Jane ver mi cadáver con estas pintas.

¿Qué? ¡Iba a morir! ¿Cómo...?

Levanté la vista en busca de respuestas. Pero lo único que vi fue un destello plateado surcando el aire, dirigiéndose hacia mí. Me moví por pura inercia. Me aparté en el último segundo y la hoja pasó de largo antes de clavarse en la pared, a escasos centímetros de mi cuello.

Mi esfera no se había equivocado. Era una daga. Sencilla, sin florituras. Aunque tan afilada que podría haberme atravesado como si mi cuerpo estuviera hecho de mantequilla. Reconstruí la trayectoria hasta llegar al lugar desde el que había sido lanzada. Una sombra me observaba desde la planta de arriba, con los codos apoyados en la barandilla.

Llevaba un traje blanco como la nieve.

Y una máscara dorada sobre el rostro.

Era él. El impostor que se estaba haciendo pasar por mí. El que había entrado en

la mansión Grossman. El que había dejado a John Wiggin en aquel estado y a otros dos guardias más en la unidad de cuidados intensivos.

—Vaya, vaya, vaya. Por fin apareces —dije.

No recibí respuesta. Simplemente, desapareció en la oscuridad. Forcé el oído para seguirle la pista. Pero solo me llegó el ruido amortiguado de unas pisadas que podían estar subiendo o bajando las escaleras, corriendo o huyendo, sin que le viera...

No me dio tiempo a mirar mi esfera cuando esta empezó a vibrar de nuevo. Un dolor lacerante me atravesó antes el hombro.

El calor de mi propia sangre resbaló por el interior de mi traje y un ardor insoportable que me entumeció el brazo entero. Me di la vuelta para ver qué había pasado. Hundida en mi omóplato había una daga, igual que la que había quedado incrustada en la pared. Y justo detrás de mí estaba aquel farsante.

Cuando le vi en la mansión Grossman no reparé en lo parecidos que éramos. Y no me refería solo a la ropa y a la máscara. También a su aspecto físico. O, al menos, lo poco que podía ver de él. Nuestra estatura era casi la misma, su pelo tan negro como el mío.

Y no solo eso.

Sus ojos.

John Wiggin tenía razón. Nuestros ojos eran idénticos. Con la misma forma almendrada y las pupilas azul turquesa.

—¿Nunca te han dicho que atacar por la espalda es de cobardes? —intenté estirarme cuan largo era para que no viera que estaba doblado de dolor. Conseguí mantener la compostura a duras penas.

—Soy de la opinión de que cuando quieres algo, tienes que hacer lo posible por conseguirlo. Aunque eso suponga jugar sucio.

—Eres una rastrera rata de cloaca —solté. Me estaba mareando. Y eso solo podía significar que la herida era más profunda de lo que creía. Mi interlocutor apoyó el peso en una sola pierna, adoptando una pose arrogante.

—Así que tú eres el famoso Zero...

—Sí. ¿Y tú quien narices eres?

—Puedes llamarme One —había escogido ese nombre adrede. Hacía juego con el apodo que me habían dado a mí. *Otro plagio más...*—. ¿Has disfrutado con mi actuación de esta noche en casa de los Grossman? ¿O te han gustado más los robos que he cometido en la ciudad?

—Me quedo con la presentación que acabas de hacer —repliqué. Me arranqué la daga de un tirón. Vi las estrellas, parte de la estratosfera y estuve a punto de soltar un rugido que podría haber llegado a Marte. Pero ganó mi empeño por quedarme calladito como si me estuvieran haciendo cosquillas. Arrojé el arma al suelo—. Parece que se te ha caído esto.

One no se interesó lo más mínimo por mi regalo. Siguió mirándome. ¿Quería jugar duro? Muy bien... Preparé el único brazo que tenía en buenas condiciones y

lancé un gancho de derechas a su mandíbula para romper su estúpida máscara.

No le toqué. Apenas le rocé.

Esquivó mi puño igual que si yo fuera un principiante y me devolvió el revés. Con la única diferencia de que él sí acertó. Me dio de lleno en el abdomen y, como premio, me quedé sin respiración. Retrocedí. No sabía que alguien pudiera golpear tan fuerte... ¿O puede que el dolor me estuviera haciendo más torpe?

Antes de que pudiera recuperarme, One ya estaba encima de mí. Caímos al suelo y el impacto hizo que mi peso recayera sobre la herida.

—Duele, ¿verdad? —dijo con sorna. No iba a darle la razón pero en aquellos momentos estaba librando una dura batalla conmigo mismo para no perder la consciencia—. Pobrecito, Zero... ¿O debería llamarte Jayson? Jayson Blake...

Me puse a la defensiva de inmediato. Era la primera vez que alguien a quien no conocía de nada me llamaba por mi verdadero nombre.

—¿Qué sabes de mí?

—Todo. Llevo vigilándote desde hace muchos años. Más de los que crees. Me sorprende que Timothy no te hablara más de mí...

—¿Timothy? —quería haberle preguntado «¿qué tiene que ver él en esto?». No hizo falta. One contestó sin necesidad de que yo le interrogara.

—Oh, ¿no te lo he dicho? Fui yo quien le mató. Entré en su casa y clavé una de mis preciosas dagas en su esfera. Era tan patético... No dejaba de lloriquear. ¿Quieres saber por qué lo hice? Me traicionó. Y a mí no me gusta que me traicionen.

Así que era él... La persona de la que huía Timothy...

Intenté golpearle de nuevo. Llegué a rozar su máscara pero nada más. One aprovechó mi error para descargar su puño sobre mi hombro herido. No grité. Entre otras razones porque estaba casi desmayado.

Cuando se cansó de hacerme picadillo, se puso en pie y me contempló desde lo alto.

—Parece que eres más débil de lo que había creído. Una pequeña decepción...

Por encima de nosotros se escuchaban pasos. Las enfermeras debían haber entrado ya en la habitación de John Wiggin y corrían de un lado a otro nerviosas. Seguro que pensaban que Zero seguía en el hospital y que ellas iban a ser mis siguientes víctimas. *Estaba* en el hospital aunque, en realidad, mi única intención era salir de allí lo más rápido que pudiera. A ser posible antes de que llegara la poli.

Y hablando de la policía... ¿No eran sirenas eso que se oía a lo lejos? One también debió de percatarse porque sus músculos se tensaron. Le escuché chascar la lengua, contrariado.

—¡Kyle! ¿Qué estás haciendo? —me preguntó Miranda a través del intercomunicador—. La policía está aquí.

Sacudí la cabeza para despejarme. Me ardía el brazo una barbaridad. Lo notaba acorchado, como si me hubiera metido en una piscina de hielo. Pero no podía quedarme tumbado en el suelo. Si la policía estaba cerca me quedaban cinco minutos

para escapar. Como máximo. Y todavía tenía que librarme de One.

Me apoyé en la pared para levantarme. El suelo estaba manchado de sangre. De *mi* sangre. Y no era una visión agradable. Aunque entre aquel charco carmesí también había algo que no era rojo...

La daga con la que One me había herido.

La cogí. No pesaba nada. Era liviana como una pluma y el metal estaba calibrado a la perfección. El arma de un experto. Aproveché que One estaba mirando hacia arriba, distraído, y la lancé con el brazo bueno hacia su antiguo propietario, con toda la rabia que sentía concentrada en aquel lanzamiento. La esquivó con facilidad, igual que había hecho con mi puño antes. Pero para cuando se recuperó, ya era tarde.

Yo ya había bajado el tramo de escaleras que me quedaba y corría hacia la salida.

En cuanto salí del hospital, rompí con mi gonzúa la cerradura de la puerta por la que había escapado para que One no pudiera seguir mis pasos. Con un poco de suerte, tal vez Miss Enfermera con Bate le encontrara... Aunque supongo que era mucho pedir.

El aire fresco del exterior me espabiló un poco. Aún así, cada sencillo movimiento que hacía me regalaba una descarga que me sacudía de arriba abajo. Apreté la herida con fuerza para que la hemorragia se detuviera. No lo conseguí. La sangre siguió resbalando por mi espalda.

—Miranda.

—¡Kyle!

—Hmmm. Creo que estoy herido.

—¿¡Creo!?! —la voz de Miranda sonó con tono agudo—. ¿Dónde estás?

—Fuera...

Todo se movía de forma extraña. Balanceándose... Como pude, me arrastré hacia una solitaria callejuela que quedaba a la derecha del hospital St. Michael.

Estaba dejando a mi paso un rastro de sangre. Tenía que esconderme. Y rápido. Aunque si sacaban a los perros ya podía ir despidiéndome.

Empecé a contar. *Uno, dos, tres...* Era un viejo truco que me había enseñado uno de mis profesores para que no me desmayara cuando no convenía desmayarse. Y aquella era una de esas situaciones. Aún así, me sentía tan débil...

Trastabillé y caí al suelo. No tuve fuerzas para levantarme. Perdí la cuenta que llevaba. No podía aguantar más. Lo último que vi antes de perder el conocimiento fue la silueta de una persona que se acercaba a mí.

Se acabó. Me han encontrado.



SEGUNDA PARTE



Estaba lloviendo. Lo supe por el ruido de las gotas repiqueteando contra las ventanas. Con una cadencia constante... Persistente... Me quedé inmóvil. Escuchando tan solo. Sin pensar.

El sonido del agua me acunó hasta que conseguí despertarme. Y entonces todo lo que había ocurrido en el hospital St. Michael acudió a mí. John Wiggin... One... Y el dolor. Aquel dolor que me había partido en dos.

Abrí los ojos esperando ver las paredes de una celda. Pero en lugar de eso me encontré con mi habitación. La lámpara de mi mesilla estaba encendida y el resplandor iluminaba los pósteres que tenía colgados en las paredes. ¿Estaba en la mansión Bradford? ¿Cómo había llegado hasta allí?

Intenté levantarme pero una punzada me perforó.

—¡No te muevas, Kyle! —Miranda salió de entre la oscuridad y se acercó a mí. Me tumbó con suavidad y se sentó a mi lado.

—¿Qué ha pasado? —logré decir.

—Ha faltado muy poco. Si no hubiera llegado yo antes, la policía te habría atrapado.

—¿Me encontraste tú? —aquella silueta que había visto antes de desmayarme... Miranda asintió.

—Sí, estabas inconsciente en mitad de la calle pero conseguí esconderte.

—¿Cuánto llevo así?

—Tres días.

—¿¡Tres días!?! —grité más de lo necesario y Miranda me hizo una señal para que bajara la voz.

—Shhhh. Tu tía está durmiendo. Ha estado contigo desde que te trajimos a la mansión. Si gritas tanto vas a despertarla.

—Tres días —repetí como si no terminara de creermelo—. No recuerdo haber estado tanto tiempo inconsciente.

Aunque, en realidad, lo importante no era eso. *Nunca* antes me habían herido. Es cierto que a veces regresaba con moratones y arañazos. Sin embargo, esta vez, había sido más que eso.

—Estábamos preocupados —susurró Miranda con voz queda. No me había fijado en que sus ojos estaban enrojecidos. ¿Había estado llorando?

—Estoy bien. Solo fue un rasguño —mi amiga saltó como si la hubieran

aguijoneado.

—¿Un rasguño? ¡Tienes el hombro atravesado de un extremo a otro!

—Está bien... Puede que fuera algo más que un rasguño —levanté las manos en son de paz para que dejara de mirarme como si me hubiera vuelto loco—. Aunque ya me encuentro mucho mejor.

O puede que no porque tenía el brazo para el arrastre...

—Tienes que descansar —me dijo Miranda. Apartó un poco la sábana y examinó el vendaje que cubría mi hombro—. Al menos no has vuelto a sangrar.

Repasó mis vendas para asegurarse de que estaban en su sitio. No tenía nada cubriéndome el pecho así que podía sentir su calor sobre mi piel. Una sensación extraña se instaló en la boca de mi estómago...

Miranda tragó saliva cuando sus dedos tocaron mi piel desnuda y sus mejillas se tiñeron de un color rojo atomatado. Solté una risa, divertido.

—Vaya, no me lo puedo creer.

—¿Qué... qué pasa?

—¿Te incomoda?

—Sí —respondió Miranda, confusa—. Quiero decir, no. ¿A qué viene esto?

—Nada. Nada. Me había parecido que estabas ¿sonrojándote?

—¿Yo? No digas tonterías —se apresuró a decir.

—Puede que prefieras hacer de enfermera para Mike.

Resopló.

—En absoluto.

—¿Ah, no? Pues ayer en la biblioteca parecías muy feliz con él.

—¡No puedo creerlo! ¿El gigoló de Drayton está celoso?

—¿Yo? ¿Celoso de ese engreído de Michael Grossman? No digas tonterías.

Pensé que Miranda iba a reírse. No lo hizo. En su lugar, jugueteó con el dobladillo de mi sábana.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Por qué te molestó tanto que saliera con Mike para sonsacarle la información que necesitábamos para el robo?

Me había hecho a mí mismo aquella pregunta varias veces... Y no había encontrado una respuesta. Sencillamente, me incomodaba. Aunque no sabía muy bien la razón.

Cambié de tema para esquivar su pregunta.

—¿Dónde está Len?

—Abajo, en el despacho de tía Jane. Ha estado encerrado allí desde que llegamos. Está buscando al tipo que te hirió.

—¿Y lo ha conseguido?

—No —Miranda se me quedó mirando. Antes de que pudiera preguntarle qué pasaba, me abrazó. La sensación de mi estómago se intensificó.

—Cuando me llamaste y me dijiste que estabas herido me volví loca. Pensé que te iba a perder, que no iba a verte nunca más... —la estreché contra mi pecho.

—Ya ha pasado. Estoy aquí contigo.

Miranda asintió pero no se movió de mi lado. Siguió abrazada a mí. Ninguno dijo nada. Tampoco hicimos ademán de separarnos...

La puerta de mi habitación se abrió de golpe. Di un respingo. Miranda se puso en pie a toda prisa y se alejó de mí. Casi a la vez, Len irrumpió en la estancia.

—¡Kyle, le he encontrado! —gritó. Si se percató de lo juntos que estábamos Miranda y yo antes, no hizo ningún comentario—. He encontrado a ese imitador.

Me enderecé. Demasiado rápido a juzgar por el relámpago que me atravesó el hombro.

—¿Dónde está? Tenemos que ir a por él.

—¿Qué? ¡No estarás hablando en serio! —bufó Miranda—. No puedes enfrentarte a él tal y como estás.

—Me encuentro perfectamente —mentí.

—¡Es imposible que estés perfectamente!

Hice un aspaviento.

—¿Dónde está? —repetí, haciendo caso omiso a sus quejas.

Miranda le lanzó una mirada de advertencia a Len y yo compuse mi expresión más suplicante. Mi amigo se encogió sobre sí mismo ante la presión a la que le estábamos sometiendo.

—En el hotel Convention —dijo, finalmente.



El hotel Convention estaba en el corazón de Los Ángeles, rodeado de tiendas de lujo y cafés exclusivos. Era una mole de veinte pisos que albergaba más de doscientas habitaciones por las que habían pasado desde presidentes de gobierno hasta famosos actores.

No hacía falta más que cruzar la puerta principal para darte cuenta de que no era un hotel cualquiera.

Contemplé el elegante recibidor, sin pasar por alto ningún detalle. Había tres huéspedes sentados en sillones de piel, leyendo el periódico del día. Y otros dos más estaban en la recepción, hablando con el encargado sobre las posibles rutas turísticas de la ciudad.

Eso sí. Ni rastro de One.

—Todavía podemos marcharnos, Kyle —me dijo Len por el intercomunicador.

—¿Y permitir que ese farsante se salga con la suya? Ni hablar. Ya ha hecho bastante. Si dejo que continúe haciéndose pasar por mí acabará matando a media ciudad en mi nombre. Y yo no soy ningún asesino. Le atraparé y se lo dejaré a la policía para que se encargue de él —no sabía cómo iba a hacer aquella última parte del plan aunque ya me las apañaría. La improvisación al poder.

—Len tiene razón —intervino Miranda—. Tendrías que haberte quedado en casa al menos un par de días más.

Negué con la cabeza.

—No. Seguiremos adelante con el plan. Necesito que me de un poco el aire. Me vendrá bien algo de ejercicio.

—Sebastian dijo que necesitabas descansar al menos un mes.

¿¡Un mes!?

—Sebastian es un poco exagerado. No le hagamos caso.

—¿Eso quiere decir que estás mejor? —preguntó Len.

—Sí, claro —aunque cuando intentaba mover el brazo sentía que me atravesaba un rayo. Pasé por alto aquel pequeñísimo detalle y no se lo dije a mis amigos. Si lo hacía seguro que me llevaban en volandas a la mansión Bradford. Y solo de pensar que tendría que seguir apoltronado en mi cama me entraban ganas de llorar.

Había estado casi una semana encerrado en mi habitación recuperándome de la puñalada que me había regalado One en el St. Michael. Por suerte, Mike, Neal y Lauren estaban fuera de Los Ángeles, disfrutando de un paradisíaco descanso navideño en Las Maldivas así que no había tenido que fingir delante de ellos que

estaba estupendamente cuando en realidad me encontraba peor que nunca.

—¿One sigue en el Hotel Convention?

—Sí. Habitación 2046. Según nuestro satélite, no se ha movido de ahí desde que escapó del hospital St. Michael —contestó Len—. No es que sepa esconderse muy bien...

Pues aquella debía de ser la única cosa que no sabía hacer bien porque el resto de facetas las dominaba a la perfección. Entre ellas dejarme molido y convencer al mundo entero de que él y yo éramos la misma persona. El único que no había caído en aquella trampa, además de Sebastian, tía Jane, Len y Miranda, había sido Patrick. Me había mandado incluso un mensaje desde San Francisco diciéndome que ese farsante no tenía nada que hacer conmigo. Era alentador, al menos, que alguien me creyera... Aunque la opinión llegara de mi fan número uno.

—¿Y si es una trampa? —preguntó Miranda—. Puede que quiera matarte como intentó hacer en el hospital.

—Ahora estoy preparado. Utilizaré mi esfera a cada segundo si es necesario. Así sabré los movimientos que hará —cruce el vestíbulo como si fuera un huésped más. Me había vestido acorde con el escenario. Un traje de chaqueta y una camisa blanca que me hacía parecer un rico niño, malcriado por la fortuna de unos padres multimillonarios. Así no desentonaría. Por supuesto, no me había puesto mi máscara. ¿De qué habría valido? One ya sabía quién era. Conocía incluso mi verdadero nombre. Procuré que mi pose encajara con la imagen que quería transmitir y adopté unos andares chulescos. Mi treta funcionó. Nadie se fijó en mí—. Miranda, ¿puedes ver a One desde donde estás?

Escuché a mi amiga ajustar los prismáticos de largo alcance. Se había colocado en la azotea del bloque de oficinas que estaba justo enfrente del Convention para tener mejor perspectiva. Len, en cambio, había regresado a nuestro refugio de Drayton. Decía que desde allí controlaba mejor las locuras que hacíamos.

—No consigo verle desde aquí...

—Está bien. Avísame si le localizas.

—Kyle... —musitó Miranda en mi oído.

—¿Sí?

—Ten cuidado, ¿eh?

—Tú también.

—Por mí no te preocupes. El que siempre está metido en líos eres tú.

Me dirigí hacia los ascensores. Según el plano que había conseguido Len, la habitación 2046 estaba en el piso veinte. El último del edificio. Presioné el botón que tenía la flecha hacia arriba. El ascensor que estaba a mi derecha se iluminó y las puertas se abrieron. Me metí dentro y esperé a que se pusiera en movimiento antes de retomar la conversación con Len.

—Estoy subiendo.

—Bien. Yo acabo de *hackear* el sistema de seguridad del hotel...

—¿Y?

—No ha sido muy difícil que digamos...

—¿Eso es malo?

—Ha sido *demasiado* fácil.

—¿Crees que One ha podido alterarlo?

—Es posible. Ya sabes la facilidad con la que superó mis cortafuegos en la mansión Grossman.

—Sin embargo, eso no significa que vaya a utilizarlo en nuestra contra —repuse.

—No sé, Kyle... —a diferencia de mí, Len no parecía muy optimista con la situación.

Cuando llegué al piso veinte, me asomé con cautela fuera del ascensor. No había nadie esperándome. Tan solo un largo pasillo que terminaba en una puerta. La de la habitación 2046. Eso explicaba por qué había elegido One aquel sitio... Seguro que era el más solitario del hotel. Resoplé. Empezaba a odiar a aquel tipo.

Dejé que el ascensor se cerrara detrás de mí y me adentré en el corredor.

El suelo de madera crujió bajo mis pies, dejando tras de mí una macabra sinfonía que me recordó a la película de *El Exorcista*. Aceleré el paso. El mutismo que reinaba en aquella planta me estaba poniendo nervioso. Parecía como si alguien hubiera eliminado el sonido con un mando a distancia.

Cuando llegué al extremo opuesto del pasillo, agarré mi esfera con fuerza. *¿Qué me tiene reservado One?*

Me detengo junto a la habitación 2046 y apoyo la mano en el pomo. Lo más seguro es que One se haya atrincherado dentro así que tendré que hacerle salir a la fuerza. Saco mi ganzúa.

No hago más que meter el garfio en la cerradura cuando me doy cuenta de algo. La puerta está abierta. Tan solo tengo que empujarla para entrar en la habitación...

¿Cómo? ¿Estaba de broma?

Para cerciorarme, giré el picaporte. Efectivamente, la puerta no estaba cerrada con llave. Se abrió sin necesidad de que yo tuviera que forzar el cerrojo. Aquello me dio mala espina... Puede que Len tuviera razón. Entrar en el Convention estaba resultando demasiado fácil.

Miré hacia atrás, más receloso que antes. Empezaba a no gustarme aquello...

Todavía podía dar marcha atrás. Tan solo tenía que desandar mis pasos y regresar al vestíbulo... Pero si hacía eso dejaría a One libre para que hiciera lo que le viniese en gana... Y habría más muertes. Más robos.

No. Tenía que detenerle antes de que siguiera haciendo de las suyas.

Aspiré una bocanada de aire para tranquilizarme y abrí del todo la puerta.

A juzgar por las dimensiones y la recargada decoración rococó, la habitación

2046 era la *suite* de honor del hotel. Lo más seguro es que fuera más grande que muchos apartamentos de la ciudad y que tuviera mejores vistas que la mayoría. Desde luego, el panorama que se veía desde el ventanal era inmejorable. Los Ángeles en pequeña escala a tus pies.

Revisé la estancia, analizando cada palmo. No había nadie dentro... ¿Dónde estaba One?

—Len —murmuré—. Algo raro está pasando.

No hubo respuesta.

—¿Len? —apreté el intercomunicador contra mi oído—. ¿Len, me oyes?

Probé suerte con Miranda pero tampoco recibí respuesta de ella. Mi nivel de nerviosismo pasó de un grado controlado a un estadio de preocupación sincera. ¿Qué estaba ocurriendo?

De pronto, escuché un zumbido lejano.

Retumbaba en la noche como si saliera de todos los edificios y de ninguno en particular. Y cada segundo que pasaba se hacía más intenso, como si se estuviera acercando. Las paredes empezaron a temblar. El suelo se sacudió bajo mis pies. Casi a la vez, una sombra descendió del cielo, justo en paralelo al ventanal de la habitación en la que yo estaba.

Un helicóptero.

El rugido procedía de las aspas, que giraban sobre sí mismas para mantener el aparato suspendido en el aire.

No tenía ningún distintivo oficial. Era completamente negro, sin sellos ni emblemas. Tampoco llevaba las luces encendidas. Parecía un gigantesco fantasma surgiendo de la noche.

El portón lateral por el que se subía al interior de la cabina estaba abierto... Y dentro colgaba algo. Suspendido por arneses del techo del habitáculo. Se bamboleaba como una veleta, zarandeándose al son de las hélices. Parecía... ¿una persona? Me fijé mejor. Sí, una persona. La cabeza le caía hacia delante, como si estuviera inconsciente, y las manos las llevaba atadas.

Me acerqué un poco más a la ventana... Y entonces vi el traje negro que llevaba puesto. Igual que el mío. Y la melena rubia platino ondeando al viento... Un sudor frío me bajó por la espalda. Contuve la respiración.

Conocía a aquella persona. La conocía porque no me había separado de ella desde que teníamos ocho años. La había visto reír, llorar y luchar conmigo. Y ahora la estaba viendo colgando en el vacío.

Porque quien pendía del helicóptero era Miranda.

Mi Miranda.



Mi cerebro se quedó abotargado. Incapaz de procesar lo que estaba viendo. No era Miranda... No podía ser Miranda. Ella tenía que estar en la azotea del rascacielos que estaba enfrente del hotel Convention, no allí, en aquel helicóptero. Mucho menos atada y amordazada.

Pero era ella. Estaba seguro. La reconocería con los ojos cerrados.

Imposible. Esto no puede estar ocurriendo.

No entendía nada...

—Supongo que ya habrás visto que quien cuelga del helicóptero es tu amiga.

Me volví. One estaba a mi derecha. Seguro que mi esfera me había alertado de su llegada pero estaba tan noqueado que no me había dado cuenta.

—Debe ser una muerte horrible caer desde una distancia de veinte pisos, ¿no crees? —comentó. El ruido de las aspas del helicóptero seguía tronando de fondo.

—¿Has sido tú? —mascullé.

—¿El que la ha secuestrado, amordazado y colgado a más de quinientos pies de altura? —One asintió con tranquilidad—. Sí, por supuesto que he sido yo. Tu amiguita estaba tan preocupada por ti que ha sido muy fácil atraparla. Y en cuanto a tu amigo... —una pausa. Estaba eligiendo las palabras exactas para herirme lo máximo posible—. Engañarle ha sido aún más sencillo. Su sistema informático está *hackeado* así que está viendo solo aquello que yo quiero que vea. Hace mucho que las comunicaciones entre vosotros están rotas.

¿Rotas?

—Suelta a Miranda —exigí.

—Ah, así que se llama Miranda —replicó One—. Bonito nombre.

—¡Suéltala, te digo! —grité.

—¿O si no?

—Lamentarás cada día de tu miserable vida. Y créeme. No es una amenaza. Es el futuro que te espera. Soy bastante bueno haciendo predicciones —One se alejó de mí y dio una vuelta por la habitación, curioseando entre los muebles, abriendo y cerrando los cajones que encontraba a su paso—. Si lo que quieres es hacerte pasar por mí. ¿Qué tiene que ver ella en todo esto?

—¿Hacerme pasar por ti? —se rio. Y algo en su risa me puso los pelos de punta. Era un sonido retorcido—. No tengo ninguna intención de hacerme pasar por un patético ladrón como tú. Mi intención era atraerte hasta aquí. Sabía que no aceptarías

encontrarte conmigo a menos de que te enfadara de verdad. Y eso es justo lo que he hecho. Forzarte para que vinieras a mí y así ahorrarme el trabajo de tener que ir yo a por ti.

—¿Me estás diciendo que los robos de los últimos días...?

—De alguna manera te tenía que enfadar, ¿no? Sabía que si te suplantaba al final acabarías saliendo de tu escondite para detenerme. Y así ha sido. Eres demasiado bueno para ser un criminal. Incluso fuiste al hospital para ver a ese policía... Qué detalle por tu parte.

Me estaba empezando a sentir como un completo idiota.

—¿Y Timothy? ¿Él también formaba parte de tu plan?

—Ah, no. Él simplemente... sobraba. Le pedí ayuda para tenderte la trampa y no quiso dármela. Y aquellos que no están conmigo, son instrumentos innecesarios. Así que preferí deshacerme de él.

El tono de su voz, desprovisto de sentimientos, como si la vida de una persona tuviera el mismo valor que un puñado de arena en un desierto, me enfureció.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunté a bocajarro.

—A ti —contestó One—. Verás, Zero. Tengo que robar un objeto y necesito que alguien lo haga por mí. Y ese alguien vas a ser tú.

Arqueé las cejas, como si acabara de escuchar el mejor chiste de la historia.

—Vamos a ver si lo he entendido. Has estado saqueando Los Ángeles, matando a gente inocente, raptando a Miranda y molestándome, ¿para pedirme que robe algo por ti?

—Exacto. Lo has entendido a la perfección.

—¿Y por qué no lo haces tú mismo?

—No puedo entrar en el sitio en el que está el objeto que quiero.

—No puedes... ¿o no quieres?

—Ninguna de las dos cosas.

—Pues me temo, señor no quiero-no puedo, que tendrás que buscarte otro candidato —zanjé—. Nunca he robado nada que no fuera mío. ¡Jamás! Y no estoy dispuesto a cambiar eso.

A pesar de la firmeza de mis palabras, One no pareció entender el mensaje.

—Nos encontraremos dentro de dos días en el acantilado de La Muerte para hacer el intercambio. ¿Lo conoces? Está muy cerca de Drayton. Nos veremos allí a las once de la noche. Ni un minuto más ni uno menos. Eso te deja 48 horas para conseguir el objeto que necesito.

—Creo que no te has enterado... No voy a robar nada para ti. Si quieres ese objeto tan valioso, ve tú a por él.

—¿Quiere eso decir que no estás dispuesto a aceptar mi trato?

—Qué perspicaz.

—¿Ni siquiera cuando la vida de tu amiga está en juego?

—¿Cómo...?

Aquella era justo la reacción que One estaba esperando. Sacó un pequeño mando de su bolsillo y lo hizo girar entre sus dedos, disfrutando de aquel instante. Recreándose en él. Cuando se dio por satisfecho, pulsó el botón que había en el centro del dispositivo. Durante un segundo no ocurrió nada. Todo quedó en suspenso. Después, el arnés que mantenía agarrada a Miranda se soltó.

Lo vi todo a cámara lenta.

Primero, la cuerda desenrollándose.

Luego, su cuerpo precipitándose al vacío.



Empecé a gritar. No sé muy bien en qué momento ni cómo. Lo único que recuerdo es que cuando volví a la realidad, un grito de auténtica desesperación salía de mi garganta.

—¡¡Miranda!!

La cuerda que antes la mantenía agarrada al helicóptero caracoleaba en el aire sin sujeción. Ella caía hacia la nada boca abajo. Contemplé el descenso, horrorizado, como si aquello fuera un mal sueño.

Tenía que hacer algo. Tenía que ayudarla. Si llegaba al suelo, moriría. Seguro. Y no iba a permitir que eso sucediera. ¡No podía dejar que muriera!

—¡Detenlo!

—Sería una pena parar el espectáculo justo cuando llega a la mejor parte —dijo One con tono apático. Se había sentado en uno de los sillones de la *suite*, con las piernas cruzadas y el codo derecho apoyado en el reposacabezas. Me hubiera encantado hacerle tragar sus palabras. Una tras otra. Pero no estaba en posición de hacerme el gallito. No estaba en posición de hacer nada, de hecho. Le agarré por los hombros.

—¡Haz algo!

—¿Qué te parece si hacemos un trato? Tú robas lo que necesito... y yo salvo a tu amiga.

El oxígeno escapó de mis pulmones con una sibilante exhalación. Ese era el precio. La vida de Miranda a cambio de ese maldito objeto. Giré la cabeza de nuevo hacia la ventana. Seguía cayendo. No tardaría en estrellarse. Apreté los dientes.

—Muy bien —susurré. Estaba firmando mi sentencia. Lo sabía. Estaba rompiendo mis principios. Aquello en lo que creía. Pero si ella moría...

—Repítelo. Más alto.

—¡Acepto tu maldito trato!

One se echó hacia atrás, triunfante, y presionó el interruptor de su mando. La caída libre de Miranda se detuvo en seco y su cuerpo quedó suspendido a escasa distancia del suelo. Un poco más y no habría podido hacer nada por ella.

Tuve que apoyarme en la pared. Las piernas me temblaban tanto que me estaba costando seguir en pie.

—Y ahora que por fin hablamos el mismo idioma —dijo One—, negociemos.

Se pasó la mano por la manga para quitarse alguna minúscula mota de polvo que empañaba el blanco de la tela. Seguí sus movimientos, con la respiración

desacompasada. Se lo haría pagar. Le haría pagar lo que había hecho. Aunque fuera lo último que hiciera.

—Como te iba diciendo necesito que cometas un robo para mí —me entregó un papel doblado en cuatro trozos. Era un mapa. Las carreteras bocetadas a lápiz, los nombres de los puntos de referencia más cercanos escritos con una letra minúscula. Y en el medio una cruz roja.

—¿Qué es lo que tengo que robar?

—Un cubo. De color blanco. Está custodiado en el sitio que señala la cruz —dijo, apuntando hacia el plano. Le miré con escepticismo. ¿Estaba hablando en serio? ¿Un... cubo?

—¿Qué tiene de especial ese cubo para que tengas tanto interés en conseguirlo?

—No tengo por qué darte más información, Zero.

—Así no me facilitas el trabajo.

—¿Debería hacerlo? —replicó. Se estaba burlando de mí. Descaradamente.

—Yo he cumplido mi parte del trato —dije—. Suelta a Miranda.

—La soltaré cuando me traigas lo que te he pedido.

—¡Eso no es lo que acordamos!

—Yo no he acordado nada contigo, Zero. Me pediste que salvara a la chica y eso he hecho. Nunca me dijiste que la soltara. Cumple con tu trabajo, tráeme lo que te he pedido y te daré a la chica. Hasta entonces me quedaré con algunas garantías para asegurarme tu... colaboración —metió la mano en el bolsillo de su traje y sacó algo de dentro. Lo dejó con cuidado en la mesa que había entre él y yo. Era un reloj digital con unas enormes números en rojo. 47:37—. Tienes de plazo dos días. Si no consigues el cubo antes de que el reloj llegue a cero, me aseguraré de que tu amiga sufra una muerte larga y muy muy dolorosa —sus ojos relampaguearon de placer. No hacía falta ver el resto de su cara para saber que no estaba mintiendo. Cumpliría su amenaza si no hacía lo que quería.

Mientras me juraba a mí mismo que no le dejaría tocar a Miranda me vino a la cabeza una de las frases que acababa de decir One. *Me quedaré con algunas garantías para asegurarme tu colaboración.* Eso era lo que había dicho. *Garantías.* En plural...

No solo tenía a Miranda en su poder.

Había alguien más en su lista.

Alguien cercano a mí que asegurase mi obediencia absoluta.

Y solo quedaba un nombre.

Len...



No había sido nunca amigo de la ley por razones obvias pero, por primera vez en mi vida, me planteé a cuánto ascenderían las multas que me calzaría la policía si me pillaba conduciendo de la forma que lo estaba haciendo en aquellos momentos.

El primer agravante era que no tenía licencia. Sí, lo sé. Las carreras ilegales eran uno de mis muchos pasatiempos y eso me había costado mi permiso de conducir aproximadamente unas diez veces.

El segundo, que el cuentakilómetros superaba de forma holgada los 200 por hora, lo cual significaba que iba muy por encima de la velocidad permitida. Casi ni veía las calles y la carretera se había convertido en una línea desdibujada en el horizonte.

Y el tercero y último que el precioso Ferrari en el que iba pertenecía a un tal Holland O'Hara y, hasta donde yo sabía, ese nombre no tenía nada que ver conmigo. El coche lo había tomado prestado del garaje del hotel Convention después de salir de la habitación 2046. One se había quedado dentro, contemplando cómo se alejaba el helicóptero en el que estaba Miranda y riéndose a mi costa.

A esto había que sumar los seis semáforos en rojo que me había saltado, el puesto de periódicos que me había llevado por delante y las diez millas que había conducido en dirección contraria...

En definitiva, tenía todo en contra para que los agentes me empapelaran de sanciones en una sola noche.

Aunque para eso tenían que atraparme.

Un coche patrulla había intentado interceptarme a la altura del Staple Center. Me había seguido un par de manzanas antes de darse por vencido. El resto de policías que se habían cruzado en mi camino no lo habían intentado.

Estaba conduciendo como un loco para llegar a Drayton antes de que fuera demasiado tarde. Si Len no estaba con Miranda era porque One no lo había atrapado aún. Y aquello era lo único que me daba esperanzas.

Acababa de dejar atrás Los Ángeles cuando mi intercomunicador empezó a hacer ruidos extraños. La voz de Len sonó en mi oído unos segundos más tarde.

—¡Kyle!

—¡Len! ¿Eres tú? —jadeaba, como si estuviera corriendo. Distorsionado por la distancia me llegaba el ruido amortiguado de sus pasos.

—Sí... Han venido unos tipos a por mí. Han asaltado nuestro escondite y me han sacado a rastras cuando estaba intentando ponermelo en contacto contigo. No sé... no

sé cómo han sabido dónde estaba...

—¿Estás con ellos?

—No. He conseguido escapar gracias a una trampa que había preparado en la capilla.

Suspiré. Menos mal...

—Esa gente es peligrosa. Miranda... —no sabía cómo explicarle a Len que, por mi culpa, habían secuestrado a Miranda—. ¿Dónde estás?

—En el bosque. Cerca del campo de polo —balbuceó Len—. Me están persiguiendo. Les estoy oyendo seguirme —otro jadeo—. Ya sabes que lo mío no es correr.

Primero Miranda. Ahora Len. No podía perder a mis dos amigos en una noche.

—Escúchame, Len —di un volantazo para esquivar a un todoterreno que salía de una calle lateral—. Tienes que encontrar algún sitio seguro donde esconderte y esperar a que yo llegue. Si continúas corriendo te atraparán.

—De acuerdo.

—Len.

—Estoy... aquí, Kyle.

—Llegaré a tiempo. Te lo prometo.

Apreté a tope el acelerador hasta que mi pie quedó pegado a la alfombrilla del Ferrari. No frenaría hasta que llegara a la verja de entrada de Drayton. Iba a cumplir mi promesa.

Había fallado a Miranda. No podía fallar también a Len.

Tardé menos de diez minutos en hacer el recorrido que solía hacer Jack en una hora. Cuando llegué al internado, dejé el coche junto a la entrada principal y corrí hasta la enorme explanada de césped en la que se disputaban los partidos. No se veía a nadie. Todo estaba en calma. Empecé a temerme lo peor. ¿Y si One se me había adelantado?

Puede que, a pesar de que había dejado el Ferrari echando humo y de que su matrícula estaba grabada en los récords de excesos de velocidad del país entero, hubiera fracasado. Ni siquiera había podido hablar con Len de nuevo. El intercomunicador había muerto hacia rato.

Estaba a punto de darme por vencido cuando vi dos siluetas abriéndose paso entre los árboles que rodeaban el campo de polo, golpeando matorrales, revisando cada palmo de tierra como si buscaran algo... o a alguien. ¿Serían los tipos que había mandado One?

Me arrastré entre los arbustos, utilizando el follaje para esconderme hasta que estuve más cerca de ellos, a apenas unos metros. Desde ahí podía verles mejor.

Uno de ellos era bajito. No mediría más de metro y medio y tenía aspecto de roedor. El otro era tan alto como yo, con los brazos largos y aspecto desgarrado. *Son ellos...* Lo supe por la ropa que llevaban puesta. Blanca con ribetes dorados, igual que el disfraz de One. *Está claro que no saben lo que es la discreción.*

Al menos, una cosa tenía segura. Si estaban solos era porque no habían atrapado a Len. Aún así, eso no solucionaba la totalidad de mis problemas. Iban armados. Incluso el pequeñajo. Así que tendría que utilizar el factor sorpresa si quería deshacerme de ellos sin armar jaleo.

Trepé a uno de los árboles cercanos y me acurruqué en la oscuridad.

Esperé.

Esperé con toda la paciencia del universo.

Cuando Cara Rata se acercó lo suficiente, me puse de pie en la rama en la que estaba encaramado y caí sobre él. El impacto nos derribó a los dos en el suelo aunque yo me llevé la mejor parte. Solo noté cómo mi pecho rebotaba contra una espalda ajena antes de salir despedido hacia atrás. Me incorporé aprovechando la inercia. Lo hice por precaución más que nada porque mi aterrizaje había dejado noqueado a mi rival. Inconsciente y con mueca de estupor incluida.

En cuanto su compañero escuchó el ruido de la caída, giró sobre sí mismo, me vio y... empezó a disparar. Una bala tras otra, como si estuviera en unos recreativos.

No esperaba aquella respuesta a lo Rambo así que me agaché para protegerme. Aquel tipo iba en serio. No estaba disparando como advertencia. Estaba disparando para dar en el blanco. Es decir, en mí. Por lo visto, no le había sentado demasiado bien que derribase a Cara Rata y le dejara como un fardo.

Me escondí detrás de un árbol. Los proyectiles impactaron en la corteza dejando un ruido sordo tras de sí. No me inmuté. Decidí tomarme la situación con tranquilidad. Me acomodé como si estuviera plácidamente sentado en el sillón de mi habitación y coloqué mi esfera sobre mis rodillas.

Una bala pasa a mi derecha y se estrella en un piedra cercana. La segunda impacta contra el tronco que me sirve de parapeto. Ninguna se acerca lo suficiente a mí.

Silencio. La pistola ha dejado de disparar. Brazos Largos está recargando. Es mi turno de contraatacar.

Estupendo... No tendría que esperar mucho antes de que pudiera...

Algo se movió entre los arbustos, justo delante de mí. Flexioné la pierna preparado para atacar a quien fuera. Pero no fue un matón lo que apareció entre la maleza sino una cabellera negra y unos ojos rasgados.

—¡Len!

Estaba acurrucado entre dos adelfas, fundido con las sombras. Si no se hubiera movido, jamás le habría visto. Y lo mismo les había debido de pasar a los dos gorilas de One.

—¿Estás bien?

—Sí, perfectamente —a pesar de sus palabras, temblaba como si estuviera al borde de un ataque—. Cuando te he visto creía que eras uno de ellos y... y...

—Tranquilo, Len... Ya me encargo yo —le di mi esfera y él la cogió con una reverencialidad que incluso a mí me sorprendió—. Quédate con esto.

—¿No la vas a necesitar?

—Ya me ha dicho lo que necesitaba saber.

La pistola enmudeció por fin. La oportunidad de acabar conmigo había pasado. Ahora me tocaba a mí.

Hice crujir mis nudillos y me puse en pie. Brazos Largos estaba buscando un nuevo cargador en su bolsillo. Cuando lo encontré, mi rodilla estaba ya en su vientre. Se dobló sobre sí mismo con un gemido. Luego, intentó levantar su arma. Le di una patada y se la arrebaté. Metí el cargador en la pistola y apoyé el cañón en su frente.

—Si te mueves, estás muerto —no estaba entre mis planes apretar el gatillo aunque él no debía de tenerlo tan claro. Dejó caer los hombros sin oponer resistencia. Un hombre listo. Valoraba más su vida que su trabajo—. ¿Os envía One?

Asintió.

—Quiere asegurarse de que vas a hacer el trabajo.

—Le dije que lo haría y lo haré. Aunque si sigue molestándome, no dudaré en romper nuestro acuerdo —bajé el brazo y señalé a Cara Rata con la barbilla—. Llévate a tu compañero y dale mi mensaje a tu jefe. Si vuelve a amenazar a alguno de mis amigos, le mataré.

Y esta vez no mentía.



Nuestro refugio de Drayton parecía una tumba. Solo se escuchaba el ronroneo de las máquinas que guardábamos debajo de la capilla de mis padres. Eso y el ruido de mi dedo índice golpeteando el cristal de la mesa con un machacante ritmo. Tac. Tac. Tac.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó Len con un hilo de voz—. Solo sé que perdí la comunicación con vosotros... Después, aparecieron esos tipos.

Dejé de dar golpecitos y miré el reloj que me había dado One. La pequeña pantalla seguía teniendo cuatro dígitos en rojo. 45:20. Len se quedó a la espera, aguardando mi respuesta. Aquella era una de las cosas que más me gustaban de él. Nunca te atosigaba a preguntas.

Le conté lo que había pasado. Mi encuentro con One. El helicóptero. Miranda... Al llegar a esa parte, palideció. Su rostro adoptó una expresión de pánico. Solo le había visto así la noche que regresé de la Ópera de Los Ángeles.

A decir verdad, yo también estaba preocupado. Había subestimado a One. Y ahora, por mi culpa, no sabíamos dónde estaba Miranda. Había perdido a mi amiga y tenía menos de 48 horas para rescatarla. Enterré la cabeza entre mis manos. Había cometido el peor error de mi vida.

Al menos, había conseguido alejar a Cara Rata y a Brazos Largos de Len. Aún así, ¿qué me garantizaba que no iban a regresar? One era imprevisible. Puede que mi amenaza surtiera efecto y nos dejara tranquilo... O que mandara de vuelta a sus dos amiguitos para que remataran su trabajo.

Tenía que evitar que eso ocurriera. No podía poner de nuevo a Len en peligro.

Y solo había una forma de hacerlo.

Si One creía que Len no significaba nada para mí, se olvidaría de él. Buscaría otra cosa con la que hacerme daño. Esa era su forma de actuar. Atacar siempre aquello que más dolía. Por eso había raptado a Miranda. Había descubierto mis puntos débiles y los había utilizado en mi contra para obligarme a hacer lo que él quería.

Pero... ¿cómo podía apartar de mi lado a mi mejor amigo?

—Tú tienes la culpa —murmuré.

—¿Qué?

—¡Lo que has oído! —Len se encogió sobre sí mismo al escuchar mi grito—. Siempre tengo que estar pendiente de ti. Eres incapaz de defenderte por ti mismo.

—Yo...

—¿Tú? —solté una carcajada cargada de venenosa ironía—. Lo que mejor sabes hacer es estar encerrado aquí dentro mientras yo arriesgo mi vida por los dos.

Aquello hirió a Len.

—Eso no es cierto, Kyle —a pesar de que yo estaba gritando, él mantuvo la voz en el mismo tono de siempre, sin alterarse—. Sabes muy bien que a mí nunca se me ha dado bien pelear. Miranda y tú sois mejores que yo en eso.

—En eso y en otras muchas cosas más —repliqué—. ¿Crees que me ayudas en algo cuando estoy ahí fuera? ¡No! Nunca me has ayudado en nada. Eres un estorbo al que siempre hay que estar protegiendo. ¡Yo no soy tu madre, Len! De hecho, no soy nada para ti.

Un golpe bajo. Lo sabía. Por eso lo había utilizado.

—Creía que era tu amigo —sus palabras sonaron sombrías.

—¿Amigo? —repetí—. ¡No me hagas reír! ¿Cómo podría ser amigo de alguien que cuando le atacan se esconde detrás de unos matojos?

—¡No todos podemos ser como tú, Kyle! —exclamó Len—. ¿Es que crees acaso que no me gustaría ser más valiente? ¡Estás muy equivocado si piensas eso! Pero da la casualidad de que me aterrorizan las peleas. Y cuando veo algo de sangre me desmayo. ¡Lo sabes tan bien como yo! Por eso siempre he intentado ayudarte desde las sombras. Y creí que... creí que... lo estaba consiguiendo.

—Pues te equivocas. No me ayudas en nada.

Le di la espalda para que no me viera. Para que no se percatara de cuanto me estaba costando hacer aquello. Pronunciar cada una de aquellas frases. Tuve que recordarme que mentir era la única forma de protegerle.

Señalé la puerta.

—Márchate.

—Hicimos una promesa —farfulló Len—. Estaríamos siempre juntos. Los tres. Y no me voy a separar de ti.

—¿Es que no te has enterado? Quiero que desaparezcas. ¡Lárgate!

Len se quedó rígido, como si acabaran de darle un mazazo. Señalé la puerta de nuevo.

—¡Márchate! —repetí.

No me moví cuando salió corriendo. Ni cuando oí que la compuerta exterior del refugio se cerraba detrás de él. No intenté ir en su busca para pedirle perdón. Me quedé donde estaba.

Aguantando a duras penas las lágrimas.



Mike me enseñó las dos pajaritas que había estado admirando durante más de media hora. Una era de color ocre. La otra amarilla chillona. A cada cual más horrible. Disimulé mi falta de interés con un discreto bostezo.

—¿Tú qué opinas, Kyle? —me preguntó—. ¿Cuál crees que quedaría mejor con el traje que me he comprado?

—La de la derecha —respondí al azar.

—¡Sí! Esa era justo la que iba a comprar —soltó, encantado. Puse los ojos en blanco. *Esto es increíble...* Neal salió del probador enfundado en un esmoquin de color gris y giró sobre sí mismo para que pudiéramos verle en 360 grados.

—¿Qué os parece? Me voy a llevar este —dijo al tiempo que se atusaba las solapas de la chaqueta—. Y el otro que me he probado también. No consigo decidirme.

Cada uno de esos trajes costaba más de 6000 dólares. ¿Y se iba a comprar los dos!? Madre mía... ¿Cuándo iba a dejar de derrochar mi dinero de aquella forma tan absurda?

Maldije la estupidez de Mike y Neal al tiempo que me recordaba a mí mismo por qué estaba allí, en la tienda de ropa más cara de Los Ángeles, esperando a que mis dos «buenos amigos» compraran sus trajes para la fiesta de fin de año.

Por supuesto, había sido por Len.

Después de nuestra discusión, había regresado a la mansión Bradford y me había encerrado en mi habitación. Solo, sin más compañía que mi esfera. No había dejado que nadie entrara. Ni siquiera tía Jane. Tampoco había podido dormir. En cuanto cerraba los ojos veía a Miranda colgando de aquel helicóptero o a Len suplicándome que le escuchara...

Así que mientras contaba las horas que quedaban hasta que anocheciera para ir a por el cubo de One, me tocaba aguantar la sesión de compras de Mike y Neal. Era la única forma que tenía de pasar el día sin volverme loco en mi casa.

—¿Señor Bradford?

El dependiente de la tienda me estaba mirando, a la espera de la respuesta a una pregunta que yo no había escuchado.

—Perdón, ¿qué decía?

—Le estaba preguntando por su camisa. ¿Cuál prefiere?

Miré el surtido que había sobre el mostrador mientras el dependiente guardaba la pajarita que había elegido Mike en una caja.

—¿Tiene alguna negra?

—¿Negra? —el vendedor arrugó el bigote, extrañado—. Sí, tengo algunas en la trastienda. Aunque... Creí que... bueno, es año nuevo. Nadie suele comprar una camisa negra para recibir el nuevo año.

—El negro es mi color preferido —contesté. Era el color de Zero.

—Como quiera, señor Bradford —afirmó. Se dio la vuelta y entró en la trastienda en busca de la camisa que le había pedido.

—Oye, Kyle —Mike acarició la caja dorada en la que habían guardado su nueva pajarita—. ¿Has visto a Miranda hoy?

Tragué saliva a duras penas.

—Eh, no.

—Ya... Yo tampoco. Y no me ha respondido cuando la he llamado esta mañana. No es normal en ella que desaparezca sin decir nada, ¿no te parece?

—Seguramente se habrá ido unos días con su padre —improvisé. No quería mirar a Mike. Si lo hacía estaba seguro de que se daría cuenta de que estaba mintiendo.

—Ayer estuvimos hablando y no me dijo que fuera a marcharse. No sé... Lo más seguro es que me esté comportando como un novio celoso pero... Si le ha pasado algo, no podría soportarlo. Ella es muy importante para mí. Jamás había sentido esto por alguien. Por eso...

No quería hablar de Miranda... Tampoco quería escuchar a Mike decir que ella era tan importante para él.

—Ya aparecerá —le interrumpí—. No te preocupes.

Fingí que estaba interesado en un pantalón del escaparate y me alejé de él.

Entendía cómo se sentía. Lo entendía muy bien porque yo me sentía igual. La ausencia de Miranda me estaba minando por dentro. Igual que a él. Era como si me hubieran quitado una parte del cuerpo y no supiera muy bien qué hacer sin ella. *Qué curioso...* Por primera vez, Mike y yo teníamos algo en común.

Di una vuelta alrededor de los percheros repletos de ropa sin fijarme en nada en concreto, deambulando aquí y allá. Lauren siguió mis movimientos desde la otra punta de la tienda.

Estaba probándose un chal de seda con encajes aunque desde que había entrado en la tienda parecía más concentrada en observar cuanto yo hacía que en los vestidos de lentejuelas y terciopelo. No me quitaba la vista de encima. Me daba incluso la sensación de que había entrado en el mismo sitio que nosotros adrede.

Sus ojos se encontraron con los míos e, inmediatamente, me sonrió. Su rostro se iluminó como si un enorme foco incidiera sobre ella. No habíamos vuelto a hablar desde la subasta. Y siendo sinceros aún tenía la vana esperanza de que se hubiera olvidado de lo que me dijo aquella noche...

—Aquí tiene, señor Bradford —el dependiente me tendió tres camisas negras, perfectamente dobladas y almidonadas—. ¿Quiere que le acompañe al probador?

—No, no es necesario —contesté.

No me apetecía probarme ropa. Pero si regresaba junto a Mike tendría que seguir con la conversación de antes... Cogí las camisas y me metí en el primer probador que encontré libre. No me molesté en cerrar la puerta.

Me quité la cazadora que llevaba puesta y la tiré al suelo. Al hacerlo, la herida del hombro me recordó que aún seguía ahí, sin cicatrizar, y un calambrazo me recorrió de arriba abajo. Apreté los dientes para soportar el dolor. La vista se me nubló. *Maldita sea...*

Desabroché los primeros botones de mi camisa para echar un vistazo a los vendajes. Me los había cambiado yo mismo por la mañana y ya estaban otra vez manchados de sangre. Los esfuerzos que había hecho el día anterior habían abierto los puntos y la herida no dejaba de sangrar. Y ya no tenía a Miranda para que me cuidara.

Miranda...

De repente, una mano se posó en mi espalda.

—Mike, no he terminado todavía —dije. La mano descendió por mi columna y se detuvo a la altura de mi pantalón. Luego, empezó a bajar más allá de mi cintura. Salté como un resorte—. ¡Eh, tío! ¿Qué haces?

No era Mike el que me estaba tocando sino Lauren. Estaba tan pegada a mí que casi no había distancia entre nosotros.

—¿Qué haces? —en lugar de contestarme, se acercó más.

—No he tenido ocasión de darte las gracias —susurró—. Por protegerme el otro día en la subasta. Si no hubieras estado allí, conmigo, no sé qué habría hecho. Ver toda esa sangre... y ese pobre hombre muriendo a nuestro lado...

—No fue nada. Me alegro de que estés bien.

—Kyle, yo... Lo que dije en casa de los Grossman... ¿Has pensado en ello?

Vaya, por lo que se veía no lo había olvidado... Sus dedos acariciaron mi pecho. No sentí las descargas que me recorrían cuando me rozaba Miranda. Solo una ligera sensación de incomodidad. Retrocedí dispuesto a escaquearme pero antes de que pudiera salir del probador, sus labios estaban ya sobre los míos. Me atrajo hacia ella con un ligero empujón y enredó sus dedos en mi pelo. Su boca devoraba la mía con tal ardor que no podía respirar.

Y, sin embargo, nada se removió dentro de mí.

—¿Qué pasa? —me preguntó Lauren cuando al fin logré apartarme de ella.

—Esto no tenía que haber pasado.

—¿Por qué no? Ya sabes lo que siento por ti. ¡Te lo dije en la subasta! ¿Es que acaso he cometido algún error? ¿He hecho algo que te ha molestado?

—No, no es eso... —no hizo falta que diera más explicaciones. Lauren se percató de lo que yo sentía sin necesidad de que se lo dijera.

Sus brazos cayeron flácidos a ambos lados de su cuerpo.

—Lo siento, Lauren. Yo... —susurré.

No contestó. Solo se dio la vuelta y salió de la tienda llorando.



Había dado por hecho que el cubo estaría en algún banco ultra protegido, en casa de algún famoso y rico empresario o incluso en un museo, mi especialidad. Pero estaba equivocado. El plano que me había dado One me había llevado hasta un edificio de ladrillo gris y tejado ennegrecido perdido en mitad de ninguna parte que tenía aspecto de manicomio.

Para llegar hasta allí había tenido que atravesar un tupido bosque de secuoyas que formaba una barrera natural en torno a la construcción y abrirme paso entre vegetación salvaje y troncos caídos. No había indicaciones en la carretera ni carteles.

Parecía como si alguien estuviera tratando de esconder aquel lugar a propósito.

¿Me habría preparado One otra trampa? Podía ser...

Pero por muy extraño que fuera, aquel sitio no estaba abandonado. Había guardias armados apostados en cada rincón. Por lo menos, una veintena de ellos. Vestidos con uniformes militares. ¿Soldados? Y no solo eso. La alambrada que rodeaba el perímetro emitía un inconfundible zumbido.

Bajé la mano hasta mi tobillo. Debajo del pantalón llevaba dos ristas de cuchillos. Lancé uno de ellos contra la valla. En cuanto el filo tocó el metal, el arma salió disparada, acompañada por un fuerte chispazo. La verja estaba electrificada y, por lo visto, con una potencia suficiente como para freír a un ser humano.

Acercarme a ella no sería buena idea. Ni saltarla porque, a menos de que desarrollase unas súper piernas que me permitieran cruzarla de un salto o que un dios maligno me concediera poderes sobrenaturales, no iba a superar los cinco metros de altura que medía.

Mucha seguridad. Eso seguro. Demasiada para entrar sin la ayuda de Len.

Pensar en él me provocó una sensación de malestar. *Vamos, tengo que concentrarme. Si hago algo mal, si cometo una equivocación, tiraré todo por la borda.* No. Me ceñiría al plan. Encontraría el cubo y saldría lo más rápido que pudiera. Sí, eso es.

Consulté mi esfera para saber qué debía hacer.

La única manera de entrar es desconectando el generador que proporciona electricidad a la alambrada... ¿Dónde estará escondido? ¿Tal vez en la parte posterior del edificio?

Oigo un silbido. Una bala pasa cerca de mi oreja.

Intento descubrir quién me ha disparado. Junto a la verja hay dos guardias con rifles. Me han visto. Saben que estoy vigilando. Uno de ellos tiene su arma dirigida hacia mí.

La segunda bala me acierta de lleno en el pecho.

Empezábamos bien. No llevaba ni cinco minutos allí y ya iba a morir. Por lo que se veía, los tipos que custodiaban aquella mansión de los horrores tenían orden de matar a cualquier ser viviente que se acercara. Y eso no facilitaba mi labor.

¿Qué sería aquel sitio?

De momento, dejaría a un lado mi plan de encontrar el generador y buscaría otro escondrijo antes de que acabara muerto. Me desplazé entre las secuoyas hasta que localicé un tocón suficientemente grande como para ocultar mi cuerpo entero. Revisé de nuevo mi esfera. Sus vaticinios habían cambiado.

Rodeo el edificio. Tengo que encontrar una brecha en la seguridad. Es la única manera de meterme en el recinto.

Estoy pensando de qué forma puedo entrar cuando escucho el rugido de un motor. Levanto la cabeza. Un todoterreno se acerca...

Lo que faltaba. Encima de las dificultades que tenía, se acercaba compañía. Genial. Alcé mis prismáticos e intenté localizar el todoterreno que mencionaba la esfera. Allí estaba. A lo lejos. Un pequeño puntito que se acercaba. Por la velocidad que llevaba no tardaría en llegar.

Me mordí el labio inferior, pensativo.

Si estaba allí, tenía alguna relación con el edificio. De eso no había duda alguna. Encontrar de casualidad aquel sitio era muy improbable.

Aquello me dio una idea...

Guardé los prismáticos y la esfera en mi bolsillo.

—Bien —susurré—. Se acabó la espera. Empieza el espectáculo.



El todoterreno levantaba a su paso una polvareda. El camino irregular le hacía bambolearse de un lado a otro. Sus dos ocupantes, sin embargo, no parecían molestos por las sacudidas. Al contrario. Charlaban de forma despreocupada en el interior de la cabina.

No había nadie más con ellos. Solo una pila de cajas que viajaban en la parte de atrás del furgón.

Aterricé sobre el techo del vehículo aprovechando un bache y enganché las manos en los salientes de las ventanas para no caerme. No hice ruido. Nadie reparó en mi llegada.

—Odio estos viajecitos nocturnos —se quejó el hombre que viajaba en el asiento del copiloto. A través del espejo retrovisor me fijé en sus dedos, regordetes y desiguales—. ¿Es que acaso no podemos traer el maldito cargamento por la mañana? A estas horas no se ve nada.

El conductor le dio la razón.

—Este lugar es espeluznante por las noches. Hay rumores...

—¿Qué clase de rumores?

—Dicen que algo peligroso se esconde aquí. Han pasado cosas... raras.

—¡Tonterías!

—No, sargento. Es cierto. ¿Recuerda a Charlie Parker? Se suicidó hace unos meses.

—Sí. ¿Y? —así que el tipo de los dedos rollizos tenía el rango de sargento... ¿Serían soldados como los que vigilaban el edificio?

—Dejó una nota diciendo que no soportaba más este lugar y que prefería morir antes que estar encerrado aquí.

A pesar del tono siniestro con el que el conductor estaba hablando, su acompañante no se inquietó.

—Esas son solo historias inventadas. Un montón de supersticiones.

—¿Usted cree? Charlie era un buen tipo. Dudo mucho que mintiera...

—¡Pamplinas!

No me hubiera importado quedarme escuchando pero no tenía tiempo que perder. Desenganché mis manos y resbalé por el techo hasta llegar al final. Desde allí podía acceder a la puertecilla que comunicaba con la parte de atrás del todoterreno sin problema.

No me costó mucho meterme dentro. Me abrí paso entre las cajas del cargamento

y llegué hasta la cabina.

—Deberíamos dar media vuelta —decía mientras tanto el conductor—. Este sitio está maldito.

—¡No vamos a ir a ningún lado! Tenemos que entregar esto y eso es justo lo que vamos a hacer.

—¿Y si nos atacan los muertos?

—No digas sandeces. Aquí no hay ningún muerto...

—Yo no estaría tan seguro... —intervine.

El sargento y su acompañante se volvieron hacia mí. Estaba justo detrás de ellos, enmascarado y con los brazos cruzados sobre el pecho. En cuanto me vio, el conductor soltó un alarido y apretó el freno. El coche dio un bandazo y se detuvo, con las llantas chirriando en la grava. El frenazo pilló al sargento desprevenido. De no haber sido por el cinturón de seguridad, habría salido despedido hacia delante.

—Vamos, amigo. No hace falta que me demuestres que podrías haber sido un magnífico piloto de *rally* —me quejé.

—¡Es... es...! —balbuceó—. ¡Es el fantasma de Charlie Parker!

La máscara de plata ocultó mi gesto de extrañeza.

—Creo que nunca antes me habían confundido con un fantasma...

El conductor no me escuchó. Entrelazó los dedos y empezó a rezar una oración tras otra. A su lado, el sargento estaba intentando procesar lo que ocurría con algo más de raciocinio.

—¿Quién...? —empezó a decir.

—¿Quién soy yo? —pregunté, siguiendo la pregunta que había dejado inconclusa. Me eché hacia delante para que pudiera ver mi máscara—. Supongo que ya sabes quién soy, ¿verdad? Mejor. Así nos ahorraremos las presentaciones innecesarias.

—¡Eres un iluso! —me espetó. Se enderezó en su asiento, adoptando una postura de arrogante seguridad—. Si crees que te voy a dejar entrar para que robes lo que quieras como siempre haces, te equivocas. ¿Con quién crees que estás tratando? Soy un miembro del ejército de los EE.UU. Fui entrenado para combatir en la guerra. Conozco cualquier arma que...

El sargento se desplomó en su asiento sin que pudiera terminar su parrafada. Le había atizado con la empuñadura de uno de mis cuchillos y, por lo que se veía, no iba a ser necesario que repitiera mi jugada. Un solo intento había valido para derribar al sargento «que había sido entrenado para combatir en la guerra».

El conductor seguía recitando oraciones como si fuera un predicador. Le zarandeeé para que espabilara. Estaba claro que la acción bélica no era su fuerte...

—Si sigues poniéndome nervioso con esas oraciones, vas a acabar como tu jefe —le advertí.

—No me hagas daño, Charlie —suplicó, tembloroso—. Antes éramos amigos, ¿recuerdas?

—No conozco a ese Charlie del que hablas —ladeé el cuello—. Bueno, al menos

que yo sepa. Revisaré mi lista de contactos, por si acaso. Nunca se sabe.

Y sin esperar a que gritara o se pusiera a rezar de nuevo, blandí el cuchillo y le asesté un golpe certero en la nuca.

Al final, estaba resultando un sistema útil para dejar K.O. al personal.



El uniforme del sargento me quedaba grande. Las mangas me llegaban hasta la mitad de las manos y había tenido que dar varias vueltas a los pantalones para poder calzarme las botas. Me sentía como un payaso vestido con el traje de su hermano mayor. Ridículo.

Después de dejar a los dos soldados bien atados y amordazados en la cuneta, me hice cargo del todoterreno. No era tan cómodo como el Ferrari con el que me había presentado en Drayton la noche anterior pero tampoco podía quejarme. Lo peor era el olor a tabaco rancio. Quitando eso, el resto era aceptable.

Según me iba acercando, me fijé mejor en el misterioso edificio. El conductor tenía razón. Había algo sobrenatural en él. Y no solo por el aspecto turbador que tenía en la oscuridad de la noche. El aire que lo rodeaba estaba enrarecido. Más plumizo de lo habitual. Empastado. Y tampoco era normal el frío que hacía. El viento parecía un cuchillo congelado. Cualquiera diría que estábamos en una cámara frigorífica.

Mi esfera no dejaba de retorcerse. Me estaba advirtiendo. Avisándome de que el peligro estaba cerca.

Cuando llegué por fin a la alambrada, dos soldados armados salieron a mi encuentro. Aminoré la marcha y me detuve junto a ellos, procurando que mi rostro quedara lo más oculto posible bajo la gorra militar que llevaba calada.

—Buenas noches. Traigo un cargamento.

—Ah, sí. Te estábamos esperando —contestó uno de los guardias. No era muy mayor. De hecho, tenía pinta de novato recién salido de la academia militar. Miró hacia el asiento vacío del copiloto—. ¿Vienes solo?

—Sí, mi compañero ha sido requerido en otro sitio y no ha podido venir —le entregué la documentación que había encontrado en el todoterreno con la mayor de las diligencias.

—Falta tu identificación —me dijo. Me quedé bloqueado.

—¿Cómo?

—La identificación —me repitió el soldado—. Tienes que entregármela para poder entrar.

—Sí, sí. Claro.

Oh, no... ¿Dónde llevaba el sargento su identificación? Probé suerte en los bolsillos del pantalón. Encontré un caramelo de menta medio derretido y una factura de la tintorería aunque ni rastro de la dichosa identificación.

—Soy un poco desordenado.

—Ya veo —repuso mi interlocutor.

Debía comportarme con naturalidad para que no sospecharan pero no podía dejar de mirar a los tipos que me estaban radiografiando desde el portón con cara de pocos amigos y, mucho menos, a los rifles que llevaban a cuestas.

Aproveché que el soldado estaba revisando el contenido de la carga y miré mi esfera.

Reviso cada palmo del uniforme. Nada. Ni rastro de la identificación. En el último segundo meto la mano en un pequeño bolsillo que hay en la manga izquierda. Mis dedos tocan algo plastificado. Por fin... Ahí está la identificación.

Lancé un resoplido de alivio.

—Pufff... Por poco —mascullé.

—¿Has dicho algo?

—Eh, no, no.

Hice lo que había dicho la esfera y le pasé la identificación al soldado.

—Bien. Está todo correcto —dijo tras analizar escrupulosamente cada papel que le había dado. Hizo una seña y sus compañeros se apresuraron a abrir el portón de entrada. Intenté disimular mi entusiasmo. Estaba dentro... ¡Estaba dentro! Antes de que pudiera celebrar mi victoria a lo grande, un tipo corpulento se acercó a nosotros. Los militares se cuadraron de inmediato y yo hice lo mismo para no desentonar.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó. Me fijé en la plaquita metálica que llevaba en la parte derecha de la chaqueta. «Alfred Taylor» ponía en letras negras. Justo al lado figuraba su cargo. Capitán. Seguramente sería el responsable del recinto. Y tenía aspecto de ello. Parecía un hombre acostumbrado a mandar. Carente de emociones y centrado únicamente en su cometido. Levantó la vista y yo aparté la mirada para que no viera que le estaba observando. Maldije mi suerte.

—El cargamento que estábamos esperando, señor —contestó el soldado que había estado hablando conmigo—. Es para la sala 9.

—Ojalá estuviera yo en la sala 9 —comentó otro de los guardias. Se frotó los nudillos para que entraran en calor—. Seguro que allí dentro se estará más calentito que aquí.

—No sabe lo que dice, soldado —le espetó Alfred. Su voz sonó tan tajante que el tipo que había hecho el comentario borró la sonrisa al segundo—. Le aseguro que yo prefiero estar aquí muriéndome de frío antes que protegiendo esa... cosa. Al menos aquí estamos más seguros.

—El capitán tiene razón, Moris. Mira lo que le ocurrió al pobre Charlie... Acabó pegándose un tiro porque no soportaba estar ahí abajo.

¿Qué demonios había en aquella sala 9? ¿Una bomba atómica? Alfred se olvidó

de la conversación de sus hombres y se volvió de nuevo hacia mí.

—¿Has estado aquí antes?

—Eh, no.

—Puedes dejar el coche en la parte de atrás. Nosotros nos ocuparemos de descargarlo —me miró con desconfianza—. No me gusta que los nuevos anden dando vueltas. Tienes diez minutos para marcharte.

No me atreví a contradecirle. Puse en marcha el todoterreno y me alejé de él sin rechistar. Había conseguido entrar y eso estaba muy bien pero mi plan no había salido tan bien como yo había previsto. Si no salía en diez minutos, Alfred mandaría a sus soldados a por mí y me echarían de allí a patadas. Tendría que darme prisa si quería encontrar el cubo en tan poco tiempo.

La cuestión era que no sabía por dónde empezar.

One no me había dado suficientes pistas.

Aunque teniendo en cuenta que lo único que había allí era aquella construcción de estilo Frankstein, tal vez lo que andaba buscando estuviera dentro...

Aparqué en la parte de atrás del recinto, tal y como me había dicho Alfred, y bajé del coche. Miré por encima del capó para asegurarme de que estaba solo. Sí. Todo despejado. Me encaramé a una de las ventanas del edificio, apoyándome con los dos pies para no perder el equilibrio, y me asomé para ver el interior. Lo que vi me dejó mudo.

Celdas.

Dos largas filas de habitáculos protegidos por gruesos barrotes de metal.

¿Una cárcel?

La mayoría de los calabozos estaban deshabitados. Solo uno tenía ocupante. Era el que estaba al final. Dentro había un hombre. Más bien un anciano. De pelo blanco y piel arrugada. Se balanceaba hacia delante y hacia detrás mientras gritaba desenfrenado. Sus gritos se escuchaban incluso desde donde yo estaba.

—¡Raven vendrá a por vosotros! Y entonces lamentareis lo que estáis haciendo. ¡Lo lamentareis, malditos perros!

La celda contigua a la de él estaba vacía, igual que las demás. Pero había una diferencia. La puerta estaba entreabierta. Como si alguien se hubiera olvidado de cerrarla...

No tuve oportunidad de seguir digiriendo lo que estaba viendo. El estridente ruido de una alarma me hizo apartarme de la ventana de inmediato. ¿Me habían descubierto? ¿Cómo? El pulso se me aceleró. ¿Me había confiado demasiado? ¿O puede que el sargento y su asustadizo conductor se hubieran despertado de su siesta y hubieran avisado de que había una visita inesperada?

Los gritos de los guardias se unieron al aullido de la alarma. Sus pasos corrían en todas direcciones.

—¡No podemos dejar que escape! Registrad el complejo.

Me refugié detrás del todoterreno. Pelear con aquella jauría de soldados rabiosos

sería un suicidio... Pero si escapaba, no tendría otra oportunidad de entrar. ¿Qué debía hacer?

De repente, algo afilado se acercaba a mi cuello. Me quedé clavado en el sitio, con los músculos contraídos.

—No te muevas. O te rebano el pescuezo —dijo una voz detrás de mí.



El filo del arma se clavó más en mi carne. Levanté las manos para demostrarle a la persona que me mantenía agarrado que iba desarmado. Me dio un empujón y me obligó a girarme para que quedáramos frente a frente.

Era una mujer. De la edad de mi madre si todavía siguiera con vida. Llevaba el pelo, de un color rojizo intenso, revuelto, como si acabara de librar una batalla campal y su pecho subía y bajaba deprisa. Estaba escuálida, con las mejillas hundidas y los pies descalzos llenos de magulladuras.

—¿Eres uno de ellos? —me preguntó. A pesar de la seguridad que trató de demostrarme, su voz tembló.

—Depende de quiénes sean *ellos* —me fijé mejor en el cuchillo con el que me estaba amenazando. No era de metal sino de plástico. Uno de esos cubiertos que te dan en las comidas envasadas de los aviones... Con un giro rápido de muñeca le arrebaté el arma. Los papeles se invirtieron en un segundo—. Empezamos de nuevo, ¿te parece?

—¡No, por favor! No me encierres otra vez —la mujer se puso de rodillas, gimoteando—. Haré lo que sea. Por favor, no quiero estar ahí dentro.

—Créeme. No está entre mis planes encerrarte en ningún lado —aseguré, sin saber muy bien a qué se refería. La mujer me miró entre asustada y aliviada—. No voy a hacerte daño. Solo he venido a...

Un momento. Estaba oyendo voces... Acercándose.

—¡Por ahí! Seguro que está intentando huir.

Tapé la boca de la mujer y la arrastré conmigo tras una pila de bidones de plástico que había a nuestra izquierda. Cinco segundos más tarde dos guardias doblaron el recodo que conducía a la parte trasera del edificio. Se detuvieron justo en el mismo punto en el que habíamos estado nosotros.

La mujer y yo nos agachamos a la vez.

—Oye, ¿este no es el todoterreno que ha traído el chico de antes? —preguntó uno de los soldados. Su cara me resultaba familiar. Era uno de los tipos que estaba en la entrada.

—Creo que sí.

—¿Y dónde se ha metido?

—¡Qué más da! No necesitamos a ningún novato para dar con esa bruja.

La respiración de la mujer se hizo más rápida. Así que era eso. No era a mí a

quién buscaban sino a ella... ¿Y quién era ella, por cierto?

—Echemos un vistazo por aquí. Tal vez se haya escondido.

Los soldados se separaron y empezaron a buscar a nuestro alrededor. Uno abrió la puerta del todoterreno y se metió dentro. El otro sacó su linterna e inspeccionó el suelo. Estaban a apenas unos metros de nosotros.

Tragué saliva... Si me encontraban, ya podía darme por perdido.

Saqué mi esfera para que me echara una mano. No estaba de más un poco de ayuda dadas las circunstancias. Si los soldados iban a encontrarnos era mejor estar preparado. Además, no nos vendría mal saber si...

La mujer soltó un gritito ahogado.

—Tú... —susurró con la voz estrangulada—. Esa esfera...

No habló muy alto. Pero fue suficiente para que los dos guardias dejaran lo que estaban haciendo y giraran la cabeza hacia nosotros.

—¿Has oído eso? —inquirió uno de ellos. El corazón me dio una sacudida.

El tipo que había hablado avanzó hacia nosotros. Su compañero se quedó detrás, alerta. Me acurruqué detrás de los bidones. La mujer se pegó a mí, como si yo fuera su tabla salvavidas.

¿Por qué me estaba arriesgando tanto? Podía salir de mi escondite, haciéndome pasar por el sargento de nuevo, y fingir que yo no tenía nada que ver con ella. La dejaría a su suerte y yo me dedicaría a lo que realmente me importaba: encontrar el cubo de One. Pero... Miré de soslayo a la mujer. El enemigo de mi enemigo es mi amigo, ¿no? ¿Y si ella me podía ayudar a encontrar lo que estaba buscando?

El guardia se detuvo frente a nosotros. Tenía miedo de utilizar mi esfera por si el resplandor dorado de las letras delataba nuestro escondite así que me quedé donde estaba.

Instintivamente, aguanté la respiración.

El soldado, mientras tanto, revisaba los toneles que nos servían de trinchera, paseando su linterna por encima de nuestras cabezas. Si se acercaba un poco más nos vería. Tan solo tenía que dar un paso y sería el fin...

—¿Encuentras algo?

—No. Aquí no hay nada —los dedos del soldado se acercaron peligrosamente a mi pierna... Me aparté un poco para que no llegara a tocarme—. Habrá sido alguna rata.

—Sí. Eso me parece a mí —respondió su compañero—. Regresemos con los demás. El capitán nos echará una buena si nos ve aquí parados.

—De acuerdo.

El soldado apagó su linterna. Se dio la vuelta y regresó con su compañero mientras se quejaba entre dientes de lo aburrido que era su trabajo. Les vi alejarse. Les vi desaparecer sin atreverme a respirar.

No nos habían visto... ¡No habían dado con nuestro escondite!

—Puff, nos hemos salvado por los pelos —murmuré. Me volví hacia la mujer

para asegurarme de que estaba bien. Pero en cuanto intenté aproximarme a ella se apartó de mí como si desprendiera fuego.

—No... ¡No te acerques!

—Tranquila. Ya te he dicho que no voy a hacerte daño.

—No eres uno de ellos —masculló. Parecía más asustada que antes y no paraba de temblar—. Eres un traidor.

—¡No soy ningún traidor!

—¿Ah, no? ¿Y por qué llevas ese uniforme si eres un portador?

Aquello me pilló con la guardia baja.

—¿Qué sabes de los portadores?

—Todo —respondió con un hilo de voz—. Al fin y al cabo, yo también soy una portadora.

Mi mueca de estupefacción bien habría valido una fotografía para inmortalizarla.

—¿Eres una portadora?

—Sí. Por eso estoy aquí encerrada —aquella respuesta me desconcertó todavía más.

—¿Qué quieres decir con eso?

La mujer bajó la voz como si temiera que alguien nos fuera a escuchar.

—Estás en Blackforest —musitó.

No sé si esperaba que echara a correr despavorido ante aquel nombre...

—Ya... ¿Y?

—¿Acaso no sabes qué es este lugar? —decir que no abiertamente iba a sonar muy estúpido... ¿verdad?

—Estoy aquí para encontrar algo. No sé nada más.

La expresión de extrañeza de la mujer se afianzó.

—Blackforest es una cárcel. Una de las más protegidas del país.

—¿Has dicho...?

¿¡Me había metido en una cárcel!? ¡De todos los sitios del mundo aquel era sin duda el último en el que Zero debería estar! Si descubrían quién era, prepararían una celda para mí en un santiamén.

—Lo que me sorprende es que hayas entrado por tu propio pie en Blackforest siendo un portador.

—¿Tan importante es eso?

—¿Me estás diciendo que tampoco lo sabes? —repuso ella, atónita. Maravilloso... Había más sorpresitas—. En Blackforest no entra cualquiera. Solo presos «especiales».

—¿«Especiales»? —repetí, dibujando el símbolo de las comillas con los dedos.

La mujer apuntó hacia las celdas que se veían desde las ventanas.

—Portadores —sentenció—. Blackforest es una cárcel para portadores. Lo más parecido al infierno que vas a encontrar en la tierra.



Maldije a One. Le cubrí de insultos hasta que no se me ocurrió ninguno más. Cuando terminé de desahogarme, me concienció del peligro que corría. Si lo que había escuchado era cierto, cumplía los dos requisitos básicos para convertirme en huésped de honor de Blackforest.

Era un portador.

Y también el ladrón más perseguido de la historia.

Me masajé el puente de la nariz. Aquello no podía ir peor.

—Me llamo Cassandra —la mujer alargó con timidez el brazo hacia mí. Estreché su mano, diminuta y huesuda. Parecía tan frágil... Y hablaba tan despacio, articulando cada palabra con cuidado, que me dio la impresión de que no era de las que parloteaban por los codos. Empezaba a caerme bien...

—Kyle. Debes de ser muy hábil si has conseguido escapar de tu celda.

—No es para tanto. Cuando están despistados, lo consigo. Llego hasta la verja exterior y luego me atrapan. Lo mismo harán hoy. Si tuviera mi esfera sería diferente pero me la quitaron cuando me metieron aquí.

—¿Por qué estás en Blackforest? ¿Has cometido algún delito grave?

—Me metieron aquí porque descubrieron que era una portadora...

Sacudí la cabeza.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que la gente que está aquí es inocente? —Cassandra asintió.

—Creen que el poder que nos proporcionan nuestras esferas es peligroso y por eso se dedican a encerrarnos... Llevan años persiguiendo a los portadores para traerlos a Blackforest. Y a ti te pasará lo mismo. Te meterán en una celda y no te dejarán escapar jamás —se giró para que no la viera llorar—. Yo lo único que quiero es volver con mi familia. Con mi marido y mis hijos. No voy a hacer daño a nadie...

Aquello era una locura. ¿¡Estaban encerrando a los portadores solo por ser portadores!?! ¿Cómo podían hacer algo así? No había más que mirar a Cassandra para darse cuenta que aquella mujer no suponía ningún peligro.

—¿Quién está detrás de todo esto? —pregunté.

—No lo sé... El capitán Alfred es el único que lo sabe. Y nunca nos dice nada.

Así que Alfred, ¿eh?

—¿A qué has venido a Blackforest?

—Tengo que robar algo para salvar a mi mejor amiga.

—Pues debes quererla mucho —Cassandra sonrió y, por un segundo, me recordó

a mi madre. Físicamente, no se parecían en nada aunque aquel gesto, aquella sonrisa, me hizo pensar en ella.

—Es algo complicado... —respondí, reacio a hablar de mis sentimientos con una desconocida.

—¿Y qué es lo que tienes que robar?

—Un cubo. De color blanco...

Nada más pronunciar aquellas palabras, el semblante de Cassandra cambió por completo. Se tensionó y las arrugas de su frente se marcaron aún más.

—¿Qué pasa?

—Eso es...

—¿Qué? ¡Dímelo! Necesito encontrarlo cuanto antes.

—Tienes que olvidarte de ese cubo.

—¡No puedo hacer eso! Yo...

—¿Es que acaso no lo notas? —me interrumpió Cassandra.

—¿Qué debería notar?

—El aire aquí es distinto.

—Sí, ya me he dado cuenta.

—Bien. Pues el cubo que buscas es lo que provoca eso.

—¿Hablas en serio?

—Totalmente. Lo tienen encerrado en una sala especial bajo tierra a la que nadie puede acceder sin una autorización.

Aquello me hizo recordar las palabras del capitán. *Prefiero estar aquí muriéndome de frío antes que protegiendo esa... cosa. Al menos aquí estamos más seguros.*

—¿En la sala 9?

—Eso es. Una habitación blindada a la que solo pueden acceder los altos mandos de Blackforest.

—¿Cómo sabes todo esto?

Cassandra jugueteó con un mechón de su pelo.

—Sé escuchar cuando los demás creen que no estoy prestando atención. Y a los guardias de este lugar les encanta hablar. Además...

—¿Además?

—Una de las veces que conseguí escapar, llegué a la sala 9 —se estremeció—. Solo te digo que lo que hay ahí dentro no es algo bueno.

Y lo peor es que esa cosa «no buena» era la que yo tenía que robar.

—Me da igual. Tengo que conseguir ese cubo cueste lo que cueste —sentenció. Decirlo así era fácil... Pero para conseguirlo necesitaba un plan. Y uno de los buenos. Miré a Cassandra. ¿Podría ser que...?—. Necesito tu ayuda.

—¿Cómo?

—Ellos te están buscando. Y yo necesito entrar. Si me hago pasar por un comprometido soldado y te entrego, me será más fácil llegar adonde quiero.

Cassandra me miró horrorizada. Sus temblores se reanudaron como si hubiera apretado el botón de encendido.

—No quiero regresar a mi celda...

—Tranquila. Debes confiar en mí, ¿de acuerdo? No voy a dejarte ahí dentro. Te lo prometo.

La portadora me miró poco convencida. Pero, al final, acabó aceptando. En realidad, no sabía si mi idea iba a funcionar. Había un amplio margen de error. Los guardias podían descubrirme o, sencillamente, podía cometer un error que nos delatara a los dos. Aún así, las otras opciones no eran mucho mejores... Tenía que arriesgarme.

—Pongámonos en marcha.

Rasgué la manga de mi uniforme y la convertí en una pequeña bola de tela. Amordacé a Cassandra con ella y le coloqué el cuchillo que le había quitado en la garganta.

Dejamos atrás nuestro escondite y nos dirigimos hacia la entrada de la prisión. La aparición de la portadora había tenido algo bueno para mí: había menos soldados. La mayoría de ellos estaban peinando la zona para encontrarla y el edificio principal se había quedado con la mitad del personal que había antes.

En cuanto nos vieron acercarnos, los guardias que custodiaban el portón de la cárcel se enderezaron.

—Ah, ya la habéis encontrado —comentó uno de ellos—. Esta condenada siempre intenta escaparse. ¡Como si no tuviéramos ya suficientes problemas por su culpa!

—Sí, es un poco... testaruda —repuse yo, acomodando mis palabras a las de ellos.

—Estoy seguro de que si la gente supiera la verdad sobre ella nos pagarían el doble solo para que la mantuviéramos encerrada aquí hasta que se muriera —repuso su compañero.

Aquellas palabras se quedaron flotando en la nada. *¿La verdad?*

Mientras fingía que estaba al corriente de lo que estaban hablando estudié a mis dos interlocutores. Iban más armados que los demás. Metralletas colgadas, una pistola en el cinto y un rifle entre las manos. Artillería pesada. Leí sus nombres en las placas que adornaban la pechera de su uniforme. Hugh y Mark. Bien... Podría ser de utilidad más adelante.

—Llévemola dentro —dijo Mark—. Cuanto menos tiempo esté fuera, mejor para todos.

Hugh aprobó aquellas palabras. Se colgaron el rifle del mismo hombro que llevaban la metralleta y se acercaron a la puerta de la prisión. No tardé mucho en descubrir por qué Blackforest era uno de los lugares mejor protegidos del mundo. Había por lo menos cinco paneles de seguridad, una docena de cámaras de vigilancia adosadas en la fachada y alarmas infrarrojo escondidas.

Había asaltado bancos peor protegidos que ese sitio.

La diferencia era que, esta vez, Hugh y Mark estaban haciendo el trabajo sucio por mí.

Cuando las puertas de la cárcel se abrieron, las luces que había en el techo se encendieron, iluminando el interior con un resplandor blanquecino. Se me erizó el vello de la nuca. No era lo mismo ver aquel lugar desde la ventana que entrar dentro. El panorama cambiaba... y mucho.

Todo era blanco, como si fuera un quirófano, con el suelo y el techo reforzados por placas metálicas. Las celdas quedaban en el centro, formando un anillo, y a su alrededor se abría un foso cuya profundidad se perdía en las entrañas de la tierra. Era impresionante.

—¿Nunca habías estado aquí antes? —me preguntó Mark. Aunque había procurado mantener a raya mis emociones, debía de haber visto alguna mueca en mi rostro.

—Eh, no, me he incorporado hoy.

—Me compadezco de ti, chaval. Este es el peor destino que hay.

Hugh avanzó hacia las celdas. Le seguí sin dejar de examinar todo a mi alrededor. Dejamos atrás el foso, atravesamos la plataforma y nos detuvimos junto a la celda que tenía la puerta entreabierta, la misma que estaba junto a la del tipo que gritaba antes como un loco. Cassandra clavó los talones en el suelo y empezó a lloriquear, por encima de la mordaza.

—Tendríamos que pedir que reforzaran la seguridad de este antro —intervino Hugh. Mientras hablaba no dejaba de contemplar sus uñas. Extendiendo los dedos para apreciarlas desde distintas perspectivas.

—Y que lo digas —repuso Mark. Siguieron hablando sobre los cambios que harían en la prisión. Lo cual incluía un suministro más grande de alcohol y vacaciones extras en invierno. Aproveché su constructiva conversación para quitarle el trozo de tela de la boca a Cassandra.

—Déjame hacerte una pregunta —bajé la voz para que ninguno de los dos guardias nos escuchara—. ¿Cuánto crees que tardarías en atar a una persona?

—Yo... No sé...

—Contesta.

—Cinco... segundos.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Pues espero que hayas hecho bien los cálculos.

Me di la vuelta y le asesté una patada a Mark en el pecho. El golpe le arrancó el aire de los pulmones y el hombre se desplomó como un muñeco de paja. Su compañero se quedó tan descolocado por el repentino ataque que tardó en reaccionar. Lo suficiente para que yo me abalanzara sobre él, le arrebatara la pistola del cinto y le apuntara con ella.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Hugh. Miró el arma que yo sostenía sin poder creer que el cañón estuviera dirigido hacia él.

—Desde esta distancia es imposible fallar el tiro así que yo que tú no me haría el valiente.

—Te arrepentirás de esto —masculló el soldado.

—Lo dudo —respondí con un mohín. Miré a Cassandra—. Tienes cinco segundos para atarlos —al ver que no se movía, chasqué los dedos—. ¡Vamos! Date prisa.

—Sí... sí —balbuceó.

Al final, Cassandra tardó menos de lo que había dicho en atar a Mark y a Hugh con sus propios cinturones. No estaba mal... Cuando terminó, metió a los dos guardias en la celda que habían reservado para ella y regresó junto a mí.

—¿Hay más portadores encerrados?

—Solo Boundell —contestó Cassandra, señalando la celda del final. Así que el energúmeno se llamaba Boundell...—. Los demás han ido muriendo. Quedamos él y yo nada más.

—De acuerdo —me quité la chaqueta del uniforme y la arrojé al suelo. Empecé a desabrocharme los botones del pantalón. Cassandra soltó un gritito y se tapó la cara con las manos.

—No... ¡No deberías desvestirte delante de mí!

—Tranquila... No habrá espectáculo esta noche —terminé de quitarme el pantalón y lo dejé junto a la chaqueta. Debajo llevaba mi traje de Zero. Le di una patada al bulto de ropa y este cayó al foso. Lo vi perderse en la oscuridad. Por fin estaba libre de aquel odioso traje militar. Palmeé mis bolsillos. Mi esfera estaba en su sitio. Y mi máscara de Zero también. Todo en orden.

Me acerqué a la celda que me había señalado Cassandra. Boundell había dejado de gritar. Se había sentado en el suelo, con las piernas cruzadas y los ojos fijos en algún lugar incierto. Apenas pestañeaba.

—¿Él también es un portador?

—Sí —repuso Cassandra. El aludido no respondió a pesar de que nos estaba escuchando. Siguió en su estado de trance.

—Intentaré sacarle de ahí —me agaché para estudiar la cerradura de la puerta. No era de las difíciles. Encajé mi ganzúa dentro. Calculé el ángulo de torsión necesario y empecé a trastear para hacer saltar los engranajes. La cerradura se abrió con un clic. Cassandra me miró como si fuera la primera vez que me veía. Empujé la puerta y entré en la celda—. Eh, amigo. Ya puedes salir.

Boundell no se movió. Le agarré del brazo y le obligué a ponerse en pie. Solo entonces me di cuenta de que estaba murmurando algo.

—Raven vendrá... Raven vendrá... Raven vendrá...

—¿Quién es Raven?

—Un portador —me explicó Cassandra—. Boundell no se cansa de decir que será él quien haga pagar a Alfred y a los demás lo que nos han hecho.

—¿Y dónde está ese Raven?

—Murió hace diez años.

—¡No! —rugió Boundell. La cara de psicópata que puso me asustó. Di un paso hacia atrás—. Está aquí. En este lugar.

Se desembarazó de mí y siguió hablando consigo mismo. Decididamente, no estaba muy cuerdo que digamos.

—¿Dónde está la sala 9? —pregunté.

—¿De verdad quieres ir allí? —inquirió a su vez Cassandra.

—Ya te lo he dicho. Necesito ese cubo.

—Te diré cómo llegar... si tú antes me dices quién eres.

—Por lo que veo, no confías en mí —dije.

—No... Yo... —Cassandra miró al suelo—. No eres el primero que ha venido a Blackforest. Pero nadie ha llegado tan lejos como tú. Tan solo... Tan solo quería saber quién eres para darte las gracias por lo que estás haciendo por nosotros. Tengo la impresión de que no eres un portador cualquiera. ¿Me equivoco?

Coloqué mi máscara sobre mi rostro para que Cassandra pudiera verla. Sus ojos se abrieron más allá de sus órbitas.

—Eres... ¡Eres Zero!

No había terminado de decir aquello cuando unos cierres metálicos cayeron sobre las ventanas de la cárcel, bloqueando el exterior. La prisión entera se iluminó con un resplandor rojizo.

—¡Atención, alerta! —anunció una voz robótica y chillona—. Intrusos infiltrados. ¡Atención, alerta!

—Vaya, vaya —dije.

Estábamos en problemas.



Si antes Blackforest me daba mal rollo, ahora, con aquella voz desquiciante taladrándome las neuronas y las luces rojas de las alarmas destellando, mis ganas de salir de allí se intensificaron. Estaba claro que mi treta había servido para entrar pero no serviría para escapar...

—Parece que nos han descubierto —sostuve mi esfera en alto y formulé mi pregunta deprisa. *¿Qué nos espera ahora?*

Estamos encerrados. No tenemos escapatoria. Y no somos los únicos que lo sabemos...

Alfred y sus hombres entran en la cárcel y nos rodean. No disparan. Saben que estamos perdidos.

Tardan muy poco en atraparnos y encerrarnos en celdas separadas. Cassandra tenía razón. Salir de Blackforest es imposible.

Así que Alfred y compañía nos iban a acorralar muy pronto... Estupendo.

Cassandra se dio cuenta de que la esfera me había advertido de que la situación iba a empeorar y no esperó a que yo le pusiera al día. Me cogió de la mano y echó a correr en dirección contraria a la puerta por la que habíamos entrado.

—¿Adónde vas? —justo en ese momento, Alfred y sus hombres irrumpieron en la prisión. Dejé a un lado mis quejas y eché a correr antes de que la segunda predicción se cumpliera. Boundell nos siguió, gritando y lanzando puñetazos como si estuviera peleando con cientos de enemigos imaginarios.

Cruzamos a la carrera la plataforma donde estaban las celdas, esquivando sobre la marcha las balas que los soldados empezaban a disparar contra nosotros, y llegamos al extremo opuesto de la cárcel. Nos escondimos detrás de una de las columnas que sostenían la techumbre.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté. Cassandra señaló una pequeña puerta que había no muy lejos de nuestro improvisado fortín. Casi no se veía. Estaba disimulada en el tabique para que pasara desapercibida. Tuve que fijarme más de la cuenta para localizarla.

—Tienes que abrirla.

—¿Has perdido el juicio? —nos apartamos a la vez para protegernos de las balas.

Alfred y sus hombres seguían disparándonos sin darnos tregua. Preferían matarnos antes que dejarnos escapar—. Esto es como un campo de batalla. Si me acerco ahí quedaré al descubierto y me convertiré en un blanco perfecto.

—¿Quieres llegar a la sala 9? Pues tienes que abrir esa puerta.

¿Hablabas en serio? A juzgar por su gesto decidido, sí. *No puedo creerlo. ¡Está más loca que yo!* Tenía que ser un defecto de los portadores...

—Está bien —concedí.

Por suerte para mí tenía mi esfera. Solo ella podría evitar que acabaran matándome.

Me acerco hasta la puerta. El mecanismo es más complicado que el de las celdas. Se parece al que utilizan en las cajas fuertes. Esto no va a ser divertido...

Oigo un grito. Es Cassandra. Le han disparado y la sangre brota de su garganta a borbotones. No tardará en morir desangrada...

Suspiré. Las predicciones no eran muy halagüeñas... No solo iba a tener que esforzarme para abrir la dichosa puerta sino que además Cassandra estaba muy cerca de viajar al Más Allá con billete de ida. Tendría que moverme rápido si quería evitar que aquellos augurios se cumplieran. Le hice una señal a Boundell para que se quedara donde estaba y me arrastré hasta la puerta.

Realmente, la cerradura no era sencilla. Tenía tres engranajes diferentes así que para abrirla había que desbloquearlos uno por uno.

Me concentré en el primer cierre. Metí la ganzúa y la giré despacio, con cuidado para no romper ninguna pieza. Si se quedaba atascada... Adiós.

Seguí trabajando a contrarreloj mientras contaba hasta cien. Cuando terminé mi cuenta, regresé junto a los demás. Tuve los segundos justo para apartar a Cassandra de la trayectoria de la bala que iba a matarla.

—Gracias —me dijo, agradecida.

—No hay de qué.

—¿Qué tal lo llevas?

Hice un mohín.

—Podía ir mejor —reconocí.

Eché un vistazo a mi esfera una vez más.

Me acerco a la puerta y sigo forzando la cerradura. Por encima del ruido de los disparos oigo un chasquido. Bien... El primer cierre se ha abierto. Tan solo faltan dos más.

Retomé mi tarea. Trabajé más deprisa, rotando la ganzúa sin perder de vista a

Alfred y compañía. Escuché un clic y después otro. *Vamos... Vamos...* El tercer engranaje no tardó en saltar.

—¡Ya está!

Abrí la puerta y la crucé sin mirar atrás. Cassandra y Boundell me siguieron. En cuanto atravesamos los tres el umbral, atranqué el portón para que los proyectiles no nos alcanzaran.

—¿Estáis bien? —pregunté. Cassandra tenía un arañazo en la pierna, seguramente de alguna bala que le había pasado demasiado cerca. Boundell había escapado con una oreja ensangrentada aunque no parecía demasiado molesto por ello. Se movía sin ganas, como si tuviera sueño. Al parecer, yo era el único que me había salvado de la lluvia de plomo aunque, eso sí, tenía las manos doloridas de girar la ganzúa y el hombro que me había herido One tan rígido que casi no podía moverlo. Todavía no me creía que hubiéramos sobrevivido a semejante locura—. ¿Es aquí donde está el cubo?

—Sí —contestó Cassandra.

Estábamos en una sala diminuta. No había celdas. Y tampoco fluorescentes que iluminasen el lugar. De las paredes colgaban decenas de pantallas. Y en todas ellas aparecía la misma imagen. Una señal de peligro.

Seguramente, aquella estancia era el centro de control de la cárcel. El lugar desde el que vigilaban la infinidad de cámaras de seguridad que había diseminadas por el recinto.

Aún así, había algo en aquella habitación que no me gustaba. Ahora entendía por qué aquel tipo, ese tal Charles con el que me había confundido el conductor del todoterreno, se había pegado un tiro. La extraña atmósfera que oprimía Blackforest era más densa allí. Casi no se podía respirar. Y luego estaba la neblina... Una bruma negruzca que se enroscaba en el aire formando volutas. Como si fuera un humo espectral. Siniestro.

De fondo, escuchaba un suave ronroneo. La intensidad del sonido crecía con cada segundo que pasaba.

—¿Oís eso?

—Sí. ¿Qué creéis que será?

—Es Raven —contestó Boundell. Esbozó una sonrisa que, lejos de ser amigable, me resultó del todo siniestra—. Nos espera.

Cassandra se removió inquieta.

—Está aquí —siguió diciendo Boundell—. Está aquí.

Como si la niebla hubiera entendido aquellas palabras, empezó a dispersarse, dejando al descubierto la vitrina acristalada que se alzaba al final de la estancia. Partía del techo y llegaba hasta el suelo, protegida, igual que la alambrada exterior, por una poderosa corriente eléctrica que zumbaba sin descanso.

—¡Os lo dije! —exclamó Boundell—. ¡Sabía que estaba vivo! Raven está aquí. ¡Justo aquí!

—Boundell, ya has oído lo que ha dicho Cassandra. Raven está muerto.

—¡No! ¡Está vivo! —bramó—. Si no me crees, compruébalo tú mismo.

Resoplé. No quería discutir con él. Estaba demasiado cansado. Así que opté por seguirle la corriente.

—Está bien. Vamos a ver dónde está Raven.

Me acerqué a la vitrina. Estaba llena de un líquido transparente y viscoso. Me recordó a una gelatina mal hecha que se deshace mientras la comes. Dentro, sumergido en aquel fluido incoloro, flotaba algo... Blanco... Cuadrado. Se me cortó la respiración. ¡Era el cubo! El cubo que yo estaba buscando.

—Ni se te ocurra tocarlo, Zero —dijo una voz.

Me di la vuelta. Una decena de soldados nos apuntaba con sus armas. A la cabeza de todos ellos, estaba Alfred. Obviamente, atrancar la puerta no había servido de mucho.

—Al mínimo movimiento, abriremos fuego —nos advirtió. Estaba enfurecido. Y no era para menos. El espectáculo que habíamos montado no tenía desperdicio—. ¿De verdad creías que ibas a poder salirte con la tuya?

—De hecho, casi lo consigo. Y eso dice poco a vuestro favor.

Avanzó hacia mí. Se detuvo a unos metros, manteniendo una prudencial distancia entre él y yo. ¿Qué pensaba que iba a hacerle?

—¿Te crees muy valiente?

—Mentiría si dijera que no —respondí. Alfred me atizó en los lumbares.

—Ten cuidado. El que manda aquí soy yo. Y no voy a permitir ninguna de tus bromitas, portador.

—¿Cómo has descubierto que yo también soy un portador?

—Los dos sabemos que ninguna persona normal habría podido entrar en Blackforest de la forma que lo has hecho tú... A menos, claro está, de que no seas... *normal*.

—Qué perspicaz —me burlé.

—Lo que me sorprende es que hayas sido tan estúpido como para atreverte a venir aquí tú solo. O bien eres un ingenuo o tienes demasiada seguridad en ti mismo. Yo creo que es más bien la primera opción —se acercó a la vitrina que protegía el cubo—. ¿Has venido a por esto?

—Sí.

—¿Sabes lo que es?

—No.

—Ya veo. En ese caso, ¿por qué quieres robarlo?

—Por negocios —dije.

—Y supongo que esos negocios no tienen nada que ver con lo que pasó hace diez años...

Boundell y Cassandra intercambiaron una mirada. Yo, en cambio, me quedé tal cual. ¿Ah? ¿Qué pasó hace diez años? Intenté hacer memoria. Lo único que me vino

a la cabeza fue la muerte de mis padres. Tuvo que ser por aquella época...

Mi silencio fue respuesta más que suficiente para Alfred.

—No juegues conmigo. Sabes muy bien de lo que te estoy hablando.

—Para serte sincero no tengo ni la menor idea.

—No habrías venido aquí si no lo supieras —se acercó más a mí—. ¿Qué es lo que pretendes? ¿Qué vivamos otra vez bajo vuestro control? ¿O acaso quieres hacerte con el poder de Raven?

Raven... Otra vez ese nombre...

—¿Cómo te atreves a mencionar a Raven!? —rugió Boundell. Me apartó a un lado y encaró a Alfred sin titubear—. Él es un ser superior. ¡No tienes ningún derecho a pronunciar si quiera su nombre!

—Jamás dejaré que os llevéis este cubo. Así que te diré lo que haremos, portador. Te quitaré tu esfera y te encerraré junto a tus amiguitos. Me aseguraré de que la celda en la que pasarás el resto de tus días sea infranqueable incluso para el mejor ladrón del mundo.

—No hay ningún lugar infranqueable —apunté yo.

—Eso ya lo veremos... —repuso Alfred. Hizo una señal y sus hombres centraron sus armas en mí—. Quítate la máscara, Zero. Veamos quién se esconde debajo de ese trozo de metal.

No iba a obedecer. Ya aprendí lo que era vivir sabiendo que otros conocían mi secreto. Y no fue una experiencia agradable.

—Ven tú mismo a quitármela —contraataqué. A pesar de mi bravuconería era muy consciente de que estaba condenado. Si daba un paso en falso, acabarían conmigo.

Me estaba devanando todavía las neuronas para encontrar una solución a la delicada situación en la que me encontraba cuando la alarma de la cárcel empezó a sonar. Por segunda vez en aquella interminable noche la voz electrónica que anunciaba la entrada de intrusos en el complejo reverberó en la estancia en la que estábamos.

—¿Qué está pasando? —preguntó Alfred. *Buena pregunta...* Los soldados se miraron entre ellos, sin saber muy bien de qué iba aquello. Uno de ellos señaló las pantallas que había detrás de nosotros.

—Capitán, creo que debería ver eso.

Alfred y yo nos giramos al mismo tiempo. La señal de peligro había desaparecido de los monitores y en su lugar se veían las imágenes que recogían las cámaras del exterior.

Solo había un detalle fuera de lugar.

Zero aparecía en todas y cada una de las pantallas.

En una se me veía trepando una verja. En otra noqueando a un guardia. Había por lo menos diez figuras enmascaradas moviéndose por Blackforest. Sembrando un auténtico caos a su paso.

¡Decenas de Zeros estaban asaltando la cárcel!
La mandíbula se me descolgó del sitio.



No era el único que me había quedado sin palabras al ver lo que estaba ocurriendo fuera. Alfred y su comitiva de militares estaban aún más desconcertados que yo. Incluso Cassandra y Boundell tenían cara de póquer.

—¿Qué significa esto? —me preguntó Alfred. Me encogí de hombros. ¿Qué podía decir? Zero era yo. ¿Quiénes eran los otros?

—Me parece que tienes un problema, capitán —los monitores crepitaban. Las imágenes que estábamos viendo desaparecieron, sustituidas por una a tamaño gigante de Zero. Solo se veía mi máscara de plata, ocupando el encuadre entero—. Ya deberías saber que soy muy escurridizo. Te costará más de lo que crees encerrarme en una de esas celdas que tanto atesoras.

—¿Quién eres tú?

—Soy Zero. El auténtico —respondió el tipo de la pantalla. Todos me miraron. Enarqué las cejas. ¿Cómo que era el auténtico? Entonces, ¿yo quién era?—. ¿De verdad creías que iba a ser tan tonto como para meterme en Blackforest en persona? Ese... sujeto que tenéis ahí es solo un anzuelo que he preparado para desviar vuestra atención.

—¿Cómo...? —Alfred me fulminó—. ¿Eres un farsante?

El Zero de la pantalla contestó por mí.

—Pues claro que lo es. Mi verdadero objetivo no era el cubo. Nunca lo ha sido. En realidad, lo que quería era destruir Blackforest... con vosotros dentro, por supuesto —una explosión retumbó por encima de nosotros. El suelo tembló bajo nuestros pies y tuve que agarrarme a Boundell para no perder el equilibrio—. Preparaos para morir.

Las pantallas volvieron a mostrar lo que estaba ocurriendo en el exterior. Llamadas, vehículos calcinados, humo por doquier...

—¡Atrapadle! Quiero a Zero encerrado ya.

—¿Y cómo sabremos cuál es el verdadero? —preguntó uno de los soldados.

Alfred enmudeció. Sus hombres también.

—¿Cuántos como tú hay? —me preguntó.

—Pues por lo que se ve, unos cuantos —respondí. El capitán no se anduvo con miramientos. Me endosó un rechazazo que me dejó atontado.

—¡Contesta!

—No tengo ni idea —recibí otro puñetazo que me hizo probar el sabor de mi

propia sangre.

—Está bien. Me da igual cuántos sean. Atrapadles ¡No quiero que escape ninguno! —eligió a dos de sus soldados—. Vosotros quedaos aquí vigilando. El resto, ¡en marcha!

Nos ataron de pies y manos antes de salir en tropel. A mí me sentaron en una silla. A Cassandra y a Boundell los amarraron a un conducto de ventilación. Los dos militares que se quedaron en la sala vieron con tristeza cómo se marchaban sus compañeros.

—No sé por qué siempre nos toca lo más aburrido —dijo uno de ellos cuando nos quedamos solos.

—Tienes razón —replicó el otro con hastío. Por lo que se veía, nosotros éramos la parte aburrida de la aventura.

—Eh, si queréis hacer algo de provecho, ¿por qué no soltáis un poco estas cuerdas? —me quejé. Me habían atado tan fuerte que no podía respirar.

—Hazlo tú —le dijo el guardia que había hablado primero a su compañero.

—Paso. De este te encargas tú. Ni siquiera es el verdadero Zero —contestó el otro. Hizo un ademán de desinterés, dando por concluida la conversación.

¿Cómo qué no era el verdadero? ¡No había más Zero que yo! Estaba empezando a cansarme de que me vieran como «el otro». El soldado que no me había tachado de impostor, se acercó a mí refunfuñando y me aflojó mínimamente las ataduras.

—Muy amable —le dije—. Así está mejor.

En cuanto se dio la vuelta, apoyé los pies en el suelo y le aticé con la parte de atrás de la silla en las rodillas. Auch, eso debía doler. Su camarada intentó atraparme. Me moví hacia atrás para esquivarle. Mi margen de movimiento no era muy amplio atado como estaba así que hice un barrido para quitármelo de encima. Le acerté en la cadera y le lancé contra la pared. El golpazo fue lo suficientemente fuerte como para que se quedara gimoteando un buen rato.

—Dudo mucho que un farsante pueda hacer esto —murmuré. Le quité el cuchillo que llevaba en la cartuchera y corté con él las cuerdas que me mantenían atado. No me apetecía seguir amarrado a una silla. Cuando terminé, liberé a los demás portadores.

—¿Has planeado tú esto? —me preguntó Cassandra.

—No.

—Pero creía que tú eras Zero.

—Y soy Zero.

Me acerqué a los monitores y contemplé al resto de Zeros mientras destrozaban Blackforest. Todos llevaban *mi* traje y *mi* máscara. Y eso descartaba a One como el artífice de aquel asalto sorpresa. ¿Quién era el responsable entonces?

—Esto te pasa porque siempre intentas salvar al mundo tú solo —dijo la misma voz de antes. El rostro enmascarado de Zero acaparó las pantallas.

—¿Quién eres, tío? Los dos sabemos que no eres el verdadero Zero así que será

mejor que empieces a decir la verdad.

Mi interlocutor se llevó las manos a la máscara. Despacio, la apartó de su sitio. En cuanto vi el semblante que se escondía debajo me quedé boquiabierto.

—¿Len?



Si antes estaba estupefacto con la multiplicación repentina de Zeros, ahora mi nivel de sorpresa se podía describir como atónito. Parpadeé varias veces para asegurarme de que estaba viendo bien y que era la cara de mi amigo la que ocupaba los monitores de Blackforest.

—Vaya, Kyle. Es la primera vez que te quedas sin palabras. Esto se lo tengo que contar a Miranda cuando la rescatemos.

—¿Cómo... cómo...?

—¿Cómo he averiguado dónde estabas? He *hackeado* tu ordenador para averiguar cuáles habían sido tus últimas búsquedas. Por eso he tardado un poco más.

—No, no, no. Tienes que marcharte —intenté que mi voz sonara con la misma firmeza que la noche anterior en el refugio. No lo conseguí.

—Kyle, te conozco demasiado bien. Por mucho que creas que me engañaste, no lo hiciste. Tú jamás habrías dicho algo así. Aunque estuvieras enfadado. Te seguí el juego para saber qué te proponías. Aunque si hubiera averiguado que querías entrar en una cárcel de alta seguridad tú solo habría intentado detenerte antes.

Que tonto he sido... Había tratado de engañar a mi mejor amigo. A la persona que mejor me conocía. Y, obviamente, había fracasado.

—Len, yo... No se me ocurrió otra manera de protegerte. No quería que One te atrapara como hizo con Miranda.

—Y no lo hará. He reforzado la seguridad de Drayton. No le resultará tan sencillo entrar en el internado. En cuanto ponga un pie en nuestro territorio, lo sabremos. Ah, por cierto. Uno de los soldados a los que has golpeado te va a atacar por la espalda.

En efecto, el tipo que había aflojado mis ataduras antes tenía su pistola apuntada hacia mí. Le pegué una patada para quitármelo de en medio.

—Gracias.

—No hay de qué. ¿Y bien? ¿Cuál es el plan?

—Primero tengo que hacerme con el cubo.

—Pongámonos manos a la obra.

—Espera. Tenemos un problema. Hay un montón de Zeros. ¿Qué hacemos con ellos?

Len soltó una carcajada.

—No te preocupes por ellos. En realidad, es solo un montaje.

—¿Un qué?

—Son imágenes tuyas que tenía grabadas y que he superpuesto con las de las cámaras de seguridad. Ahí dentro solo hay un ladrón de los cien millones de dólares. Tú.

—¿Y la explosión?

—Ah, eso. He hecho estallar uno de los almacenes de munición.

Aquella idea solo podía salir de la mente de Len.

—¿Puedes desconectar la corriente de la vitrina?

—Dame un segundo.

Mientras Len se ocupaba de piratear los sistemas de protección, cogí las pistolas de los guardias y apunté con ellas hacia la vitrina. Cassandra y Boundell se quedaron a mi lado. No habían intentado marcharse. Sabían tan bien como yo que el camino estaba despejado y, pese a ello, seguían donde les había dejado...

Me olvidé de ellos y me concentré de nuevo en el cubo. Tenía que romper el cristal como fuera. Solo así conseguiría hacerme con él. En cuanto dejé de escuchar el zumbido de la electricidad, descargué uno tras otro los cargadores de las dos armas.

No logré atravesar la urna. Estaba blindada.

—Estupendo...

—¡Kyle! —gritó Len.

—¿Qué pasa?

—Ese capitán malhumorado ha descubierto que el asunto de los Zeros es un farol.

Chasqué la lengua. Se me había acabado el plazo. El truco de los Zeros múltiples no nos había dado el margen necesario...

—¡Tienes que salir de ahí ya!

—¡No! No puedo marcharme sin el cubo.

Tiré las pistolas a un lado y recurrí a mi esfera. *¡Dime si voy conseguir el cubo a tiempo!* Su respuesta apareció perezosa en su interior.

Oigo la voces de los soldados cada vez más cerca. Están regresando. ¿Qué puedo hacer? Miro el cristal, desesperado. ¿No hay forma de romperlo?

En ese momento, como si alguien hubiera escuchado mi pregunta, la vitrina se abre por sí sola, dejando el cubo a mi alcance...

¿Qué? La zarandé con fuerza.

—¡Déjate de bromas y contéstame!

No hizo falta. La urna que protegía el cubo empezó a replegarse en ese preciso momento. ¿Cómo era posible?

Conforme se retiraba de su sitio, la niebla que había en la sala se hizo más densa. Todo se oscureció, igual que si me hubiera sumergido en un pozo. A tientas, metí las manos en el líquido gelatinoso y cogí el cubo. Estaba frío, más incluso que mi esfera. Me estremecí.

Así que eso era lo que tanto quería One...

Antes de que pudiera analizarlo con detenimiento, mi esfera dio una sacudida. Inmediatamente después, un fuerte golpe me derribó en el suelo. Caí y el cubo resbaló de mi mano. Cassandra hizo girar entre sus dedos el tubo metálico con el que me había golpeado.

—No es nada personal, Zero —me dijo.

—Tú... —murmuré confundido. La cabeza me estallaba de dolor y un agudo silbido tañía en mi oído.

—Ha sido tan fácil... Engañar a Zero ha sido tremendamente fácil —siseó Boundell.

—Y qué lo digas —Cassandra dejó al descubierto sus dientes desiguales. Ya no parecía asustada. Ni frágil. Era la viva imagen de una hiena maliciosa que me miraba como si yo fuera su desayuno. Se había transformado por completo. Se arrodilló a mi lado y me contempló sin atisbo alguno de sentimientos—. Engañar es mi especialidad, Zero. Puedo mentir a quién quiera y cómo quiera para salirme siempre con la mía. Y tú, mi querido y estúpido niño, solo has sido uno más en mi larga lista.

¿Qué? ¿Me había engañado? ¿Había estado jugando conmigo?

—Te he estado observando desde mi celda —continuó Cassandra—. He visto la habilidad con la que has entrado aquí y lo fácil que te ha resultado engatusar a los soldados. No eres ningún principiante. Alfred se ha dado cuenta demasiado tarde. Pero yo no he sido tan estúpida. Así que he decido utilizarte. Solo he tenido que hacerme pasar por una pobre y desprotegida mujer a la que han encarcelado injustamente para que picaras el anzuelo. Tendrías que haberte visto cuando me he puesto a llorar. ¡Ja! No has dudado de mi actuación ni un segundo.

No podía creerlo...

—Al menos, lo que te he dicho antes es cierto. Solo he cambiado un pequeño detalle —se inclinó hacia delante. Sus labios se acercaron a mi oído—. Somos portadores. Pero no estamos aquí por eso. Nadie persigue a los portadores hoy en día. Eso fue hace mucho tiempo. Nos encerraron aquí porque *merecemos* estar entre rejas. Boundell y yo hemos matado, mutilado, robado y destrozado tantas veces que hemos perdido la cuenta —se me secó la garganta. ¿¡Eran asesinos!?! ¿Cassandra no era ninguna madre entregada y cándida? Se puso en pie y alzó la vista hacia Len—. Supongo que debería darte las gracias. Nos has despejado el camino para que podamos huir en cuanto matemos a Zero —agarró el tubo metálico como si fuera una cerbatana y lo lanzó contra la pantalla en la que aparecía Len, rompiéndola en mil pedazos. Los gritos de mi amigo se perdieron en la nada y su imagen desapareció—. Me molesta tener compañías innecesarias.

—Yo también soy un portador como vosotros —dije—. ¡Estamos en el mismo bando!

—Por supuesto que sí. Y mi plan era escapar contigo y hacernos amigos por siempre jamás. Pero todo cambió cuando me dijiste que querías el cubo...

—¿El cubo? —repetí—. Vosotros... vosotros, ¿también queréis el cubo?

—Llevamos años intentando robarlo y nunca lo habíamos conseguido. Nos tenían demasiado vigilados.

—Vigilados —repitió Boundell.

Cassandra acarició su cabellera roja. Al hacerlo me fijé en el tatuaje que tenía en la muñeca. No lo había visto antes porque estaba demasiado ocupado localizando el cubo e intentando sobrevivir en Blackforest. Era un símbolo. Tres círculos concéntricos y una cruz en el centro... Lo había visto antes. ¿Dónde? Establecí la conexión enseguida. En casa de Timothy. Era el mismo emblema que había en la foto rota que encontré en su casa.

Boundell se escurrió detrás de Cassandra y cogió el cubo del suelo. Lo acarició como si fuera el mayor tesoro que había visto jamás. Luego, empezó a dar palmas como loco.

—¿Qué es el cubo? —pregunté.

—Es Raven... —susurró Boundell—. Y nosotros no podemos dejar que Raven caiga en manos ajenas. Le protegeremos con nuestra vida si es necesario.

Cassandra se colocó frente a mí.

—Basta de cháchara. Tenemos que sacar el cubo de aquí y tú nos estás haciendo perder el tiempo —agarró con fuerza el tubo metálico y lo blandió como si fuera una espada—. Buenas noches, Zero.

Y, sin decir más, lo estrelló contra mi cabeza.



Cuando recuperé la consciencia, lo primero que hice fue tocarme la frente. Parecía como si tuviera un martillo aporreándome el cráneo. Me apoyé sobre el codo izquierdo y me tumbé de costado con un quejido. A lo lejos escuchaba ruidos. Y una voz que me llamaba. Casi no podía entender lo que decía. Presté atención y poco a poco el sonido inteligible se fue transformando en palabras.

—Ky... Kyle. ¿Me... oyes? ¡Kyle!

Medio atontado, busqué el lugar del que procedía aquella voz. Salía del cuerpo de uno de los guardias. No, mejor dicho. Del walkie que tenía el soldado en el cinturón de su uniforme.

—Kyle. Por favor, responde. Estás en peligro. Kyle...

Era la voz de Len. Me estiré y agarré el walkie.

—Estoy aquí...

—¡Menos mal! Cassandra ha roto las cámaras y no sabía como ponerme en contacto contigo. ¿Estás bien?

—Hmmm, no estoy seguro —murmuré—. Veo doble.

—Pues te sugiero que dejes de ver doble y salgas de ahí. Tienes a medio Blackforest pisándote los talones. He derribado la plataforma donde estaban las celdas para que tarden más en llegar hasta ti pero solo he conseguido ralentizarlos — me levanté del suelo utilizando mis rodillas como apoyo y me quedé unos segundos parado en el sitio hasta que mi mundo dejó de moverse. No había ni rastro de Cassandra. Boundell y ella habían desaparecido. La niebla que antes tupía la sala también se había desvanecido.

—¿Dónde está el cubo?

—Lo tienen ellos.

Los portadores.

—¿Han huido?

—No. Están junto a la alambrada norte. Por lo visto, los guardias les están poniendo las cosas difíciles.

—Bien —todavía tenía una posibilidad. Agradecí que, por una vez, los soldados estuvieran de mi lado.

—¡Kyle!

—Lo sé. Lo sé —palpé mi bolsillo. Mi esfera seguía dentro. Al parecer Cassandra y Boundell no estaban interesados en ella. Otra buena noticia...—. ¿Cómo salgo de

aquí, Len? Si utilizo el mismo camino de antes me daré de bruces con Alfred. Y no me apetece asistir otra vez a su fiesta de bienvenida.

—Tendrás que utilizar el conducto de la ventilación. Según el plano que he conseguido, conecta directamente con el exterior.

No tardé mucho en dar con el conducto que había mencionado Len. Estaba en una esquina, pegado a la pared, protegido por una rejilla de hierro. La agarré por ambos lados y tiré de ella. No estaba para muchos alardes así que me tambaleé cuando la desencajé de su emplazamiento.

Al otro lado había un túnel. Era pequeño pero podría pasar por él.

—¡Vamos, Kyle! —me instó Len. Mantuve el walkie agarrado en una mano y mi esfera en la otra y me metí en el minúsculo conducto.

El panorama que me esperaba fuera no era el mejor del universo. Cadáveres de soldados repartidos aquí y allá. Masacrados. Asesinados. Y no hacía falta que me dijeran qué había pasado. Cassandra y Boundell estaban intentando salir de Blackforest matando a su paso a quien fuera.

—¿Siguen junto a la alambrada? —le pregunté a Len. Intenté no mirar los cuerpos sin vida. Aunque fuera por un error, yo había provocado aquellas muertes. Al fin y al cabo, había liberado a esos dos. Si no lo hubiera hecho los guardias seguirían vivos.

—Sí. ¿Vas a ir a por ellos?

—No tengo otro remedio. Tienen el cubo.

—Esa cosa tiene más valor del que creíamos. Todos quieren conseguirlo —y no solo eso. Aquel cubo tenía algo... extraño. No sabía muy bien qué era pero no me gustaba.

—Nos preocuparemos de eso más tarde. Ahora tenemos que recuperarlo.

Corrí hacia el lugar en el que estaban los portadores. La cabeza me explotaba. El garrotazo me había dejado atontado y no me estaba resultando fácil coordinar mi cuerpo.

Cuando llegué a la alambrada norte me detuve. Un grupo de soldados luchaba contra una mujer pelirroja que se desplazaba entre ellos causando estragos.

Cassandra.

A pesar de lo delgaducha que estaba se movía con una agilidad sorprendente. Estaba casi rodeada y, sin embargo, dominaba la pelea por completo. Pero, a diferencia de mí, ella no peleaba para defenderse. Lo hacía para matar. Sus golpes eran mortíferos y a sus pies solo había muertos.

¿Cómo me había dejado engañar por alguien que asesinaba con aquella frialdad?

—¿Alguna idea brillante, Len?

—Tú eres el de los planes descabellados.

—Y lo dice quien se ha hecho pasar por Zero...

Repasé la alambrada en busca de algún punto menos protegido por el que pudiera escalar una vez que consiguiera el cubo. Y mientras hacía mi examen me di cuenta de

algo...

¿Dónde estaba Boundell?

No había rastro de él. Cassandra estaba sola. ¿Dónde se había metido?

De pronto, un brazo escuálido se enroscó en torno a mi cuello y tiró de mí con fuerza. Cercándome, asfixiándome. El oxígeno dejó de entrar a mis pulmones y el dolor que tenía en las sienes empeoró por la falta de aire.

Me revolví sobre mí mismo para liberarme. Pegué una patada hacia atrás y logré acertar en mi objetivo. La persona que había intentado estrangularme dio un saltito alegre, como si romperme el cuello fuera una perspectiva agradable.

Era Boundell.

¿De verdad aquel hombre que parecía más un fantasma que una persona había aprisionado mi garganta de aquella manera? ¡Y encima con un solo brazo! Me contempló con los párpados entrecerrados y algo en su mirada me hizo estremecerme. Aunque no lo dijera en voz alta podía imaginarme lo que estaba pensando. Cien formas de hacerme picadillo. Estaba claro que en aquel dúo ninguno era inofensivo.

—¿Dónde está el cubo? —le pregunté. Boundell levantó la mano derecha para que pudiera ver lo que guardaba con celo entre sus dedos. El cubo blanco. Como no...

—Jamás te daré a Raven.

—Vamos. Estoy seguro de que podremos llegar a un acuerdo amistoso...

El puñetazo que recibí me arrancó las pocas esperanzas que tenía de negociar por las buenas. La indirecta estaba clara. Si quería hacerme con el premio, me iba a costar trabajo. Lo malo era que pelear con un anciano no era una perspectiva agradable... Y eso que el portador estaba muy lejos de ser un abuelito entrañable.

Al menos, sabía cuál era su punto débil.

Hice una cabriola y lancé una patada en su dirección. Solo que no la dirigí hacia su torso como él esperaba sino hacia su mano. El cubo escapó de su control y salió volando. Ascendió un par de metros y luego empezó a caer. Contemplé la caída sin inmutarme. Boundell, en cambio, se puso a gritar histérico y se echó hacia delante para atraparlo antes de que llegara al suelo.

Aquella era mi oportunidad.

El viejo estaba tan concentrado en proteger su preciado tesoro de la caída que no pudo esquivar mi ataque. Se percató de su error cuando notó mi guantazo en sus costillas y sus rodillas fallaron.

Nada más deshacerme de él, me apresuré a coger el cubo. Mis dedos se cerraron a su alrededor antes de que llegara a tocar tierra y sentí de nuevo aquel frío helado calándose en mi piel. Un poco más y no habría podido atraparlo a tiempo.

—¡Lo tengo! —exclamé, triunfante. Boundell intentó levantarse para reanudar la pelea pero no llegó hasta mí. Estaba demasiado dolorido por el golpe que le había dado. Mientras, Cassandra seguía peleando con los guardias y Alfred y sus soldados estaban desperdigados por el recinto intentando hacerse con el control. No

desaproveché aquel giro de los acontecimientos.

Regresé hasta el todoterreno que había utilizado para entrar en la cárcel y me colé dentro, jadeando y con el traje de Zero pegado a mi cuerpo por el sudor. No había hecho más que sentarme en el asiento del conductor cuando la voz de Len me llegó entrecortada a través del walkie.

—¡Kyle, acelera!

—¿Qué pasa ahora?

—Van a por ti. ¡Acelera!

Metí marcha atrás y apreté el acelerador a tope. El coche retrocedió y en cuanto salí de la parte de atrás de la prisión, di un volantazo para encararlo hacia la entrada.

Fue entonces cuando entendí las advertencias de Len...

La puerta principal estaba bloqueada. Parecía como si todos los soldados de Blackforest se hubieran concentrado allí, con sus armas preparadas para abrir fuego a la menor señal. No iba a ser fácil atravesar aquel muro humano sin morir en el intento.

—Eh, Len...

—¿Sí?

—¿Te queda algo que puedas explotar?

—La caldera de la calefacción.

—Destruyela cuando yo te diga.

—De acuerdo.

—¿Y sigues teniendo acceso al suministro eléctrico?

—Sí.

—Perfecto.

Metí primera. El todoterreno rugió pero no se movió. Tragué saliva y agarré el volante.

—¡Ya! —grité.

La caldera explotó como si fuera una bomba. La detonación lanzó por los aires parte de la estructura de la cárcel y prendió fuego al resto.

Clavé el pie en el acelerador aprovechando la onda explosiva y el coche salió disparado hacia delante, con las ruedas chirriando. Los soldados se habían quedado tan sorprendidos con el espectáculo pirotécnico que no dispararon. Se concentraron más en correr despavoridos hacia algún lugar seguro que en atacarme.

Cuando llegué a la verja, mi ataque había perdido empuje y los disparos empezaron a acribillarme. Me agaché detrás del volante para resguardarme. La luna delantera fue la primera en romperse. Luego, perdí un espejo retrovisor y lo siguiente fue una de las ventanas laterales.

—¡Corta la electricidad, Len! —grité.

La verja dejó de chisporrotear. El zumbido se apagó. Rompí la barrera de seguridad utilizando el capó a modo de mascarón de proa y crucé la entrada de Blackforest sin ver si quiera hacia dónde iba. Me interné en el camino de grava con

las balas de Alfred y sus soldados silbando en torno a mí.



Después de mi intenso paso por Blackforest, me sentía como un trapo usado. Tenía calambres en las piernas y los nervios de punta. La herida del hombro seguía sangrando y la cabeza me dolía horrores por culpa de Cassandra.

Cualquiera diría que acababa de salir del mismísimo infierno.

Mientras Len examinaba el cubo, volteándolo de un lado a otro, intenté descansar un poco. Al menos, estar de nuevo en mi refugio de Drayton, rodeado de mis cosas y acompañado por mi amigo, me estaba haciendo recobrar las fuerzas poco a poco.

—¿Qué crees que será?

—Un estúpido chisme que a poco más me cuesta una condena en una cárcel de alta seguridad —respondí.

—Eh, mira esto, Kyle —Len toqueteó uno de los vértices—. Aquí. Parece una abertura. ¿Crees que el cubo tendrá algo dentro?

—Puede ser —cogí una bolsa de hielo y me lo coloqué en la frente. El frío me anestesió el chichón que tenía—. Alfred no llegó a decirme qué era.

—Intentemos abrirlo —Len se levantó de su asiento y cogió un destornillador de su caja de herramientas—. ¿Quieres hacerlo tú?

—Paso —le hice una señal para que siguiera sin mí. Se sentó de nuevo y colocó el cubo sobre la mesa del refugio. Visto de cerca era bastante pequeño. Apenas una cajita cuadrada. ¿Por qué sería tan importante?

Len acercó el destornillador. En cuanto la punta metálica tocó la superficie del cubo, el utensilio salió despedido hacia atrás, impulsado por un fuerte crujido, y se clavó en el techo. Quedó tan incrustado que no pude sacarlo por mucho que lo intenté.

Len y yo nos miramos, alucinados.

—¿Habría sido casualidad? —comentó mi amigo.

—Espera. Tengo otra idea —llevé el cubo al escáner que utilizábamos para analizar los objetos que robábamos. No era un aparato cualquiera. Era el mejor de la Lu Corporation y podía radiografiar cualquier cosa—. Seguro que puede enseñarnos lo que hay dentro sin necesidad de abrirlo.

El escáner se puso en funcionamiento. Los rayos infrarrojos atravesaron el cubo y empezaron a analizarlo. Una imagen tridimensional apareció en la pantalla principal, con un sinfín de datos técnicos sobre su composición. Leí por encima las

especificaciones. No entendía la mayoría de ellas. Aún así, los valores no dejaban de crecer hasta límites insospechados.

—¡Kyle!

El grito de Len me arrancó de mi lectura. El escáner estaba ardiendo. Una lengua de fuego se alzaba desde el lateral izquierdo. Y otra más grande reptaba por el frontal, chamuscando la carcasa de plástico que recubría el mecanismo. Len y yo corrimos hacia el extintor que colgaba de la pared.

Cuando conseguimos apagar las llamas, el aparato estaba carbonizado. Destrozado. Y, sin embargo, el cubo no había sufrido ningún daño.

—¡Esta cosa acaba de destruir mi escáner! —se quejó Len, como si acabaran de hacer añicos a un ser querido—. ¡Era el mejor que teníamos!

Ignoré su perorata de lamentaciones y regresé a mi asiento. ¿Qué podía esconder el cubo para que redujera a cenizas el escáner y lanzara el destornillador a la otra punta del refugio? Cada vez estaba más seguro de que tenía algo raro... Y no era el único que lo pensaba. Mi esfera estaba de nuevo en su sala acorazada pero percibía una rara inquietud emanando de ella.

—Kyle, ¿y si hemos robado algo realmente peligroso?

Aquello era la que más me asustaba. One estaba loco. Si a eso le unías que el cubo no parecía inofensivo, la combinación podía ser explosiva. Por mucho que estuviera desesperado por recuperar a Miranda tenía que averiguar primero qué se proponía One y qué papel jugaba lo que fuera que acababa de robar en sus planes.

—Sin saber lo que es, no podemos deshacernos del cubo —sentenció.

—¿Y qué sugieres que hagamos?

—Hay que abrirlo y ver lo que hay dentro.

Len asintió, aprobando mi propuesta.

—En ese caso, vamos a necesitar ayuda.

—¿Estás pensando en algo? —mi amigo sonrió, misterioso.

—¿Qué te parece si damos una vuelta por la Lu Corporation?

El edificio de la Lu Corporation era uno de los rascacielos más altos de Los Ángeles. Una mole de cincuenta pisos que se alzaba en el distrito financiero, escoltado por sedes de bancos y grandes multinacionales. El logotipo de la empresa dominaba la azotea para que se pudiera ver desde cualquier punto de la ciudad.

A simple vista, parecía el típico bloque de oficinas, sin nada que lo hiciera diferente. Lo cierto era que no tenía nada «diferente» hasta que llegabas a las últimas cuatro plantas. Era allí, en lo más alto, donde realmente estaba el corazón de nuestra compañía. Los dominios privados de Len y míos.

Detuve el Ferrari frente a la puerta principal. Seguro que los del hotel Convention todavía estaban buscándolo pero me gustaba tanto que me estaba costando devolvérselo a su dueño. Apagué el motor y salí del interior. Len hizo lo mismo. El cubo reposaba en sus manos. Yo había preferido permanecer a unos metros de él. Por si acaso...

En cuanto nos acercamos a la entrada, los dos guardias que custodiaban la sede de la Lu Corporation se estiraron como estatuas. ¿Creían que éramos ladrones? Por favor...

—Tranquilos, chicos. Estamos de vuestro lado —dije, en son de paz. No estaba dispuesto a entrar a la fuerza en mi propio edificio. Eso lo reservaba para los lugares que no eran míos. Me había puesto incluso un abrigo encima de mi traje de Zero para que nadie sospechara.

El más veterano me reconoció enseguida. Aunque el padre de Len era el presidente «oficial» de la Lu Corporation, la mayoría de los trabajadores de la compañía sabían que Len y yo teníamos participaciones en la empresa. Lo que ignoraban era que teníamos casi el 100% de las acciones repartidas entre los dos.

—Oh, disculpe, señor Bradford. No le habíamos reconocido —al ver que su camarada seguía mosqueado, le dio un codazo—. ¿Qué haces, idiota? ¿Es que acaso no sabes quiénes son?

Su compañero me inspeccionó de arriba abajo. Sus ojos se fueron abriendo cada vez más, como si acabara de encontrarse con el presidente de los EE.UU. en persona.

—Disculpe. Yo no sabía... —se le quedó una de esas expresiones que venían a decir sin palabra «seré estúpido...».

—No pasa nada —estuve a punto de añadir «estoy acostumbrado a que los tipos con pistola desconfíen de mí». Me ahorré el comentario.

—Esperen. Desconectaremos las alarmas para que puedan entrar —cinco segundos más tarde, la puerta principal de la Lu Corporation se abrió para nosotros.

—¿Por qué no hacen esto cuando tengo que entrar en algún sitio? —mascullé mientras dejábamos atrás el frío de Los Ángeles y nos adentrábamos en el edificio. Len rio entre dientes.

—Seguramente porque es peligroso dejarte pasar a ciertos lugares.

La Lu Coporation era una sede de alta tecnología. Todo decorado con metales y cromos, dispositivos inteligentes y una escalera en forma de espiral que se ponía en funcionamiento cuando notaba el peso de una persona en el primer escalón. El mostrador de la recepción lucía en el frontal el mismo logotipo que había en la azotea para que los visitantes lo vieran nada más entrar. Y decenas de hologramas se repartían por el vestíbulo, explicando a los visitantes las últimas novedades de la compañía.

Mientras subíamos a la planta 50, miré el reloj digital que me había dado One. 10:40.

—Espero que las máquinas de la Lu Corporation puedan romper el cubo.

—¿Acaso lo dudas? Los aparatos que tenemos aquí son los mejores.

—Sí, pero ya has visto lo que ha pasado con tu súper escáner en Drayton.

Len arrugó el labio.

—Era mi preferido... —se quejó por enésima vez.

Recorrimos el intrincado laberinto de pasillos hasta llegar al laboratorio.

Tecleamos nuestras contraseñas en las consolas de seguridad, utilizamos nuestras huellas dactilares y el examen de retina y, finalmente, los cerrojos se retiraron de su sitio.

El laboratorio era una versión XXL de nuestro refugio de Drayton. Más máquinas, más aparatos, más ordenadores. El espacio en el que se fraguaban los inventos de la compañía. O, mejor dicho, el espacio en el que se creaba todo lo que se vendía con nuestro sello. Cuando Len se encerraba dentro no había manera de sacarle de allí.

Se podían contar con los dedos el número de personas que tenían acceso a aquel santuario. De hecho, aparte de nosotros, no había muchos más privilegiados que pudieran franquear la puerta. Por eso, la mayor parte del tiempo, aquella sección del edificio permanecía cerrada.

Hice ademán de entrar pero Len me agarró del brazo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Hay alguien dentro —susurró mi amigo. Levanté la cabeza. Entre los prototipos y los modelos de prueba sin acabar se alzaba un destello blanquecino... Una luz encendida. Me puse a la defensiva. Con la noche que habíamos tenido, podía esperarme cualquier cosa.

Me adentré en el laboratorio. Seguro que Len sabía para que servía cada trasto que había en las repisas que atestaban la enorme estancia. Yo, como no tenía ni la menor idea, procuré no tocar ninguno por si acaso lo encendía por error. Aparté a un lado un artilugio que tenía pinta de ser un acelerador de partículas y me asomé por encima de los estantes metálicos.

La luz que iluminaba el laboratorio procedía de un pequeña lamparita. Junto a ella había una persona, trasteando con un cachivache lleno de cables. Llevaba una bata blanca que le llegaba hasta los tobillos y una mata de pelo negro cayéndole por la cara. ¿Un ladrón? Eh, espera. ¿Un ladrón robando en *mi* compañía?

Antes de que pusiera el grito en el cielo, Len salió de detrás de mí.

—¿Papá?

La persona que estaba junto a la lamparita levantó la vista.

—¡Hijo! —Henry Lu abandonó lo que estaba haciendo y corrió a abrazar a Len.

Físicamente, eran muy diferentes. Henry tenía unas facciones más redondeadas y una nariz más puntiaguda. También superaba a Len en estatura. A su lado, mi amigo parecía un pigmeo. Lo que sí compartían era la afición por cualquier cosa que tuviera enchufe. Cuando se ponían hablar de ordenadores, placas base y microprocesadores era difícil seguirles la corriente.

—¡Kyle! —Henry me dedicó una sonrisa de oreja a oreja—. Me alegra verte.

—Igualmente, señor Lu —otra diferencia. Len era pura introversión. Su padre, en cambio, era el alma de cualquier fiesta.

—Llámame Henry. Ya sabes que estos tratamientos tan formales no me gustan —se apartó de su hijo y nos miró a ambos—. ¿Y bien? ¿Qué están haciendo aquí los dueños de la Lu Corporation? ¿Habéis venido a revisar los informes anuales?

Pufff... Cuando Henry me mandaba los informes anuales de la compañía me entraban cien males juntos.

—No —dije—. Hemos venido porque tenemos un problemilla.

—¿Qué necesitáis? —nos preguntó. Len le mostró el cubo que habíamos robado en Blackforest. Su padre lo miró con interés—. ¿Qué es eso?

Lo mejor habría sido explicarle de dónde salía aquel cubo y de qué forma lo habíamos conseguido. Pero Henry no sabía nada de Zero. Ni siquiera que yo era quien estaba detrás de la máscara de plata. Si sospechaba algo, nunca nos lo había dicho. Simplemente, obedecía lo que le pedía su hijo y callaba. Tal vez porque no quería saber qué tramábamos. O porque temía descubrirlo, en realidad.

Así que me ahorré los detalles.

—Estamos tratando de averiguarlo —contesté.

—Tenemos que abrirlo para ver qué hay dentro —añadió Len—. Y no está siendo fácil. Lo hemos intentado con el escáner de Drayton y digamos que no ha sido de mucha utilidad.

—Ese escáner es uno de los más potentes del mercado —repuso Henry—. ¿Cómo es posible que no hayáis conseguido nada?

—En realidad, *era* uno de los más potentes del mercado —puntalicé—. Ahora es un montón de chatarra.

—Eso es...

—Ha sido el cubo —explicó Len—. Lo ha destruido por completo.

Henry encajó la noticia con un gesto de estupefacción. Obviamente no esperaba que le dijeran que el escáner había pasado a mejor vida por culpa de un simple cubo.

—Será mejor que saquemos la artillería pesada.

Seis horas después el balance de nuestra investigación no era muy bueno. Cinco máquinas despedazadas, otros dos escáneres chamuscados y... el cubo tan perfecto como antes. Cuando mi décima ganzúa escapó de mi mano y se quedó clavada en una pared, lancé una maldición que sonó como un rugido.

—¿¡Es que acaso es imposible abrirlo!?! —exclamé.

Henry se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa.

—Hay que reconocer que está bien fabricado —palpó los lados del cubo—. Quien lo diseñó hizo un trabajo excelente. Y seguro que no salió gratis. ¿Por qué alguien invertiría una pequeña fortuna en construir una cosa así?

Solo había una razón. Lo que fuera que había dentro era lo suficientemente valioso como para justificar cualquier gasto.

—¿Y si probamos con el láser, Len? —sugirió Henry.

—Ya lo he intentado.

—¿Y qué me dices de la fresadora?

—Podemos probar —dijo Len sin mucho convencimiento. Henry salió del laboratorio para ir en busca de la famosa fresadora. Aproveché su ausencia para tomarme un respiro. Me senté en un taburete y me masajé la frente. Len se dejó caer

a mi lado. Según el reloj de One faltaban poco más de cuatro horas para que se terminara el plazo...

—Vamos a tener que arriesgarnos. Miranda es nuestra prioridad. No podemos dejar que One le haga daño. Le daremos el cubo.

—¿Sin saber lo que hay dentro?

—¡No podemos hacer otra cosa! Somos incapaces de abrirlo.

—¿Y si le damos a One un cubo que no es el auténtico? Podemos hacer una copia. Ya lo hicimos con los objetos que robaste para engañar a Dimitri.

—Esto es diferente. One es más inteligente que Dimitri. Si le doy una falsificación, lo sabrá.

Len resopló, desanimado.

—Supongo que tienes razón.

Apoyé el cubo en mis rodillas. Casi a la vez, mi esfera se agitó con espasmos nerviosos dentro de mi bolsillo. La palabra «Peligro» flotaba en su interior, retorciéndose con impaciencia. Ella sí sabía lo que había dentro. Y me estaba advirtiendo.

Cogí el cubo en una mano y la esfera en otra y los puse a la misma altura. Eran casi del mismo tamaño. Los acerqué más para que estuvieran uno al lado de la otra. ¿Cómo sabía la esfera lo que había dentro?

—¡Kyle, mira! —exclamó Len.

Su dedo señaló una de las caras del cubo. Surcando la superficie de arriba abajo, había una delgada línea. Era una fisura. Minúscula, de tan solo unos milímetros. La contemplé, maravillado. Eso no estaba ahí antes. ¿Habíamos conseguido perforar la carcasa por fin? Guardé mi esfera, sin poder contener mi entusiasmo. Si habíamos conseguido abrir aquella brecha podríamos romperlo...

Pero cuando alcé el cubo de nuevo para que Len y yo pudiéramos examinarlo más de cerca, la hendidura había desaparecido. La superficie estaba intacta. Inmaculada.

—¿Qué...?

Repasé cada lado. Cada centímetro. ¡Todo volvía a estar como antes!

—Esto es imposible —mascullé—. ¿Lo has visto igual que yo, Len?

—Sí, sí. Estaba aquí mismo.

¿De qué forma había aparecido y desaparecido aquella abertura? No había hecho nada diferente. Tan solo estaba...

Un momento...

Saqué mi esfera de nuevo. La puse junto al cubo, como había hecho antes. Nada. La acerqué más. Dejé que el cristal tocara la cubierta blanca.

Y entonces la delgada fisura apareció por segunda vez.

Pasé el pulgar por encima. Sí, ahí estaba. Un minúsculo surco. Exactamente en el mismo sitio. Aparté la esfera y la ranura se cerró, dejando el cubo liso.

—La llave del cubo... —susurró mi amigo—, ¿es tu esfera?

Eso parecía. Y conforme más tiempo pasaba la esfera cerca del cubo, más crecía

la rendija. Un milímetro. Tres. Cinco. Diez. Veinte... Cuando quisimos darnos cuenta era lo suficientemente grande como para que se viera el interior del cubo a través de ella. Len y yo nos inclinamos hacia delante para ver lo que había dentro.

Otra esfera. Aunque no era igual que la mía. Esta era de color carmesí. Roja como la sangre. Y envuelta en una bruma que me recordó a la que había en la sala 9 de Blackforest.

Un tentáculo vaporeo emergió de la esfera y me rodeó el antebrazo. En cuanto sentí su contacto me removí incómodo. Era como si me tocara un muerto. Me puse en pie de un salto.

—¿Qué pasa? —me preguntó Len.

—No lo sé... No me gusta —la misteriosa esfera lanzó un resplandor. Len no reparó en ello. Yo sí. Me encogí sobre mí mismo.

—¿De quién crees que será?

—Puede que de nadie —contesté—. Hasta donde yo sé, si una esfera se rompe su portador muere. Lo que no tengo tan claro es si sucede lo mismo al revés.

Len sacó la esfera del cubo. Era tan atrayente que me costó apartar la mirada de ella...

En un lado, tallado en el cristal, había algo escrito.

—¿Qué pone ahí?

Era un nombre. Y no uno cualquiera.

Raven...

—Vaya... Parece que Zero lo ha conseguido —Len y yo dimos un respingo al unísono. Encaramado a la mesa del laboratorio, acuclillado como un felino, estaba Boundell. En cuanto vio que había captado nuestra atención, rio con aquella carcajada suya desquiciada. No estaba solo. Los ojillos maliciosos de Cassandra se recortaron en la penumbra. Llevaba el tubo con el que me golpeó en Blackforest debajo del brazo.

Lo primero que me vino a la cabeza fue una palabrota tan grande que explotó en mi cerebro como unos fuegos artificiales. De todas las personas del universo, aquellos dos lideraban mi lista de «mejor no encontrarte con ellos jamás».

—Se me olvidó comentártelo —dijo Cassandra—. La principal habilidad de Boundell es el rastreo. Puede encontrar a una persona aunque esté a kilómetros de distancia —el anciano olfateó el aire como si fuera un perro sabueso—. Te hemos estado siguiendo desde que saliste de Blackforest. Por eso hemos sabido que estabas aquí.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Boundell. Torció el cuello en horizontal, en un ángulo que creía imposible—. ¿Cómo... has abierto el cubo? Nosotros lo hemos intentado... ¿Cómo?

Cassandra silenció a su compañero.

—No importa, Boundell —extendió su mano hacia mí—. Dame la esfera. Si obedeces por las buenas, te mataremos rápidamente.

No me moví. Tenía que conservar la esfera. Si no, Miranda moriría. El problema era que estaba desarmado y Cassandra y Boundell parecían ansiosos por despedazarme. Tenía que hacer algo. Y rápido.

Me desplacé despacio hacia la estantería que había a mi derecha, sin que nadie se diera cuenta.

—Dámela —insistió Cassandra.

—Verás, hay una complicación. Al parecer, esta esfera está muy solicitada últimamente —me moví otra vez. *Un poco más cerca...*—. Demasiada gente la quiere y eso no puede ser porque solo uno de nosotros puede tenerla.

—¡He dicho que me la des! —bramó Cassandra, crispada por la irritación. No me inmuté.

—¿Por qué tenéis tanto interés en conseguirla? —otro paso más.

—Eso a ti no te importa.

—De hecho, sí me importa. ¿La queréis para utilizarla?

—¡Jamás utilizaríamos la esfera de Raven!

Vaya, vaya... Así que la esfera era de Raven. Eso explicaba por qué tenía su nombre grabado...

—¡No puedes tocarla! —Boundell arañó la mesa con sus uñas—. Esa esfera... es... ¡nuestra!

Saltó sobre nosotros justo cuando yo empujé la estantería a la que me había estado acercando. Los artilugios que había en las baldas empezaron a caer. Una lluvia de trastos electrónicos se desplomó sobre los dos portadores, enterrando sus improperios y sus maldiciones bajo un estruendo ensordecedor.

—¡Vamos! —le dije a Len. Sorteamos como pudimos el desorden que se había formado a nuestro alrededor y corrimos hacia la salida. Pero no pudimos llegar hasta la puerta. Una mano me agarró del tobillo y me hizo tropezar.

—¿Adónde vas tan rápido? —me preguntó Cassandra. Tenía un arañazo cruzándole la mejilla y un reguero de sangre bajando por el cuello. A pesar de ello seguía en pie. Acuclillada como una tigresa en plena cacería sobre los destrozos que había causado yo. Mi treta no había servido para quitármela de en medio—. ¡No dejaré que vuelvas a escaparte!

Su mano derecha asió con más fuerza mi tobillo y la izquierda cercó mi muslo. A su lado, Boundell se estaba recuperando también. Muy pronto serían dos contra uno. Agarré con más fuerza la esfera carmesí. La protegería aunque fuera lo último que hiciera.

—Cuando acabe contigo, nadie va a reconocerte —musitó Cassandra—. Te voy a trocear en diminutos pedazos...

Algo cayó sobre su cabeza. El impacto la dejó confundida. Me miró, sin entender qué había ocurrido. Luego, su atención se desvió más allá de mí. Len estaba detrás de nosotros, con el tubo metálico de la portadora entre las manos.

—¡Tú! ¿Cómo te atreves a...? —mi amigo golpeó de nuevo a Cassandra. Los

ojos de la mujer se quedaron blancos. Sus zarpas se aflojaron y su cuerpo se desplomó inconsciente sobre mi pierna. Nunca antes había visto a Len tomar partido en una pelea. Me quedé tan sorprendido que no supe qué decir. Y al parecer él estaba igual de patidifuso.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Es solo que... Creo que es la primera vez que golpeo a alguien.

—¡No dejaré que escapéis! —gritó en ese instante Boundell. De alguna forma se levantó del suelo, alzando con la espalda la estantería que yo había tirado—. ¡Esa esfera pertenece a Raven!

—¡Salgamos de aquí! —grité. No tuve que repetirlo. Echamos a correr sin pensárnoslo dos veces. Salimos del laboratorio y cerramos la puerta detrás de nosotros—. ¡Bloquéala! ¡Rápido!

Len empezó a teclear las claves que cerraban el portón lo más rápido que le permitían los dedos.

—¡Sois míos! —canturreó Boundell desde el otro lado. Utilizó su peso para empujar la puerta y esta se abrió unos centímetros. Hice fuerza con los talones para contrarrestar sus embestidas.

—¡Deprisa! —le dije a Len. Boundell volvió a arremeter y yo salí rebotado por el impacto. Los dientes me castañetearon—. No voy a poder aguantar mucho más.

—¡Ya está! —exclamó Len. Inmediatamente después, escuché los engranajes cerrándose y los empujones del portador se estrellaron contra el portón blindado—. ¿Lo hemos conseguido?

—No vamos a quedarnos para averiguarlo —respondí.

—¡Len! —Henry Lu apareció al final del pasillo. Llevaba el pelo revuelto y la bata descolgada de su sitio—. ¡Hay un grupo de soldados disparando contra la Lu Corporation! Han rodeado el edificio entero.

Dejé escapar un gemido. Si los que estaban atacando la Lu Corporation eran soldados podía imaginarme quién les lideraba. El capitán Alfred... ¿Cómo habían dado con nosotros?

—Tenemos que escapar —dije.

—¿Escapar? —preguntó Henry con una nota aguda en su voz—. ¿Por qué deberíamos escapar? ¡No entiendo lo que está pasando!

Cualquiera le explicaba de quién y por qué teníamos que huir...

—¿Qué más salidas hay además de la principal? —tenía gracia que no conociera el edificio en el que estaba mi empresa y, en cambio, me supiera de memoria la distribución de los principales bancos y museos del país. Menos mal que estaba Len para ayudarme.

—Hay una salida de emergencia en el sótano que lleva al exterior. La construyeron en caso de que fuera necesario evacuar las oficinas.

—Perfecto. Saldremos por ahí. ¿Cómo llegamos?

Una fuerte explosión engulló la respuesta de Len e hizo que el rascacielos entero

se tambaleara.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Henry.

Podía apostar mi máscara de Zero a que ese ruido era el equipo Alfred. Estaban intentando entrar a la fuerza en la Lu Corporation.

—Da igual. ¡Larguémonos!

Arrastré a Henry del brazo y le conduje hasta los ascensores. Len nos siguió cabizbajo. Sabía lo que estaba pensando. No vería nunca más los inventos que había en el laboratorio. Boundell y Cassandra utilizarían lo que estuviera a su alcance para abrir la dichosa puerta y eso significaba que muchos de sus prototipos quedarían reducidos a la nada.

Bajamos hasta las entrañas de la Lu Corporation. Por el camino escuchamos otra explosión. Solo que esta vez procedía de los pisos de arriba. El equipo Cassandra tampoco estaba perdiendo el tiempo.

Cuando llegamos a nuestro destino, Henry Lu estaba al borde de una taquicardia. Tanta acción le estaba superando.

—¿Hacia dónde vamos? —pregunté cuando las puertas del ascensor se abrieron. Habíamos aparecido en un almacén. Cientos de cajas estampadas con el sello de nuestra compañía se hacinaban en el interior. Al fondo, se veía una solitaria portezuela.

—Es por ahí.

Asentí, dispuesto a llegar hasta aquella puerta costara lo que costase. Pero en cuanto puse un pie fuera, me di cuenta de que habíamos llegado tarde.

—Curioso lugar para encontrarnos de nuevo...

Alfred salió de detrás de un montón de cajas. En su mano relucía un cuchillo largo, de esos que se utilizan para cazar. Las luces del ascensor iluminaron su semblante.

No había nadie más con él. Sus hombres debían de estar registrando las plantas de arriba.

—Así que tú eres Zero... —dijo.

—Tal vez sí. Tal vez no —contesté, haciéndome el esquivo.

—Ahórrate tus mentiras. Llevas un rastreador escondido en el traje. Te lo coloqué mientras hablábamos en Blackforest. De poco te va a servir jugar al despiste conmigo —respondió. Contuve el impulso de tantear mis mangas y las perneras del pantalón. ¿Me habían estado rastreando ellos también? Alfred pareció leer mis pensamientos—. Nunca creí que tú no fueras el auténtico Zero así que decidí mantenerte vigilado por si acaso decidías huir.

Estupendo... Tampoco el plan de Len había salido bien.

—Vas a volver conmigo a Blackforest.

—No lo creo. Tengo cosas más interesantes que hacer.

—Pues me temo que tendrás que posponerlas... Indefinidamente.

Levantó su cuchillo. Lo colocó a la altura de su pecho y, acto seguido, se

abalanzó sobre mí. Se desplazó tan rápido que en un abrir y cerrar de ojos le tenía encima. Henry soltó un grito. Escuché también el murmullo de preocupación de Len. Yo tuve que retroceder para evitar que el filo me atravesara. El metal me alcanzó de refilón y dejó tras de sí un doloroso desgarrón.

—Eres bueno —susurré.

—Tú tampoco eres malo.

Alfred volvió a la carga. Le esquivé pero esta vez me costó más eludir su ataque. Las fuerzas empezaban a fallarme. Me notaba cada vez más torpe y mis constantes jadeos no presagiaban nada bueno. A diferencia de mi contrincante, yo no estaba en mi mejor momento tras la noche que había tenido. En otras palabras...

Necesitaba un milagro si quería salir de la Lu Corporation.

Y si el milagro no venía a mí, tendría que ir yo a por él.

Fingí que bajaba la vista al suelo y eché mano de mi esfera. Nunca antes la había utilizado en una pelea. Era jugar sucio y lo sabía. Pero aquella era la única forma que tenía de ganar. No podía permitirme otra equivocación. No tenía tiempo ya.

Leí las predicciones y memoricé sus palabras. Los errores que yo iba a cometer y cada paso que daría mi contrincante. Cuando terminé, volví a guardarla en mi bolsillo.

Empezaba el segundo asalto...

Flexioné el codo y pegué a Alfred en toda la cara. El codazo le hizo soltar un siseo. Me agaché en el suelo justo antes de que el filo de su arma me seccionara el cuello y le sacudí una patada en la ingle.

Cuando se recuperó, cargó de nuevo. Justo lo que estaba esperando que hiciera. Le arrebaté el cuchillo de un puñetazo y lo clavé en su muslo con una precisión milimétrica. La sangre manchó el suelo del almacén. Alfred soltó un grito de dolor.

Le observé mientras se taponaba la herida con la mano.

¿Y si... y si remataba lo que había empezado? Podía borrarle del mapa... Matarle. *No sería complicado. No me costaría mucho.* Alargué el brazo. Mis dedos se cerraron alrededor de su cuello sin que tuviera que dar la orden a mi cerebro... Lo hicieron como si ya estuvieran programados.

Sería insultantemente sencillo.

Alfred intentó liberarse de mí. No dejé que escapara... Apreté más fuerte su garganta. Más y más fuerte. Más y más fuerte. Su rostro empezó a amarrotarse. Estaba asfixiándose. La vida escapaba de su cuerpo. Mis remordimientos se esfumaron, como ocurrió en la biblioteca, cuando atacé a Mike. Deseaba destruir, hacer daño y... recrearme en ello.

Y lo estaba consiguiendo. Estaba disfrutando...

Alguien tiró de mí para que soltara a mi presa. Me deshice de aquella molesta interrupción y seguí concentrado en el débil cuello de Alfred. Era tan insignificante...

—¡Kyle!

Volvieron a agarrarme. Gruñí, enfadado, y empujé a la persona que me estaba

importunando. Era Len. Sus ojos me miraban con verdadero pavor. Tenía miedo. Sí. De mí.

Sacudí la cabeza. Luego, miré mis dedos... clavados en la piel de Alfred...
¿Qué... qué estoy haciendo?

Le solté. Me alejé de él, sin dejar de mirar la huella que había dejado en su cuello. Boqueaba en busca de oxígeno. Pero no me atreví a acercarme a él para ayudarlo. Me daba miedo tocarle por si acaso le hacía más daño.

—Yo... —susurré. El estómago se me encogió. Las nauseas se asomaron a mi tráquea—. No quería...

Se me trabaron las palabras. No sabía qué decir para justificar lo que había hecho... Así que no dije nada. Solo me di la vuelta y corrí hacia la salida. Sin mirar atrás.

Len no me siguió. Creo que, en el fondo, estaba tan sorprendido como yo con el giro que estaban tomando los acontecimientos.



Cuando Len me encontró estaba acurrucado en una solitaria calle a dos manzanas de la Lu Corporation, con las rodillas pegadas al pecho. Su hombro chocó contra el mío cuando se dejó caer a mi lado.

—Mi padre se ha ido. Le he... pedido un taxi para que regresara a casa. Así, Alfred y sus hombres no podrán encontrarle.

No estaba diciéndome la verdad. Su padre se había montado en el primer taxi que había encontrado para alejarse de mí. Tampoco me extrañaba. Había intentado estrangular a un hombre delante de él con mis propias manos.

—Hace unos días, en Drayton... —susurré—. ¿Recuerdas el terremoto?

—Sí, claro. Todos hablaban de ello. El techo de la biblioteca casi se viene abajo.

—No hubo ningún terremoto, Len. Fui yo. Ahora lo sé. Me enfurecí al ver a Mike con Miranda y perdí el control.

—¿Qué estás diciendo? Es imposible que tú hicieras eso.

—¡Lo sé! Parece una locura. Yo también creía que era una casualidad. Pero ya has visto lo que acaba de pasar... Aquella vez quería matar a Mike. Lo habría hecho de no haber sido por Miranda. Y lo mismo ha ocurrido hoy con Alfred... Es difícil de explicar. Es como si me invadiera una fuerza que no soy capaz de controlar. Y entonces solo pienso en matar. No... no soy consciente de lo que estoy haciendo —enterré la cara entre mis rodillas—. Algo me está pasando... No sé qué es. Es como si... no fuera el mismo.

—Por supuesto que eres el mismo.

—¡No! —exclamé—. No lo soy. Lo noto.

—¿Crees que es por culpa del chip?

Ladeé la cabeza.

—Me hice una infinidad de pruebas tras la operación y los médicos no encontraron nada fuera de lo normal —mi voz fue bajando de intensidad poco a poco—. Tengo miedo, Len. ¿Y si el próximo día no hay nadie a mi lado que pueda detenerme?

—Kyle...

—Hablo en serio.

—Yo también. Necesitas descansar. Es solo eso. Llevas sin dormir dos días enteros. Deberíamos quedarnos en Drayton unas horas al menos hasta que...

—No. Ni hablar —negué con rotundidad—. Tenemos que salvar a Miranda.

Ella...

Escuchamos pasos al final del callejón y, a lo lejos, las inconfundibles voces de los soldados de Blackforest.

—Está por aquí. ¡No dejéis de buscarle!

—El rastreador. ¡Rápido! —dijo Len—. Te están buscando.

Palpamos cada pliegue de mi traje. Curiosamente, no tardamos mucho en dar con el dispositivo que habían utilizado los militares para seguirnos. Era diminuto y estaba adosado a mi cintura, oculto entre los dobleces de la tela. Alfred debía haberlo colocado allí cuando me golpeó en la prisión.

Lo arranqué sin miramientos y lo estrujé hasta que quedó reducido a polvo. Tiré los restos al suelo.

—Tenemos que marcharnos.

—¿Y adónde vamos?

—A la mansión Bradford —dije tras unos segundos de vacilación—. Puede que Jane sepa algo de la esfera carmesí que pueda ayudarnos.

Len no se opuso así que nos alejamos de la Lu Corporation lo más rápido que nos permitieron nuestras piernas.



Las risas de los invitados se escuchaban desde el jardín. ¿Y por qué no? Era Fin de Año y la cena que celebraba tía Jane en nuestra casa era, desde hacía tiempo, unos de los eventos más importantes de la *jet set*. Pero yo no había ido a la mansión Bradford a cenar. Ni a saludar a los famosos que se agolpaban en el salón.

Estaba allí por otro motivo.

Len y yo entramos por la puerta del servicio para que nadie nos viera y subimos directamente a la habitación de tía Jane. Irrumpí en la estancia sin esperar a que nuestra ama de llaves anunciara mi llegada.

—Dios santo, Kyle. Me has asustado —exclamó mi madre adoptiva. Estaba terminando de arreglarse para recibir a sus invitados y en sus manos relucía un precioso collar de perlas—. ¿De dónde venís?

—De la Lu Corporation. Y antes de eso de un sitio llamado Blackforest. ¿Te suena de algo?

Tía Jane palideció.

—Dime que no has estado allí —susurró.

—No solo he estado allí sino que encima he tenido que entrar dentro para darme una vueltecita. No ha sido divertido.

—¿¡Has perdido el juicio, Kyle!?! ¿Vas a conseguir que te maten!

—¿Sabías que Blackforest era una cárcel de portadores?

—Sí.

Hice un aspaviento.

—¿Por qué no me has dicho nada hasta ahora?

—No lo creí necesario.

—¿¡Qué no lo creíste necesario!?! Me he metido sin saberlo en una guarida llena de lobos de la que he estado a un pelo de salir como un cadáver ¿y solo se te ocurre decirme que no lo creíste necesario?

Cambió el peso de un pie a otro, visiblemente molesta por el rumbo que estaba tomando la conversación.

—¿A qué has ido a Blackforest?

—A robar.

—¿¡Qué!?!

—Miranda está en peligro. El tipo que me hirió el otro día la ha secuestrado y la única forma que tengo de salvarla es robando un objeto.

—¿Qué clase de objeto?

Len le enseñó la esfera carmesí. En cuanto la vio, tía Jane se tapó la boca, con dedos temblorosos.

—¿Qué pasa?

—Tienes que destruir esa esfera, Kyle.

—¡No puedo hacer eso!

—¡*Debes* destruirla! —gritó tía Jane. Jamás la había visto así. Con aquella expresión de terror. Estaba asustada. No, mejor dicho. Aterrorizada.

—¿Por qué tienes tanto miedo? —susurré—. ¿Qué tiene de especial esta esfera?

Desvió la mirada hacia otro lado.

—Nada. Es igual que las nuestras.

Sí, era igual. Pero, a la vez, no lo era...

—¿Es por su portador? ¿Es eso lo que la hace diferente? —tía Jane contraatacó con otra pregunta.

—¿Qué sabes del portador de esta esfera?

—No mucho. Tan solo que se llamaba Raven. ¿Le conociste?

—No —contestó tía Jane. Su respuesta me sonó falsa. Me estaba mintiendo.

—Pues para no saber nada de él tienes mucho interés en que destruya su esfera...

—Solo confía en mí, Kyle.

—No me estás contando la verdad.

—No puedo...

—¿Por qué no?

—Es... complicado —nos miramos—. Deshazte de la esfera. Hazlo por mí. Por favor...

—¿Y qué pasa con Miranda?

—Destruir la esfera es más importante que cualquier otra cosa.

¿Me estaba pidiendo que sacrificara a Miranda? ¡No podía hacer eso! Unos golpes en la puerta interrumpieron nuestra conversación.

—Señora, sus invitados empiezan a impacientarse.

—Enseguida voy, Greta —respondió tía Jane. Su atención sin embargo no se apartó de mí—. Vuelve a Drayton y dile a Sebastian que te ayude a romper la esfera. Él sabrá cómo —me agarró por los hombros y, de nuevo, vi el miedo asomándose a sus ojos—. Hazme caso antes de que sea demasiado tarde.

Dejé que saliera de la habitación y me senté en el borde de su cama. Len se quedó junto a la ventana, tan desconcertado como yo.

—No voy a dejar que Miranda muera —murmuré.

—¿Y qué podemos hacer?

No tenía ni la menor idea... One nos había colocado en una situación complicada. O sacrificaba a mi amiga o le entregaba la esfera a pesar de que tía Jane parecía desesperada por destruirla.

¿Qué decisión debía tomar?

Estaba en desventaja. One estaba jugando conmigo a su antojo. Yo, en cambio, no tenía forma de hacer lo mismo.

A menos que...

¡Eso era! Él había encontrado mi punto débil. ¿Y si yo hacía lo mismo? Tenía que haber una grieta en su perfecta coraza. No podía ser imbatible. Tenía que dar con su talón de Aquiles.

Veamos...

Lo poco que sabía de él era que quería, a cualquier precio, aquella esfera carmesí. Esa esfera en concreto. No otra cualquiera. Y debía haber un motivo detrás que justificara aquella fijación tan enfermiza. ¿Y si la razón estaba relacionada con el misterioso portador al que tía Jane temía tanto? ¿Y si encontraba algo en la historia de Raven que me ayudara a derrotar a One?

—Len, necesito que me consigas toda la información que puedas sobre Raven.

—Esto... Kyle... —mi amigo se pasó la lengua por el labio superior, vacilante. Aquel gesto no me gustó.

—¿Tú también me estás ocultando algo?

—¡No! Yo... —suspiró, dándose por vencido—. Está bien. Hay algo que no te he contado. Mientras regresabas de Blackforest estuve investigando lo que mencionó Alfred... Aquello que ocurrió hace diez años y que estaba relacionado con Raven, ¿recuerdas?

—Sí.

—Me pareció que podía ayudarnos a derrotar a One.

—¡Eso es estupendo! —exclamé—. ¿Y qué has descubierto?

—Estuve buscando en los sistemas a los que tengo acceso. Incluso en las bases confidenciales del gobierno. ¿Sabes lo que encontré? —abrí los brazos como queriendo decir «ni idea, tío»—. Nada.

La respuesta me dejó descolocado.

—¿Nada? —repetí, incrédulo.

—Al parecer, los archivos relacionados con Raven han sido eliminados. Alguien se tomó muchas molestias para borrar a ese tipo del mapa. Y hay algo más, Kyle... Sé quién lo hizo.

—¿Alfred?

—No. El detective Dimitri.



El bar Silver Eye era un antro de mala muerte situado a las afueras de Los Ángeles. Cada noche se reunía allí un amplio surtido de delincuentes. Desde mafiosos a pequeña escala, pasando por traficantes hasta carteristas de barrio. Su clientela no era, precisamente, la élite de la ciudad como tampoco lo era el dueño del mugriento establecimiento, un tipo regordete que escondía droga y pistolas de contrabando bajo la barra.

Uno de los últimos en incorporarse a los habituales del Silver Eye había sido un hombre de acento tejano y ojos grises. Le llamaban «El fracasado», aunque su verdadero nombre era otro muy distinto.

Dimitri Cooper.

Desde mi escondite, un contenedor de basura que apestaba a pescado podrido, le vi beberse otro *whisky*. El tercero en las poco más de dos horas que llevaba vigilándole. Estaba casi irreconocible. Con una barba sin afeitar de quince días, el pelo grasiento y la gabardina manchada de suciedad. Parecía imposible que aquel hombre con pinta de mendigo fuera la misma persona que me había intentado atrapar un mes atrás y que casi lo había conseguido.

Daba pena verle así.

Cuando salió del bar arrastrando los pies, le seguí. Era tarde. Y las calles no tenían mucha actividad a aquellas horas así que me moví con cierta tranquilidad a pesar de que llevaba puesto mi traje de Zero y mi máscara.

Puede que Dimitri estuviera borracho y fuera dando bandazos pero su olfato de policía no tardó en alertarle de mi presencia. Se paró junto a un poste y encendió un cigarrillo. Yo me detuve también y me escondí entre las sombras.

—Si crees que tengo dinero estás equivocado. Acabo de gastarme lo que llevaba en el bar —arrastraba las palabras, con un deje fangoso.

—No he venido a robarte, detective.

—No soy detective. Ya no.

—¿Y como debería llamarte entonces? ¿Exdetective Cooper? —Dimitri lanzó un manotazo al aire. El movimiento fue demasiado brusco y su equilibrio, que no estaba para grandes alardes, le falló. Dio un traspié—. Con lo que has bebido hoy estoy seguro de que podrías ahogar a un lago.

—¿Y a ti qué te importa? —me espetó. Le dio una calada a su cigarro—. Y a todo esto... ¿quién diablos eres tú?

Salí de la oscuridad.

—Un viejo amigo.

El exceso de alcohol hizo que Dimitri tardara en reconocirme. Reparó primero en mi atuendo. Luego, en la máscara plateada que cubría mi cara. Un gruñido escapó de su garganta.

—Escoria.

—Si te soy sincero esperaba un recibimiento más caluroso. No nos hemos visto en mucho tiempo, ¿y lo único que se te ocurre decirme es «escoria»?

—Vete al diablo.

—Prefería lo de «escoria».

—¿Qué haces aquí? ¿Has venido a reírte de mí como haces siempre?

—No. He venido a hacerte una visita...

—Supongo que estarás satisfecho, ¿no? Me apartaron de mi puesto por tu culpa. Mi trabajo era mi vida y tú me lo quitaste.

—No sabía que las cosas acabarían así. De haberlo sabido habría actuado de forma diferente.

—Lo dudo —dijo Dimitri, con escepticismo.

Me llevé la mano al interior de mi traje y él se envaró de inmediato. Su brazo bajó hacia su cinturón como un rayo. Pero lo único que encontró fue un espacio vacío donde antes estaba su pistola.

—Relájate, detective. No tengo ganas de pelear. Tan solo quiero enseñarte algo. Solo eso.

Extraje la cinta de vídeo que llevaba escondida y la alcé para que pudiera verla.

—Esto, detective, es una grabación del hospital St. Michael —Len había pirateado las cámaras para que la policía no viera lo que ocurrió realmente. Ahora, nosotros éramos los únicos que teníamos aquellas imágenes... Y las palabras de One inmortalizadas, reconociendo que él había asaltado la mansión Grossman y matado a Timothy Lance—. Es la prueba de que los últimos robos que se han producido en Los Ángeles no son obra mía y que hay otra persona detrás de ellos.

Dimitri arqueó las cejas. Me dio la impresión de que estaba empezando a lamentar haber bebido tanto.

—No me vengas con estas —me soltó nada más recuperarse de la sorpresa inicial—. ¿De verdad crees que voy a caer dos veces en el mismo error? Si quieres inculpar a otro de tus robos como hiciste con el mocoso de los Bradford tendrás que actuar mejor. No pienso tragarme tus mentiras.

—Si no me crees es asunto tuyo —dije, sin inmutarme lo más mínimo por sus acusaciones—. Cambiarás de opinión cuando veas la cinta.

—¿Cómo sé que no me estás tratando de engañar?

—Tendrás que confiar en mí —dije.

—Difícilmente puedo confiar en ti.

—Pues tendrás que hacer un esfuerzo. Yo he venido hasta aquí a pesar del riesgo

que supone para mí hablar con un policía en plena calle. Tú tendrás que hacer lo mismo.

Mi razonamiento convenció parcialmente Dimitri. Volvió a contemplar la cinta aunque con una expresión diferente. Estaba evaluando los beneficios que podría sacar de ella. Le ayudé en su empeño.

—Esto te permitirá recuperar tu placa. No creo que nadie deje pasar la oportunidad de condecorar a la persona que metió entre rejas al tipo que convirtió la subasta de Adam Grossman en una pesadilla.

—Si yo recupero mi trabajo, ya sabes lo que pasará. Te perseguiré y no descansaré hasta que te desenmascare.

—Me arriesgaré.

—Así que quieres que me crea que estás dispuesto a ayudarme... ¿Y por qué harías algo así?

—Quiero algo a cambio.

—Lo suponía...

—Necesito información.

—No voy a traicionar a la policía si es eso lo que pretendes.

—Qué honorable. Ellos te traicionan a ti pero tú a ellos no —reí con ironía—. Puedes estar tranquilo. No quiero nada de la policía. La información que busco es sobre otra persona. ¿Te suena de algo el nombre de Raven?

Dimitri enderezó el espinazo. Durante una milésima de segundo vi en sus ojos el mismo miedo que encontré en los de tía Jane.

—Sé que fuiste tú quien borró los documentos confidenciales que había en las bases de datos. ¿Qué sabes exactamente?

—No te diré nada —contestó. Sospechaba que iba a decir eso... Me acerqué más a él. A pesar de la borrachera que tenía y de que yo era más alto y corpulento que él, no retrocedió ni se amedrentó. Ese sí era el Dimitri que yo conocía—. Déjame preguntarte algo. ¿Por qué te hiciste detective?

—¿Qué tiene eso de importante?

—Es de mala educación contestar con otra pregunta, agente Cooper —me quejé—. Responde primero.

—Me hice detective porque quería ayudar a la gente. Proteger a las personas.

—Bien —extendí mi mano hacia delante. La esfera carmesí descansaba sobre mi palma. Su neblina negra nos sitió a ambos y las farolas de la calle estallaron una detrás de otra.

—¿Otra esfera?

—Sí, aunque esta es distinta... Más peligrosa. Ninguno de los dos queremos que vuelva a repetirse lo que pasó en la mansión Grossman. Y la única forma de evitarlo es asegurándome de que esta esfera no llega a la persona equivocada. No estaría aquí si creyera que puedo hacerlo sin tu ayuda. Tampoco a mí me hace gracia colaborar contigo pero prefiero sellar la paz antes que de muera más gente.

Dimitri me miró. Pensativo. Sabía que estaba diciendo la verdad. Como también sabía que mi nerviosismo no era fingido.

—Eres más sentimental de lo que yo creía —repuso.

—Tengo mis momentos —contesté—. Nunca he sido un criminal sin escrúpulos aunque tú pienses lo contrario.

Sonrió y yo hice lo mismo debajo de mi máscara. Aspiró una bocanada de su cigarro y lo arrojó al suelo. Lo pisó con su zapato hasta que las ascuas se apagaron.

—Sé dónde está la información que buscas.



Si alguien me hubiera dicho que estaría conduciendo un coche robado con Dimitri sentado en el asiento del copiloto, no me lo habría creído. Es más. Seguro que me habría reído hasta que tuviera agujetas. Pero aunque me costara admitirlo, aquello de chiste tenía poco.

Eso sí. Las enemistades, y más una tan intensa como la nuestra, no se borraban tan fácilmente. Así que mientras nos adentrábamos en Sunset Boulevard, descubrí a Dimitri mirándome con insistencia.

—¿Buscas algo, detective?

—Tan solo estoy memorizando tus movimientos para que me resulte más fácil descubrirte después.

—Si lo prefieres puedo regalarte una fotografía mía con autógrafo incluido. Para que no te olvides de mí.

No había conseguido sonsacarle a Dimitri el lugar al que íbamos. Se había negado a decírmelo. Me daba las indicaciones justas para llegar hasta nuestro destino y punto.

Al menos era yo el que conducía. Después de que robara el primer coche que me había encontrado, el detective había intentado sentarse en el asiento del conductor. Le había echado de allí a patadas.

—No, gracias. Prefiero sobrevivir al viajecito y está visto que tus reflejos dejan bastante que desear, amigo.

Dimitri había protestado pero no había discutido. Supongo que una parte de su cerebro, la menos afectada por los cuatro vasos de *whisky* barato que había ingerido, me estaba dando la razón.

—Gira a la derecha —obedecí y di un volantazo que hizo que mi acompañante se estrellara contra la ventanilla—. Por dios. ¿Es necesario que conduzcas así?

—No. Solo quería divertirme —de acuerdo. Lo reconozco. Estaba forzando el coche al máximo para desquiciar a Dimitri.

—Te recuerdo que todavía puedo bajarme y dejarte aquí solo. Y dudo mucho que puedas encontrar lo que buscas sin mí.

—Lo curioso —frené en seco en un semáforo y el coche se quedó clavado. El detective se golpeó la cabeza con el salpicadero—, es que yo tampoco creo que puedas recuperar tu placa sin mí.

El resto del trayecto lo hicimos en silencio. No intercambiamos una sola palabra hasta que nos adentramos en una zona residencial al sur de Los Ángeles. Dimitri me

hizo parar frente a un bloque de viviendas. Había estado allí antes. La última vez, cuando recuperé mis recuerdos.

—¿Qué estamos haciendo en tu casa, agente Cooper? ¿Me vas a invitar a cenar? —pregunté.

—No querría cenar contigo jamás. Mucho menos invitarte —salió del coche y yo le imité.

—A mí tampoco me hace mucha gracia el plan. Seguro que la comida estaría envenenada...

Aquello cabreó a Dimitri.

—Escúchame bien, Zero —bramó, apuntándome con el dedo—. Yo no soy como tú. No soy un criminal que miente y engaña para salirse con la suya. Cuando doy mi palabra, la cumplo. Siempre. Te he dicho que te ayudaría y lo haré. Sin trucos. ¿Entendido?

Se alisó la gabardina y echó a andar hacia su casa, rezongando por lo bajo.

—Yo también cumplo siempre mi palabra, agente —dije. Resopló.

—Eso ya lo veremos.

Le seguí. A unos metros de distancia para que no se pensara que iba a asaltarle o algo así. Tenía que andar con más cuidado. Si cumplía su advertencia, me quedaría sin la información que necesitaba. Y eso era algo que no me podía permitir. Raven era la llave para derrotar a One.

El problema era que no confiaba en Dimitri. Convencerle había sido muy fácil... ¿Tendría alguna as debajo de la manga?

Para salir de dudas, pregunté a mi esfera sin que el detective se diera cuenta.

Subimos las escaleras que conducen al apartamento. No le quito la vista de encima. Aún así, parece dispuesto a cumplir su parte del trato y no intenta nada raro. Eso sí. Todavía está borracho y le cuesta una eternidad meter la llave en la cerradura.

Está bien. Está bien. Intentaría relajar mi nivel de suspicacia al mínimo.

Cuando entramos en el apartamento de Dimitri me sorprendió la peste a comida y a alcohol que se respiraba dentro. La casa había sufrido la misma transformación que su propietario. La última vez que estuve allí todo estaba ordenado y limpio. Ahora parecía una jaula de monos.

—Espero que cuando recuperes tu trabajo vuelvas a tus buenos hábitos —apunté.

Dimitri farfulló un «eso no es asunto tuyo» y se internó en la vivienda. Fui tras él, esquivando botellas de cerveza y cajitas de comida china para llevar, hasta que llegamos al minúsculo saloncito que el detective utilizaba como despacho. Al menos, aquella parte de la casa estaba más «ordenada». Había una torre de envases de helados empotrada en una esquina aunque, considerando cómo estaban el resto de habitaciones, eso era un minucia.

Me senté en la primera butaca que encontré para demostrarle a Dimitri que me iba a portar bien. Aquello relajó su malhumor. Se acercó a un armario que había al fondo de la estancia y metió la mano por detrás. Al cabo de un rato, sacó un archivador de color granate. En un lateral podía leerse «Confidencial». Lo dejó en mi regazo.

—Todo empezó hace diez años —me explicó. Cogió una silla y se sentó enfrente de mí—. Hasta entonces nadie había oído hablar de Raven. Ni en las calles ni en los periódicos. Fue como si apareciese de la nada. Un día no existía y al siguiente se había convertido en nuestra peor pesadilla. Supongo que nos percatamos de lo peligroso que era muy tarde. Y para entonces ya había sembrado el terror por el mundo entero. Era un ser sin escrúpulos. Destruía cuanto quería cuando le venía en gana. Jugaba con la vida de los demás como si fuera un dios. Su ambición no tenía límite.

»No estaba solo, por supuesto —prosiguió Dimitri—. Muchos se unieron a él por miedo. Otros solo querían arañar una parte del inmenso poder que Raven fue cosechando. Eran días negros. Había incertidumbre y miedo. Aquellos que se opusieron a sus exigencias murieron.

—¿Quieres decir que les mataron?

—Sí. Raven acababa con quienes no aceptaban sus ideas. Fuera quien fuese. Utilizando el terror, se convirtió en el amo del mundo. Transformó edificios enteros, impuso un sistema desigual, sus seguidores arrasaron ciudades y mataron a mucha gente. Fue una masacre... Las calles se cubrieron con la sangre de los que habían muerto y el símbolo de Raven.

—¿Su símbolo?

—Tres círculos concéntricos con una cruz en el centro. Así firmaba cuanto hacía.

Una señal de advertencia tintineó en mi cerebro... Ese era el emblema que llevaba Cassandra tatuado en la muñeca... El mismo que encontré en casa de Timothy...

—Nunca había conocido la palabra miedo hasta que vi por vez primera a Raven... —Dimitri pronunció aquel nombre como si estuviera acariciando a un puercoespín—. Llevo muchos años trabajando en la policía, ¿sabes? Y jamás he encontrado a nadie igual. Había algo en él aterrador. No parecía... humano. Si le hubieras visto sabrías de lo que estoy hablando —se estremeció aunque lo disimuló fingiendo que cambiaba de postura—. Cuando me encontré contigo en la Ópera de Los Ángeles me pareció ver en ti lo mismo que en él. Un aura oscura. Tenebrosa. Incluso ahora, mientras estás ahí sentado, me recuerdas a Raven.

—¿Por eso te obsesionaste tanto con atraparme?

—Sí. Y creo que también fue esa la razón por la que el Gobierno me dio la financiación que necesité para blindar Drayton y atraparte. Raven sigue atormentándonos a todos.

Incluso a tía Jane...

—Pero al final murió —dije.

—No murió —Dimitri encendió el segundo cigarrillo de la noche y contempló el resplandor rojo de la ceniza ardiente—. Le mataron.

—¿Le mataron?

—En realidad, fue mi hermano quien acabó con él —vaya, no sabía que el detective tuviera un hermano—. Él fue uno de sus primeros partidarios. Su mano derecha. Y durante años trabajaron juntos. Hasta que las cosas se torcieron —le dio una calada a su cigarrillo y dejó escapar el humo entre los dientes—. Muchos intentaron matarle pero todos fracasaron. Por alguna razón, aquella sabandija siempre sabía cómo evitar la muerte. Sin embargo, mi hermano le conocía bien. Sus puntos débiles, sus escondites. Una noche, entró en su casa con otros dos antiguos seguidores de Raven y le mató. Luego, vino a verme para que terminara lo que ellos habían empezado.

—Borrar los archivos relacionados con Raven.

—Eso es. Lo eliminé de la historia como si nunca hubiera existido para que nadie pudiera seguir sus pasos. Utilicé los permisos especiales que tenía por ser policía para hacerlo. Por eso su nombre no aparece en ningún lado. Ni siquiera en los libros. Así que como ves yo tampoco tengo las manos limpias. Soy igual de culpable que los que apretaron el gatillo y le mataron. Al fin y al cabo, lo encubrí todo para que aquel crimen quedara impune y Raven pasara al olvido. ¿Y quieres saber algo? No me arrepiento. Alguien tenía que hacerlo.

—¿Y qué pasó después?

—Sin Raven, sus seguidores se dispersaron. Él era su líder y también la persona que les mantenía unidos así que cuando desapareció, su reinado de terror se desmoronó. La mayoría de los que le habían apoyado fueron perseguidos y encarcelados. Otros tantos se escondieron... Nunca he deseado la muerte de nadie, puedes creerme. Y, sin embargo, cuando me enteré de que Raven había muerto respiré más tranquilo —el detective palmeó la carpeta que me había dado—. Lee eso y verás que lo que digo es cierto.

Hice lo que me había dicho. Efectivamente, todo cuanto me había contado estaba ahí. Cartas confidenciales. Listas de personas asesinadas... Y no hacía falta ser muy listo para averiguar de dónde había sacado Raven el poder para levantar semejante imperio de oscuridad.

Su esfera.

Fue eso lo que utilizó para sembrar el caos y para evitar que le asesinaran. Esa era la fuente de su poder. No la utilizó para robar como hacía yo, sino para convertirse en el amo del universo.

—Mira esto —Dimitri rebuscó entre los papeles del archivador hasta que encontró una fotografía. Cuando me fijé en ella, a punto estuve de soltar un improperio. Era la misma que encontré en casa de Timothy pero esta no estaba rota. El rostro sonriente de Timothy aparecía a la izquierda. A su derecha, había otras dos personas más...—. Estos eran los partidarios más fieles de Raven. Uno hizo un pacto

con el gobierno a cambio de su libertad. Los otros dos fueron encarcelados en...

—Blackforest —murmuré.

—Sí —repuso Dimitri. Me miró, extrañado—. ¿Cómo lo sabes?

Tragué saliva a duras penas. Me pareció que el suelo temblaba de manera alarmante bajo mis pies. Sabía quiénes eran las personas que había en la fotografía. Cassandra y Boundell. Estaban más jóvenes pero no había duda de que eran ellos.

Todo cobraba sentido.

Ahora entendía por qué estaban encerrados en Blackforest... Y por qué buscaban la esfera carmesí con tanta desesperación. Eran los seguidores de Raven. Los que le ayudaron a convertirse en un asesino despiadado.

Pero había algo que me preocupaba aún más. One... Él estaba al tanto de la verdad. Por eso me había hecho robar la esfera de Raven. ¿La quería para destruirla? No, porque en ese caso la habría dejado donde estaba. La quería para utilizarla. La quería para convertirse en Raven. Lo que pretendía era absorber el poder que estaba contenido en la esfera para repetir lo que ocurrió diez años atrás. Ese era su objetivo.

—Oh, oh, oh —murmuré.

Antes de que pudiera seguir lamentándome, mi esfera se estremeció. Una predicción. Las palabras que leí en su interior me dejaron más helado de lo que ya estaba. Me eché hacia atrás justo cuando Dimitri bajaba su puño hacia mi vientre. Me salvé por poco de su ataque y tuve que escudarme detrás de la pila de envases de helado para sortear su segundo puñetazo. Agarré un cenicero que había encima de la mesa y le golpeé con él.

El detective vaciló.

—Parece que nuestra tregua ha llegado a su fin —dije.

—Tenía que intentarlo —susurró Dimitri—. Hay malas costumbres que nunca se pierden.

—Lo sé.

Volví a atizarle. Con un golpe seco. Lo justo para hacerle perder el conocimiento. Se desplomó en el suelo. Me agaché junto a él y dejé el vídeo del hospital St. Michael sobre su pecho.

Al menos, yo sí cumplía mis promesas.



Llegué al acantilado de La Muerte puntual. El rugir de las olas chocando contra el escarpado perfil acallaba incluso los fuegos artificiales que estallaban en el cielo. Seguramente, la mayoría de las familias estarían reunidas junto a las chimeneas, intercambiando regalos y cantando feliz navidad con los vecinos. Puede que ellos estuvieran convencidos de que íbamos a tener un final de año inolvidable. Yo no lo tenía tan claro.

Aquel sitio era el lugar perfecto para morir.

Por mucho que gritase nadie me oiría. Tampoco podría pedir ayuda. El edificio más cercano estaba a más de diez kilómetros.

En otras palabras.

Podían matarme allí y que nadie se enterase hasta pasado un día.

El sitio ideal para One aunque no tan idílico para mí teniendo en cuenta que quien tenía más papeletas de acabar en un ataúd aquella noche era yo.

Recorrí a pie el sendero embarrado que conducía hasta el punto de encuentro. En mi mano derecha llevaba la esfera de Raven. En la izquierda, la mía. No dejaba de vibrar, advirtiéndome. No hacía falta que lo hiciera. Sabía que lo que iba a hacer era una temeridad.

En el borde del acantilado, me esperaba One. No se le veía nervioso. Seguramente porque sabía que dominaba la situación. Junto a él, atada, estaba Miranda. Nada más verla, sentí una mezcla de alegría y alivio.

Apreté la esfera de Raven y me acerqué a ellos, intentando aparentar más tranquilidad de la que sentía.

—Vaya, por fin apareces. Empezaba a pensar que no te ibas a presentar.

Me detuve frente a One. Desde lo más alto del acantilado, el panorama imponía. Las rocas parecían puñales emergiendo entre la espuma y el mar se agitaba con tal violencia que me recordó a un monstruo enfurecido.

Agité la esfera carmesí para que One reparase en ella.

—Primero, Miranda.

—No eres tú quien da órdenes... —agarró a Miranda y la acercó al linde del precipicio. Los pies de mi amiga quedaron a unos centímetros del filo—. Te aseguro que la caída impresiona. Será difícil evitar las piedras.

—Si la tiras, ya puedes despedirte de la esfera.

Por lo visto, ninguno estaba dispuesto a ceder.

—Lo haremos a la vez —sugerí—. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto.

Avanzamos al mismo tiempo y cuando estuvimos a una distancia prudencial, nos detuvimos. One flexionó los dedos, invitándome a que le entregase la esfera.

—Dámela —exigió.

No lo hice.

—Así que quieres convertirte en el nuevo dueño del universo.

—Por lo que veo has estado haciendo averiguaciones...

—Sí. Y también he descubierto a quién perteneció esta esfera. Un tipo... interesante ese tal Raven.

—Interesante, ¿eh? —se inclinó hacia delante, doblando el torso solamente—. ¿Y qué opina Zero de Raven?

—A diferencia de ti yo no tengo ningún interés en convertirme en un ser tan despreciable.

Se estiró como si le hubieran espoleado.

—Eres un ingenuo, Zero —dijo con voz lacónica.

—Puede ser. Pero a pesar de lo ingenuo que soy me he percatado de que tu maravilloso plan tiene un fallo.

—¿Ah, sí?

—No sé si sabes que las esferas tienen *un* dueño y que una vez que se han vinculado con él no se separan de su propietario hasta que este muere.

—¿Adónde quieres ir a parar? —se estaba impacientando. Mi circunloquio le estaba poniendo nervioso.

—¿Qué pasaría... —empecé a decir— si la esfera que tanto deseas se vinculara con otra persona que no eres tú?

One se balanceó sobre sus pies, pensativo. Estaba intentando deducir cuáles eran mis intenciones. No desperdicié aquellos valiosos segundos.

Acerqué la esfera de Raven a mí. La neblina que emanaba me rodeó, enroscándose en mí, trepando por mis piernas, envolviendo mi torso. Era como si una serpiente gigante me estuviera engullendo. Aún así, no me deshice de aquellos tentáculos incorpóreos. Ni siquiera cuando noté que el frío empezaba a invadirme.

Aquella había sido la única forma que se me había ocurrido para detener a One.

Unirme a la esfera carmesí antes de que él pudiera hacerlo.

No estaba seguro de qué ocurriría después... Puede que estuviera firmando mi sentencia. No sabía si una misma persona podía tener dos esferas a su cargo. Y, aún menos, que yo tuviera el poder suficiente para controlar la esfera de Raven. ¿Acabaría convirtiéndome en lo que él fue? Era muy posible... Pero al menos salvaría a Miranda y cumpliría la palabra que le había dado a tía Jane.

Luego, Len se encargaría de matarme.

Eso era lo que habíamos acordado.

La bruma se hizo más densa. El frío que desprendía la esfera me traspasó como

un afilado punzón. *Otra vez...* Me preparé para recibir aquella descarga de dolor que sentí cuando estaba en el orfanato. Aquella garra que detuvo mi corazón.

Nunca llegó.

La niebla se disipó. Los tentáculos se alejaron de mí. Me liberaron. La esfera de Raven se quedó inerte.

—¿Qué...? —no me había unido a ella. ¿Por qué no? ¿Me había rechazado? La miré sin comprender.

—¿Quieres saber por qué no te ha aceptado? —me preguntó One. Había algo en su tono que me sonó a burla. Soltó una carcajada—. Tú mismo lo has dicho antes. Si una esfera está unida a un portador jamás podrá vincularse con otra persona. Te ha rechazado porque ya tiene dueño.

La esfera carmesí escapó de mi mano y se elevó en el aire. Por sí sola. Igual que si tuviera un imán dentro. Se quedó unos segundos quieta, girando sobre sí misma. Después, flotó hacia One. Aterrizó entre sus dedos, amoldándose a la cuenca con una perfección absoluta.

—Yo soy el portador de esta esfera, Zero. Me pertenece desde hace mucho.

Imposible. Fue lo primero que pensé. La esfera llevaba encerrada en Blackforest desde que murió Raven. ¿Cómo podía reconocer a One? A menos que... Se me hizo un nudo en la garganta. El calor se esfumó de mi cuerpo.

—Parece que ya lo has entendido —murmuró—. Has tardado más de lo que yo esperaba.

—Tú... Tú eres...

One acarició su esfera.

—He recibido muchos nombres a lo largo de los años. Sin embargo, hay uno que nadie ha olvidado... —sus ojos relampaguearon con un brillo siniestro—. Raven.

Estaba mintiendo. Tenía que estar mintiendo. Raven llevaba muerto casi diez años. Eso es lo que había dicho Dimitri. Y Alfred. ¡Incluso tía Jane!

—Deja de inventarte cosas —sentencié—. Raven está muerto.

—En realidad, todos *creyeron* que estaba muerto. Pero esa fue solo una mentira que yo mismo inventé —puntualizó One—. Déjame que te cuente una historia, Zero. Una historia que nadie sabe y que yo he mantenido en secreto. Hace diez años, la persona a la que siempre consideré mi amigo entró en mi casa y me tendió una trampa para acabar conmigo. Mi esfera me alertó de sus intenciones pero lo hizo demasiado tarde. No tuve tiempo de escapar para ponerme a salvo. Así que para sobrevivir hice lo único que pude: fingí mi muerte. Dejé que creyeran que me habían matado y hui. Mis seguidores no supieron que seguía con vida. Nadie lo supo, en realidad. Me refugié en un lugar seguro y esperé mientras me recuperaba de lo que me hicieron. La *traición...* Mis heridas han tardado en sanarse. Diez largo e interminables años...

»Sabía que que irían tras mi esfera. Si la destruían acabarían conmigo para siempre y yo no podía permitir que eso ocurriera. Por eso la protegí en un cubo que únicamente

podía abrir una persona que yo había elegido previamente... —sus ojos azules se posaron en mí. Mi esfera era la llave... La vitrina se abrió para mí... Las preguntas empezaron a asaltarme. ¿Yo? ¿Por qué yo?—. Dejé que encontraran el cubo, por supuesto. Les di esa pequeña satisfacción. Al fin y al cabo, yo sabía que no podrían abrirlo jamás. El mecanismo lo había diseñado para que fuera perfecto. Pensaron que sería suficiente con encerrarlo en una cárcel de alta seguridad como Blackforest... Se equivocaron.

»He estado aguardando durante mucho tiempo este momento... Y el día por fin ha llegado. He regresado de entre los muertos para cumplir mi venganza. Ahora nadie podrá detenerme.

Tenía que estar soñando. ¡Era una pesadilla! Raven estaba vivo. El portador maldito nunca había muerto. Y yo le había ayudado a conseguir lo que tanto quería. ¡Había sido una marioneta en sus manos!

¿Qué he hecho?

—Tu pobre intento de detenerme no ha servido de mucho. Al contrario. Me has ahorrado la molestia de tener que arrancarte mi esfera. No somos tan diferentes, ¿verdad? Los dos robamos para recuperar lo que es nuestro.

—No tenemos nada en común.

—Te equivocas. Dentro de nosotros existe la misma oscuridad. Y tú lo sabes tan bien como yo. No tenemos por qué ser enemigos. Podemos formar un equipo. Juntos...

—¿Hacer equipo con un loco como tú? —bufé—. Yo no asesino para conseguir lo que quiero. Tú, en cambio, no dudas en matar, como hiciste con Timothy. Eso es lo que nos hace diferentes.

—La vida es difícil. Para sobrevivir tienes que coger lo que quieres... sin importar el precio que hay que pagar.

—Al menos yo no estoy manchado con la sangre de los demás. ¿Acaso puedes decir tú lo mismo?

Raven bufó, igual que una bestia dolida.

—Es una lástima —dijo—. Me hubiera gustado que aceptaras mi propuesta...

Mantuvo sus ojos clavados en mí. No apartó la atención de mi cara. Y entonces empujó a Miranda. Lo hizo sin ningún asomo de duda.

El cuerpo de mi amiga cayó por el acantilado, precipitándose al agua embravecida.



Me lancé de cabeza al mar detrás de Miranda. No lo pensé. Ni siquiera lo dudé. Raven intentó detenerme. Le pegué un puñetazo tan fuerte que abollé su máscara y se la dejé pegada a la cara. Lo último que escuché de él fueron sus maldiciones. Luego, el viento atronó en mis tímpanos y me impidió oír nada más.

Mientras caíamos, estiré el brazo para agarrar a Miranda. Todo lo que pude. No iba a alcanzarla a tiempo. Estaba demasiado lejos.

Nos sumergimos en el agua helada y yo me retorcí por el repentino cambio de temperatura. La sensación me recordó a la noche en la que murieron mis padres, cuando me lancé por el desfiladero en el que terminaban los terrenos de los Blake para huir de Adam Grossman.

Sin embargo, aquella vez, el frío dejó de ser mi mayor preocupación muy pronto.

La fuerza de las olas me arrastró. Me bamboleó de un lado a otro, como si fuera un autómata. Braceé lo más rápido que pude para contrarrestar el empuje del mar, procurando gestionar el oxígeno que había almacenado antes de saltar.

Aún así, la corriente acabó vencéndome.

Me estrelló contra las rocas. Impacté con fuerza en los peñascos y reboté contra uno de los salientes. Una segunda ola amenazó con empujarme de nuevo pero logré zafarme a tiempo. Utilicé todas mis fuerzas para luchar contra la furia del mar y nadé en dirección contraria a los riscos.

Cuando hui al fin de las corrientes lo primero que hice fue buscar a Miranda. Giré sobre mí mismo varias veces y buceé sin dejar de mirar a un lado y a otro. ¿Dónde estaba? Apenas veía algas flotando y peces que se alejaban de mí, asustados.

Solo esperaba que hubiera podido esquivar las rocas del acantilado. Si no... Por favor que no estuviera muerta. Por favor... Me sumergí más.

No iba a darme por vencido.

La encontraría.

Darí con ella.

Sin dejar de nadar, apreté mi hombro. El choque contra las rocas había empeorado la herida que me hizo One y las lágrimas se me saltaban cada vez que me movía. Mis pulmones no estaban mucho mejor. Había consumido, al menos, la mitad de mis reservas. Muy pronto saldría del agua... aunque convertido en un cadáver.

Me arranqué la máscara de Zero. Lo último que necesitaba era algo que me impidiera respirar. No me molesté en mirar cómo se hundía.

Seguí rastreando las profundidades, más agotado y desesperado con cada minuto que pasaba, hasta que lo vi. Un destello rubio.

Me lancé hacia allí.

Era Miranda.

Su pelo revoloteaba en el agua como una bandera. Estaba inconsciente. La pernera de su pantalón había quedado enganchada en un arrecife y eso había evitado que siguiera hundiéndose.

Pero ahí terminaban las buenas noticias.

Se había golpeado en la cabeza al caer y una brecha cruzaba su frente, a la altura de la sien. No dejaba de sangrar. Tampoco me gustaba el color de su rostro. Blanco como el de un fantasma.

Tenía que sacarla a la superficie antes de que de que los dos muriéramos ahogados.

Desenganché su pantalón de un tirón y la sujeté con fuerza contra mi pecho. Me encontraba al límite de mis posibilidades. Necesitaba... respirar. ¡Ya! Miré hacia arriba. La superficie estaba muy lejos...

Tomé impulso y me proyecté hacia arriba, braceando a la desesperada.

Un poco más.

Un poco... más.

Cuando salí del agua, absorbí desesperado una bocanada de oxígeno tras otra. Mi cuerpo lo agradeció y noté cómo mi organismo revivía. Miranda, en cambio, seguía inmóvil.

Aquello no pintaba bien.

La mantuve a flote y la conduje hasta la orilla. Cuando mis pies tocaron en firme, la cogí en brazos trastabillando. La dejé sobre la arena y me incliné sobre ella.

No respiraba.

—No me dejes—supliqué. Apoyé mis manos sobre su pecho y empecé a hacer un masaje cardiopulmonar para que su corazón bombeara sangre de nuevo. Sus labios estaban helados cuando los junté a los míos—. Por favor. No me dejes.

Nada.

—Por favor... Vuelve conmigo, Miranda.

¿Y si no lo conseguía? ¿Y si no...? ¿Y si...? No quería perderla. No podía imaginarme un futuro sin ella. Si algo le pasaba, no podría vivir con ello. Jamás. Seguí insuflando aire en sus pulmones, sin descanso. Concentrado únicamente en reanimarla.

—Vamos...

De pronto, su pecho se convulsionó.

—Mir... ¡Miranda! —exclamé.

La enderecé y dejé que escupiera el agua que había tragado. Estaba viva... Estaba... No esperé a que terminara de reponerse. La abracé, envolviéndola por completo.

—Kyle —susurró. Su voz sonó débil. Se estremeció, temblando de frío.

—Me has dado un susto de muerte —murmuré.

—Has venido a por mí.

—No iba a dejar que te pasara nada...

Acaricié su pelo empapado. Le había entregado la esfera a Raven. Habíamos estado muy cerca de morir. Y, sin embargo, todo aquello había quedado en un segundo plano...

Miranda estaba conmigo.

Y eso era lo que más me importaba.



TERCERA PARTE



No podía pensar con claridad. La ansiedad que me corroía por dentro no contribuía a que mi cerebro organizara ideas coherentes. Solo era capaz de dar vueltas y más vueltas al lío en el que nos habíamos metido mientras paseaba de un lado a otro de mi habitación.

Habíamos regresado al internado. Estaba más cerca del acantilado de La muerte que Los Ángeles y necesitábamos un descanso antes de continuar. No habíamos dormido casi nada la noche anterior y, al parecer, nos esperaba otra jornada similar por delante. Len y yo estábamos al borde del agotamiento ya.

—No puedo creer que Raven estuviera vivo y que nadie se haya dado cuenta —susurró mi amigo, rompiendo el silencio en el que habíamos caído.

—No solo eso. Nos ha utilizado. ¡Ese maldito Raven nos ha estado utilizando! —exclamé—. Y yo que pensaba que One era un imitador sin importancia.

—¿Qué creéis que hará ahora? —preguntó Miranda. Le habíamos curado la brecha que se había hecho al chocar contra las rocas pero todavía no había recuperado el color de la cara y seguía pálida.

—Quién sabe... Ese tipo es imprevisible —contesté. Me senté junto a ella y apoyé los codos en las rodillas—. Aunque conociendo su historial no creo que trame nada bueno.

—No deberías haberle dado esa esfera.

—Si no lo hubiera hecho, estarías muerta.

—¡Al menos así habrías evitado que Raven se saliera con la suya!

—Ni hablar —repuse yo—. Jamás te habría entregado para detener a ese loco.

—Kyle tiene razón —intervino Len—. Salvarte siempre fue nuestra prioridad.

—Pero por mi culpa ahora estamos en problemas.

—Saldremos de ellos —dije. Mi frase sonó con más convencimiento del que yo sentía en mi interior—. Ya verás como encontramos a Raven y recuperamos la esfera carmesí. Es solo cuestión de...

Una sombra pasó por delante de la ventana de nuestra habitación. Miranda se puso en guardia y lo mismo hice yo. Len se parapetó detrás de su ordenador como si este fuera una barrera infranqueable.

—¿Qué ha sido eso? —masculló.

—Apaga las luces.

Mi amigo apretó el interruptor y la estancia se sumió en la oscuridad. Me acerqué

a la ventana. No veía nada... Solo las solitarias explanadas de césped de Drayton. El colegio parecía una tumba. Nadie había regresado aún de las vacaciones de Navidad, ni siquiera Sebastian, que seguía en Cornualles visitando a su hermana. Los pasillos, las habitaciones y las aulas estaban sin vida. Enterradas en un mutismo absoluto.

—¿Y si es Raven? —preguntó Len. No contesté. En parte porque temía mi propia respuesta. Tal vez había vuelto para terminar lo que empezó en el acantilado...

Un chirrido metálico desentonó en la habitación. Los tres nos quedamos inmóviles. La ventana se estaba abriendo, dejando tras de sí un quejumbroso sonido. Al otro lado del cristal había una silueta. Inclined hacia delante.

Alguien estaba intentando entrar en nuestro dormitorio.

Les hice una señal a Miranda y a Len para que se escondieran y yo me oculté detrás de las cortinas. Esperé. No me moví. Dejé que el intruso entrara y, cuando estuvo a mi alcance, me abalancé sobre él.

Caímos al suelo, forcejeando. Le agarré del brazo y se lo retorcí hacia un lado. Dejó escapar un grito... Y entonces reconocí su voz.

Me puse en pie de un salto y encendí las luces. Patrick me miró asustado desde el suelo.

—Lo siento... Lo siento. Yo solo q-q-q-quería...

Le ayudé a levantarse.

—¿Qué demonios...? —Miranda y Len se acercaron a nosotros—. ¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?

—N-n-n-no, estoy bien.

—¿Qué estás haciendo aquí? Creía que te habías marchado a San Francisco con tu familia.

—Estaba c-c-c-con ellos... pero esta mañana me llamaron de *Los Angeles Mirror* p-p-p-para que viniera a sustituir a uno de los r-r-r-redactores...

La quijada del sobrino de Charles Neville tembló.

—Kyle, yo... Es horrible... El fuego... Una pesadilla... —estaba tan nervioso que no dejaba de tartamudear y me estaba costando más de lo habitual entender lo que decía.

—Tranquilízate. Habla más despacio.

—E... es... —respiró hondo para serenarse—. Es la ciudad...

—¿Los Ángeles?

—Sí. Está ardiendo.

Mi frente se plegó sobre sí misma como un acordeón. Me había esperado cualquier respuesta... menos esa.

—¿Ardiendo?

—¿No os habéis e-e-e-enterado?

—Hemos estado un poco ocupados —respondí.

Patrick no hizo preguntas. Sacó su teléfono móvil y me lo tendió.

—Tenéis que v-v-v-ver esto.

Era un vídeo. No tenía mucha calidad y, a juzgar por lo movido que estaba, parecía que lo habían filmado a toda prisa. Aún así reconocí el lugar en el que había sido grabado. El parque Griffith. El observatorio astronómico quedaba a un lado de la imagen y más allá se veía la ciudad de Los Ángeles iluminada.

Pero había un detalle fuera de lugar.

Unas enormes lenguas de fuego se alzaban por toda la ciudad, como cobras ardientes que iluminaban el firmamento con un grotesco resplandor rojizo. Y había algo más. El fuego no se extendía de manera homogénea sino siguiendo un patrón. Formando un símbolo...

Tres círculos concéntricos atravesados por una cruz.

El emblema de Raven.

—Han d-d-dibujado insignias como esta en las calles. Incluso en las casas —explicó Patrick—. Los Ángeles es un caos d-d-d-desde que ha anochecido. Por eso he vuelto a Drayton... Tenía m-m-miedo y no sabía adónde ir. Y cuando he llegado he visto l-l-luz en vuestra habitación y...

—Al menos, ya sabemos qué ha estado haciendo Raven después de que dejara el acantilado de La Muerte —rezongó Len.

—Eso parece —apunté yo.

Estaba diciendo al mundo que había regresado. Dejando claro que estaba de vuelta.

Aún así, había algo que no terminaba de cuadrarme.

Raven no era de los que prendían fuego a una ciudad solo para saludar a su público. Él prefería la sangre a los espectáculos innecesarios... ¿Y si aquellas hogueras tenían otro cometido?

Intenté recordar lo que me dijo en el acantilado. Cómo escapó de la muerte. Su plan para engañar a todos. Y... *He regresado de entre los muertos para cumplir mi venganza. Ahora nadie podrá detenerme.*

Estrujé el móvil de Patrick.

Eso es...

Ya entendía qué era lo que pretendía. Era más simple de lo que parecía...

—Es una advertencia —susurré—. Está avisando a quienes intentaron matarle diez años atrás. En eso consiste la venganza de la que habló en el acantilado. Quiere matarles.

Ninguno de mis amigos se atrevió a decir nada. Sabían que mi deducción era correcta.

—¿Qué vamos a hacer, Kyle? —preguntó, al fin, Miranda.

—Tenemos que detenerle —repuse—. Si no hacemos algo pronto ese tío convertirá la ciudad en un río de sangre.

—Ese sería un buen plan si no fuera porque Raven ha desaparecido —apuntó Len—. He intentado rastrearle con el satélite de la Lu Corporation pero no he podido dar con él. Llevo horas intentándolo. Se ha evaporado en la nada.

Chasquéé la lengua, contrariado. Sin duda, aquello complicaba las cosas.

—Esperad —dijo Miranda—. No tenemos por qué encontrar a Raven. Podemos buscar a las personas a las que va a matar y anticiparnos a sus movimientos.

—No sabemos quiénes fueron los que organizaron el asesinato —dije.

—En eso te equivocas —terció Len—. Conocemos al menos a una de las personas a las que va a intentar matar Raven.

Un nombre apareció como un relámpago en mi cerebro.

—Dimitri.



El apartamento del detective Cooper estaba a oscuras. No se veía luz a través de las ventanas. Tampoco parecía que hubieran atacado la casa. El edificio estaba tal cual lo había visto yo la última vez...

Aparqué el coche de Miranda junto a la acera y repasé la calle. El único ser viviente que había a varios metros a la redonda era un gato callejero que rebuscaba en un cubo de basura. Se detuvo un segundo para mirarme y luego continuó a lo suyo. Supongo que no le hacía gracia que un desconocido invadiera su territorio. Comprobé mi esfera. El camino estaba despejado. Aún así, preparé mis cuchillos.

Sentir el frío del metal en mi piel me dio algo más de tranquilidad.

Me coloqué la máscara de plata en la cara. Había cogido una de repuesto de nuestro escondite de Drayton. Aún así, no me terminaba de hacer a ella. Len me había asegurado por activa y por pasiva que era igual que la anterior, una copia idéntica, pero yo no me acostumbraba. La notaba diferente y eso me incomodaba.

Hice el recorrido hasta el apartamento de Dimitri atento a cualquier ruido extraño. Estaba solo. Mis amigos se habían quedado en Drayton intentando averiguar dónde se escondía Raven. Si mi suposición era acertada no tardaría en morir más gente y estaba dispuesto a evitar que eso pasara. No iba a dejar que One, o mejor dicho Raven, se saliera con la suya.

Cuando llegué hasta la puerta de la casa comprobé la cerradura. No estaba forzada. Tampoco había rastro de que alguien hubiera irrumpido a la fuerza en el interior.

Entré.

Dimitri no estaba en el salón. Tampoco en la cocina. Me encaminé hacia el dormitorio. Antes de abrir la puerta, tome aire. Si había llegado tarde, me daría de bruces con el cadáver del detective. Y aunque había sido y seguía siendo uno de mis peores enemigos no me apetecía verle muerto. En el fondo, me caía bien. Solo hacía su trabajo. Lo malo era que su trabajo entorpecía el mío...

Me armé de valor y giré el picaporte.

Estaba en la cama. Se había quedado dormido con la ropa y los zapatos puestos. Su pecho subía y bajaba de forma regular. Relajé los hombros. Al menos, seguía vivo.

Tenía que sacarlo de allí y llevármelo a algún lugar seguro.

Le zarandé para que despertara. Ni se inmutó. Siguió durmiendo a pierna suelta.

Estaba claro que era de sueño profundo... Le sacudí de nuevo hasta que logré que abriera los ojos. Al verme, dio un respingo que le hizo enderezarse en la cama.

—¿Qué haces tú aquí?

—Tranquilo, detective. He venido a ayudarte.

—¿Ayudarme? —tenía un moratón del tamaño de un puño en el ojo izquierdo. Ese debía de ser el regalo que le había dejado cuando le golpeé con el cenicero.

—Raven está vivo.

—¿Qué? —una expresión de estupor surcó sus facciones.

—¿Has visto lo que está pasando en Los Ángeles? Es él. Os ha estado engañando. No murió hace diez años.

—No puede ser. Raven está muerto. Yo...

—Detective —le interrumpí—. No habría vuelto si no estuviera seguro de lo que estoy diciendo.

Dimitri abrió la boca pero no dijo nada. En su cerebro debía de haber una infinidad de preguntas aunque solo formuló una.

—¿Cómo lo sabes?

—Es una larga historia —respondí. No tenía ganas de relatarle lo que había pasado aquella noche—. Viene a matarte. A ti y a los que participasteis en su supuesta muerte. Tenemos que salir de aquí.

—¿Me estás intentando salvar la vida?

—Curiosa situación, ¿verdad? —me encogí de hombros—. No me gusta ver morir a la gente. Eso es todo.

Me radiografió de pies a cabeza como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

—Déjalo ya, Dimitri. Me estás poniendo nervioso —salí de la habitación y regresé al pasillo. El sitio más seguro al que podía llevarle era nuestro refugio en Drayton. Pero si le llevaba allí me arriesgaba a que descubriera más de la cuenta... Tendría que buscar otro sitio. Y rápido.

El detective rebuscó algo en los cajones de su mesilla. Una pistola, lo más seguro. En otras circunstancias habría intentado detenerle. Ahora, en cambio, no. Seguro que necesitaba su ayuda y, si iba armado, mejor para los dos.

Miré mi esfera.

Salgo del apartamento con Dimitri pegado a mis talones. La calle sigue desierta.

No se ve a nadie.

De momento, todo controlado.

—Larguémonos de aquí.

Salimos del bloque de pisos y nos metimos en el coche de Miranda. Dimitri ocupó el asiento del copiloto sin que yo le dijera nada.

Arranqué.

—Tenemos que avisar a los que intentaron asesinar a Raven. Ellos también corren peligro. ¿Sabes dónde pueden estar?

—Hace años que no hablo con ellos.

—Pues me parece que esta va a ser una magnífica oportunidad para retomar viejas relaciones —sentencié—. ¿Por dónde empezamos?

—La casa de mi hermano —contestó Dimitri sin dudar—. Él era el líder del grupo. Sabrá cómo encontrar a los demás.

—¿Dónde vive?

—En Beverly Hills.

Silbé, sorprendido.

—¿Beverly Hills? Vaya... Tu hermano vive a lo grande. ¿Le he robado ya?

—Has puesto tus manos en sus cosas más de una vez, de hecho —masculló Dimitri, con ríntintín.

—¿No me digas? ¿Y cómo se llama ese hermano tuyo al que he robado tantas veces?

—Adam Grossman.

Apreté con tanta fuerza el freno que el coche de Miranda patinó en el asfalto.

—Has dicho... ¿¡Adam Grossman!?

—Sí... —masculló el detective. Se había quedado tan sorprendido por mi reacción que no se quejó si quiera del frenazo que había dado—. Nuestra madre se casó dos veces por eso tenemos apellidos distintos. En teoría, compartimos solo la mitad del ADN.

—Pero en la recepción de Acción de Gracias de Drayton... Grossman estaba allí y tú también...

—Adam y yo nunca nos hemos llevado bien —me interrumpió Dimitri—. Tampoco siendo niños. Éramos demasiado diferentes. Así que cuando crecimos cada uno hizo su camino sin contar con el otro. Cuando vino a verme la noche que asesinó a Raven, hacía años que no nos veíamos. Le ayudé solo porque sabía que debía hacerlo. Cuando todo terminó, dejamos de hablarnos. No nos habíamos vuelto a encontrar hasta que coincidimos en Drayton. Nos vimos en la recepción pero nos ignoramos como siempre habíamos hecho.

—¿Fue Grossman quien mató a Raven?

—Sí. Los demás solo le ayudamos...

—¿Quiénes son los demás? —sospechaba cuál iba a ser la respuesta. Y, a pesar de ello, formulé la pregunta.

—Juliette Morrison y Dan Alec.

Tenía que ser una broma... Una broma de muy mal gusto, por cierto. Los asesinos de mis padres eran los que estaban detrás de la supuesta muerte de Raven... ¡Estaba intentando proteger a quienes destrozaron a mi familia!

Pero no podía ser. No podía... ¿O sí?

Hasta donde yo sabía, Grossman había estado persiguiendo a los portadores para

robarles sus esferas. Eso hizo con mis padres, con tía Jane... Y Raven era también un portador. El más poderoso. El que poseía la esfera carmesí...

—Es una locura —murmuré—. Adam no puede ser... No puede ser él quien...

Aquello lo cambiaba todo.

Las personas a las que más odiaba eran el objetivo de Raven... ¿Y si dejaba que cumpliera su venganza? Les mataría y yo vería cómo se hacía justicia... No tendría que ser nunca más Zero. Miranda y Len estarían a salvo...

Acaricié aquella idea. Me dejé arrastrar por ella. Después, la deseché con una sacudida.

Yo no era como él. No buscaba venganza. No quería ver morir a Grossman por mucho daño que me hubiera hecho. Jamás lo había querido. Lo único que pretendía era recuperar lo que me pertenecía.

Era Zero. Un ladrón. No un asesino.

En cuanto mi esfera captó la decisión que había tomado, se agitó. La saqué de mi bolsillo sin importarme porque Dimitri la viera. El interior estaba lleno de predicciones pero yo solo me fijé en la última.

El detective cae al suelo. Está muerto.

Abrí la boca.

—¿Cómo...?

No terminé mi pregunta. Algo impactó contra el coche de Miranda por detrás y Dimitri y yo salimos despedidos hacia delante. Mi cabeza chocó contra el volante y un agudo dolor me bajó desde el cuello hasta la base de la columna.

—¿Qué se supone que estás haciendo, Zero? —rugió Dimitri.

—Yo no he hecho nada —y era cierto. No tenía el pie en el acelerador. Lo que fuera que nos había embestido no tenía nada que ver conmigo. Miré por el espejo retrovisor. Detrás de nosotros había un coche, tan pegado al nuestro que no veía sus faros delanteros. Sentado en el asiento del conductor había una persona vestida de blanco. Con una máscara dorada tapando su rostro...

—¿Qué pasa? —me preguntó Dimitri.

Mi esfera volvió a vibrar.

En cuanto acelero, el coche de detrás vuelve a arremeter contra nosotros. El golpe es más fuerte que antes y pierdo el control del volante. Empezamos a girar como si estuviéramos en una centrifugadora.

Cuando dejamos de dar vueltas, la puerta del copiloto se abre y Raven arrastra a Dimitri fuera del coche. Levanto la vista justo para ver como le clava una de sus dagas en el pecho.

Raven se alejó de nosotros unos metros y después aceleró a tope. Su coche chocó contra el nuestro de nuevo. Dimitri y yo cabeceamos por segunda vez. Miranda me mataría cuando viera su coche hecho un acordeón.

—¡Muévete! ¡Nos va a hacer picadillo!

Si aceleraba, ya sabía lo que iba a ocurrir. Primero moriría Dimitri y lo más seguro es que yo no tardara mucho en acompañarle. Pero si salíamos del coche, correríamos la misma suerte y si nos quedábamos, moriríamos aplastados. Nuestro margen de maniobra era nulo.

Aunque...

—¿Todavía sigues teniendo amigos en la policía?

—Sí, algunos.

—Bien —le pasé mi teléfono móvil a Dimitri—. Pues diles dónde estamos. Tienen cinco minutos para venir hasta aquí y atrapar a Zero.



Las sirenas de los coches patrullas no tardaron en escucharse a lo lejos. Un escandaloso aullido que me recordó a la sinfonía del Juicio Final. Respiré hondo y permanecí quieto en mi asiento... Dos minutos. Ese era el tiempo que tardarían los agentes en llegar hasta donde estábamos nosotros. Miré otra vez por el espejo retrovisor. Raven seguía en su coche, atento a nuestros movimientos.

Un minuto.

El sonido de mi teléfono rompió aquella insoportable tensión. Lo descolgué y me lo llevé al oído.

—Mi esfera me ha avisado de lo que te propones hacer... Dejar que la policía te atrape para no tener que enfrentarte a mí y salvar a Dimitri al mismo tiempo —me dijo Raven desde el otro lado de la línea. No le pregunté cómo sabía mi número de teléfono. Me daba igual, realmente—. ¿Tan asustado estás como para intentar algo tan desesperado?

—Puede ser —comprobé el reloj del salpicadero. Medio minuto—. Por lo que veo, confías mucho en tu esfera.

—¿Acaso no debería hacerlo? Ella nunca se equivoca.

—Yo no estaría tan seguro —sonreí—. Ah, por cierto. Casi se me olvida. Mi plan no consiste en dejar que la policía me atrape. Lo que pretendo es que atrape a Zero.

—¿Y qué diferencia hay? Tú eres Zero.

—Cuéntale eso a la policía cuando te vean con *mi* traje y *mi* máscara —Raven se quedó callado. Supongo que asimilando la información que yo acababa de soltarle. Aproveché su confusión para contraatacar.

Colgué la llamada, metí marcha atrás y aceleré a tope. Mi coche empujó el suyo y lo arrastró hasta que quedó empotrado contra el escaparate de una tienda. No podría moverse. No tenía espacio suficiente para maniobrar.

Casi al mismo tiempo, los policías irrumpieron en la calle en la que estábamos. Una manada ansiosa por atrapar a Zero.

Ha llegado el momento de la verdad.

Me llevé las manos a la cara, desabroché mi máscara... y la dejé caer sobre mi regazo.

Mi rostro quedó al descubierto.

—¿¡Tú!?! —gritó Dimitri. Su fisonomía se fue transformando hasta acabar en un gesto de perplejidad absoluto.

—Eso parece, detective.

Sabía lo que acaba de hacer. Le había dicho a mi mayor perseguidor que yo era Zero con un cartel luminoso y luces de neón. Que no se equivocó en la Ópera. Había echado por tierra cuanto hice un mes atrás. Pero no tenía otra opción. Debía elegir. Enfrentarme a Raven o a Dimitri. Y la elección había sido fácil...

La policía nos rodeó. Los agentes salieron de los coches con las pistolas en alto y nos apuntaron. Levanté los brazos y le di un codazo al detective para que hiciera lo mismo. Casi podía sentir como la rabia hervía en su interior.

—Maldito embustero.

—Ahórrate los cumplidos. Si quieres salir vivo de esta te sugiero que te pongas cómodo y finjas lo mejor que puedas —Dimitri siguió engalanándose de insultos a cada cual más original. Aún así, obedeció y alzó los brazos igual que había hecho yo. Conservaba la suficiente sangre fría como saber que su vida, mal que le pesara, dependía ahora de mí.

Los policías se acercaron a nosotros. Iluminaron nuestros rostros con sus linternas. Luego, hicieron lo propio con el conductor del coche de atrás... Y, entonces, las pistolas dejaron de apuntarnos a nosotros y giraron al unísono hacia Raven.

Era fácil caer en aquella trampa. Un tipo, vestido como Zero con la máscara de Zero en el lugar en el que un informante secreto había dicho que estaba Zero. Casi podía imaginarme lo que estaban pensando los agentes. Las personas que iban en el coche de delante no importaban. Lo más valioso era la recompensa que conseguirían si lograban atrapar al famoso ladrón de los cien millones.

Raven podía haber hecho lo mismo que yo, por supuesto. Ese era el riesgo de mi plan. Pero no había tenido tiempo. Yo había sido más rápido que él y ahora ya era tarde.

Le dediqué una bonita peineta a través del espejo retrovisor. ¿No quería ser Zero? Pues que fuera practicando. Aquello también formaba parte del *pack*. La policía caía sobre ti como si fueras polen en una colmena.

Me despedí de él con un corte de mangas y apreté el acelerador a fondo. Las ruedas de mi coche chirriaron. El parachoques trasero cayó al suelo. Cuando los agentes se percataron de que estábamos escapando, ya era muy tarde.



Después de huir de Raven, Dimitri y yo regresamos a Drayton. Ahora que le había revelado mi identidad me daba igual que viniera conmigo al internado. Además, no quería separarme de él. Prefería tenerle cerca para evitar sorpresas. Más tarde, podría arrepentirme de lo que había hecho.

Miranda, Len y Patrick se quedaron de piedra cuando vieron al detective pero ninguno se quejó. Debieron de pensar lo mismo que yo. Mejor Dimitri que Raven.

—¿Y bien? ¿Cuál es tu plan? —preguntó el detective—. Porque tú eres el cerebro de todo, ¿no es cierto, Bradford?

—Todavía estoy esperando a que me agradezcas lo que he hecho por ti.

—¿Lo que has hecho por mí? —repitió de voz en grito—. ¿Crees que debería darte las gracias después de que destrozaras mi vida e hicieras creer al mundo que yo estaba equivocado cuando en realidad no lo estaba?

—Eso puedes agradecermelo otro día.

Varios reproches más tarde retomamos el asunto que nos ocupaba.

—Tenemos que hablar con Adam Grossman —dije—. Él sabrá qué hacer.

—Por una vez, estoy de acuerdo contigo —repuso Dimitri.

—Eh, sí. Respecto a eso... —intervino Len.

—¿Qué pasa?

—Grossman no está en su mansión. Ha salido hacia la casa de Juliette Morrison. Y lo mismo ha hecho Dan Alec. Les he estado monitorizando desde de que me has dicho que ellos eran...

—¿Monitorizando? —preguntó Dimitri, alucinado.

—Sin preguntas —le avisé. Nos miramos desafiantes.

—Si Adam ha ido a casa de Juliette a estas horas es porque está pasando algo. Yo digo que vayamos allí.

Aunque no quería darle la razón, parecía la solución más lógica así que acabé aceptando.

A diferencia de la familia Grossman, los Morrison vivían en una finca a las afueras de Los Ángeles. Una enorme plantación que en su día perteneció a un rico terrateniente y que, actualmente, era una de las propiedades más cotizadas de California. Neal celebraba todos sus cumpleaños allí así que me sabía bien la historia.

Cuando llegamos, me fijé en la puerta principal. Estaba abierta. No, mejor dicho. Derribada. Alguien la había echado abajo a la fuerza.

—Démonos prisa —susurré. Antes de desabrocharme el cinturón, miré a Dimitri. Estaba sentado entre Len y Miranda y, por lo que se veía, ninguno de los tres parecía muy cómodo con la situación. Mis amigos no dejaban de vigilarle. Y el detective hacía tres cuartas de lo mismo. La desconfianza flotaba entre ellos como si fuera algo palpable—. Nada de juegos sucios como la última vez.

—Me los ahorraré para cuando Raven esté verdaderamente muerto. Él me preocupa más que tú.

—Zero —aquella era la voz de Patrick, sonando en mi intercomunicador. Había regresado a la redacción de *Los Angeles Mirror* para mantenernos informados de cuanto ocurría en la ciudad. Me llevé la mano al oído.

—¿Alguna novedad?

—Eh, sí. Acab-b-b-a de llegarnos un telet-t-t-tipo de última hora —escuché cómo tragaba saliva—. Los p-p-policías que tenían rodeado a Raven...

—Sí. ¿Qué pasa con ellos?

—Están muertos. Raven los ha m-m-m-matado. Y... ha escapado.

Si Raven estaba suelto, iría a por Grossman, Alec y Morrison... Eso si no estaba ya con ellos...

—Está bien —contesté—. Avísame si hay alguna novedad.

Bajamos del coche. Los leones de mármol que custodiaban la entrada de la casa de los Morrison nos observaron impassibles, con las fauces abiertas y los colmillos al descubierto. Me encaminé hacia el interior. Miranda, Len y Dimitri me siguieron. No llevaba puesto el traje de Zero ni la máscara de plata. Me había cambiado de ropa en Drayton. Prefería avisar a Juliette de lo que estaba pasando siendo Kyle Bradford. Así tardaría menos en creerme.

El recibidor estaba vacío.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Dimitri.

La respuesta llegó sin necesidad de que contestara. Un fuerte golpe procedente del piso de arriba nos hizo desviar la vista a los cuatro.

Me acerqué a la escalera.

La primera planta de la mansión estaba tan desierta como la de abajo. Extraño... Al menos, alguien del servicio tendría que estar despierto a aquellas horas. ¿Dónde estaba el ama de llaves de los Morrison, por ejemplo? Ella era siempre la última en acostarse.

Subí los escalones, sin bajar la guardia. Miranda iba a mi lado, moviéndose a la par que yo. Estaba nerviosa. Podía notarlo. Len se había refugiado detrás de nosotros y Dimitri se mantenía unos pasos más atrás, armado con la pistola que había cogido en su apartamento.

La alfombra que tapizaba el suelo de la primera planta estaba manchada de sangre. Un reguero surcaba el diseño de flores hasta terminar en una puerta que se abría a nuestra izquierda.

El despacho de Juliette Morrison.

Dimitri y yo nos colocamos uno a cada lado del umbral y prestamos atención. No se escuchaba nada. Agarré el picaporte y lo giré despacio. Los goznes dejaron tras de sí un lamento.

El rastro de sangre cruzaba la estancia y terminaba en el escritorio de caoba que ocupaba el centro de la habitación. Sentada en la silla, estaba Juliette.

—¿Señora Morrison? —no obtuve respuesta.

Me acerqué a ella. La mesa también estaba cubierta de sangre y toda salía del mismo sitio. La garganta de Juliette. La madre de Neal tenía un tajo en el cuello que le había seccionado la traquea de un lado a otro.

Estaba muerta...

Me arrodillé junto al cadáver. En sus ojos abiertos todavía se veía el miedo que había quedado grabado en sus pupilas antes de morir. Parecía como si hubiera visto al mismísimo demonio.

Había aborrecido a aquella mujer durante muchos años y, sin embargo, ahora, solo sentía impotencia. Nadie debería morir así. Cerré sus párpados y me puse en pie. Seguro que a Neal se le rompería el corazón cuando se enterara de que su madre había muerto.

Dimitri cogió con suavidad las manos de Juliette y las colocó sobre su regazo. Lo hizo con tanta delicadeza que tuve la impresión de que aquella era su particular forma de decir adiós. Len se quedó junto a Miranda en la puerta, ambos con la misma expresión de derrota.

—Tenemos que seguir. Aún faltan Alec y Grossman. Y no sabemos cuánta ventaja nos lleva Raven —salí del despacho, sin mirar por última vez el cadáver de Juliette. Cuando llegué al vestíbulo, Dimitri me agarró del brazo.

—Parece que se te olvida algo importante, Zero. Juliette no lleva tanto muerta.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy policía, ¿recuerdas? Sé reconocer un cadáver. El cuerpo aún está caliente y eso significa que sea quien sea el que la ha matado, es probable que siga aquí. En otras palabras...

—Raven está en la mansión —concluí yo.

Como confirmación de nuestros temores, escuchamos una carcajada que retumbó por toda la casa. La reconocí enseguida. Era la risa de Raven... La misma que había escuchado cuando estuve en el hotel Convention y Miranda pendía del helicóptero. Revisé el vestíbulo. ¿Dónde estaba? ¿Dónde se escondía?

Dimitri alzó su arma.

—Es él.

—Lo sé.

Un ruido metálico sustituyó las risas de Raven. Algo que me recordó a unas cadenas desenrollándose. Una compuerta se abrió en el techo, justo encima de donde yo estaba, y una jaula, de gruesos barrotes metálicos, cayó sobre mí, encerrándome en un cubículo de poco más de dos metros.

—¡Kyle! —gritó Miranda. Mis amigos se acercaron corriendo a la jaula.

—¿Estás bien? —me preguntó Len.

—Quitando que estoy metido en una jaula como un tigre de circo, estoy perfectamente —le di un puñetazo a los barrotes y un hormigueo me subió por el brazo.

—Es inútil. Jamás conseguirás romperla —la silueta de Dan Alec emergió de la oscuridad y se acercó a nosotros con pasos lentos—. Siempre creí que Juliette exageraba colocando una trampa como esta en su casa... Ahora agradezco infinitamente su desconfianza —recorrió con la mirada el techo—. He hablado con ella hace diez minutos... ¿quieres saber lo que me ha dicho? Que había alguien en su casa. He venido lo más pronto que he podido para ayudarla... Pero al parecer no he sido lo suficientemente rápido.

Me apuntó con un dedo acusador.

—¿Qué le has hecho?

—Nada —dije.

—¿Ah, no? ¿Y por qué estás manchado de sangre entonces? —era cierto. Mis manos estaban empapadas con la sangre de Juliette. Había debido de mancharme al tocar su cadáver.

—Dan, estás cometiendo una equivocación —intervino Dimitri. El padre de Lauren giró la cabeza hacia él por primera vez. Estaba tan concentrado en mí que no se había fijado en que no estábamos solos.

—El hermano fracasado de Adam... ¿Qué haces tú aquí?

—He venido para avisaros. Estáis en peligro...

—¿En peligro? —Alec soltó una risotada—. Mira quién habla de peligro. El cobarde que no se atrevió a venir con nosotros la noche que matamos a Raven. Dejaste que nosotros hiciéramos el trabajo sucio y luego te ofreciste para hacer la parte fácil. Qué conveniente, ¿no te parece?

Dimitri apretó los labios. Alec se volvió de nuevo hacia mí.

—Cuando Adam me dijo quién eras en realidad no le creí. Pensé que había perdido el juicio. Pero no hay duda de que decía la verdad. Eres la viva imagen de Richard... —se acercó un poco más a la jaula en la que estaba encerrado—. ¿Por eso estás aquí? ¿Quieres matarnos igual que hicimos nosotros con tus padres?

—Ya te he dicho que yo no he matado a Juliette. Cuando he llegado Raven ya la había asesinado.

—¿Raven? —Alec me miró como si acabara de contarle el mejor chiste del universo—. Raven lleva muerto diez años. Tú deberías saberlo mejor que nadie.

¿Qué había querido decir con eso...?

—Sigue vivo —sentencié—. Os ha estado engañando...

—¿De verdad quieres que me crea esa estupidez? —se burló Dan Alec—. Apuesto lo que quieras a que has sido tú quien ha dibujado esos emblemas de fuego en la ciudad para atraernos hasta ti. Aunque puedes estar tranquilo. Haré que te

arrepientas de haber matado a Juliette. ¡Haré que lo lamentes cada día! Ya no tienes a Adam a tu lado para que te proteja de mí.

Me olvidé del peligro que corríamos y me concentré en lo que acababa de decir Alec.

—Adam Grossman jamás me ha protegido.

—¿Ah, no? ¿Y por qué crees que conseguiste escapar la noche que murieron tus padres? Fue por Adam. Te dejó huir. No movió un dedo cuando saltaste por aquel precipicio. Si hubiera sido por mí, no habrías salido con vida. Te habría matado allí mismo pero él te protegió. No dejó que te atrapáramos cuando tuvimos ocasión. Siempre fuiste su mayor debilidad. Más incluso que su propio hijo.

—¡Mientes! Grossman mató a mi familia e intentó hacer lo mismo conmigo.

—Solo intentó separarte de las dos personas que te habrían convertido en un ser despreciable tarde o temprano.

Estampé los dos puños en los barrotes.

—¡No vuelvas a hablar mal de mis padres! —a pesar de mi rugido, mi interlocutor no se inmutó.

—Yo sabía que algún día te convertirías en una amenaza. Y no me equivoqué. Eres igual que *él*...

Un repiqueteo de piedras cayendo, seguido de un ensordecedor estruendo, devoró las amenazas de Alec. Instintivamente, alcé la cabeza... y entonces entendí de dónde procedía aquel ruido.

El techo del vestíbulo se estaba derrumbando sobre nosotros.

Igual que un castillo de naipes.



En cuestión de segundos las vigas que sostenían el tejado de la mansión se vinieron abajo. La estructura entera cedió. Parte de la techumbre se desmoronó encima de Dan Alec. Grité cuando vi que su cuerpo quedaba aplastado bajo una tonelada de escombros.

Dimitri escapó por poco de correr la misma suerte y se escondió debajo de la escalera para resguardarse de la lluvia de cascotes. Miranda y Len se quedaron conmigo, forcejeando con la jaula para intentar liberarme.

—¡Busquemos una forma de abrirla! —exclamó Miranda.

—Podemos intentar romperla desde arriba —apuntó Len.

Lo que antes era parte de los contrafuertes de la fachada cayó a unos metros de donde estábamos, levantando una polvareda de cemento a su paso. Len y Miranda se agacharon para protegerse. Si se quedaban junto a mí, tarde o temprano acabarían muertos.

—¡Tenéis que marcharos! —grité.

—¡No vamos a dejarte aquí! —repuso Len. Le agarré por la manga de la camisa.

—Id con Dimitri. Yo puedo apañármelas aquí.

—Kyle, no... —Miranda miró con desesperación la jaula.

—¿Habéis olvidado que soy Zero? Saldré de esta. No os preocupéis. ¡Vamos, marchaos! Si os quedáis aquí moriremos los tres.

Ni Miranda ni Len parecían muy convencidos. Aún así, acabaron cediendo y corrieron hacia la escalera. No pude comprobar si habían conseguido refugiarse. Un fragmento gigante del artesonado del vestíbulo cayó sobre mi jaula, rompiéndola como si fuera arcilla.

Me eché hacia atrás justo a tiempo de evitar que me dejara hecho papilla.

Ahora estaba acorralado. Detrás tenía lo que quedaba de los barrotes cortándome la escapatoria. Delante, un montón de piedras y maderas destrozadas.

Hice lo primero que se me ocurrió.

Me tiré al suelo y me escondí debajo de los escombros. De fondo, me llegaban gritos ahogados y el atronador ruido del techo derrumbándose.

Luego, llegó el silencio.

Permanecí unos interminables minutos acurrucado en mi escondite. A la espera. Solo cuando estuve seguro de que lo peor había pasado, salí al exterior.

Lo que vi me dejó sin palabras.

No quedaba nada de la lujosa casa de los Morrison. Solo destrucción. La techumbre había desaparecido y en su lugar había un agujero por el que se veía el cielo nocturno. Las paredes se sostenían a duras penas. De las ventanas habían sobrevivido únicamente los marcos. Los cristales se habían hecho añicos.

Me puse en pie. Tenía algunos rasguños y me dolía una barbaridad la pierna derecha. Pero estaba vivo.

—¡Miranda! ¡Len! —mi voz retumbó con eco en el espacio derruido.

No muy lejos de donde estaba, escuché un ruido. Fui hacia allí lo más rápido que mi pierna herida me lo permitió. Miranda estaba saliendo de entre los escombros, con la cara cubierta bajo una capa blanquecina.

—¿Y Len?

—Aquí —la vocecilla salió de entre los cascotes. Aparté los restos que le habían dejado enterrado y saqué a mi amigo a la superficie.

Quitando algún corte superficial, ninguno de los dos tenía nada grave. Dimitri, en cambio, no podía decir lo mismo. Había quedado tendido junto a Len, inconsciente y con el brazo torcido en una postura extraña.

—Está vivo —dijo mi amigo—. Solo ha perdido el conocimiento. Ha intentado protegerme cuando ha empezado a caer el techo.

—¡Kyle! —Miranda me hizo señas desde el extremo opuesto del vestíbulo. Cerca de ella, había un torso y una cabeza medio calva. Dan Alec. Sus piernas habían quedado aprisionadas, destrozadas seguramente por el peso de todo lo que les había caído encima. Me acerqué para ayudarle.

—Déjalo, Blake —masculló—. No sobreviviré aunque me saques de aquí.

—¡Claro que sí! Tan solo tengo que... —me fijé en el charco de sangre que le rodeaba... Tenía una hemorragia interna. Seguramente no le quedaría ni media hora de vida.

—Oh, vaya. ¿Solo he conseguido matar a uno? —detrás de nosotros, apoyado en lo que quedaba de la escalera de la mansión, estaba Raven. Seguía llevando su traje blanco y su máscara dorada y en su mano relucía la esfera carmesí—. Tendrías que haber hecho caso a Kyle cuando te avisó de que venía a por ti.

—Raven... —balbuceó Alec. El gesto de terror que cruzó su semblante me recordó al que tenía el cadáver de Juliette Morrison.

—El mismo, mi querido Alec. ¿Sorprendido?

—Deberías estar muerto. Nosotros...

—Vosotros intentasteis matarme. Aunque no lo lograsteis. ¿Pensabais que sería tan fácil? ¡Nadie puede vencerme, Dan! Ni vosotros ni nadie —sus palabras rebotaron en las paredes con un bramido que me hizo encogerme sobre mí mismo. Raven debió de darse cuenta porque percibí un brillo burlón asomándose a sus pupilas—. Parece que has descubierto lo que pretendía, Kyle. Siempre consigues sorprenderme. Y no hay en el mundo muchas personas que lo hayan logrado... ¿Significa eso que estás empezando a pensar como yo?

—En realidad, no es tan difícil prever lo que va a hacer alguien tan mezquino como tú.

Mi interlocutor recibió mi insulto con una risotada.

—Supongo que no hace falta que te diga cuál será mi siguiente objetivo... — Adam Grossman... Él era el último de su lista—. ¿Podrás llegar hasta él antes que yo... o acabarás presenciando su muerte sin que puedas hacer nada para evitarlo?

—No dejaré que le mates.

—Buena suerte entonces.

Se dio la vuelta y desapareció entre las ruinas.

—Ve... tras... él, Blake —murmuró Alec—. Tienes que ayudar a Adam —su voz sonaba más débil que antes, al borde del desfallecimiento—. Y dile... a Lauren... que la quiero. Díselo por mí.

—Lo haré.

—Una cosa más —sus músculos se aflojaron y sus últimas palabras fueron apenas un leve susurro—. Lo siento...



Contemplé el portón que tenía frente a mí. Oxidado, engullido por malas hierbas y enredaderas que se enroscaban en los altos penachos. Mis manos oprimieron el volante con tanta fuerza que los nudillos se me quedaron blancos.

—¿Qué pasa? —me preguntó Miranda. Len se inclinó hacia delante para echar un vistazo. A su lado, Dimitri seguía inmóvil, todavía inconsciente. Dan Alec había muerto poco antes de que nosotros nos marcháramos. Me había quedado con él hasta el final—. ¿Kyle?

—Estamos en Cotton Hill —contesté, al fin. Miranda y Len ahogaron una exclamación.

Los rosales trepadores que mi madre mandó plantar estaban secos y los árboles habían crecido tanto que tapaban con sus frondosas copas el interior. Pero estábamos sin lugar a dudas en la finca en la que fueron asesinados mis padres. Todavía se leía el nombre en la parte de arriba de la verja de entrada, descolorido después de tantos años. No había regresado desde aquella noche. Lo había estado evitando a propósito...

—¿Por qué estará Grossman aquí?

—No lo sé... —miré mi esfera. Dentro resplandecía una única frase. *Vuelvo donde todo empezó y allí me encuentro con Adam Grossman*. Cotton Hill era el lugar donde todo empezó. Lo que no entendía era qué estaba haciendo allí el padre de Mike—. Las predicciones no han cambiado.

—Podemos regresar si no quieres entrar...

—No. Hay que evitar que Grossman muera —le pasé mi móvil a Miranda—. Llamad a tía Jane y a Sebastian y decidles dónde estamos. Esperad a que ellos vengan. Seguro que necesitamos su ayuda.

—Ni hablar. Vamos contigo.

—No —me opuse con rotundidad—. Esta vez no.

—Kyle...

—No, Miranda. No voy a dejar que One os vuelva a utilizar para hacerme daño —y tampoco quería cometer el mismo error del hotel Convention—. Si me acompañáis, intentará lo que sea.

—Podemos ayudarte.

—Me vais a ayudar más si os quedáis aquí y avisáis a tía Jane.

—¿Y qué hacemos con Dimitri?

Los tres miramos hacia el asiento trasero.

—Vendrá conmigo. Tal y como está, no podemos moverle sin hacerle daño.

Esperé a que Miranda y Len se bajaran del coche antes de poner el motor en marcha de nuevo.

—¿Estás seguro de esto? —me preguntaron.

—Completamente.

Me despedí de ellos y me adentré en los terrenos que un día fueron de mis padres. Procuré mirar solo al frente. No quería recordar nada. No quería reconocer los rincones en los que me había criado. Y, pese a ello, cuando vi las ruinas que se alzaban al final del camino, tuve que echar mano de toda mi voluntad para seguir adelante.

Mi casa.

En realidad, solo quedaba el esqueleto de lo que un día fue mi hogar. El suelo en el que se alzaba antes la mansión Blake era ahora una explanada de hierba, tachonada de hierbajos silvestres que crecían a su libre albedrío. El columpio que mi padre construyó para mí cuando era pequeño pendía desangelado de la enorme encina que antes estaba frente a la ventana de mi habitación.

Dejé a Dimitri en el coche y recorrí el trecho que faltaba a pie.

Frente a los restos de la mansión Blake, de espaldas a mí, había una persona. Reconocí su mata de pelo entrecano. Adam Grossman... Se giró en cuanto escuchó mis pasos.

—Kyle... —susurró. Parecía sorprendido, como si estuviera esperando la visita de otra persona—. ¿Qué haces aquí?

—Juliette y Dan están muertos.

—Lo sé. Raven les ha matado. He visto cómo se derrumbaba la casa de los Morrison. No he podido llegar a tiempo. Por eso he venido directamente a Cotton Hill. Yo soy el siguiente —se le veía diferente. Más abatido y derrotado. No tenía aquel porte altanero y arrogante—. Era algo que tenía que pasar. Siempre supe que estaba vivo.

—¿Lo sabías?

—Tuve mis sospechas. Especialmente tras la muerte de Timothy. Y en la subasta mis dudas se confirmaron. Aunque llevara esa estúpida máscara dorada supe que era él. También sabía que iba a utilizarte. Le conozco. Si quería recuperar su esfera solo podía recurrir a ti... Zero es el único que puede entrar en Blackforest y salir de una pieza.

Aguanté la respiración.

—¿Desde cuándo sabes que yo soy Zero?

—Desde el principio —contestó—. Aunque para ser sincero no he descubierto toda la verdad hasta hace poco. Sospechaba que Zero era Jayson Blake. Pero ignoraba que Kyle Bradford era ambos... Eso lo descubrí en Drayton cuando te vi.

—¿Cómo lo supiste?

—Tú me lo dijiste. A través de los objetos que robabas. Siempre aquellos que estaban relacionados con la familia Blake. No fue difícil para alguien que sabía lo que pasó aquí hace diez años.

—No lo entiendo —no entendía nada en realidad. Abrí los brazos y los dejé caer a ambos lados—. ¿Por qué nunca me delataste? Ni siquiera Mike sabe que yo soy Zero.

—Has estado robando lo que nosotros te quitamos en su día. Yo soy más ladrón que tú. No tengo ningún derecho a detener a Zero —jamás pensé que Adam Grossman me diría aquello. Rompía la imagen que tenía de él por completo—. Cuando te llevaste la esfera de Blackforest pensé que estabas aliado con Raven y aquello me hizo temer lo peor. No podíamos permitirnos otro Raven. Por eso le pedí a Alfred que te buscara. No quería hacerte daño. Solo protegerte. De ti mismo.

Así que Alfred también estaba de parte de Grossman...

—Él también apoyó a Raven al principio —continuó Adam—. Igual que Dan, Juliette y yo. Después, se unió a nosotros para detenerle. Creo que fue esa la razón por la que pidió que le destinaran a Blackforest. Él sabía muy bien lo que encerraba el cubo en su interior... Lo habría protegido con su vida si hubiera sido necesario.

—No robé la esfera porque quisiera. No tuve elección.

—Lo sé. El amor nos hace cometer errores.

Su mirada me recorrió hasta detenerse en un mechón que caía sobre mi frente.

—Tu pelo es igual que el de tu madre, ¿lo sabías? —intentó tocarme. Yo me retiré de forma instintiva—. Lo siento. No quería...

—¿Por qué mataste a mis padres? —aquella era la pregunta que siempre había querido hacerle a Grossman. Me había imaginado a mí mismo enfrentándome a él cientos de veces. Pero nunca pensé que las circunstancias serían las que eran.

En lugar de contestarme, Adam suspiró.

—La esfera negra... —su voz bajó de intensidad—. Siempre la has tenido tú, ¿no es cierto?

—Sí —contesté—. ¿Les mataste por eso?

—No. Quería la esfera para que nadie pudiera vincularse con ella. Sabía que tu padre la tenía y la busqué para destruirla. No quería que encontrara un nuevo portador. Habría... —Grossman contempló las estrellas—. Habría matado a tus padres aunque la esfera no hubiera existido.

Aquellas palabras se repitieron dentro de mí. Siempre había creído que mi esfera había provocado la muerte de mis padres. Descubrir que había estado equivocado despertó una sensación agrídulce en mí.

—¿Te has preguntado por qué Raven se convirtió en un monstruo? —me preguntó Grossman. Ladeé la cabeza.

—No... Pensé que siempre había sido así.

—Te equivocas. Antes era una buena persona. Mi mejor amigo.

—¿Y qué le hizo cambiar?

—Su esfera.

Grossman se miró las manos como si en ellas estuvieran las respuestas a las preguntas existenciales más complejas.

—No son una bendición, Kyle. Supongo que crees que vincularte con la tuya fue lo mejor que te ha pasado pero te equivocas. Las esferas corrompen. No hay ningún humano capaz de doblegar su poder. Cuanto más unido estás a ella, más cruel te vuelves hasta que al final su oscuridad es la tuya.

Recordé lo que había pasado con Mike en la biblioteca y con Alfred en la Lu Corporation. Esa sensación... Ese deseo de destruir... ¿Estaría relacionado con mi esfera? ¿Sería eso de lo que estaba hablando Adam? La mera posibilidad de que así fuera me hizo tragar saliva a duras penas.

—Vi cómo mi mejor amigo se convertía en Raven. Vi cómo se hundía poco a poco sin que yo pudiera hacer nada hasta que le perdí para siempre y tuve que matarle para poner fin a su locura. Me prometí a mí mismo que no iba a suceder lo mismo jamás. Por eso me he dedicado durante años a buscar las esferas que quedaban.

—Para destruirlas.

—No. No podía destruirlas mientras estuvieran unidas a sus portadores porque el vínculo les habría matado. Las busqué para alejarlas de ellos. Quería esconderlas en un lugar seguro para que no las encontraran jamás.

No sabía si creerlo o no. Podía estar mintiéndome. Pero... ¿Y si decía la verdad? ¿Y si nunca había querido las esferas para él?

—Tampoco soy un santo, Kyle —continuó Grossman—. Aquel día... fui al orfanato para verte. Quería explicarte por qué matamos a tus padres. Estaba dispuesto a contártelo todo. Y, sin embargo, cuando te vi, no encontré el valor necesario. Así que preferí que pensaras que era tu enemigo, que estaba dispuesto a matarte, antes que decirte la verdad.

—¿Qué verdad?

—Hay algo sobre la muerte de tus padres que no sabes...

Cambié el peso de un pie a otro. ¿Algo que no sabía? Esperé a que Grossman siguiera hablando. Pero nunca llegó a hacerlo.

—Bonito lugar para reencontrarnos, Adam.

Raven... Se había encaramado a un muro medio derruido de la mansión Blake y nos contemplaba desde allí mientras balanceaba las piernas. Cogí mis cuchillos de inmediato. Los había traído conmigo porque intuía que en algún momento iba a necesitarlos.

Grossman apretó la mandíbula. Contempló al recién llegado sin expresión alguna.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Demasiado diría yo —repuso Raven con un poso de rencor anclado en sus palabras—. La última vez que nos vimos tenías una pistola apuntando hacia mi pecho.

—No me importaría tenerla de nuevo.

—Tan bromista como siempre —se jactó Raven. De un salto, bajó de su atalaya. Aterrizó en el suelo con la elegancia de un felino bien entrenado—. ¿Qué te pasó, Adam? Siempre fuimos buenos amigos. Tú y yo. Construimos un imperio... Y un buen día lo echaste por la borda.

—Fuiste tú el que lo estropeó. Te dejaste arrastrar por tu esfera y te convertiste en un ser vil que mataba a quien fuera para conseguir lo que querías.

—Mi esfera solo me enseñó el camino. Nosotros, los portadores, no tenemos por qué convivir en igualdad con vosotros. Somos superiores. Yo solo ocupé mi puesto dentro de la pirámide de la humanidad. En la cúspide. Donde me correspondía estar.

¿De qué estaba hablando ese chalado? ¿Superiores? ¿Pirámide?

—Estás más loco de lo que yo creía —tercié.

—Y tú demasiado influido por esos amigos tuyos a los que tanto valoras como para ver que tengo razón. Debía haber acabado con ellos cuando tuve oportunidad. Así te habría liberado del influjo que ejercen sobre ti. Aunque todavía puedo hacerlo. Si no estoy equivocado están esperándote afuera... ¿No es cierto?

Se irguió y miró a través de los árboles hacia el portón de entrada de Cotton Hill. Sabía lo que estaba pensando. Quería matarles... Eso era lo que él hacía. Cuando alguien le molestaba, lo borraba de su camino.

Pero yo no iba a dejar que Raven se acercara a Miranda y a Len de nuevo. No quería perderles. Les protegería. Agarré mis cuchillos con más fuerza. Y entonces hice algo que me sorprendió incluso a mí mismo.

Antes de que Raven pudiera dar un paso, lancé mis armas.

Siempre había tenido buena puntería pero aquel lanzamiento fue el mejor que había hecho en mi vida. Las puntas de los cuchillos se clavaron en la máscara de oro, entre los ojos de su dueño. Con una sincronización perfecta.

Todo quedó suspendido en la nada.

Luego, una grieta empezó a abrirse en el punto en el que habían impactado el acero. Escuché un crujido. Y, entonces, la máscara de Raven se partió por la mitad.



Los fragmentos de la máscara cayeron al suelo. Quedaron tendidos a ambos lados de Raven. No me había imaginado cómo sería su rostro. En realidad, era lo que menos me importaba. Solo quería que desapareciera de mi vida tan pronto como había aparecido. Y, sin embargo, ahora... ahora...

Conocía a la persona que se había estado escondiendo bajo la máscara de oro. La había visto antes. De pequeño. Y también aquella noche... Cuando Grossman irrumpió en Cotton Hill. Fue lo último que vi antes de huir...

Había envejecido. Las arrugas se marcaban en su piel y una enorme quemadura cubría el lado derecho de su cara, bajando por su cuello. Aún así, seguía teniendo las mismas facciones que tan bien recordaba. Los mismos ojos... La misma sonrisa...

Era él.

Era él...

Pero no podía ser... Le había visto morir. Había visto a Adam Grossman dispararle. Había visto su sangre manchando el suelo de nuestra casa. ¡Lo vi, maldita sea! ¿Cómo era posible que estuviera allí? Porque era él. Estaba seguro...

—Padre...

Los labios de Raven se curvaron hacia arriba.

—Hola, hijo. Has crecido mucho.

No... No... podía...

A diferencia de mí, Grossman no parecía sorprendido.

—Richard —saludó—. Sigues igual que siempre.

—Lo mismo digo.

¿Estaba soñando? ¿Era aquello un sueño... o una pesadilla?

—E... estás vivo —susurré.

—Así es, Jayson —se acercó a mí. Un paso. Otro... Sus pies desquebrajaron hojas caídas y ramas secas. Al llegar a mi altura, me agarró de la barbilla con suavidad y me obligó a alzar la cabeza para que le mirara—. Eres tan parecido a mí...

—Suéltale, Richard —dijo Grossman. Mi padre arrugó el labio, molesto por aquella interrupción. Una mueca de odio barrió la dulzura que había antes en él. Jamás había visto aquel rencor en alguien. Verlo en mi propio padre no ayudó a mitigar mi asombro—. Él no es como tú.

—Lo será. Algún día. Lo sabes tan bien como yo —me pasó la mano por el pelo—. Mi pequeño Jayson...

Lentamente, las piezas fueron encajando en su sitio. Mi padre... Raven... Grossman... Lo que pasó aquella noche... *La verdad*. Dejé escapar un gemido.

No, por favor...

—Tú... tú... —la cabeza me daba vueltas, como si estuviera subido en un tiiovivo —. ¿Eres...?

—Sí.

—Eres...

—Dilo, Jayson —siseó mi padre—. Di mi nombre.

Miré a Grossman con la esperanza de que me dijera que era mentira. Que no debía hacer caso. En lugar de eso me encontré con una mueca de lástima en su cara. «Ahí tienes lo que buscabas, Kyle».

—Dilo, Jayson —repitió mi padre con más contundencia.

Intenté convencerme de que aquello no tenía ni el más mínimo sentido. Mi padre no podía ser Raven. Era mi ídolo. Siempre lo había sido. La persona a la que quería parecerme... ¿Había estado admirando a un asesino toda mi vida?

Una parte de mí se burló de aquella idea... La otra, sin embargo, empezó a concienciarse de la realidad. No había querido verlo. Pero todo había estado delante de mí. Las piezas encababan a la perfección. Y yo lo había ignorado.

—¡Dilo!

—Raven —acerté a decir. Mi padre me miró satisfecho.

—Bien. Buen chico. Así se hace, hijo —había algo en su voz, en su forma de hablar, que me produjo repulsión. Tal vez era solo la manera que tenía de arrastrar las palabras, como si estuviera esperando la oportunidad para clavarte los colmillos—. Hace diez años intentaron matarme. No entendían lo grandioso de mi plan. Envidiaban lo que había conseguido. Y, sin embargo, me subestimaron...

Levantó el brazo izquierdo. Lo puso a mi altura para que pudiera verlo bien. De un tirón retiró la piel que cubría su extremidad. La arrancó como si fuera una funda. De hecho, era justo eso. Una funda que escondía debajo una prótesis metálica. Un enorme vacío se abrió en mi interior. Lo único que encontraron de mi padre en Cotton Hill fue un brazo... El brazo izquierdo... La policía creyó que su cuerpo se desintegró por la violencia de la explosión pero...

—Me lo corté yo mismo aquella noche para que mi coartada fuera creíble. Nadie dudó de mi muerte. Y esto... —miró a su alrededor, abarcando Cotton Hill con la mirada—. Provoqué el incendio para encubrir cualquier pista que hubiera podido dejar atrás.

—Pero Grossman te disparó... —seguía sin poder creérmelo. Me parecía surrealista.

—Llevaba un chaleco para que las balas no me atravesaran. Gracias a eso estoy aquí.

—¿Mamá también está viva? —susurré.

—No. A veces es necesario hacer sacrificios...

Dejé de respirar. Se me olvidó cómo se hacía.

—¿La dejaste morir? —pregunté con un hilo de voz.

—Sí.

—¿No hiciste nada para protegerla?

—Ya te lo he dicho. Su muerte fue necesaria.

—¡Ninguna muerte es necesaria! —exclamé.

—Era ella o yo. Y no tuve que pensar mucho antes de tomar la decisión.

Me aparté asqueado de él. No quería seguir escuchándole. No quería oír nada más.

Había sido él quien destruyó nuestra familia... Quien dejó morir a mi madre... Quien secuestró a Miranda... Quien asesinó a los guardias de la mansión Grossman... Quien me hirió con una daga...

—He estado esperando a que estuvieras preparado. Poniéndote a prueba. Viendo de lo que eres capaz. Necesitaba un heredero fuerte. Y lo he conseguido. Juntos haremos que el pasado resurja... Ya no hay nada que pueda separarnos, hijo.

Grossman me miró de soslayo. Estaba alerta, atento a mi reacción. Mi padre también aguardaba mi respuesta. ¿Unirme a él? ¿Unirme a Raven? La esfera carmesí refulgió triunfante en su mano. Su neblina nos rodeó a ambos. Era como sentir los brazos de mi padre en torno a mí... Los brazos de Raven...

—Seremos de nuevo una familia. Todo será como antes.

¿Era eso lo que yo quería? ¿Ver como mi padre se convertía en una pesadilla otra vez?

—No lo creo... —murmuré, tan bajito que nadie más que yo escuchó mi contestación.

—¿Cómo dices, hijo?

—He dicho... —volví a retroceder—, ¡no lo creo!

La esfera de mi padre emitió un chillido. Su neblina se retorció. Herida... Molesta... Aproveché los segundos de confusión y le di una patada. Salió disparada de la mano de su portador y cayó al suelo. En cuanto el cristal tocó la hierba, mi padre soltó un grito de dolor. Su rostro se congestionó.

Recuperé uno de mis cuchillos del suelo y lo apunté hacia él. Si le dejaba con vida, Raven resurgiría. Y no podía dejar que eso pasara. Pero, pese a ello, mi brazo temblaba. Casi no podía sostener la empuñadura. *No puedo. No puedo hacerlo...*

—Eso es... —murmuró Raven, con una sonrisa sanguinolenta—. Si eres capaz de matar a tu padre es que estás preparado para convertirte en mi sucesor.

—¡Tú no eres mi padre! Eres una sombra de lo que él fue. Richard Blake murió hace diez años. Tú no sé quién eres.

—¿Cómo te atreves! —bramó, enfurecido—. ¡Me lo debes todo! Si no fuera por mí todavía estarías en aquel orfanato abandonado, muriéndote de hambre junto a esos amigos que tanto valoras. ¡Fue la esfera que yo te di la que te sacó de ahí! Zero existe porque yo lo he querido así. Sin mí jamás habrías sido quien eres.

—¡Cállate!

—Sabía que jamás recuperaría mi poder si no tenía a Zero de mi parte. Y lo que hice fue *crear* a Zero... ¿Por qué crees que te di tu esfera aquella noche?

—¡Basta! —me tapé los oídos.

¿Qué era lo que estaba sintiendo? ¿Rabia? ¿Decepción? ¿O... una mezcla de ambos? Mi mundo se estaba desmoronando. Y cada trozo que caía me producía un dolor infinito. Mi padre... Zero...

Mi vida entera había sido una mentira.

—¿Lo entiendes ya? —me preguntó—. Te abandoné para que te convirtieras en lo que eres.

—No, me abandonaste para que me convirtiera en lo que *tú* eres —contraataqué—. Y, lo siento mucho, padre, pero creo que voy a pasar.

—Yo he visto tu futuro, Jayson. De nada te va a servir que rechaces lo que te espera.

—Eso ya lo veremos. No hay ninguna predicción infalible. Cambiaré el futuro y construiré uno nuevo.

—¡Jamás lo conseguirás!

—He logrado cosas más difíciles.

Aparté el cuchillo. No podía matarle. Yo no era un asesino. No era como él.

—¡No dejaré que desperdicies tu talento, Jayson! —vociferó mi padre.

—Prefiero desperdiciar ese talento que tú tanto valoras antes que estar contigo.

—No quiero oírte decir eso. ¡Nunca más!

No sé de dónde sacó las fuerzas. Estaba sangrando y debía de tener alguna costilla rota después del golpe que había recibido su esfera. Aún así, se levantó como si no tuviera un solo rasguño y me cruzó la cara. El bofetón hizo que trastabillara hacia atrás. Mi cuchillo escapó de mis dedos.

Intenté recuperarlo pero fui demasiado lento. Cuando quise darme cuenta, mi arma estaba ya en manos de mi padre.

—Si no estás conmigo estás contra mí, Jayson.

No lo dudo. No vi el remordimiento asomando a su ojos ni la inseguridad apareciendo en su semblante. Simplemente, agarró el cuchillo con dos dedos y lo arrojó hacia mí.

Todo sucedió muy deprisa.

No pude moverme.

No tuve tiempo.

Cuando quise darme cuenta el arma estaba encaminándose hacia mí. Cerré los ojos. Y esperé a que el filo se hundiera en mi cuerpo.



Escuché un sonido sordo. El metal clavándose en la carne humana. Me recordó al hospital St. Michael, cuando Raven me apuñaló. Solo que esta vez no estaba sintiendo dolor alguno. *Qué extraño...* Creí que iba a gritar hasta que no me quedara voz. Pero me sentía tan bien como antes. *Algo no va bien...*

Abrí los ojos. Lo primero que vi fue una espalda. Justo delante de mí. Unos poderosos hombros que me ocultaban casi por completo... Sabía a quién pertenecían...

—Grossman... —giró la cabeza. Me sonrió. Y entonces vi el mango de mi cuchillo. Sobresaliendo de su pecho. A la altura del corazón—. ¿Por... por qué?

Dio un traspiés. Me apresuré a agarrarle. Frené la caída y le recosté en la hierba. Me había protegido. No... Me había salvado la vida.

—Un idiota hasta el final —masculló mi padre. Observaba la escena con una mueca de apasionado desinterés—. Bueno, qué más da. Iba a matarle igualmente. Tan solo ha adelantado su sentencia.

La frialdad con la que habló me enfureció. La cólera me cegó. Se convirtió en un calor ardiente que engulló el resto de sentimientos. Dejé a Grossman tumbado en el suelo y me puse en pie, con los puños apretados.

Aún me quedaba uno de mis cuchillos. Lo saqué y, sin pensarlo, arremetí hacia delante.

Mi padre sabía que iba a atacarle. Su esfera se lo había anticipado. Me esquivó con facilidad e intentó asestarme un puñetazo. Me aparté y le embestí como si estuviera poseído. Reculé.

—¡Eso es! Este es el hijo que siempre he querido. ¡Vamos, Jayson!

Su revés no me fue tan fácil de sortear. Me pegó con el dorso de la mano y me mandó directo al suelo.

—Lástima que tú no seas el padre que yo siempre quise —balbuceé. Su pie se estrelló contra mi cara.

—Te queda mucho para derrotarme. ¿Y sabes por qué? Mi esfera puede revelarme de lo que va a hacer cualquier persona. No hay nada que ocurra sin que yo lo sepa. Y eso me hace todopoderoso. En cambio, tú solo puedes anticipar lo que va a ocurrirte a ti. Siempre estarás en desventaja.

Rodé sobre mí mismo para evitar que me pateara de nuevo y le hice un tajo en la pierna. No muy profundo aunque sí lo suficiente para que soltara un resoplido.

—¿Crees que este arañazo va a cambiar algo? —me preguntó sarcástico.

Su siguiente ataque sirvió para confirmar sus palabras. Me pegó de lleno en el vientre. Gemí y aquello le molestó. Debió de considerarlo un signo de debilidad. Volvió a golpearme. Una. Y otra vez. Hasta que me dejó tan dolorido que no pude incorporarme si quiera.

Me agarró por el cuello y me levantó en vilo con su brazo metálico.

—Eres tan solo un mocoso que juega a ser Robin Hood —aferré su muñeca y tiré de ella hacia atrás para liberarme antes de que me ahogara. No lo conseguí. No podía rivalizar con su garra de acero.

—Kyle... —susurró Grossman. Mi padre hundió el cuchillo aún más en su pecho para que se callara.

—Nadie ha pedido tu opinión, Adam. Será mejor que te quedes...

Como salido de la nada, un disparo rompió el silencio sepulcral de Cotton Hill. La bala cruzó el espacio que había entre mi padre y yo y rozó la cara de Raven, dejando una muesca en su mejilla.

—Ese tiro lo he fallado a propósito. Con el siguiente no tendrás tanta suerte.

¿Quién...? Levanté la cabeza. Dimitri. Estaba a unos metros de nosotros, con su pistola dirigida hacia mi padre. Tenía el peso apoyado sobre una sola pierna y el brazo colgando inerte. No me explicaba cómo había conseguido salir del coche en las condiciones en las que se encontraba.

—Oh, vaya. Nuestra pequeña reunión de amigos no deja de crecer. El bueno del agente Cooper se ha dignado a hacernos una visita.

—Albergaba la esperanza de que te estuvieras pudriendo en el infierno.

—Ya ves que no. Y, por lo que veo, tú también sigues vivo —abrió la mano y yo caí al suelo—. Te has librado por poco antes aunque te aseguro que no siempre vas a tener la misma suerte. Tú también estás en mi lista. Y morirás. Te lo aseguro. Soy un hombre paciente así que esperaré para matarte. Al fin y al cabo, esto es solo el principio...

Dimitri acercó el dedo al gatillo por segunda vez pero no disparó. Su cuerpo se llenó de puntitos rojos antes de que pudiera hacerlo. Le estaban apuntando.

Entendí lo que estaba pasando cuando miré a nuestro alrededor. Decenas de sombras nos tenían rodeados. En la oscuridad de la noche no podía ver sus rostros. Tampoco era necesario. Podía intuir quiénes eran. Boundell. Cassandra. También Cara Rata y Brazos Largos.

Los partidarios de Raven.

Así que mi padre no solo había matado a Juliette, a Dan y a Adam. Antes de eso había reunido a su pandilla de amigos.

—No les matéis —ordenó Raven—. Prefiero divertirme un poco más con ellos —los puntitos rojos se apartaron de Dimitri—. Que vean lo que voy a hacer con esta ciudad primero. Luego, me ocuparé yo mismo de ellos.

Acompañó su sentencia con una sonrisa ladina y luego se alejó de nosotros, como

si hubiera perdido interés. No me miró. Me dejó tirado en el suelo como un desperdicio al que no merece la pena contemplar y se perdió en la noche, seguido por su camarilla de fanáticos.

No intenté perseguirle. Tampoco podía. Tenía varios huesos rotos y la pierna derecha destrozada. Si me enfrentaba a él no tendría ninguna posibilidad.

Me arrastré hasta donde estaba Adam Grossman y me dejé caer a su lado. Aún vivía aunque su respiración era débil.

—Blake... —susurró.

—Aquí —me incliné para que pudiera verme. Al hacerlo tuve que contener las lágrimas. Me dolía todo el cuerpo... Dimitri apareció a nuestro lado y se arrodilló junto a mí.

—¿Estás bien?

—Sí —en realidad, no lo estaba. Los golpes que me había dado mi padre me dolían aunque más aún aquellos que no se veían. Taponé la herida de Grossman con la mano. Los dos sabíamos que no serviría de nada. Su camisa estaba empapada de sangre.

—Siempre fuiste un viejo cabezota —murmuró Dimitri. Grossman rio con desgana el comentario.

—Ya lo ves, hermano. No he cambiado en nada.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunté.

—No merecías morir. Yo, en cambio, he cometido muchos errores... No acabes como él. Haz lo posible para que tu esfera... nunca te domine... Es la única forma de evitar...

Las fuerzas le fallaron. Aún así yo sabía cómo terminaba su frase. Evitar que algún día me convirtiera en mi padre. En Raven. Pero... ¿acaso no lo era ya? ¿Acaso no había estado a punto de matar a Mike y a Alfred?

La influencia de mi esfera me estaba afectando más de lo que Adam sospechaba.

—No debes tener miedo, Kyle —susurró Grossman.

—Lo sé. Es solo que... ¿Y si no lo consigo? ¿Y si sigo el mismo camino que mi padre?

—No. No lo harás. Tú eres diferente. Podías haber acabado con nosotros por lo que te hicimos y sin embargo no lo hiciste. Por eso creo en ti. Si hay alguien que puede corregir nuestros errores eres tú. Tu padre tiene muchos seguidores. Los utilizará para acorralarte. No debes dejar que él gane. Derrótale... sin caer en el mismo pozo de oscuridad.

Aquello fue lo mismo que me dijo Timothy antes de morir.

—Lo intentaré —un espasmo de dolor hizo que Adam se estremeciera.

—Qué diferente habría sido todo si te hubiera criado como a un hijo. Habrías sido un buen hermano para Michael...

Posó su mano en mi mejilla.

—Nunca olvides quién eres, Jayson. Jamás.

Dejó de respirar. La persona a la que había odiado durante años, la misma que me había salvado la vida, murió entre mis brazos.

Le abracé y, por primera vez en muchos años, lloré de verdad.

Por él.

Por mí.

Por la mentira en la que había estado viviendo.

Y por el futuro que me esperaba.



El cementerio estaba lleno de gente. Muchos rostros conocidos. Compañeros de Drayton. Amigos. Y en la cabecera del cortejo fúnebre, junto al sacerdote, estaba Mike. De su brazo, marchaba Marissa Grossman, apoyada en su hijo como si fuera incapaz de dar un paso sin su ayuda. Jamás la había visto tan envejecida. No llevaba joyas. Solo un sencillo vestido negro.

Mike también iba de luto. Y Neal, que estaba justo detrás de él. Habían enterrado a su madre unas horas antes. Desde entonces no había pronunciado palabra. Lo único que hacía era mirar al suelo mientras andaba, igual que un autómata. A Lauren, en cambio, no se la veía por ningún lado. Había desaparecido. Desde que se enteró de la muerte de su padre, nadie la había vuelto a ver. Y de eso hacía ya más de cinco días. La policía no la había encontrado aún.

Len y Miranda se habían quedado en un discreto segundo plano. Sebastian iba con ellos. No había hablado mucho con él desde lo que pasó en Cotton Hill. Tan solo le hice una pregunta cuando vino a verme. «¿Le ayudaste a hacer lo que hizo?». Su expresión mortificada fue respuesta más que suficiente.

—Kyle.

Tía Jane apareció a mi lado.

—Deberías estar descansando. Acabas de salir del hospital.

—Ya he descansado lo necesario —mi voz sonó débil y rasposa. Un reflejo de mi estado de ánimos. Iba apoyado en una muleta para poder andar y el cuerpo me dolía como nunca antes. La pierna que me había roto en la mansión Morrison no había soldado aún. Tampoco el brazo que me había fracturado mi padre. Por eso lo llevaba en cabestrillo. Aún así había heridas, más profundas, que ni los mejores cirujanos podían curar.

—Nunca te dije la verdad para poder protegerte. Muchos portadores que odiaban a tu padre estaban deseando atraparte. Tenían miedo de que tú fueras como él y te buscaron para matarte. Por eso te escondí lo mejor que pude. Te dejé ser Zero. Recuperar lo que quisieras. Cualquier cosa con tal de que te alejaras de la familia Blake —miró al cielo y suspiró—. Richard y yo éramos amigos de la infancia. Crecimos juntos... Yo fui la primera que se dio cuenta de que estaba cambiando. Intenté que entrara en razón. No pude. Un día intentó matarme y hui. Tuve miedo. Así que me alejé de él, de Allison, de ti... Regresé al enterarme que había muerto y que tú estabas en un orfanato. No podía dejarte solo. Volví por ti. Pero no te dije

quién era tu padre en realidad.

—¿Por qué no?

—La imagen que guardabas de Richard era muy diferente de la que teníamos los demás. Recuperar su legado te dio una razón para seguir viviendo dentro y fuera del orfanato. Y yo no quería destruir la esperanza que encontraste en ello.

—Hubiera preferido saber la verdad.

—Y si lo hubieras sabido, ¿habría cambiado algo?

Tal vez no... tal vez sí. *Quién sabe...*

—Ya nada será igual. Tu padre te estará vigilando y si no es él lo harán los demás portadores. ¿O es que acaso crees que no saben lo que ha pasado, que fuiste tú quien robó la esfera de Raven de Blackforest? Pensarán que estás de su lado, Kyle.

—Lo sé —contesté.

—Es peligroso que te vayas de Los Ángeles.

—*Necesito* marcharme —recosté mi peso sobre la muleta que me servía de apoyo —. Para pensar en lo que ha pasado.

En realidad, lo que necesitaba era tiempo para encontrar respuestas. Ahora que aquello en lo que creía se había desmoronado, me sentía vacío. No sabía qué camino tomar. Ni siquiera tenía claro si Zero debía seguir existiendo. ¿Para qué?

—Solo espero que algún día puedas perdonarme, Kyle.

—No hay nada que perdonar. Sé que lo hiciste por mi bien.

Apreté su mano entre las mías y me volví hacia el cortejo que llevaba el féretro de Adam hasta el panteón de la familia Grossman. Jane se quedó conmigo un rato. Luego, me dejó solo. Seguí las palabras del sacerdote mientras este recitaba un sermón sobre el perdón y ensalzaba las bondades de Adam Grossman. ¿Qué sabría él de cómo era? Aunque, siendo sinceros... ¿qué sabía yo de cómo era?

Cuando el sacerdote terminó, Mike se separó de los demás y se acercó al ataúd de su padre. Pasó la mano por la tapa y al hacerlo alzó la vista.

Nuestros ojos se encontraron.

Él no sabía cómo había muerto Adam. Ni tampoco quién lo había hecho. La versión oficial hablaba de un desgraciado accidente en una finca que llevaba años abandonada. El resto de la historia había quedado encubierta por tía Jane. Había sido ella quien había manipulado los informes para que la verdad no saliera a la luz.

Miré al suelo para romper el contacto visual con Mike. No podía mirarle. Era incapaz de sostenerle la mirada sin sentirme más culpable de lo que ya de por sí me sentía.

Una mano se apoyó en mi hombro. Era Dimitri. Tenía mejor aspecto que en Cotton Hill. Incluso llevaba la placa que le reconocía como detective de Los Ángeles colgando del cinturón junto a su pistola reglamentaria.

—¿Has recuperado tu trabajo, agente? —le pregunté.

—Así es. Parece que el vídeo que me diste terminó de convencer a mis superiores de mis «aptitudes» y me han reintegrado en el cuerpo —sacó su paquete de tabaco y

cogió un cigarrillo del interior—. Me han encargado la captura de Raven. El alcalde está aterrorizado. Me ha dado carta blanca para que haga lo que considere con tal de atraparlo. ¿Qué vas a hacer tú, Bradford?

No tenía ganas de enfrentarme a esa pregunta así que no respondí.

—No le he dicho a nadie lo que sé de ti.

—¿Por qué no? No voy a ponerte las cosas difíciles esta vez. Yo soy Zero y los dos lo sabemos. Encontrarás las pruebas que necesitas en cuanto entres en mi casa.

—Supongo que tienes razón. Podría acabar contigo esta misma tarde y hacerte pagar las humillaciones por las que he pasado estos meses con creces.

—¿Y a qué estás esperando?

Dimitri encajó el cigarro entre sus labios.

—Tengo un equipo de personas dispuestas a detener a Raven y evitar que lo que pasó hace diez años vuelva a ocurrir. Pero necesito a alguien que sepa cómo piensa y que posea ciertos talentos de los que nosotros carecemos.

—¿Qué me estás proponiendo, agente Cooper?

—Tu libertad a cambio de Raven.

—¿Quieres que trabaje para ti?

—Eso es.

—Creía que me odiabas.

—Y te odio. Pero detener a Raven es mi prioridad.

—No soy un mercenario a sueldo.

—Y yo no puedo garantizar tu libertad si no aceptas mi trato.

Sabía lo que significaba aquello. La policía intentaría atraparme. Me tendrían ya rodeado. Si ponía un pie fuera del cementerio, irían a por mí.

Eché a andar en dirección contraria al panteón de los Grossman.

Dimitri no intentó detenerme.

Tía Jane me estaba esperando junto a un flamante deportivo rojo. El que había elegido para salir de la ciudad. No era discreto aunque sí muy rápido. Estaría a varias millas de la ciudad en menos de una hora. ¿Se pensaba el bueno del detective que no había previsto su encerrona?

—¿Qué quería Dimitri? —me preguntó.

—Nada especial —contesté. Tía Jane sostuvo mi muleta para que pudiera sentarme en el asiento del conductor sin tener que maniobrar yo solo en el reducido espacio del coche—. ¿Puedes hacerme un favor?

—Por supuesto, cariño.

—Dile a Len que no trate de buscarme y a Miranda... —dudé. Tenía demasiadas cosas que decirle como para elegir una sola—. Mejor no le digas nada.

Cerré la puerta. No llevaba maletas. Solo la ropa que tenía puesta, mi esfera y algo de dinero que había cogido antes de salir de la mansión Bradford. Tampoco sabía adónde ir.

—Te estaremos esperando, Kyle —susurró Jane.

Asentí. A lo lejos escuché una sinfonía de sirenas de policía poniéndose en funcionamiento.

Empezaba la cacería.



Alguien llamaba a la puerta. Seguramente fuera su madre. Había intentado hablar con él desde que el funeral había terminado. Pero Mike la había evitado a propósito. La ignoró y siguió revisando los papeles que había encima del escritorio de su padre, concentrado solo en encontrar lo que llevaba horas buscando.

En el piso de abajo, los invitados que habían estado en el entierro atestaban ahora el salón de su casa, devorando los canapés del cóctel que se había organizado en honor a Adam Grossman.

Pudríos todos.

Abrió uno por uno los cajones que fue encontrando a su paso y esparció el contenido en el suelo. En uno de ellos había una pistola, escondida debajo de una carpeta. Comprobó el tambor. Cargada. La dejó encima de la mesa y siguió su escrutinio.

Solo le quedaba un cajón por revisar. Tiró del agarrador. Estaba cerrado. Lo intentó una vez más. Nada.

Mike se mordisqueó el pulgar. ¿Estaría ahí?

Cogió la pistola. Apuntó hacia la cerradura y disparó.

Su madre dejó escapar un grito al otro lado de la puerta. Escuchó unos apresurados pasos corriendo en su dirección y más golpes. Entre el alboroto reconoció la voz de Neal.

Mike no se inmutó.

Neal y él llevaban días sin hablar.

Se habían distanciado. No soportaba verle llorar constantemente. No aguantaba sus gimoteos. Él no era así. Había ocultado su tristeza bajo una capa de afilado odio. No había dejado que nadie viera su dolor. Ni siquiera Miranda. Neal, en cambio, era tan débil...

El único que podía entenderle era Kyle.

Pero no le había visto desde el funeral. Le había llamado una infinidad de veces. Y, sin embargo, solo había escuchado de él su contestador automático. ¿Dónde estaba su mejor amigo cuando más le necesitaba?

Dejó la pistola sobre el escritorio y rebuscó entre los restos del cajón. Semi enterrado entre las maderas destrozadas había un cuaderno. De tapas grises. Mike lo reconoció enseguida.

Eso era lo que había estado buscando.

El diario de Adam Grossman.

Lo único que necesitaba para demostrar que la muerte de su padre no había sido un accidente. Alguien le había asesinado. Y Mike sabía quién había sido.

Zero.

El ama de llaves de Juliette le había visto entrar en la mansión de los Morrison. Con el rostro oculto tras la máscara dorada con la que apareció en la subasta. Le vio rajarle la garganta a la madre de Neal sin que le temblara el pulso y marcharse después.

La policía no creyó su historia.

Mike, en cambio, sí.

Y estaba convencido de que Zero no solo había matado a Juliette. Había hecho lo mismo con Dan Alec y con su padre. Había sido él quien había atravesado el corazón de la persona a la que más quería con un cuchillo.

Abrió el diario. Nunca había leído nada de lo que había escrito ahí. Entre otras razones porque su padre se lo tenía terminantemente prohibido. Siempre que le preguntaba por qué, contestaba lo mismo: «algún día, cuando puedas entenderlo todo, dejaré que lo leas».

Aún así, Mike tenía la esperanza de que aquel cuaderno escondiera algo que pudiera serle de utilidad. ¿Podría ser que su padre hubiera descubierto información importante sobre Zero y que por eso hubiera muerto?

Pasó las páginas, deteniéndose solo en algunos párrafos al azar. Richard... Allison... Portadores... Blake... Asesino... ¿De qué iba todo aquello? No entendía una palabra. Estaba a punto de dejar a un lado el diario y reconocer que se había equivocado cuando lo encontró. Cuatro palabras, garabateadas al final. Lo último que había escrito su padre. No había fecha. Tan solo una frase.

Jayson Blake es Zero.

El pulso de Mike se aceleró. Así que era eso... La identidad del ladrón de los cien millones de dólares...

Soltó una carcajada. Desde que la policía llamó a las tres de la madrugada para decir que Adam Grossman había fallecido, rio con ganas.

Daba igual quién fuera ese tal Jayson Blake... Daba igual dónde se escondiera. Le encontraría. Estuviera donde estuviese daría con él. Sí... Y, cuando lo hiciera, le mataría. Le destruiría hasta que su existencia fuera un mero recuerdo.

A partir de ahora, concentraría hasta el último de sus esfuerzos hacia un único objetivo.

Matar a Zero.

¡Gracias por leer mi novela!

Después del éxito que ha tenido *Zero* escribir una segunda parte ha sido todo un reto para mí. Me enfrentaba a una historia más compleja y a un villano que (esta vez sí) debía de ser malo de verdad. Y, aunque siempre he tenido claro cómo continuaría la saga, el reencuentro con Kyle, Miranda, Len y compañía ha sido aún más gratificante de lo que esperaba.

Recuerdo que cuando mi editor leyó el manuscrito de *Doble Zero* por primera vez me dijo: «me gusta más que la primera. Es increíble».

Espero que tú también tengáis ese pensamiento ahora que has terminado el libro y que te quede la sensación tan agradable que deja siempre una novela cuando nos gusta de verdad.

Como siempre, te invito a que compartas tu opinión en Internet, dejando un comentario en tu blog, punto de venta online o página web preferida. También puedes enviarme tus sugerencias. ¡Me encanta leer vuestros mensajes!

Morgan Dark



MORGAN DARK. Nació en Miami el 4 de junio de 1988. De padres españoles pero nacida en Estados Unidos pasó gran parte de su infancia en Norteamérica, donde vivió hasta que cumplió los 10 años. Actualmente, reside en Nueva York, donde tiene su estudio de escritura. Poco más se sabe de su vida privada, debido a la reticencia de la autora a revelar su verdadera identidad.

Ganadora de varios certámenes literarios y finalista en otros tantos, su éxito entre los lectores empezó en 2010 gracias a los relatos breves que la propia autora subió de forma anónima a las redes sociales y a plataformas abiertas como Wattpad, donde consiguió millones de visitas en apenas unos meses. Firmó todos sus relatos bajo seudónimos diferentes pero su estilo tan particular le valió el apoyo de los lectores que siguieron sus relatos desde más de veinte países diferentes. A mediados de 2014 la autora anunció a través de su página web que estaba trabajando en su primera novela larga, de la que solo se filtró el título de la misma: *Zero*. El proceso de edición se mantuvo bajo un absoluto secretismo y fue la propia autora la que reveló los días 4 de cada mes detalles sobre la novela a través de su página web.

Zero es la primera novela de Morgan Dark. En una entrevista, la escritora contaba cómo surgió la idea de este libro: «Antes de que empezara a escribir *Zero* estaba trabajando en una novela completamente diferente que ya tenía casi acabada. Una editorial internacional me había ofrecido un contrato para publicarla y lo poco que me quedaba era pulir el manuscrito final. Pero un día, después de volver de un viaje, unos ladrones robaron en mi apartamento de Nueva York. Cuando entré, la casa estaba patas arriba y la mayoría de mis objetos de valor habían desaparecido, entre

ellas, mi anillo preferido (que había sido un regalo de mis padres cuando cumplí los 18 años). Tuve que mudarme con una amiga mientras la policía registraba mi apartamento, hacer un inventario de las cosas que me habían quitado... Fueron días caóticos. Cuando todo pasó y pude volver a mi casa me dio por pensar. No dejaba de preguntarme quién sería el ladrón, cómo sería... Me obsesioné tanto que me olvidé de la novela en la que había estado trabajando y empecé a escribir una nueva que tenía a un misterioso ladrón enmascarado como protagonista. Ni siquiera mi editor lo sabía. Cuando terminé el manuscrito, se lo mandé. Me llamó unas horas más tarde para decirme que le había encantado y que quería publicarlo costara lo que costase. Y así fue cómo surgió Zero. La historia creó mucha expectativa entre los lectores y se convirtió pronto en un tema viral dentro de las redes sociales aún antes de que se publicara. Lo curioso es que cuando la novela estaba ya terminada y casi en imprenta, me llegó por correo postal un sobre negro sin remitente. Dentro estaba el anillo que los ladrones se habían llevado de mi casa meses atrás».

En su primer día en preventa, *Zero* se situó como uno de los libros más vendidos en Amazon, superando incluso a *Divergente* de Verónica Roth.

Morgan Dark es una escritora que siempre ha estado rodeada de controversia y misterios. Nadie hasta la fecha conoce el verdadero nombre de la autora y las pocas entrevistas que ha concedido han estado amparadas bajo la confidencialidad. Todos sus relatos y obras llegan al equipo editorial con la que trabaja en sobres negros cerrados y firmados con una M blanca en la solapa.